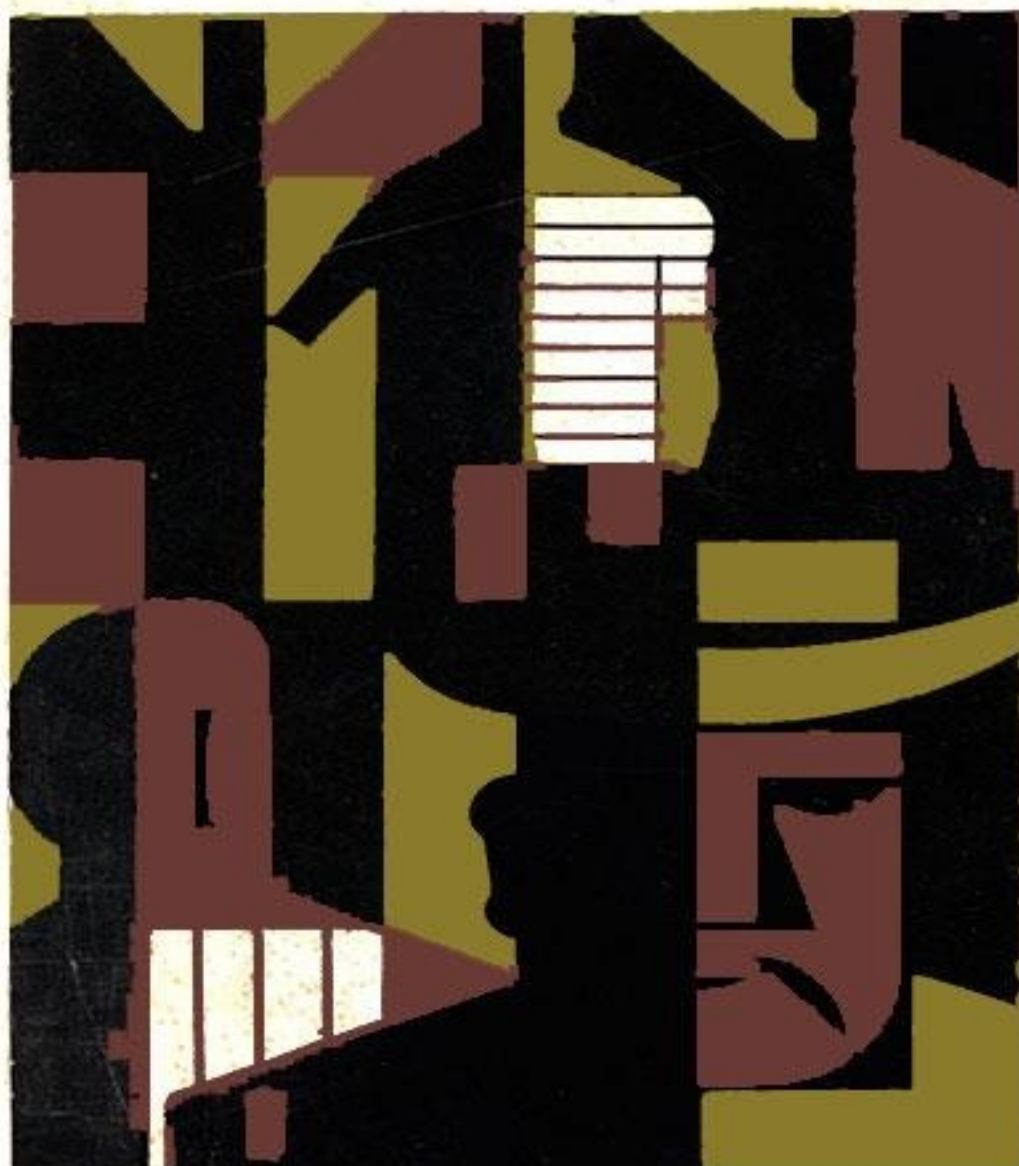


EL SÉPTIMO CÍRCULO

OSCURIDAD EN LA LUNA

por

JOHN DICKSON CARR



Lectulandia

Los servicios del doctor Fell, un criminologista, son requeridos por un rico sureño, Henry Maynard.

El día en que el doctor Fell llega junto con su amigo Alan Grantham a Maynard Hall, Henry Maynard es asesinado.

Junto con el capitán Ashcroft de la policía de Charleston y los mensajes que un bromista deja en un pizarrón, el doctor Fell finalmente soluciona el caso exponiendo la identidad del bromista, la extraña relación “padre-hija” entre Henry Maynard y Madge Maynard y al asesino mismo, y desvela el misterio de lo que pareciera ser un crimen perfecto.

Lectulandia

John Dickson Carr

Oscuridad en la luna

Gideon Fell - 27

ePub r1.0

Titivillus 07.04.2018

Título original: *Dark of the Moon*
John Dickson Carr, 1968
Traducción: M^a Cristina Cochella
Portada: José Bonomi
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

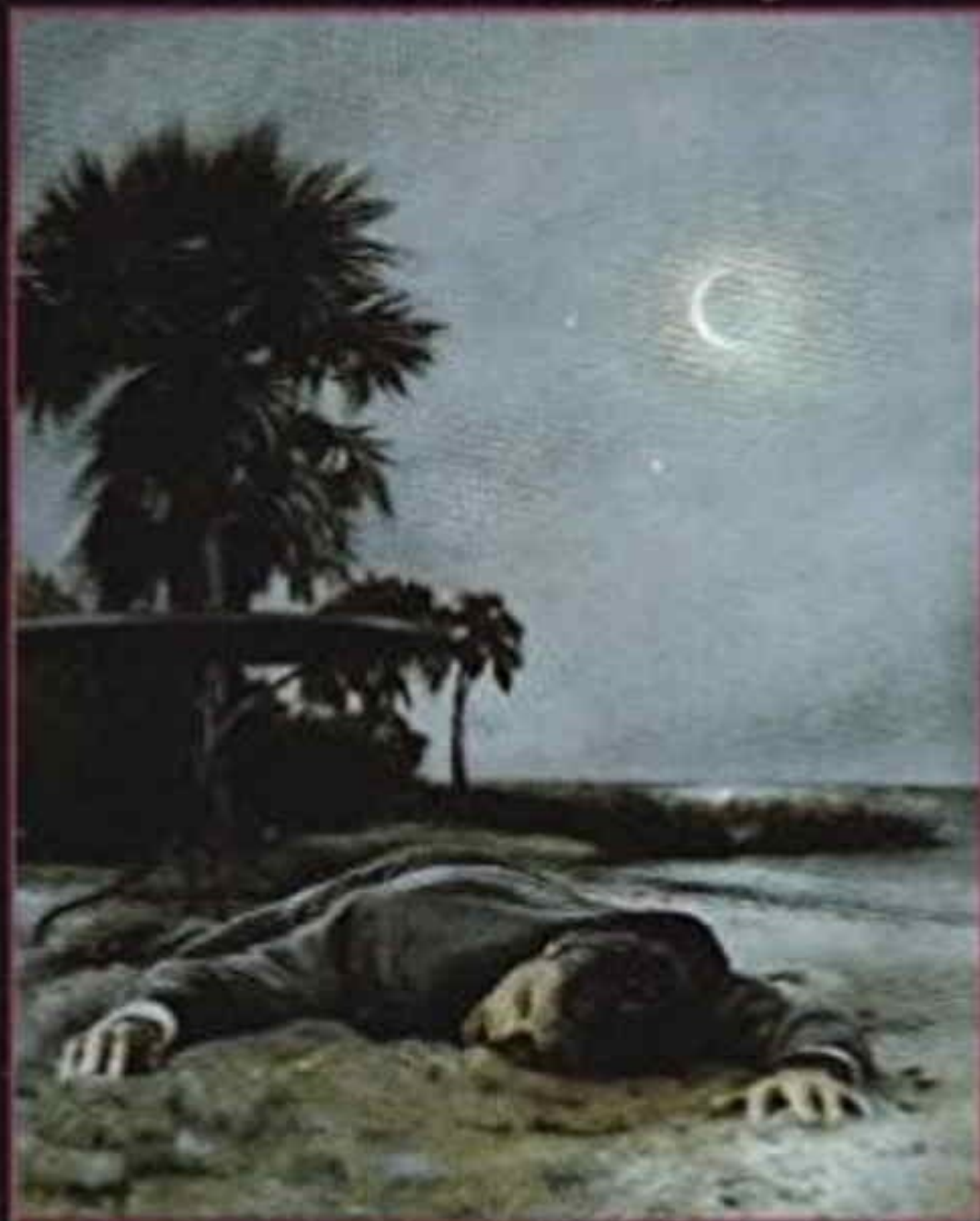
más libros en lectulandia.com

63.50

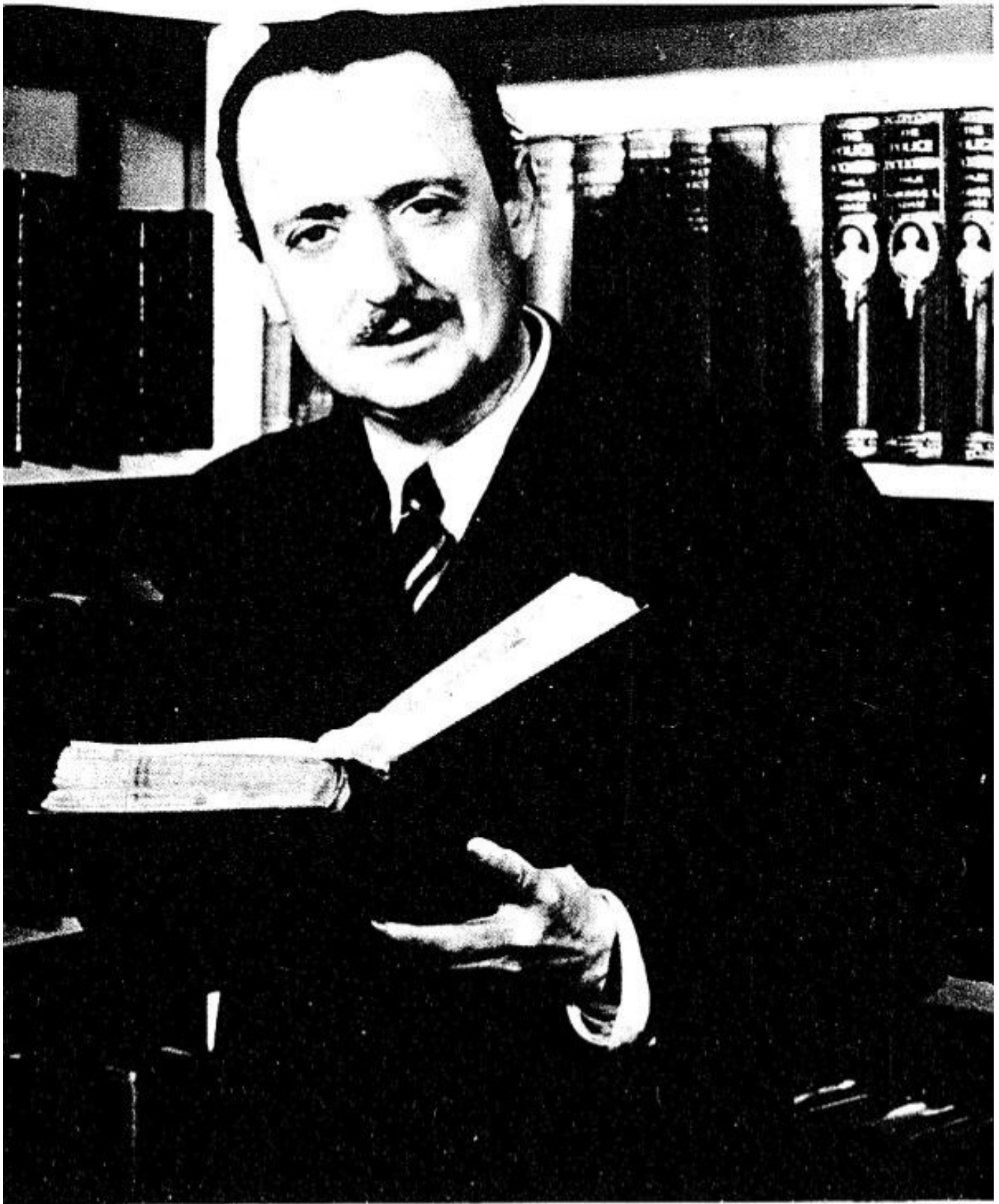
"An ingenious mystery." —*The Times*

John Dickson Carr

— A *Dr. Gideon Fell* Mystery —



DARK OF THE MOON



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

Noticia

John Dickson Carr nació en Pennsylvania, Estados Unidos de Norteamérica, en 1905. Por el lugar de su residencia y por el escenario de sus novelas se lo considera, sin embargo, un escritor inglés. Es secretario del *Detection Club* de Londres.

It Walks by Night, su primera novela, policial, data de 1930 (antes había intentado los estudios jurídicos, el periodismo y la novela histórica, “abrumada de arcaísmos y espadachines”). Sus obras policiales que ya pasan de treinta, combinan hábilmente la rapidez de la escuela americana con el rigor intelectual de la escuela inglesa. Se distinguen por un planteo increíble, por un desarrollo ortodoxo, y por una solución impecable. Su ambiente fantasmagórico suele recordar las *New Arabian Nights*, de Stevenson y las invenciones de Chesterton.

Del vasto catálogo de sus obras mencionaremos: *The Black Spectacles*^[1], *The Waxworks Murders*^[2], *Till Death Do Us Part*^[3], *The Seat of the Scornful*^[4], *The Hollow Man*^[5], *The Eight of Swords*^[6], *He Who Whispers*^[7], *The Four False Weapons*^[8], *The Blind Barber*^[9], *The Case of The Constant Suicides*^[10], *Death Watch*^[11], *Patrick Butler for the Defence*^[12], *In Spite of Thunder*^[13], *Fire Burn*^[14]. Bajo el seudónimo de Carter Dickson ha publicado: *My Late Wives*^[15], *The Judas Window*^[16], *Death in Five Boxes*^[17], *Night at the Mocking Widow*^[18], *The House at Satan's Elbow*^[19], *The Gilded Man* y otros.

Su obra ha merecido el aplauso de Sir Hugh Walpole, de J. B. Priestley y de Milward Kennedy.

PARA DAVID HIGHAM

Querido David:

Te encuentras en Inglaterra, a tres mil millas de distancia. Pero creo que has visitado Charleston, por lo que huelgan las explicaciones con respecto al libro que te dedico como símbolo de una amistad de treinta años. Es una obra de ficción; como otro amigo nuestro diría, es todo una maldita mentira. La casa de la historia pudo haber sido sugerida por Boone Hall, en Mount Pleasant, pero sólo en algunos rasgos exteriores. No hay un restaurante de Davy o una escuela secundaria Joel Poinsett, a pesar de que otros lugares mencionados son verdaderos. La foto que da una de las claves para la solución del misterio se exhibe en el museo de Fort Moultrie. Todos los personajes son imaginarios; amigos y vecinos no deben aparecer en semejantes andanzas. Pero es mi deseo que alguna sugerencia de la atmósfera haya sido evocada y que se haya rendido tributo a la más fascinante ciudad americana.

Un fuerte abrazo,

John Dickson Carr

Greenville, Carolina del Sur
Octubre de 1966

CAPÍTULO I

Nubes oscuras se deslizaban a través de una luna que aún no estaba completamente llena. El calor de la noche de Carolina se extendía sobre James Island, a la entrada de la bahía de Charleston. Los jazmines y las magnolias agregaban su perfume de comienzos de mayo. Y la emoción bullía aquí también.

Maynard Hall, en la costa norte de la isla, mira hacia el este, de costado, hacia la playa y el agua. Si uno estuviera de pie en el ancho y arenoso camino que lleva hacia la puerta de entrada, podría verse las cuatro altas columnas del pórtico, blancas y espectrales, contra el cuerpo central del Hall, con alas de ladrillo colorado, gastado por el tiempo, levantando a cada lado dos pisos de ventanas plateadas por la luna. Justo sobre éstas, una buhardilla mostraba las dos ventanas del medio iluminadas.

A la izquierda, mirando desde el camino arenoso, había jardines que se extendían hasta una pared divisoria paralela al camino y hasta la ruta Fort Johnson, más allá del límite. A la derecha, hacia el norte, pasando el suave césped, una terraza alfombrada con blancas conchillas finamente trituradas se extendía entre el costado del ala norte del Hall y una breve hilera de álamos, con vista a la playa y a la rompiente de la pleamar.

A un poco más de un kilómetro, en línea diagonal a través del agua iluminada por la luna, las luces de Charleston titilaban sobre la larga y oscura línea de la Batería. Pero la emoción en este lugar bullía por todas partes.

En un lugar particular, por ejemplo...

Apenas pasado el portón de entrada al Hall, a 50 metros de la puerta, se erguían seis magnolias, tres a cada lado del camino. A la sombra de las magnolias, momentáneamente perdidos para el resto del mundo, un hombre y una joven permanecían entrelazados en un frenético abrazo.

Sólo estando muy cerca se podría haber escuchado el murmullo de sus voces. La voz del hombre, un juvenil barítono, contrastaba con la voz suave y sin aliento de la joven. El aire espeso estaba vivo con pasión, con una especie de desesperada frustración; y también, aunque menos románticamente, con mosquitos.

Nadie se preocupaba por los mosquitos. La joven susurró:

—¡Querido, esto no debería ser! ¡Pero no te detengas!

El hombre murmuró:

—Sé que no debería ser, pero no puedo detenerme; nunca puedo. —De repente su voz se elevó—. ¡Por Dios, Madge! ¡Si a tu padre se le ocurriera venir por aquí ahora...!

—¡Sh-h!

—De acuerdo —la voz fue un susurro nuevamente—. ¡Pero si tu padre...!

—¿Papá? ¡No vendría aquí!

—¿Por qué no?

—No lo haría, tonto, a no ser que tú gritaras como hace un momento.

—¡Te pregunté!

—Porque nunca lo hace, ¡eso es por qué! —La joven llamada Madge gesticuló hacia las dos ventanas iluminadas en el piso superior de Maynard Hall—. Siempre está allí arriba haciendo sus eternos cálculos. O sentado en la terraza —señaló hacia la derecha—, con más libros y papeles. ¡Pero!

—Pero, ¿qué?

—¡Bueno! Si te importara tanto como dices...

—¿Si me importara? ¡Si me importara!

—Querido, ¿por qué nuestros encuentros deben ser siempre tan horriblemente furtivos? ¿Por qué no puede ser como queremos que sea? ¿Por qué no hablas con papá?

—¡Por qué no puedo hablar con él! Y tú sabes por qué, ¿no?

—Bueno sí...

—¿Sabes por qué no es así?

—Tal vez, pero no me importa.

—A mí sí me importa —una vez más su compañero estaba irritado, a pesar de que no había levantado la voz—. Madge, escucha, ¿no oíste el ruido de un auto hace un momento?

—No había nada que escuchar, tonto. ¡Vuelve a mí!

—Es mejor que me vaya. Puedo escabullirme por el portón del costado hacia la ruta.

—¿Ahora?

—¿Qué oportunidad tenemos esta noche, Madge? No es tarde, ya lo sabes. Y además de tu padre, puede aparecer mucha gente.

—Y, querido, ya sabemos quién viene mañana —la suave voz lisonjera pareció enroscarse alrededor de él, haciendo que sus nervios saltaran como un pez enganchado—. Pero ¿no estarás celoso de él, verdad?

—Trataré de no estarlo. Hay solamente una persona de la cual estoy celoso.

—¿Oh, sí? ¿De quién?

—No tiene importancia. Ahora, debo irme, Madge. Hasta mañana.

—¡No me dejes de esta manera! ¡No!

—No me queda más remedio, querida. Es triste, pero no me queda más remedio. Buenas noches, Madge.

Cabizbajo, los nervios crispados, caminó entre las sombras hacia los jardines a la izquierda. Madge Maynard, veintisiete años, hizo el gesto desconcertado de quien va a gritar: “Todos me dejan sola”. Por unos pocos minutos más, Madge permaneció en las sombras. Luego, una vez compuestos sus propios nervios crispados, salió a la luz

de la luna.

No muy alta, con cuerpo hermosamente delineado, llevaba un vestido blanco, sin mangas, que se adhería a su figura. La luz de la luna quitaba color a sus claros y brillantes cabellos, y a un cutis que durante el día debía de ser blanco y dorado, y que hacía que sus luminosos ojos castaños parecieran negros. El rostro que elevó hacia la luna, sano, casi hermoso, parecía intenso, confiado, y muy inocente. Pero no era feliz.

—¡Oh! —exclamó Madge, dándose vuelta.

Si antes había escuchado o no un auto en la callejuela que doblaba desde el camino central hasta el portón, ahora sí podía oír los pasos de alguien que se acercaba. Entre los portones de hierro completamente abiertos, pudo ver a través de la sombra de las magnolias, a un joven alto y delgado. Vestía pantalones grises y una camisa *sport* blanca con un pañuelo de seda anudado alrededor del cuello. Rasgos bien marcados y aristocráticos, cabellos oscuros y espesos.

Madge y el recién llegado se miraron fijamente. Un suave quejido de insectos zumbando alrededor. En dirección a la playa se escuchaba el suave y agitado temblor de la marea entrante. Entonces Madge habló.

—¡Yancey! ¡Yancey Beale! ¿Qué estás haciendo aquí?

Yancey Beale le hizo una gran reverencia.

—Buenas noches, querida. A tus órdenes, como de costumbre.

—Entraste a escondidas ¿no es así?

—¿Quién entró a escondidas? Manejé hasta el portón como cualquier pretendiente correcto, eso es todo. ¿Quién estaba contigo hace unos minutos?

La joven elevó sus ojos brillantes.

—No había nadie aquí, Yancey.

—¿Nadie? Podría jurar que escuché a alguien que se escabullía. De todas maneras si tú dices que no había nadie, eso es lo que creo.

—¡Qué simpático eres Yancey! —tratando de no reírse, Madge le hizo un gesto gracioso—. ¡Pero de todas maneras eres un sureño meloso!

—¿Niegas ser una joven sureña, Madge Maynard?

—Nunca me he considerado como tal.

—¡No empieces a hablar tonterías, querida! Tal vez naciste en Francia y te educaste en Nueva York y Connecticut. Pero tu padre es un Maynard de Carolina del Sur.

—¿Ibas a decir el último de los malditos Maynard?

—Pero querida, sigues divagando. ¡No, nada tan tonto como maldecir a alguien! Dije que tu padre es un Maynard; tu madre era una Wilkinson, de Georgia. Si eso te convierte en una especie de condenada *yankee*, entonces mi nombre es Tecumseh Sherman.

—Sigues tan elocuente como siempre Yancey. ¿Qué tal tu práctica como abogado?

—Pocos clientes, pocas ganancias, nada de prestigio. Pasarán veinte años o más

antes de que consiga una posición sólida. ¿Quién se va a fijar en mí, de todos modos?

—Yo podría, si me hablaras dulcemente. Pero todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí.

Beale aplastó otro mosquito.

—¡Bueno! —dijo—. Mañana bien temprano, estaré aquí para pasar la primer semana de mis vacaciones. El viejo Playford quiere tomarse sus vacaciones en junio, que es el mes que tomo yo por lo general, así que eso le da a Br'er Rabbit dos semanas en mayo. Mientras tanto pensé en hacerme una escapada desde Charleston para averiguar cómo andaban las cosas por este lado. Mark Sheldon y Valerie Huret estaban intrigados también. Bueno, ya que estarnos, ¿cómo marcha todo?

—Como siempre.

—¿Oh?

Madge trató de contenerse y falló.

—El tío Dick murió en marzo —dijo explosivamente—. Hace menos de un mes que nos hemos instalado aquí. Pero es igual, exactamente igual, que en Goliath, Connecticut. Solitario y triste, Yancey; ¡no te imaginas cuán solitario y triste! No soy lo suficientemente vieja para convertirme en una ermitaña como papá.

—Cálmate con respecto a los ermitaños, querida; tu padre es un hombre muy inteligente. Por lo menos, para la gente que aprecia las matemáticas y la ciencia, a pesar de que nunca he logrado entender esa clase de cosas. Tú tienes que elegir un marido devoto, yo, por ejemplo, y no te preocupes por nada más. El viejo Yancey estará aquí desde mañana, como dije. Y tu amigo *yankee* también vendrá, según me han dicho.

—¿Te refieres a Rip Hillboro?

—Creo que sí. Otro abogado desagradable. ¿No lo sabías?

—¿No te gusta Rip?

—¡Tranquila, querida! Sólo lo vi una vez, cuando vino con todos ustedes en abril. Estará aquí mañana, ¿no es así?

—Sí, estamos esperando a Rip, —contestó Madge—. Y a Camilla Bruce, que es una verdadera amiga, y más adelante en la semana a mi viejo compañero de papá en Goliath. Tanto Camilla Bruce como el señor Crandall son lo que tú llamarías *yankees*. Los conociste a ambos cuando nos visitaron en abril, y pareció que te gustaban. Pero ¡pobre Rip!

—¡No me entiendas mal, querida! —rogó el otro—. Tu muy admirado Rip Hillboro está, muy bien, supongo. Es el único *yankee* en quien yo haya pensado alguna vez como un maldito *yankee*. Pero ¿quién soy yo para juzgarlo? Todo lo que dije fue: ¡No te preocupes por nada, nada más!

Pero Madge no se preocupaba menos. Por alguna razón el aire perfumado de jazmines parecía presionar con un espeso calor, hasta con un aliento de lo siniestro. Entonces algo retumbó en el cielo, distantes olas de ruidos subiendo y bajando. Madge de repente puso el brazo sobre sus ojos y retrocedió hacia las sombras. El

joven la siguió.

—¿Escuchaste eso, Yancey? ¡Como cañones fantasmas en Fort Sumter! ¿Qué fue eso?

—Sólo un pequeño trueno, querida. Los tenemos a menudo por estos lados, hasta cuando el cielo está limpio. No le prestes atención. De todas maneras...

Parecía como si Yancey hubiera percibido también esa sensación de intranquilidad.

—¡Escúchame, querida! —continuó con una especie de pesada afabilidad—. Te dije que no te preocuparas, y fue muy en serio, ¿me has escuchado? De todas maneras, algo muy extraño está sucediendo aquí. Lo sé y sin embargo no sé de qué se trata exactamente. Sólo recuerda que estaré siempre a mano si me necesitas. Y puede ser que necesites ayuda, Madge. Como ves...

Nuevamente retumbó un trueno; Yancey se detuvo. A cincuenta metros, dentro de las cuatro columnas blancas del pórtico de Maynard Hall, algo que se movía les llamó la atención. A pesar de que la gran puerta principal permanecía abierta, la antepuerta de tela metálica estaba cerrada. Una figura indistinta de traje gris abrió la antepuerta, la cerró detrás de sí, cruzó el pórtico y descendió los escalones hacia el amplio camino arenoso entre los prados.

Madge permaneció en silencio.

La figura indistinta, que se acercaba por el camino, comenzó a tomar la forma de un hombre flaco, nervioso y vigoroso, cerca de los sesenta años; vestido cuidadosamente sin ostentación o afectación. Había estado fumando un cigarrillo, que arrojó sobre el césped. Sus cabellos brillaban. Bajo esos cabellos plateados teñía el mismo rostro delgado y el mismo caballete de la nariz que podía verse en los retratos de la familia. Se presentían otras cualidades también. Tanto fuera afable como melancólico (podía ser ambas cosas, como Madge bien sabía), Henry Maynard era evidentemente un hombre de intelecto y de sentimientos fuertes controlados por la disciplina o por una sensación de capacidad.

A pesar de que no podía haber visto a los otros dos que permanecían en las sombras parecía saber quiénes eran.

—¡Madge! —llamó un poco inciertamente. Y luego en voz más alta—: ¡Madge!

—¿Sí, papá?

—Perdóname, querida. No quiero interferir, pero...

Madge salió a la luz de la luna. Su joven acompañante la siguió. Henry Maynard se detuvo como si se hubiera encontrado frente a una pared.

—Buenas noches, señor —dijo Yancey Beale.

—¿Eres tú, Yancey?

—Soy yo señor, su servidor. ¿Es tan sorprendente?

—No, sorprendente no —Henry Maynard lo miró fijamente—. ¿No sabes que siempre eres bien recibido aquí, Yancey? ¿No lo sabes, muchacho?

—Me alegro de no haber interferido señor. Estoy muy apenado por haberlo

preocupado.

—No me preocupaste. Sólo me intrigaste.

—¿Señor?

—Estaba en mi estudio. El aire acondicionado apagado, y la ventana abierta con una cortina baja, de lo contrario no podría haberlos escuchado. Dijiste algo; hablaste muy fuerte. No recuerdo las palabras exactas...

—¿Sí, señor?

—Escuché algo como que sería desastroso que yo los descubriera aquí —Henry Maynard recobró el aliento—. Yancey, conozco a tu padre desde hace cuarenta años. ¿No sabes que siempre eres bien recibido en mi casa? ¡Por Dios, muchacho! Absurdo que pensaras que yo me iba a enojar si ...

—Pero yo no...

—¿No qué?

Madge pareció a punto de hablar; Yancey la detuvo.

—Debo de haber estado distraído —replicó—. Pero no recuerdo haberlo dicho, eso es todo —Yancey pasó el brazo sobre los hombros de Madge—. La pequeña está un poco nerviosa esta noche, señor; debe de haberme contagiado a mí también.

—Madge fantasea. Me doy perfecta cuenta de ello.

—¡Por favor! —Madge estalló. Henry Maynard no le prestó atención.

—El pasado influye mucho sobre nosotros, como siempre lo ha hecho en Charleston y sus alrededores. Un toque y luego el diluvio; viejas supersticiones nos arrasan. Sí, Madge fantasea.

—¿Como sus cañones fantasmas en Fort Sumter?

—Eso no; sabe que es sólo un trueno; mucho más. ¿Qué sucedió con el primer Maynard en 1698, cuando algo o alguien lo siguió a través del pantano hasta el otro lado de la isla? ¿Qué le sucedió a su descendiente en 1867, el comodoro Dulce Maynard, que había estado en la Marina de los Estados Confederados, cuando le aplastaron el cráneo allí en la playa, sin que se encontrara un arma, y no hubiera, en un radio de diez metros, otras huellas que las suyas marcadas en la arena mojada? ¿Qué evidencia se falseó u omitió en ese relato para invocar a lo aparentemente supernatural y confundir así a las mentes demasiado crédulas? ¡Tonterías; peor que tonterías! Así que si Madge ha estado pensando en esa cosa que persigue y no deja rastros...

—¡Por favor! —gritó nuevamente la joven. Retiró la mano de Yancey de su hombro—. Siempre me estás encerrando, papá. Me dices que corra y juegue como una niña buena; eso es lo que todos me dicen; ¡pero he de decir esto aunque sea lo último que diga! No estoy pensando en la cosa que persigue y no deja rastros. Tú lo estás.

—¿Yo, Madge?

—No lo niegues; ¡te conozco muy bien! Has estado pensando y pensando y pensando.

Henry Maynard se acercó.

—Algo de cierto hay en ello, querida. ¿Debo repetirlo? Estas viejas supersticiones no tienen fuerza o valor para una mente lógica. Daría cualquier cosa por lograr escribir Q.E.D. y destruirlas para siempre.

Por varios segundos nadie habló, mientras la suave brisa de la bahía ondulaba las copas de los árboles en el parque. Luego el anfitrión se dirigió a Yancey Beale.

—Había tenido la esperanza —dijo casi tristemente—, de que las cosas fueran muy distintas en el Hall. Y lo serán; ¡prometo que lo serán! La vida ha sido muy aburrida para Madge; lo sé, y me he propuesto remediarlo. A medida que envejecemos nos damos cuenta de que el aislamiento tiene cada vez menos atractivos. En una época, yo conocía a mucha gente de Charleston. Si he perdido contacto con ellos, la gente joven, como la señora Huret y el doctor Sheldon, nos brindarán encantadora compañía. Debemos invitarlos a cenar más seguido. Ya he tomado medidas para terminar este aislamiento, organizando una pequeña fiesta.

Del interior de su bolsillo superior extrajo un pequeño diario forrado en cuero. Y del bolsillo del costado un lápiz linterna, dirigiendo la luz sobre el diario a medida que lo abría. No había nada escrito allí; el dueño de Maynard Hall buscó una fecha.

—Domingo, mayo 2 —leyó en voz alta—. Eso es hoy, 1965, y ya casi se ha ido. Los primeros invitados llegarán por avión mañana. Aparte de ti, Yancey, son todas personas que conocimos en un pueblo llamado Goliath, no lejos de Hartford en Connecticut.

—Lo sé señor. ¡Madge me lo estaba contando!

—Déjame decírtelo a mí —Henry Maynard levantó un hombro—. El joven Ripton Hillboro, a quien creo que conoces, pues el estudio jurídico en el cual trabaja le ha dado vacaciones. La otra invitada que ha de llegar mañana es una joven encantadora llamada Bruce, Camilla Bruce, a quien también conoces. Debo agregar que en Goliath hay dos instituciones de enseñanza, la Universidad Colt y el Colegio Lydia Stone para mujeres.

—¿A propósito de qué, señor Maynard? —demandó Yancey—. No es ningún problema recordar a Camilla. Parecía una buena muchacha, aunque un poco callada; todos podían ver que tenía posibilidades. Pero ¿por qué mencionar a Colt y a Lydia Stone? ¿Está conectada con el Colegio para mujeres?

—No, oficialmente no. Camilla ayuda a las jóvenes menos inteligentes en matemáticas. No estoy seguro de lo que quieres decir con “posibilidades”, pero no me gusta hacer conjeturas.

—¡Olvídelo señor! ¡Siempre hablo de más!

—Madge se alegrará de ver a Camilla, estoy seguro. La ruina de mi propia presencia aquí...

—Papá —exclamó Madge—, ¿qué significa todo esto?

—La ruina de mi propia presencia, dije, puede ser alejada por un día o dos. El miércoles debo ir en un viaje de negocios a Richmond; los asuntos de mi difunto

hermano no quedaron tan bien como él pensaba que estaban. Mientras tanto...

—¡Escuche señor! ¿No venía también un señor Randall o Crandall, un periodista o algo así?

—El señor Robert Crandall, Yancey, era dueño y director de *El Centinela*, de Goliath, uno de los pocos diarios pueblerinos lo suficientemente solvente para no ser tragado por una de las grandes *trusts* que controlan todo y a todos en la prensa. A pesar de que es bastante más joven que yo, se retiró esta primavera luego de vender finalmente a la cadena Shaw-Marketer. Lo cual pienso que ha pesado sobre su conciencia. No estamos de acuerdo en muchas cosas, y es un mal jugador de ajedrez, pues no se concentra; pero encuentro su compañía muy entretenida. ¡Alégrate Madge, no parezcas tan malhumorada! Con semejante trío de invitados para olvidar las horas aburridas...

—¡Camilla Bruce, Bob Crandall y el bueno de Ripton Hillboro! Todos *yankees*, ¿no? —rió Yancey Beale, comenzando a burlarse de sí mismo—. ¡Hombre! Vamos a tener una fiesta, ¿no es así?

Madge lo corrigió.

—¡Yancey, por Dios! Un *yankee* proviene exclusivamente de Nueva Inglaterra y tú consideras *yankee* a cualquiera que viva al norte de Virginia o de Maryland. Camilla es de Filadelfia, Rip nació en Nueva Jersey, y creo que el señor Crandall es del Medio Oeste.

—Me has retado querida, y ofrezco mis disculpas a cualquier maldito *yankee* que no haya nacido en Nueva Inglaterra. ¿Ésos son todos los invitados?

—Son todos los que han de permanecer en el Hall. Olvidé decirte, Madge, que dentro de quince días más o menos, el viernes 14 (tras encontrar esa fecha en su pequeño diario, el imponente señor Maynard guardó el diario y la linterna) tendremos dos visitantes más. Sobre uno de ellos necesito un importante consejo. Madge ¿por casualidad recuerdas a Alan Grantham? Hace dos años, si la memoria no me falla, nos visitó varias veces en Goliath, cuando era invitado del Rector Livingston en Colt. ¿Recuerdas a Alan Grantham?

—Sí, lo recuerdo. Y también... —Madge calló.

—Durante el último año ha permanecido en el Colegio King, en Pearis, en un puesto académico no muy bien remunerado. Pearis, en Carolina del Sur, está en el Piedmont, a más o menos trescientos kilómetros de aquí.

—¡Lo sé!

—Está totalmente subyugado por Charleston, como le sucede a alguna gente. A mediados de la semana próxima, un amigo suyo volará desde Nueva York a Pearis. El viernes 14 el señor Grantham traerá a su amigo desde Pearis para poder así mostrarle lo que una vez fue Charles Town. Los invité a quedarse con nosotros, por supuesto; pero ofrecieron amables disculpas; creo que prefieren la libertad de un hotel. No te importará ver a Alan Grantham nuevamente, ¿no es así?

—No, no me importa. Alan es agradable, y puede ser entretenido si quiere. Pero

habrá alguien que deseará verlo mucho más de lo que yo querría o podría.-

Yancey tocó su mejilla:

—¿Lo dices en serio, pequeña? ¿Quién desearía tanto verlo?

—Camilla —dijo Madge en voz baja, cruzando los brazos y extendiéndolos luego—. Se supone que Camilla es la inteligente, y realmente lo es, pero... Resulta difícil sondear hasta qué punto está entusiasmada con Alan. No lo creerías, si te lo contara. Y por supuesto papá, Valerie Huret te mira de manera más que significativa. A Valerie no le gusta ser viuda...

—¡Realmente Madge!

—... aunque tendrá que hacer un *strip-tease* en tu estudio para que lo notes. Pero estaba hablando de Camilla. Si yo alguna vez perdiera la cabeza por un hombre ¿crees que estaría dispuesta a gritarlo desde la azotea para que todos se enteraran? ¡Soy demasiado orgullosa como para comportarme así!

—Tu candidez, Madge, es refrescante en una época como ésta. No obstante, ya que tú no eres una autoridad en los asuntos del corazón de nadie...

—Papá, ¿por qué quieres pedirle consejo a Alan Grantham? A él le preocupa la literatura y la historia y su campo son las artes, de las cuales siempre has desconfiado. ¿Por qué quieres, pedirle consejo a Alan?

—No quiero pedírselo a él; lo he incluido por cortesía. El hombre cuyo consejo me es necesario es el amigo que lo acompañará a Charleston.

—¿Oh? ¿Quién es?

—Un distinguido viajero inglés, el doctor Gideon Fell. Debes de recordarlo, mi querida. Dio una conferencia en Goliath en febrero; lo conociste después, a la hora del té.

—Madge, ahí están nuevamente tus cañones fantasmas —Yancey Beale interrumpió, mientras el cielo parecía temblar con ruidos distantes—. ¿Los oyes, querida?

—Sí... recuerdo al doctor Fell. Dio una conferencia sobre *Asesinos que he conocido*. En el más terrible asesinato del condado de Westchester, cerca de Nueva York, cuando una actriz recibió un disparo de ballesta o algo así, el doctor Fell fue quien... Papá, ¿qué es todo esto? ¿O sólo quieres que explique cómo el comodoro Maynard murió en la playa hace cien años? A veces me parece que no vale la pena...

Una especie de convulsión cruzó el rostro del padre.

—¡Madge no sigas! ¡Por Dios, no sigas!

El grito resonó metálicamente bajo las magnolias. Luego, instantáneamente, Henry Maynard recobró el control.

—¿Quién dijo nada sobre asesinatos, mi querida? El consejo que necesito te concierne a ti.

—¿A mí? ¿Cómo puede concernirme a mí?

Una figura torturada la miró.

—Todo lo que hago —dijo—, es para ti y tu felicidad. Puede ser que no lo

aprecies, puede ser que ni siquiera lo entiendas, pero a esta altura de nuestra vida debes de tener más de un motivo para creerlo —su voz se agudizó—: No se hable más del asunto. ¿Me has entendido?

—Sí —murmuró Madge tras una pausa.

—¡Yancey!

—¿Señor?

—Ya casi había olvidado cómo se comporta el tiempo por estos alrededores. Me parece que esta noche es demasiado cálida para comienzos de mayo. Pero un cambio se avecina; hará frío en muy poco tiempo; será mejor que Madge y yo entremos. ¿Tienes que hacer alguna pregunta?

—Muchas señor. ¿Quién o qué persigue a las personas y aplasta sus cráneos sin dejar ningún rastro?

—¡Buenas noches, Yancey! Te veremos mañana.

—¡Algo extraño está sucediendo aquí! —murmuró Yancey Beale.

Los cañones fantasmas retumbaban en el cielo.

CAPÍTULO 2

Viernes 14 de mayo.

A las nueve de la mañana, el convertible Imperial salió de Pearis por Pinckney hacia la carretera 276, que se convierte en Interstate 26 pasando Columbia, la capital del estado, al sudeste de la costa y de Charleston.

Alan Grantham, que sin saberlo era el alma gemela de Yancey Beale, manejaba a la velocidad reglamentaria de 90 kilómetros por hora. Una mole, demasiado grande para acomodarse en el asiento delantero, al lado del conductor, descansaba plácidamente en el asiento de atrás: era su amigo, el doctor Gideon Fell.

El destino de Alan Grantham, a los treinta y cinco años podría haber sido envidiado por muchos. Si Alan no lo admitía, era porque estaba constantemente preocupado por otras cosas. Además del problema presentado por los Maynard en James Island, estaba la continua crisis emocional con Camilla Bruce. Camilla, noche y día, ocupaba sus pensamientos. Pero lo envidiable de su posición había sido enfatizado por el doctor Fell, poco después de haber llegado el jueves por la tarde.

Alan ya estaba en la plataforma cuando el gran Whisperjet de Eastern Airlines, sin escalas desde Newark a Pearis, carreteó en el aeropuerto de Pearis Athenstown. El doctor Fell, luciendo un sombrero de ala ancha y una capa negra, grande como una carpa, descendió pesadamente por la escalerilla del avión, balanceándose sobre su bastón. Su rostro sonrosado ya estaba traspirado, con los bigotes caídos hacia abajo y los anteojos pendiendo de una cinta negra. Estrechó cordialmente la mano de un hombre nervioso, de mediana estatura, que vestía pantalones y saco *sport*.

—¡Je! —rió el doctor Fell—. ¡Je, je, je! Perdóneme, mi estimado amigo, el calor del sol tiene muy pocos elementos humorísticos. ¿Le importaría si me quito esta capa que me puede llegar a matar?

—¿Importarme? Tenemos 32 grados. Llevo saco sólo por respeto a mi supuesto cargo académico. Aunque, en verdad el termómetro todavía no ha comenzado realmente a subir.

—Ha subido lo suficiente —contestó ásperamente el doctor Fell—. ¡Arcontes de Atenas! En Inglaterra, como estará enterado, cualquier temperatura sobre los 20 grados constituye una paralizante ola de calor. ¿No podríamos... este...?

—¿Tomar algo? Por supuesto. ¿No desea *whisky*, verdad?

—El hombre que tomara *whisky* con esta temperatura —exclamó el doctor Fell— usaría ropa interior de franela en el trópico y pediría hamburguesas en un banquete pantagruélico. ¡No, por Dios! ¿Por qué me lo ha preguntado?

—En este estado, Maestro, no despachan *whisky* en el bar. Podemos —y lo

hacemos— comprar todo lo que deseamos en un almacén para tomarlo luego en casa. Si le apetece *bourbon*, (en el sud siempre es *bourbon*, a pesar de que el Scotch no es impopular), debemos esperar hasta llegar a mi departamento. Si prefiere cerveza o vino...

—¡Cerveza, por favor! ¡Siempre cerveza! ¿Hay un lugar?

—Aquí en el aeropuerto. Sígame.

El aire acondicionado acariciaba el mármol, más allá de las puertas de vidrio. En el oscuro y agradable sótano del bar, separados por altos vasos de Alt Heidelberg, Alan encendió un cigarrillo y su invitado una obesa pipa de espuma de mar.

—*Nunc bibendum est!* —rugió el doctor Fell, levantando su vaso y soplando espuma como el Espíritu del Volcán—. Lo conocí en Inglaterra, Alan, cuando estaba en Simon Magus, en Cambridge. Hay algo que no se: nunca se me ocurrió que fuera tan importante como para preguntarlo. Pero en este país, he descubierto que lo primero que le pregunta un americano a otro es dónde ha nacido. Muy bien, que se cumpla la costumbre: ¿dónde nació usted?

—En Wilmington, Delaware, el santuario de los Du Ponts.

—Ahora bien, este cargo académico que mencionó anteriormente, ¿a qué lo debe?

—Recuerde que dije cargo académico supuesto. Créame que ninguno de mis amigos lo encuentra tan gracioso como yo.

—Una actitud elogiada, pero trate de contestar. ¿A qué lo debe?

—A mi Master of Arts de Cambridge —replicó Alan—. Un grado académico de Simon Magus tiene poderosos efectos estimulantes.

—¿Cuáles son exactamente sus tareas aquí?

—En el King's College, que celebra el aniversario de su segundo centenario en 1967 y cuyo nombre se mantuvo intacto hasta cuando Richard Pearis, su primer respaldo Tory, fué expulsado del pueblo en la época de la revolución, tengo a mi cargo las Conferencias Recordatorias de Hugh Burwell sobre Literatura Inglesa. Sólo hay que dictar veinte conferencias durante el año; mi tarea termina justo antes del acto de distribución de diplomas en junio.

—¡Oh, ya veo! ¿Es usted buen profesor?

—Tengo entusiasmo, eso es todo. Como profesor, supongo que no brillo demasiado. Camilla diría...

—¿Camilla es la señorita Bruce? ¿La joven que menciona tan frecuentemente? ¿Qué es lo que ella diría?

—Mucho. Porque no puedo admirar nuestras actuales vacas sagradas, los muy elogiados Prousts y Joyces, cuyas reputaciones son muy superiores a sus propios méritos, se supone que soy un anticuado que se interesa sólo por melodramas sensacionales o farsas groseras.

—¿Es verdad?

—Sólo hasta cierto punto. A pesar de que ello, no parece importarles en King's. Me han ofrecido quedarme el próximo año como miembro regular del claustro, y

tengo toda la intención de hacerlo.

—Por sus cartas deduzco que el sur le resulta bastante agradable; ¿no es así?

—¿Bastante agradable? Éste es definitivamente mi lugar. Me gusta la gente, la manera que tienen de actuar, y sobre todo me siento libre de las presiones incesantes, tan comunes en Nueva York y sus alrededores. Abreviando, me siento como en mi casa.

Jadeante, cepillando cenizas de su enorme cuerpo, el doctor Fell se acomodó en su asiento y pestañeó detrás de sus anteojos desequilibrados.

—¿Nunca se le ha ocurrido Alan que usted es un hombre muy afortunado?

—Bueno...

—¡Piénselo! Tiene una renta que le da independencia. No necesita un cargo académico, si no lo quiere. Tiene juventud, salud, y sobre todo un entusiasmo que surge ante cada palabra. ¿Nunca se le ocurrió pensar en su extremada buena suerte?

—Viva un hombre donde viviere, siempre habrá una mata de espinas junto a su puerta.

—Y ¿cuál es su mata de espinas?

—Camilla, sobre todo Camilla. ¡Si sólo se pudiera persuadir a esa mujer de que se interesara por mí!

—¿Y ella no se deja persuadir?

—No lo sé, Maestro. ¿Cambiamos de tema? Un antimatemático como yo no debe monopolizar la conversación. ¿Cómo marchan las cosas para usted, doctor Fell? ¿Se ha resuelto el caso de Richbell?

—Se resolvió satisfactoriamente, o al menos de manera razonablemente satisfactoria, cuando un teniente de la policía llamado Spinelli mató al culpable en un parque de diversiones. Sólo espero...

—¿No estar frente a un nuevo caso? ¿Es eso?

—Francamente, mi estimado amigo, no tengo la menor noción de lo que he de encontrar. El señor Henry Maynard, por ejemplo; ¿qué desea de mí? No quiso decírmelo; sólo me insinuó algo. ¿Usted sabe qué quiere?

—Yo tampoco sé de qué se trata; sólo soy un intermediario entre ustedes dos. Pero los Maynard...

—*¡Sat prata biberunt!* —entonó el doctor Fell, mientras terminaba su cerveza y apoyaba el vaso con un golpe—. El caso Maynard, según me parece, tiene más de un rasgo extraño. Sin embargo, dejaremos ese problema hasta que se presente.

Y así, a las nueve de la mañana del viernes, abandonaron el pueblo por la carretera 276 en el Imperial de Alan. Era un día hermoso y corría una brisa agradable. El doctor Fell, en el asiento trasero, tenía su bastón apoyado frente a sí, con las manos cruzadas en la parte superior. Había puesto su sombrero a un costado, ya que amenazaba volarse con el viento; sus cabellos grises se agitaban al viento, como así también la cinta de sus anteojos. Pero el rostro sonrosado brillaba de bienestar, y la risa animaba sus varios mentones. A cada rato se inclinaba para encontrar los ojos de

Alan en el espejo retrovisor y conversar así cara a cara.

Habían dejado a Pearis atrás. Preguntó:

—¿Dónde vamos a hospedarnos en Charleston? Hemos rehusado la invitación de Maynard, ¿no es así?

—Sí. Hay dos hoteles de lujo: el Francis Marion, entre las calles King y Calhoun, y el Fort Sumter, en el Boulevard Murray con vista al puerto. Los dos son de primera clase; si prefiero el Francis Marion es sólo porque me he hospedado allí a menudo y me es familiar. He reservado habitaciones allí, pero si usted prefiere el otro...

—¡Bien! ¡Muy bien! Que sea el Francis Marion entonces.

—¿Había comenzado a decir algo, Maestro?

—¡Oh, sí! —aceptó el doctor Fell—. Conozco algo el sur, a pesar de que el camino de un conferenciante lo lleva siempre a las grandes ciudades: Richmond, Atlanta, Nueva Orleans.

—Entonces ¿nunca ha estado en Charleston?

—Por el contrario, estuve una vez, hace algunos años, pero por tan poco tiempo que no alcancé a ver nada.

—¿Qué puede decirme del lugar?

El doctor Fell pestañeó, molesto por el sol, que siempre parece encontrar los ojos sin importar en qué dirección uno vaya.

—Sin querer parecer un guía turística —replicó—, puedo informarle que la ciudad de Charleston, llamada en su origen Charles Town en honor del rey Carlos II a fines del siglo xvii, está en una bahía entre los ríos Ashley y Cooper, cuyas aguas se unen en un puerto rodeado de islas arenosas y antiguos fuertes. Vagamente recuerdo una ciudad tranquila, de colores claros y graciosas cúpulas de iglesia, de casas con dos pórticos y jardines florecidos. Recuerdo una calle larga y bastante angosta...

—La calle King.

—... que baja desde los suburbios al norte hacia la Batería. Pero siempre —jadeó el doctor Fell—, este viejo cerebro vuelve a recordar esas islas en la bahía. Permítame, hacer una o dos preguntas.

—¿Sí?

—La isla de Sullivan, con el fuerte Moultrie, por supuesto, es famosa por la canción y por la historia. También lo es el fuerte Sumter. ¿Dónde está situado este último?

—A muy poca distancia de la boca de la bahía, en una isla artificial.

—Es sabido que antes del amanecer del 12 de abril de 1861, los confederados abrieron fuego sobre el fuerte Sumter e iniciaron así las desavenencias entre el Norte y el Star. Pero ¿cómo abrieron fuego? ¿Desde un barco?

—No, Maestro. Desde otro fuerte.

—¿Otro fuerte?

—Sí. Desde el fuerte Johnson, en el extremo este de la isla James, a menos de tres kilómetros. Al fuerte Sumter puede llegarse por agua; un pequeño barco a vapor hace

la excursión todos los días.

—¿Y las otras islas?

—Hay puentes hacia todas. Puede visitar lo que queda del fuerte Johnson, han construido una estación de investigación Oceanográfica en ese extremo de James Island. Maynard Hall queda muy cerca de allí, fuera del camino Fort Johnson. ¿Se da cuenta adonde nos lleva esto, doctor Fell? Directamente alrededor de un círculo hacia los Maynard, sus amigos y nuestra actual preocupación. ¿Discutiremos el tema finalmente?

—¡Oh, sí! Será lo mejor.

—No voy a relatar la historia de los Maynard; el señor Maynard puede contarnos mucho más de lo que yo haya podido descubrir buscando en los archivos. De todas maneras, es la situación actual la que parece estar causando un montón de problemas.

—¿Y cuál es la situación actual, mi estimado amigo? —estalló el doctor Fell—. Maynard me escribió diciendo que pensaba reunir un pequeño grupo. Pero eso debió comenzar casi quince días atrás, el 3 de mayo; seguramente el grupo ya debe de haberse disgregado.

—De ninguna manera. Aún están allí.

—¿Quiénes están allí?

—Henry Maynard, su hija (su madre murió poco después del nacimiento de Madge), mi Camilla, un antiguo director de diario llamado Crandall, y un par de abogados noveles, uno norteño y el otro sureño: Ripton Hillboro y Yancey Beale respectivamente. Hay otros dos invitados, que no viven en la casa, pero que van frecuentemente: un joven médico, Mark Sheldon, y una mujer más bien joven, Valerie Huret, que se casó con un descendiente de una vieja familia hugonota y enviudó hace tres o cuatro años. La fiesta está en su apogeo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por Camilla. Me escribe regularmente, aunque con frialdad.

—Usted habló de problemas. ¿Qué problemas?

—Digamos alarma y confusión; la causa permanece en la oscuridad. Camilla ha sido vaga, tan vaga como Henry Maynard; y ya no estoy seguro de nada. Está preocupada. Algo bastante sensacional pasó en la noche del viernes último, el 7, cuando el señor Maynard estaba, por sus negocios, en Richmond. Hasta entonces, según parece, había estado abatido y preocupado. Cuando regresó el sábado a la mañana había cambiado: estaba alegre e inquieto. Los invitados debían partir ese fin de semana; pero no lo permitió y los persuadió para que se quedaran. Dejando de lado que Camilla está preocupada, lo cual me molesta, es todo lo que puedo decirle.

De repente Alan estalló. A pesar de ser normalmente un conductor que mantiene su atención fija en el camino, echó una mirada en torno antes de darse vuelta.

—Por Dios, ¿qué piensa de Henry Maynard? Exteriormente parece tranquilo, pero estoy dispuesto a apostar que no lo es. Hay una personalidad explosiva detrás de esa fachada.

—Completamente de acuerdo —masculló el doctor Fell.

—¿Usted lo conoce muy bien?

—Lo vi una vez solamente. ¿Y usted?

—Sólo lo he visto tres veces, y eso fue hace dos años, cuando los visité en Goliath, en Connecticut. Tiene una hija llamada Madge.

—Sí; lo sé. ¿Bien?

—Madge irradia *sex-appeal* —dijo Alan—. Tiene unos ojos que pueden abrir una ostra a sesenta pasos. Madge no se da cuenta de esto; para ella es tan natural como respirar, y ni siquiera se imagina el efecto en un hombre. Me podría haber enamorado desella, que es por lo cual fui allí tres veces, pero luego conocí a Camilla y... y...

—¿Y qué? —demandó el doctor Fell, que ahora parecía preocupado—. Perdone la curiosidad de un viejo estúpido, pero ¿por qué se resiste a hablar de Camilla? ¿Es sólo porque se ha enamorado de ella?

—Sí, excepto cuando quiero asesinarla. O lo que es más exacto, cuando ella quiere asesinarme a mí.

—¿Quiere asesinarlo? ¡Es una buena señal!

—No, no hay esperanzas. Camilla es diferente de otras mujeres.

—¿En qué sentido es diferente?

—No anatómicamente; puedo jurarlo. Sólo en encanto, en mi opinión, supera a Madge Maynard y a cualquier otra mujer.

—¿Dónde reside entonces la dificultad? ¡Por favor! ¿No puedo persuadirlo a que sea un poco más claro?

Alan reflexionó.

—No puede explicarse en base a un solo punto —dijo—, ya que no coincidimos. Camilla es una matemática, y yo odio las matemáticas. Políticamente es una liberal que se interesa por el bienestar social; yo soy un conservador reaccionario a quien eso no podría importarle menos. Tiene ideas bastante avanzadas sobre letras y arte; yo, por mi parte, no veo virtud alguna en despanzurrar el idioma inglés o embadurnar telas con pesadillas. Lo más que podemos alcanzar es una tregua, esperar y ver.

—¿Está seguro de que entiende a la joven? Por ejemplo, ¿le ha mencionado sus sentimientos?

—No, a Camilla no le interesaría —Alan estalló nuevamente—. Desearía saber qué está sucediendo en Maynard Hall. ¡Si el fantasma de un pirata muerto todavía está listo para atacar a alguien y aplastarle la cabeza con la parte plana de un hacha india...!

Fue como si hubiera arrojado un balde de agua fría a la cara de su compañero.

—¡Un momento! —exclamó el doctor Fell, jadeando y tosiendo—. ¿Puede repetir eso por favor? ¿Si el fantasma de un pirata muerto está listo para qué?

—Es sólo una leyenda, Maestro. Sus bases son reales, pero el resto es sólo rumores y permanece oscuro.

—Oscuro o claro, muchacho, ¡quiero saberlo!

Alan estudió el camino.

—El primer Maynard que recibió tierras de los Lores Propietarios; de la Provincia de Carolina (en 1685, creo) se llamaba Richard. Los nombres Richard, Henry y Luke siguen repitiéndose hasta la fecha actual.

”Parece ser que el primer Richard, ya hombre, era un fanfarrón. Compró quinientas hectáreas en la costa norte de James Island; se casó, fundó una familia y se dedicó a cosechar arroz y algodón. Entonces comenzó su amarga contienda con Big Nat Skeene.

”Nathaniel Skeene, a pesar de haber sido criado y educado decentemente, era de muy mala índole. Había navegado con piratas y convivido con indios, pero nadie podía probar lo primero y de lo último se jactaba. Por ese entonces, vivía en una casucha de piedras cerca de un pantano en la costa sur de la isla, no lejos de lo que hoy es Folly Beach. No sabemos por qué odiaba a Richard Maynard y amenazó con (textualmente) ‘destriparlo’; Richard devolvió el odio con todas sus fuerzas.

”Joseph Morton, el gobernador de la Colonia de Charles Town, había estado buscando una excusa para deshacerse de Skeene. Los años pasaron; y encontró su excusa. Big Nat tenía dos esposas indias que eran esclavas; la ley prohibía la esclavitud de los indios, si bien no la de los negros. Un día en 1692, el gobernador Morton despachó a su ayudante militar en busca de Skeene. El ayudante, el capitán Waring, cruzó desde tierra firme en un pequeño bote, pero no estaba seguro de descubrir el paradero de Skeene. Richard Maynard se ofreció a guiarlo.

”Cabalgaron por un sendero en pésimas condiciones que era el único camino existente. Ni bien desmontaron, Big Nat salió de la casa con los brazos cargados de armas primitivas. Sin prestar atención al oficial del gobernador, dirigió todo su veneno hacia su viejo enemigo. Disparó a los pies de Richard, bramó la clase de desafío que ningún Maynard podría rehusar, y atacó en un infierno de gritos.

”Debe de haber sido una batalla muy especial sobre esas arenas solitarias al lado del pantano. Peleaban al estilo indio, con cuchillos y hachas, el cuchillo en la mano derecha y el hacha en la izquierda.

”Richard Maynard era un buen espadachín y aunque no estaba acostumbrado a un trabajo de carnicero como ése, actuó con gran velocidad o tuvo una gran suerte. No tenía nada de escrúpulos y no le importaba pelear con el cuchillo. Pero partirla la cabeza a un hombre con un hacha, ya fuera tirándola desde cierta distancia o en combate cuerpo a cuerpo le parecía una barbarie sangrienta. Esquivó los primeros ataques, luego perdió la cabeza y atacó.

”El hacha india, como usted sabe, era un hacha pequeña con base plana, sin cabeza de martillo, en el lado opuesto al borde cortante. Skeene atacó nuevamente, buscando con el cuchillo el vientre de su adversario. Con el hacha en la mano, la parte lisa hacia adentro, Richard golpeó fuertemente el lado derecho de la cabeza de Skeene. Skeene no logró pararlo con el cuchillo; el golpe lo dejó sin sentido o peor; cuando estaba cayendo Richard le asestó una puñalada en el corazón.

”Enterraron a Big Nat al borde del pantano donde cayó. Como el capitán Waring había presenciado todo, el ‘juicio’ de Richard Maynard no tuvo nada de juicio. El jurado lo absolvió y recibió un agradecimiento oficial por haber enterrado cristianamente a Skeene. Hasta aquí la historia es verdadera. Está registrada en los archivos, todo bajo sello y firma. Pero luego, doctor Fell... luego...”

El doctor Fell que había estado escuchando absorto se enderezó en su asiento.

—Con paciencia ejemplar —dijo—, he escuchado un sensacionalismo no muy tolerable. Continuaré escuchando con mucho agrado. Pero hasta ahora no hay un rompecabezas como para mantenernos despiertos durante varias noches.

—Richard Maynard, según dicen, se mantuvo despierto durante muchas noches.

—¿Bien?

—Nuevamente pasaron los años —continuó Alan—. Aparentemente no quedó rastro alguno de Big Nat Skeene. Su casucha se convirtió en ruinas, sus esposas regresaron a su tribu Tuscarora. Excepto la afluencia de colonos, James Island permaneció igual. Fue Richard Maynard quien cambió gradualmente.

”Nunca muy genial, se volvió tan malhumorado y susceptible que hasta sus hijos tenían miedo de estar cerca de él. Ante cualquiera que lo escuchara se quejaba de que algo o alguien lo seguía a todas partes. Se excitaba terriblemente si dé pronto se abría una puerta, temía la hora del crepúsculo, y no podía soportar la noche.

”Un día, en 1698, cabalgó nuevamente hacia el otro lado de la isla. Nadie sabe por qué. Su caballo regresó esa noche, solo. Al amanecer, encontraron su cuerpo en el pantano, pocos metros al norte de la tumba de Big Nat. El lado derecho de su cabeza había sido golpeado no con un borde cortante, sino como con la parte lisa de un hacha. Solo sus pisadas estaban marcadas en el barro alrededor. No pudo encontrarse ningún arma.

”Ésa es la historia, doctor Fell. Puede creerla o no; le doy mis disculpas por tanta tontería. Nadie buscaba la compañía de Nathaniel Skeene vivo; muerto debe de haber sido una compañía todavía menos deseable”.

El doctor Fell había cerrado los ojos y estaba pensando.

—¡Un momento! —dijo de pronto—. Creo haber escuchado... ¿No hay otra historia similar, doscientos años más tarde?

—Si se refiere al comodoro Luke Maynard, en 1867, hay también muy pocas pruebas.

—¿Pocas pruebas? ¿Seguramente había diarios?

—Sí. Pero...

—Pero, ¿qué?

—El comodoro Luke Maynard, un fanfarrón y ardiente Confederado, comandaba uno de los barcos sureños que descargaban su ira destruyendo el comercio de la Unión. Todo el mundo ha oído hablar del barco *Florida* y del *Alabama*. Luke Maynard comandaba el *Palmetto*, como los otros, construido en Inglaterra y equipado con armamento en un puerto lejano de ese país. Finalmente fue destruido por el

norteamericano *Pontiac*, de mayor tonelaje y potencia de fuego. Los dos barcos de guerra se hundieron en una reñida batalla cerca de Jamaica en 1864. Luke Maynard permaneció en su barco cuando se hundía, pero fue recogido por un grupo de Puerto Royal que simpatizaba con los Confederados.

”Si no murió bajo el fuego de los cañones enemigos, pudo haber muerto en un duelo después de la guerra. De la bandera de Maynard Hall desaparecieron las estrellas y las barras. La reconstrucción había sido encarada con fuerza; las tropas de la Unión ocupaban la ciudadela en Marion Square; había *yankees* malditos por todas partes y el comodoro Maynard no tenía un carácter apacible. Sin embargo, no murió de un tiro.

”Una noche, en abril del 67 iba caminando hacia el oeste por la playa cerca del Hall. Encontraron su cuerpo a la mañana siguiente cuando bajó la marea. A pesar de que yacía sobre la parte más alta, la arena estaba húmeda alrededor en un radio de 15 metros. El lado derecho de su cabeza había recibido un fuerte golpe, no había otras huellas que las suyas y tampoco se encontró el arma.

”Los diarios de la época, como dije, no sirven para mucho. Todavía se conservan en el subsuelo de la Biblioteca del Colegio de la ciudad de Charleston. Pero es fácil comprender por qué no sirven para mucho. La Confederación había soportado cuatro años de horrores, incluyendo la marcha de Sherman desde Atlanta hacia el mar, y más tarde también por las Carolinas; la Confederación estaba harta. Los relatos en los diarios sobre la muerte del comodoro Maynard son tan escuetos que es difícil saber qué sucedió. El único punto que mencionan es apenas informativo. Sobre la arena, a poca distancia del cuerpo, a 20 o 30 centímetros a un costado de la cabeza yacía una pequeña masa de algas marinas”.

—¡Algas marinas! —exclamó de repente el doctor Fell—. ¡Por Dios! ¡Por Baco! ¡Por mi viejo sombrero! ¿Dijo algas marinas?

—Sí. Se encuentran a menudo en las playas.

—Oh, sí; por supuesto. Estaba distraído nuevamente —el doctor Fell miró hacia el paisaje—. ¿Dónde estamos ahora?

—Pasando Columbia y la señal de los 150 kilómetros. En poco más de una hora...

Casi no hablaron durante el resto del viaje. Muy concentrado, el doctor Fell cavilaba, sus manos sobre el bastón. Alan fumaba cigarrillo tras cigarrillo, mientras la imagen de Camilla permanecía en su mente. Vio el cabello color castaño, el brillo de su piel, los ojos azules que nunca se encontraban abiertamente con los suyos.

A las doce y cuarto pasaban por la zona industrial al norte de Charleston. Alan dobló hacia la derecha en medio de un tránsito espeso.

—Ésta es la calle King —dijo—, la larga vía pública que usted mencionó. Ahora faltan más o menos diez minutos, con semáforos que cambian rápidamente. Cuando se enciende la luz verde, hay que ser el próximo en línea o cambia a roja antes de que uno llegue.

—¿Debemos recorrer todo el pueblo para llegar al hotel?

—No. Lo verá en un momento a la derecha, en la esquina de la calle Calhoun, frente a Marion Square. Es un gran edificio de ladrillos colorados con la entrada al estacionamiento a un costado, en esta dirección.

—Como traté de establecer hace un rato —dijo diez minutos más tarde—, Henry Maynard nos dirá más sobre la historia de su familia de lo que podamos encontrar en los archivos. —Nuevamente se intranquilizó—. Pero nada muy malo puede estar sucediendo ahora, o nos habríamos enterado. Aquí doblamos.

—Bueno —dijo el doctor Fell—, parece que alguien le está haciendo señas. La joven...

El corazón de Alan dio un brinco. Condujo hasta una barrera blanca en la entrada al estacionamiento. Con la mano izquierda apretó la manija plateada del mecanismo de control de la barrera. El mecanismo emitió una cartulina perforada; la barrera se levantó, y Alan se introdujo en la playa.

Entonces la vio.

Un poco más alta que Madge Maynard, tal vez un poco más delgada, pero con la misma figura, lucía un elegante vestido veraniego. Elevó un par de anteojos oscuros hacia él.

—¡Camilla!

—¡Alan!

—Todo bien, ¿no? ¿Espero que no hayan estado usando un hacha?

—No, no recientemente —dijo Camilla. Parecía un poco aturdida, posiblemente por el calor—. Si te refieres a esas horribles historias, hay un hacha en la sala de armas. Pero ya no están de moda, hoy en día, ni siquiera para que tú las uses contra mí.

—¿Contra ti?

Por primera vez Alan notó que había alguien más, y se contuvo. Detrás de Camilla avanzaba un hombre corpulento, con traje y corbata oscuros. Su mandíbula fuerte parecía una contradicción a sus ojos dulces; sus ademanes eran deliberados y sobrios. La atención de Camilla permaneció fija en Alan.

—No hice nada malo, ¿no es así? —preguntó—. Dijiste que te alojarías en este hotel, y que llegarías alrededor de las doce y media. ¡Oh! ¡Perdóname! Éste es el señor... el teniente... capitán.

—Capitán Ashcroft —interrumpió el hombre corpulento—, de la policía del Condado de Charleston. ¿Señor Grantham? ¿Doctor Gideon Fell?

En la parte trasera del coche el doctor Fell se levantó e hizo una reverencia. El capitán Ashcroft se dirigió hacia él con gran formalidad.

—Cuando usted y el señor Grantham hayan registrado su ingreso al hotel le agradeceré unas palabras de carácter confidencial. ¿Le parece bien?

—Esas palabras, señor —contestó el doctor Fell aún con más formalidad—, las tendrá durante el almuerzo. Mientras tanto, permítame formular la pregunta con la

cual mi joven amigo ha estado luchando. ¿Ha habido algún disturbio en Maynard Hall?

El capitán Ashcroft meditó.

—¡Bueno..., sí! —extendió una mano como para hacer pases magnéticos—. Nada para preocuparse, tal vez. Pero fue algo muy raro y aparentemente insignificante. Alguien robó un espantapájaros.

CAPÍTULO 3

—¿Te importaría repetir eso, Camilla? ¿Sobre la noche del viernes último?

—¿Toda la historia?

Habían terminado de almorzar en la cafetería del hotel Camilla Bruce, Alan Grantham, y el capitán Ashcroft estaban sentados a una mesa para cuatro. Del otro lado del camino, entre el verde y las flores de Marion Square, John C. Calhoun, sobre su alta columna, miraba hacia el sur, sobre una ciudad que el Dr. Fell había descrito como una invasión de colores suaves y agujas de iglesias.

Alan, sentado frente a Camilla, no apartaba sus ojos de la joven, con su cutis claro y rosado, espesos cabellos castaños casi hasta los hombros, ojos azules, que se desviaban hacia la ventana cada vez que sus miradas se encontraban. Camilla parecía inquieta.

—¿Toda la historia? —repitió—. ¡Realmente...!

El capitán Ashcroft puso los codos sobre la mesa.

—Escuche, señorita —era cariñosamente persuasivo—, haga exactamente lo que le pide el Sr. Grantham. Sí, toda la historia; a mí también me gustaría escucharla nuevamente. Tal vez sin la parte del espantapájaros. Para mi modo de ver eso no es importante. Cualquier vagabundo pudo haber robado su espantapájaros señorita.

—Entonces ¿el espantapájaros —interrumpió Alan— no estaba en un maizal?

La dulce voz de Camilla tenía un dejo de pena cuando dijo:

—¡Oh!, Alan, estás pensando en *El Mago de Oz*.

—¿Te parece?

—¿Has visto muy a menudo un espantapájaros en un maizal? La gente pone espantapájaros en cualquier lugar donde los pájaros puedan causar daños. Éste, como traté de explicar, estaba en el jardín, en la parte de atrás del Hall. Madge lo puso cuando llegaron allí, en abril; yo la ayudé. Habíamos encontrado una bolsa de sal que tenía la medida justa para la cabeza. Tomó uno de los trajes de su padre y un sombrero. Al señor Maynard no le gustó esto último; no dijo mucho, pero se veía que estaba enojado, no bien se encontró frente al espantapájaros.

—No lo culpo, Camilla. Un espantapájaros elegante parece fuera de lugar.

—¿El realismo no es algo fuera de lugar? Madge y yo rellenamos el espantapájaros con paja; tal vez nosotras estuviéramos pensando en *El Mago de Oz*. Le pusimos una especie de babero dentro del saco, y atamos los brazos y piernas con una cuerda. Era un *hermoso* espantapájaros.

—Apuesto que sí.

—Alan Grantham, ¿quiere hacerme el favor de dejar de burlarte cada vez que

abro la boca?

—No me estaba burlando, Camilla.

—Sí lo estabas, tú sabes que lo estabas; ¡siempre lo haces! ¡No puedo decir una palabra sin que lo hagas!

El capitán Ashcroft esbozó un gesto pacificador.

—Ahora, señorita —dijo lo más paternalmente que pudo—, olvide el espantapájaros. Lo que me preocupa es todo ese ruido a la mitad de la noche. Sí, sí, ¡sé que los otros me han dado sus versiones! ¿Supongamos que usted nos dé la suya nuevamente, como lo hizo al doctor Fell hace un rato?

—¿Dónde está el doctor Fell?

—¿No habrá olvidado, señorita, que lo llamaron al teléfono hace escasos tres minutos? Eso me recuerda algo. Sr. Grantham, ¿conoce a un hombre llamado Spinelli, el teniente Carlo Spinelli, del condado de Westchester, en las afueras de Nueva York?

—No lo conozco. Pero he oído que el doctor Fell lo mencionaba.

El capitán Ashcroft sacudió su grisácea cabeza.

—Hace más de veinte años yo estaba en el ejército con Carlo Spinelli. ¡Debería haberlo oído hablar del doctor Fell! Spinelli tiene una muy alta opinión de ese hombrón; y ahora que lo he conocido estoy de acuerdo. Comience, señorita Bruce. No le importa contármelo, ¿no es así?

—No me importa contárselo, capitán Ashcroft. Es muy agradable conversar con usted. Cosa que no ocurre con otras personas que podría mencionar.

—Bueno, bueno, señorita.

—Pero no pensaba que usted sería así. —Camilla echó hacia atrás un mechón de sus cabellos—. Kip Hillboro persuadió al señor Maynard para que hablara con la policía, a pesar de que este último no quería hacerlo. Cuando Madge dijo que venía un detective de Charleston...

—Se asustó, ¿no es así?

—Terriblemente; quería correr a esconderme. En los cuentos...

—Lo sé, señorita, ¡lo sé! Si hiciéramos lo que hacen en esos cuentos policiales nos veríamos en grandes problemas cada vez que nos diéramos vuelta. Mucha gente parece estar en contra de nosotros: la policía siempre equivocada, cualquier viejo sinvergüenza siempre en lo cierto. Es un trabajo duro y nunca apreciado y la paga es poca, pero no somos tan malos como parecemos; ¿me entiende?

—Capitán Ashcroft —dijo Camilla suavemente—, ¿puedo hacerle una pregunta? Usted conoce bastante bien al señor Maynard, ¿no es así?

El capitán Ashcroft podía ser un hombre muy fuerte; pero no era un hombre callado.

—Conozco a los Maynard —contestó— desde que tengo memoria. Han pertenecido a la clase alta desde hace casi trescientos años; yo no estoy a su altura exactamente a pesar de que mi abuelo era el oficial a cargo de la artillería en el

Palmetto cuando el abuelo de Henry lo comandaba.

En este punto, y pidiendo disculpas a Camilla, mordió la punta de un cigarro King Edward y lo encendió.

—En la última generación sólo hubo dos de ellos, Richard y Henry. Richard, el mayor, murió soltero hace unos meses; había heredado la propiedad, y todavía había mucho para heredar.

”Pero Henry, que es ocho o diez años mayor que yo, nunca tuvo preocupaciones. Era el preferido de su madre; usted sabe lo que eso significa. Lo envió a un excelente colegio preparatorio en el norte, luego a Williams o Amherst o uno de esos lugares, no sé cuál. Su madre lo dejó tan bien asegurado que podía darse el gusto de vivir en el extranjero, lo cual hizo hasta que Hitler invadió Francia.

”Esa es mi parte de la historia, y me alegra contarla. Temprano en la tarde del sábado último, el 8, recibimos una llamada en la oficina; había habido una revuelta en James Island, la noche anterior. ‘Joe’, me dijo el jefe (generalmente no permito que esto se sepa; mi primer nombre es Josephus, por Josephus Daniels, de Carolina del Norte) ‘Joe’, me dijo, ‘no sabemos qué sucede, probablemente nada. A pesar de todo, tú conoces a esta gente. No eres ni Lord Chesterfield ni el hermoso Brummell, pero al menos no les tirarás sopa a la cara, ni saltarás en el aire para caer sobre los pies de alguien. Ve allá e investiga’.

”Ahora, jovencita, es su turno. No tiene por qué asustarse, siendo tan linda y dulce. Sucedió hace casi una semana, ¿no es así?, y ya lo contó una vez, esta mañana. No quiero apurarla, ¡créame! Pero estoy de acuerdo con el señor Beale: algo extraño está sucediendo allí y le estaré muy agradecido por cualquier ayuda que pueda brindarme”.

—Muy bien —asintió Camilla.

Aún estaba muy nerviosa, y el esfuerzo por mantenerse calma se notaba en sus ojos. Alan le había encendido un cigarrillo cuando encendió el suyo, pero ella lo apagó en seguida. Camilla se apretaba las manos. Miró hacia afuera, como si estuviera atenta al golpeteo de los tacos sobre la acera; luego regresó a ellos.

—El señor Maynard —comenzó Camilla—, se encontraba en Richmond esa noche. Valerie Huret y el doctor Sheldon habían ido a cenar, y Bob Crandall había llegado de Goliath. Luego de la cena tomamos el café en el patio de atrás. Cuando entramos, alrededor de las diez, todos podemos testificar que el espantapájaros no había sido tocado.

Ahora el angustiado era Josephus Ashcroft.

—Perdone la expresión, señorita, pero ¿usted oyó lo que dije sobre ese maldito espantapájaros?

—Está investigando el robo del espantapájaros, ¿no es así?

—No sé qué estoy investigando, señorita. Ése es el problema. Prosiga.

—Bueno, entramos alrededor de las diez. Valerie Huret y el doctor Sheldon partieron juntos en ese momento. El resto de nosotros, Madge, Yancey, Rip, Bob

Crandall y yo...

—¡Un momento, señorita! Con calma y no tan rápido —el capitán Ashcroft interrumpió algo excitado—. Usted no está diciendo... ¿no puede estar diciendo...?

—¿Diciendo qué?

—Mark Sheldon tiene esposa; hace menos de un año que están casados, y ella es una persona muy agradable. ¡Que me cuelguen! ¿No estará sugiriendo que hay algo entre la señora Huret y el joven doctor?

Camilla estaba espantada.

—¿Diciendo? ¿Sugiriendo?

—¿Señorita?

—Ni siquiera lo estoy soñando. Nadie lo piensa. Son amigos, eso es todo. Se fueron “juntos” porque viven cerca, por East Bay en Charleston. Ella es mucho mayor que él, de todas maneras, aunque no lo parezca. Si Valerie está interesada en alguien, Madge piensa que es en su padre.

—¿O tal vez en el señor Crandall? Ésa sería mi propia conjetura; podría equivocarme. También hablando de quién agrada a quién, la señorita Maynard dice que usted...

Sus ojos vacilaron brevemente alrededor de la mesa. Camilla cambió de color; se mantuvo rígida.

—¿Qué es lo que dice Madge?

—Nada señorita, ¡ab-so-lu-ta-men-te nada! ¡Sin embargo! Ya que usted goza de la confianza de la señorita, puede ser que sepa quién...

—No gozo de la confianza de Madge. Madge no confía en nadie, realmente. Es una chica dulce, como usted diría. Pero sus estados de ánimo son muy cambiantes. Éstos no deben tomarse muy en serio ni tampoco considerarla una autoridad en lo que a mí se refiere.

—No lo haré, señorita. De todas maneras si a usted le agradara alguien ¿qué tendría de malo?

—¡Escúcheme bien, señor Jehoshaphat Ashcroft...!

—¡Joseph Ashcroft! Pero “Joe” es lo mismo.

—¡Por favor! —rogó Camilla, más dócilmente—. No sé nada sobre policías, especialmente policías como usted. Pero ¿qué estamos haciendo realmente? ¿Estamos discutiendo las experiencias aterradoras de la noche del viernes último o estamos buscando chismes ociosos?

—Se sorprendería si supiera cuántas pruebas pueden darnos los chismes ociosos. No estoy diciendo que el asunto de Maynard Hall tenga algo que ver con alguien que esté haciendo el tonto con la mujer que no corresponde o con cualquier mujer. Pero ¿no es mucho más probable que ésa sea la causa y no algo que sucedió hace muchos años?

—Bueno...

—Podemos discutir las experiencias aterradoras, si usted continúa con él relato

mientras yo pienso.

—¡Lo siento capitán Ashcroft! ¿Por dónde iba? ¡Oh, sí!

Camilla puso las manos sobre el mantel y respiró profundamente.

—Madge, Yancey, Rip, Bob Crandall y yo entramos. Había hecho calor durante el día, pero estaba fresco al atardecer. La neblina se había levantado desde el agua, como dicen que sucede a menudo. Los cinco fuimos a la biblioteca, que es la gran habitación a la izquierda de la entrada, bajando cuatro escalones, con libros detrás de enrejados de alambre, y muebles de estilo Victoriano forrados en satén amarillo. Entonces comenzaron a contar historias de fantasmas.

—¿Quién contaba las historias?

—Yancey y Rip. Yancey comenzó con una espantosa de M. R. James; Rip respondió al ataque con la mano cortada que tiene vida por sí sola y se arrastra para estrangular a la gente. Desde el lunes, Rip y Yancey han tratado de sobrepasar sus observaciones e impresionar a Madge; aún lo están haciendo.

—No se aprecian mutuamente esos dos, ¿no es así?

—No, nada. Pero tratan de ser mutuamente amables, demasiado amables si se recuerda la agresividad de Rip.

—Ambos están, enamorados de la joven, ¿no es así?

—Oh, sí. No estoy revelando ningún secreto. Si se les da la menor oportunidad, cualquiera de los dos se pondrá a hablarle y contarle todo con lujo de detalles.

—¿Por cuál se inclinaba ella?

—No lo sé. Soy la mejor amiga de Madge; ha estado tanto tiempo entre algodones que tal vez sea su única amiga. Pero como le dije antes Madge no cuenta cosas como éstas; se guarda su propio parecer mucho mejor que... —Camilla se detuvo.

”De todas maneras, las historias de fantasmas continuaban. Bob Crandall trató de aliviar la atmósfera con anécdotas sobre la vida en el diario de un pequeño pueblo en los viejos tiempos cuando todavía no había teletipos; un periodista sentado frente a la máquina de escribir se colocaba audífonos y copiaba lo que le era dictado por una ‘llamada en clave’. Además, citó algunos errores tipográficos muy buenos, aunque no tengo ninguna intención de repetirlos.

”No tiene importancia. De cualquier cosa que habláramos, no importa qué rumbo se tomara, siempre volvía a algo inicuamente sobrenatural. ¡Realmente les pregunto! ¿Historias de fantasmas en la era del espacio? ¿No piensan que es absolutamente ridículo?”.

—Sí... ¡claro! —dijo el capitán Ashcroft, rumiando pensamientos—. Yo no iría tan lejos. Hay muchas cosas en el mundo que ignoramos. ¿Qué opina, señor Grantham? ¿Está de acuerdo con la joven?

—No hace falta que le pregunte a Alan —dijo Camilla suavemente—, porque no estará de acuerdo, en principio. Todo lo que siempre hace es dejarme al margen o burlarse.

Alan se puso de pie rápidamente.

—Por Dios, Camilla, ¿cuándo he hecho eso?

—¿Cuándo no lo has hecho? ¿Qué estás haciendo ahora?

Alan la estudió, boca, ojos y figura.

—Si te dijera lo que estoy pensando en este momento —se sentó nuevamente— estarías todavía menos dispuesta a cooperar. ¡No lo haré, Camilla! Prosigue con la historia.

Camilla fijó su atención en el capitán Ashcroft.

—Sí, era ridículo —insistió—. Pero la atmósfera había sido creada demasiado bien. Piense en cosas horribles, especialmente en un lugar como Maynard Hall cuando se acerca la medianoche, y estará aterrorizado a pesar de usted mismo.

”Estaba afectando mucho a Madge. Yancey lo notó y dejó de hablar; pero nada podía detener a Rip. Alrededor de las doce y media, cuando nos estábamos preparando para subir a los dormitorios, Rip dijo:

—Madge, ¿conoces la cosa que persigue y no deja rastro? En la Asociación Bibliotecaria dicen que la historia se encuentra en sólo un libro llamado *Fantasmas de la Isla del Mar*.

Madge dijo:

—Rip, no existe tal fantasma.

—Sé que no existe —dijo Rip—, pero, ¿qué pasaría si llamara a tu puerta a medianoche?

Yancey gritó:

—Cállate la boca —y por un momento creí que habría problemas. Pero no los hubo. Madge salió corriendo hacia su cuarto; luego me contó que debió tomar dos pastillas para dormir.

Yancey dijo:

—Dios me ayude, yo comencé con esto.

Luego se dio vuelta y casi salió corriendo él también; de todas maneras, se fue.

”El resto siguió más lentamente. Me sentía tan mal como Madge; no tengo excusas. En el *hall* del piso superior, camino a mi cuarto, miré por una ventana que da al norte sobre la playa. La niebla se había disipado, brillaba la luna. Pero en lo único en que podía pensar era en el pobre comodoro Maynard con la cabeza aplastada.

”Habíamos tomado muchísimo vino en la cena, y más tarde *whisky* en la biblioteca. Creí que me ayudaría a dormir, pero por supuesto qué no fue así. Estaba completamente despierta, y peor.

”Mi cuarto está en el ángulo sudoeste de la casa, sobre una sala de armas y trofeos detrás de la biblioteca, en la planta baja. Cuando el hermano mayor del señor Maynard reconstruyó parte de la basa y la modernizó allá por mil novecientos cuarenta, agregó baños privados y puso un acondicionador de aire en cada dormitorio. El acondicionador de aire es muy necesario, o de noche los mosquitos no

dan paz.

”Sí, estaba muy nerviosa. Tenía unas pastillas para dormir, no de las fuertes que usa Madge, sino unas mucho más suaves que se llaman Dormez-Vous y que se pueden comprar sin receta en cualquier farmacia.

”Cerré la puerta con llave y tomé dos pastillas. Me desvestí y empecé a caminar por el cuarto fumando un cigarrillo detrás de otro. Tendría que esperar media hora para que las pastillas me hicieran efecto, si es que hacían algún efecto. Mientras tanto, cada crujido de la madera me traía ideas que no debía haber tenido. Tomé el libro que estaba al lado de la cama; se llamaba *Fantasmas de la Isla del Mar*.

”Tiré el libro a través del cuarto, y me asusté con el ruido que hizo al golpear la pared. Alrededor de la una pensé que me sentía soñolienta. Mi reloj tiene esfera luminosa —Camilla levantó la muñeca izquierda para mostrar la tira de oro—. Lo colgué sobre la mesita de luz. Apagué la luz de arriba, me metí en la cama, apagué el velador y esperé que sucediera lo mejor.

”Bueno, las pastillas surtieron efecto, aunque no mucho. Al menos, me adormecí. Tuve algunos sueños. Y luego, otra vez con los ojos abiertos.

”Esto, se reveló más tarde, fue a las tres y media de la madrugada. No encendí la luz, ni miré mi reloj. Tenía los ojos abiertos, pero estaba confusa y no del todo consciente, con los sentidos embotados.

”La luna se había puesto. Es imposible decir qué me arrastró hacia la ventana. Esa habitación tiene dos ventanas que dan al jardín del fondo, el aire acondicionado obstruye la parte inferior de la del lado izquierdo. Descalza y en pijama llegué a la ventana del lado derecho, miré hacia afuera y luego hacia abajo. La sala de armas tiene una gran puerta ventana, dos de cuyas hojas tienen salida al jardín. Lo que pude ver con tan poca luz me hizo levantar la ventana del dormitorio, que se deslizó suavemente y sin ruido. Las hojas de la gran puerta ventana, abajo y a mi izquierda, habían sido empujadas o parcialmente abiertas hacia afuera. Había alguien de pie en la abertura”.

El capitán Ashcroft se movió en su silla y golpeó dos dedos contra el borde de la mesa.

—Le he preguntado antes, señorita...

—Lo sé; todos me lo han preguntado. Pero ¿qué puedo decir?

—¿La descripción?

—Era un hombre, o al menos supongo que lo era ¿quién más podría haber sido? Estaba de costado, mirando hacia la izquierda. Tengo la impresión, correcta o incorrecta, de que tenía una especie de media, como una máscara, sobre la cara y la cabeza. No se movía; no podría decir si entraba o salía. Ésa es toda la descripción que puedo hacer.

—¿Pensó que era un fantasma o un ladrón?

—No me detuve a pensar; no fui tan coherente. Todos los miedos regresaron, y tuve pánico. Tomé el salto de cama y las chinelas y encendí todas las luces a mi

alcance. Luego corrí por el corredor y golpeé a la puerta del cuarto de Madge.

”Posiblemente debí haber ido a uno de los hombres primero. No fue algo razonado, fue instintivo. Las pastillas de Madge no habían actuado mejor que las mías; según ella una vez que uno se acostumbra no surten efecto por más de unas pocas horas. Ella también salió en pijama. Debemos de haber hablado en voz alta, casi gritando; al poco tiempo ya se habían despertado los otros tres.

”No despertamos a los criados que duermen en el piso superior en la parte de atrás. Los hombres buscaban al ladrón: Yancey y Rip bajaron sigilosamente las escaleras con Madge aferrada al brazo de Yancey. Los seguí con el señor Crandall, que a esas horas de la madrugada estaba de pésimo humor. Ya saben lo que encontramos.

”No había ladrón alguno en la casa, y nada había sido robado. La puerta ventana en la sala de armas estaba cerrada, pero no con llave; ninguna ventana está cerrada con llave. A mí me estaba comenzando a parecer misterioso”.

—¿Misterioso, señorita?

—Ésa es la palabra. El que había estado en la puerta ventana no podía ser alguien que salía de la casa, pues todos estábamos allí; y no podía ser alguien que entraba, pues no había ningún extraño dentro. Pero los otros, después de haber registrado la casa hasta que aclaró, sin ningún resultado, no encontraron en todo el proceso nada misterioso. Yancey me palmeó la espalda y dijo: ‘Querida, estuviste soñando’.

”Eso es lo que todos pensaron y siguen pensando, a pesar de que no todos lo dicen. ¡La buena de Camilla! Demasiado impresionada por las historias de fantasmas, tomó pastillas para dormir después de haber bebido, como resultado de lo cual estaba histérica.

”Es verdad que Kip Hillboro, al salir al jardín, cuando aclaró lo suficiente para ver, descubrió que el espantapájaros había desaparecido. Pero eso no modificó mucho las cosas.

”Y tampoco cuando el señor Maynard llegó el sábado por la mañana, en un vuelo temprano desde Richmond, que lo trajo a tiempo para el almuerzo. Cuando se fue parecía triste y deprimido (creo que le escribí esto a Alan), pero regresó tan alegre como todos los evadidos. Hasta había cambiado sus costumbres. Todavía se sienta en la terraza por las tardes y en su estudio por la noche, pero ya no parece estar calculando algo. Se suponía que nosotros debíamos partir ese fin de semana; nos pidió que nos quedáramos; y tuvo una nueva forma de hacerlo, que persuadió a todos, y yo me quedé porque... bueno, yo me quedé. ¿Puedo fumar otro cigarrillo, por favor?”.

Alan le encendió uno. Agradeció con una leve inclinación de cabeza y expulsó el humo con fuerza.

—El señor Maynard pensó que yo había estado soñando. El único que lo tomó en serio, y sólo parcialmente, fue el cabezadura de Rip. Cuando el señor Maynard se rió ante la idea de llamar a la policía por semejante tontería, Rip dijo: “Posiblemente la

pobrecita estaba histérica. El espantapájaros fue robado por un ladrón cualquiera, como usted piensa, y no tiene nada que ver con este asunto”. Supongamos, digo yo, capitán, que no estaba soñando; ¡sólo supongámoslo! En el caso de que alguien o algo nos visitara sin que nosotros lo quisiéramos, ¿por qué no asegurarnos y dejar que la policía esté al tanto de lo sucedido? ¿Me entiende esta vez, capitán Ashcroft?

—No me puedo quejar de la claridad de su relato, señorita. Sólo que...

—¿No me cree?

—Tampoco dije eso.

—Usted mismo, capitán, no quiere ni oír hablar del espantapájaros. Pero Rip Hillboro no es tonto. Con su permiso, por favor, me gustaría usar un razonamiento que Rip usó para convencer al señor Maynard. Suponiendo que soy una testigo sincera, y sé que lo soy, ¿puedo realmente pensar que el espantapájaros y el ladrón no están relacionados de alguna manera? ¿No es demasiada coincidencia que la noche en que el espantapájaros fue robado fue la misma noche en que vi a alguien salir de la casa o entrar a ella?

—¡Bueno, bueno, señorita!

—¿Sí?

—El razonamiento sirve para las dos cosas, ¿no es así? —preguntó el capitán Ashcroft, aplastando su cigarro en un cenicero—. De todas maneras, ¿por qué preocuparse tanto? Si el ladrón quería algo en la casa, ¿por qué se llevó el espantapájaros?, y si sólo quería el espantapájaros, ¿por qué molestarse en acercarse a la casa?

—¡Bueno! —dijo Camilla.

Habían quedado solos en el oscuro restaurante. Con un suave movimiento, Camilla se puso de pie. Caminó unos pasos hacia otra mesa, luego se dio vuelta mirándolos con ojos preocupados y los labios entreabiertos.

—Puede ser que estemos fuera de peligro ahora. Lo deseo sinceramente. Nada desagradable ha sucedido desde el viernes. A no ser que algo pase esta noche o mañana por la noche, el domingo habremos partido, y adiós a las preocupaciones. Pero realmente desearía que mi historia hubiera resultado más convincente. No soy tonta ni tampoco histérica. No, al menos no en cosas como éstas. ¿Nadie me cree?

—Te creo, Camilla —dijo Alan.

—¡Oh, mi Dios! ¡Si comienzas otra vez, Alan Grantham...!

Alan se puso de pie y se acercó a ella.

—Las mujeres, Camilla —dijo—, no parecen ser ni la mitad de lo intuitivas que según su reputación son. Si piensas que me burlo o que trato de ser gracioso o que digo algo que no es la dolorosa y literal verdad, es que no puedes ver lo que hay que ver y ha existido durante algún tiempo. Te creo porque eres tú, no podría ser de otra manera. No importa lo que digas, yo estoy de tu lado.

Por un momento lo miró fijamente a los ojos.

—¡Si yo pudiera creer eso...!

—Camilla...

—Yo también —exclamó otra voz—, puedo alistarme sin duda alguna del lado de la señorita Bruce.

Todos se sobresaltaron; Alan se retiró.

El doctor Gideon Fell, que casi se lleva por delante el marco de la puerta al entrar a la cafetería, alteró su dirección a tiempo. El sombrero en una mano y el bastón en la otra, se acercó majestuosamente con sus anteojos medio caídos y un gran mechón de cabello sobre la oreja.

—¿Puedo molestarte Alan para que me conduzcas a James Island? Henry Maynard desea vernos lo antes posible. Y si no dio crédito a la historia de la señorita Bruce hace una semana es muy posible que ahora esté dispuesto a cambiar de opinión.

—¿Cambiar de opinión? ¿Por qué?

—Parece —dijo el doctor Fell— que algo más ha sucedido.

CAPÍTULO 4

—Por aquí, por favor —les pidió Henry Maynard.

Eran, como Alan recordaría más tarde, las tres y media. Y el tiempo parecía estar cambiando un poco.

El capitán Ashcroft no los había acompañado; tenía algo que hacer, explicó que no podía esperar. El doctor Fell se había instalado nuevamente en el asiento de atrás. Con Camilla a su lado, Alan condujo por la calle Calhoun y el Puente del Río Ashley. James Island, a pesar de ser una zona residencial, bullía de tránsito. Una vez que se deja el camino principal y se avanza durante cinco minutos a través del campo, el panorama cambia completamente.

¿Cuánto haría que no se cultivaba algodón aquí? A ambos lados del camino, grandes árboles cubiertos de musgo formaban un pabellón a través del cual los rayos de sol brillaban sobre el camino. Debían de estar a kilómetros de distancia de cualquier casa, encerrados como por paredes.

—¿Dígame mi estimado amigo! —jadeó el Dr. Fell—. ¿Ha visitado Maynard Hall con anterioridad?

—He pasado por delante, eso es todo. Nunca he entrado.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Alrededor de quince minutos —respondió Camilla dándose vuelta—. Hay que girar a la izquierda nuevamente al llegar a un pequeño negocio, luego se sigue directamente por el camino Fort Johnson. Pasaremos por una zona de casas nuevas muy bonitas, la mayoría aún sin terminar. Y también por un Colegio Secundario. Poco antes de terminar el camino que lleva al Instituto de Investigaciones está Maynard Hall, abajo a la izquierda y al lado de la playa. Doctor Fell...

—¿Sí?

—Ya que estamos haciendo preguntas nuevamente, ¿qué le dijo el señor Maynard? ¿Qué es lo que ha estado sucediendo allí desde este mañana?

—Mi estimada joven, usted conoce a su anfitrión.

—¿Lo conozco? ¡A veces tengo mis dudas!

—Permítame repetir —dijo el doctor Fell—, que me dijo muy poco. El hombre es un verdadero genio para evadirse; para la política sería un tipo ideal. ¡Pero debe hablar claramente, mil truenos! Cuando la Esfinge propone una adivinanza, tenemos derecho a exigir saber de qué diablos se trata. Si no hubiera sido tan urgente, habría preferido pasar la tarde explorando Charleston o visitando el Fuerte Sumter. ¡En fin!

—¿Parecía... preocupado?

—Al menos ésa fue mi impresión.

Todos callaron. Retazos de verde aparecían y rápidamente quedaban atrás, como así también zonas de casas en construcción, aún como esqueletos entre piedras. A la derecha del camino, algo alejado, un edificio amarillo de dos pisos tenía grabado en el frente las palabras *Escuela Secundaria Joel Poinsett*, y la fecha: 1920.

Algo en esto llamó la atención de Alan, pero no tuvo tiempo de especular. A menos de un cuarto de milla más allá del Colegio, había una cerca de alambre con carteles que prohibían la entrada. A la izquierda del camino...

Por un camino estrecho entre encinas siempre verdes, cubiertas por musgo gris, Alan guió a través de los; abiertos portones de hierro, fijados a una pared de ladrillos. Más allá de ésta, más allá de las magnolias del interior, un ancho camino de arena conducía directamente a Maynard Hall.

El auto había avanzado lentamente; Alan lo detuvo cuando aún estaban a cierta distancia e indicó las cuatro altas columnas del pórtico.

En las ventanas de la planta baja había postigos blancos contra los ladrillos colorados y una espesa enredadera; en el piso superior los postigos eran negros en ventanas más pequeñas y en la buhardilla no había postigos. Todo el frente se elevaba oscuro contra un sol poniente que se ocultaba entre nubes.

—¿Parece pegajoso, no? —preguntó Camilla a nadie en particular—. ¿Mencioné la atmósfera?

—¡Oh, la atmósfera! —gruñó el doctor Fell, para sí—. La atmósfera, que en realidad existe, parece principalmente una presión de emociones acumuladas; y sigo preguntándome: ¿qué emociones? ¡Hum! A nuestra derecha ahora...

A la derecha, más allá de un verde prado cuidado como un *green* de golf, se extendía la terraza, de unos once metros, con vista a la playa, entre una hilera de álamos y el costado del ala norte de Maynard Hall. Debajo de ella, la playa caía abruptamente hacia la espuma de la bajamar. Su ancho era tan sólo la mitad del largo y estaba separada de la playa por una pequeña cerca de cadenas sostenidas por postes de menos de quince centímetros de altura. En el medio había una silla y una pequeña mesa, ambas de hierro y pintadas de verde. La terraza llamó la atención del doctor Fell.

—¡Arcontes de Atenas! —señaló con su bastón—. No está pavimentada; por lo menos con lajas o algo similar. La superficie de esa terraza tiene toda la apariencia de ser de arena. Es blanca, de un blanco puro, diferente a la playa grisácea que puede verse allí atrás. Y, sin embargo, debe de ser arena, ¿no es cierto?

—No es arena —corrigió Alan—. Son conchas de ostras blanqueadas y trituradas. El doctor Fell lo miró boquiabierto.

—Blanqueadas y... ¿qué?

—En los viejos archivos de Charles Town —dijo Alan—, encontrará que se llamó “Punta Blanca” o “Punta Ostra”, al extremo de la península, por la cantidad de conchas de ostras blanqueadas que se habían acumulado allí. El nombre se mantuvo hasta el día de hoy en los Jardines de Punta Blanca. De acuerdo a la guía, uno de los

Maynard tuvo la idea de usar un pisó de ese tipo para la terraza, a fines del siglo dieciocho. Colocó una gruesa capa del material que él mismo fabricó y desde entonces se ha ido agregando ocasionalmente...

—Y el jardinero la empareja todos los días —intercaló Camilla—. Si estas cosas viejas le interesan, doctor Fell...

—Sí que me interesan, señorita.

—Entonces puedo agregar una o dos más. Mire el ala norte del Hall. ¡Casi al final del ala! —Camilla señaló hacia adelante algo excitada—. ¿Ve el asta de bandera? ¿Clavada en el suelo un poco alejada de la casa, en nuestra dirección?

—¿Sí?

—De ella... no, no desde ésa sino de una similar, ¡no me confundas Alan!, debieron arriar la bandera Confederada cuando las fuerzas nortañas entraron en Charleston en febrero de 1865. Pasando el asta y el final del ala, allí —señaló—, una serie de escalones de madera llevaba a la playa. Y, hace un siglo, en la playa había un muelle que se proyectaba muy adentro del agua. Allí es donde llevaban el algodón para ser embarcado hacia Charleston.

—No veo ningún muelle ahora.

—No, doctor Fell; hace años que no está allí, según dice Madge. Todavía están los escalones que bajan a la playa, pero no sé si son los originales. ¡Hay alguien en la playa ahora! —miró a Alan—. Si hay alguien ahí no podremos verlo desde aquí a no ser que camine hasta la rompiente. Pero hace un momento estoy segura que oí voces: las de Madge, Yancey y Rip.

Alan tocó su hombro.

—¿Usan la playa para nadar, Camilla?

—¿De este lado de la isla? ¡No! El agua está sucia. Lloverá pronto. Pero mejor me uno a los otros; Madge necesitará ayuda, o al menos un árbitro entre esos dos. ¿Puedo bajar aquí?

—Siéntate un momento —dijo Alan, poniendo el auto en marcha—. Te acercaré al pórtico y así podrás bajar por los famosos escalones. ¡Tranquilos ahora!

El auto avanzó hacia la casa, donde el camino arenoso se dividía en dos, antes de llegar a los escalones de entrada. Camilla se deslizó del auto y se fue rápidamente. El doctor Fell y Alan descendieron del otro lado; el doctor lo hizo con gran esfuerzo. Luego se enderezó majestuosamente, blandiendo su bastón.

—¡Por mi vida! —exclamó—. El lugar no parece la cueva de un ogro pero puedo asegurarle que es imponente. ¡Que sea lo que Dios quiera!

Un negro, vistiendo elegante levita, los introdujo en un lujoso y amplio vestíbulo recubierto de madera pintada de blanco brillante, con una graciosa escalera blanca y negra en la parte posterior. A la derecha e izquierda del vestíbulo se abrían grandes puertas. La puerta de la derecha llevaba al comedor; Alan echó una rápida mirada a un juego de caoba contra paredes verde claro. Sobre la chimenea, en la misma pared de la derecha, colgaba un retrato de un hombre luciendo una peluca del siglo XVII.

Entonces Henry Maynard en persona apareció por la puerta de la izquierda.

Alan no había olvidado esa figura delgada, el rostro flaco, el alto caballete de la nariz dominado por fríos ojos azules bajo los cabellos plateados. Si Henry Maynard estaba nervioso, no lo demostraba.

—Gracias, George, eso es todo —dijo al mayordomo, y estrechó fuertemente la mano de sus visitantes—. Buenas tardes, caballeros. Muy amable de su parte haber venido.

El doctor Fell y Alan respondieron al saludo.

—Considerando las circunstancias —continuó el anfitrión—, no los aburriré con una vuelta por la casa. ¡Sin embargo! Aquí a mis espaldas...

—Alan pudo ver cuatro escalones que llevaban a una habitación que Camilla había descrito. Las paredes de color gris hacían resaltar estantes para libros con puertas de alambre que llegaban hasta el techo, y muebles de palo de rosa tapizados en amarillo. Henry Maynard cerró la puerta nuevamente.

—... A mis espaldas está la biblioteca, que ha sido muy fotografiada —sus ojos se dirigieron al doctor Fell, quien permanecía con la boca abierta como un idiota entre el retrato sobre la chimenea y una enorme araña de cristal.

—Abandonen la idea, caballeros, de que los primeros colonos de, esta parte del país tuvieron que vivir sin lujos y comodidades. (Sí, el del retrato es el primer Richard; creemos que fue pintado por Kneller). Compraban artículos de lujo en Inglaterra; aquí mismo podían comprar esclavos. Aparte de los indios, los piratas, y los enemigos españoles al sud, aparte de la peste, el fuego o las malas cosechas, llevaban una vida relativamente fácil. Cuando esta casa fue terminada en 1787 por los bisnietos del primer Richard, Maynard Hall tenía más o menos el mismo aspecto exterior que tiene hoy.

”Por ahora es suficiente. Si ven algo que les interesa o despierta su curiosidad, no duden en hacerme preguntas al respecto. De todos modos, ya que al menos tenemos un tema que discutir, les pediré que me acompañen a mi guarida en el piso superior. Por aquí, por favor”.

En una sola fila, Alan siguiendo a su anfitrión y el doctor Fell cerrando la retaguardia, subieron la escalera hacia un piso con techo casi tan alto como los de abajo. Al final de una segunda escalera —angosta, encerrada entre paredes— el doctor Fell respiraba fuertemente. Fuera de las ventanas, el cielo estaba oscuro y hormigueaba con ruidos distantes.

—Truenos —aclaró Henry Maynard—. Lo que mi hija llama cañones fantasmas. Será sólo un corto chaparrón, si es que llueve. Ya llegamos.

—¿Creo, señor —jadeó el doctor Fell—, que dijo, su guarida?

—Así es. Los sirvientes duermen en la parte posterior de este piso. Yo tengo una serie de habitaciones que se extienden a lo largo del frente. ¿Yen esta puerta hacia el frente, en el medio de una larga pared vacía?

—Oh, sí.

—Es la puerta de mi estudio. Detrás de esa pared, como verán, hay dos habitaciones a cada lado de la del medio. A la derecha del estudio, está el dormitorio, el cuarto de vestir y el baño. A la izquierda, una sala de billares y una habitación para trastos viejos. Y ahora, con la apropiada introducción el estudio en sí. ¡Helo aquí!

Abrió rápidamente la puerta, Un inesperado e innecesario ademán teatral. Tal vez pensó que el estudio estaba vacío. Pero no era así.

El estudio, una amplia habitación de techo alto, estaba adornado con paneles de roble oscuro. Estantes abiertos con libros meticulosamente acomodados ocupaban gran parte de las paredes, donde Alan vio cuadros de tipo náutico. De un soporte en la pared colgaba una campana de barco, la superficie de bronce tenía inscripto borrosamente el nombre de “Palmetto”. Había sillones de cuero marrón, sillas, una mesa de escribir desordenada y un antiguo escritorio con incrustaciones de marfil. En una de las dos ventanas, cerradas, un acondicionador de aire trabajaba silenciosamente.

Frente a una mesa de ajedrez, debajo de la otra ventana, con las piezas acomodadas sobre el tablero, un hombre pensativo estaba sentado mirando a la mujer frente a sí. Vestía traje azul oscuro, camisa blanca y corbata gris. A pesar de que no debía ser mucho más joven que Henry Maynard, sus cabellos oscuros no habían encanecido. Tenía un perfil agudo, que se atenuaba por la expresión tolerante de los ojos, o el buen humor de la boca.

Al otro lado de la mesa de ajedrez, de pie al lado de la silla, había una mujer pelirroja, alta y delgada, de atrayente aspecto. El vestido floreado se adhería a su cuerpo. Frente a las ventanas oscurecidas por la amenazante lluvia había levantado la mano hacia la cadena de una lámpara de pie. Un interruptor sonó al abrirse la puerta; el ambiente se iluminó; tanto el hombre como la mujer se dieron vuelta.

—¡Henry! —dijo la mujer.

—Hola, Hank —dijo el hombre.

Su anfitrión se enderezó.

—El doctor Gideon Fell; el señor Alan Grantham —entonó—; la señorita Valerte Huret; un viejo conocido mío, Bob Crandall y Bob, ¡haz el favor de no llamarme Hank!

—Hiere tu dignidad, ¿no es así?

—Eres testigo —dijo Henry Maynard—, de que nunca he sido considerado *snob*. Tus vulgarismos, esos proverbios y la colección de errores tipográficos, tienen su lugar adecuado; y son bien recibidos en el momento debido. Pero no estoy de acuerdo con un vulgarismo personal cuando es totalmente innecesario. Tú tienes pretensiones literarias, Bob. ¿Se llamaba Hank a Henry Fielding? ¿O acaso a Henry James?

El señor Crandall miró alrededor y extendió su dedo índice.

—Henry Fielding —replicó— firmaba Hen. Y no me llames mentiroso; ¡puedo mostrarte una copia de su firma! Si eso no es peor que Hank, me comeré *Tom Jones* página por página. ¡Pero si aún recuerdo cuando, era niño en el viejo *Times-Dispatch*

en La Force, en Indiana...!

—¡Perdónanos! —dijo Henry Maynard—. No cuentes otra anécdota de ingenio y sabiduría, y la perfección a que puede llegarse con la vida de un diario pueblerino.

—Uniendo lo bueno y lo malo, Henricus, es más o menos verdad. Muy bien: hablaré en serio. ¡Ni proverbios! ¡Ni errores tipográficos! ¡Escucharás ingenio y sabiduría!:

“En nuestro panorama literario,
Es triste para mí ver
Las tumbas de las pequeñas revistas
Que murieron por hacer el verso libre”.

—¡Muy bien, muy bien, muy bien! —aplaudió Alan.

—¿Usted está de acuerdo, señor Grantham?

—De todo corazón, señor Crandall. Debe recitárselo a Camilla Bruce. Luego, si ella no ha envenenado mi café...

—Estaba citando a un poeta olvidado, que aprendió el estilo epigramático en un diario pueblerino. Aunque no lo crea, Henry, nuestros mejores versos ligeros fueron escritos por aquellos que comenzaron siendo miembros del cuarto poder. Estoy fuera del juego ahora, me he retirado, en mi madurez, con un montón de plata mayor que el que hubiera esperado o merecido. Pero una estrofa de cuatro líneas, sólo parte de un trabajo mucho más largo, permanece en mi cerebro cuando todo lo demás se ha ido.

Bob Crandall se puso de pie. Su voz retumbó:

“Bajo las amplias y brillantes ventanas
De los hombres a quienes ya no sirvo,
La rutina de las grandes ruedas viejas
Condensada en un rugido ahogado...”.

—A cualquiera que haya escuchado alguna vez las máquinas de un diario cuando comienza a rodar, especialmente al amanecer, ésa es la descripción que lo emociona. ¿Conoce “*El restaurante en la calleja. Cuando el diario se está imprimiendo*”?

Valerie Huret se movió; la luz de la lámpara iluminaba su piel suave y sus ojos color avellana.

—No creo que quiera saberlo, Bob. ¿Qué estamos haciendo aquí de todas maneras? —Valerie se dirigió a su anfitrión—. Me invitó a jugar ajedrez; aunque le dije que no sé jugar...

—Tampoco Bob —dijo Henry Maynard.

—Hay muchas cosas más interesantes que el ajedrez. Se las contaré si me lo pide de buenas maneras. Pero ¿no sería mejor que bajáramos, Bob? En, primer lugar,

estamos de más, ¿no es, así, Henry?

—Francamente, Valerie, así es. Recuerda, Bob, lo usual, una partida antes de cenar, y te ganaré nuevamente. Ven aquí a las siete, cuando comienza a oscurecer...

—¡Perdóneme! —exclamó el doctor Fell, con expresión particularmente poco inteligente—. Pero su clima puede llegar a ser muy sorprendente para un extraño. En esta latitud, y a mediados de mayo ¿comienza a oscurecer a las siete?

—En esta zona, doctor Fell —su anfitrión le informó—, no estamos en el sistema de ahorro de luz. Olvide el reloj de Nueva York y de cualquier otro lugar. No estoy acostumbrado a hacer declaraciones inexactas.

—En segundo lugar —exclamó Valerie Huret, que había adoptado una pose similar a la de la Diosa de la Razón—, en cualquier momento comenzará a llover. Acabo de recordar que dejé mi auto a un costado de la casa. Es un convertible abierto. Sí alguien más tiene un auto abierto...

Alan se dirigió hacia la puerta. Henry Maynard lo detuvo.

—¡Quédense tranquilos! No hay ninguna necesidad de ir; George se ocupará de ello. Cuando frecuentes más la casa, Valerie, aprenderás que ningún auto sufre daño alguno estando George a cargo. De cualquier manera, la tormenta será corta, pero puede ser violenta —su voz sonó alarmada—. ¿Dónde se encuentra Madge? ¿Dónde están los dos muchachos? ¿Y la señorita Bruce? Acompañó al doctor Fell y al señor Grantham; la vi desde la biblioteca. Pero...

—La última vez que miré —Valerie señaló la ventana—, estaban en la playa. Yancey Beale y ese muchacho rubio de aspecto rudo estaban tirando piedras al agua a ver quién llegaba más lejos. Las chicas estaban con ellos.

Henry Maynard apretó los labios.

Por casi dos semanas, damas y caballeros, me he preguntado Cuándo comenzarían a jugar al *baseball*. Mi hermano, una vez capitán de “Las pequeñas papas difíciles de pelar”, fue benefactor y mecenas de un equipo de jovencitos llamado Bearcats. Hay equipos de *base-ball* en el sótano. Y/ya que Rip Hillboro se considera un buen bateador...

—¡Eres un viejo amargado Hank! —dijo Bob Crandall sin rencor, y casi afectuosamente—. ¿Qué tiene de malo el *base-ball*?

—No tiene nada de malo, si a uno le gusta. A mí no. Sólo estaba preguntándome...

—Y en tercer lugar —insistió Valerie—, ¡bajemos, Bob! Tú no eres un viejo amargado... lo que quiero decir es que olvidemos el ajedrez y el *base-ball*. —Su tono se tornó más dulce y tímido—. Hay otras cosas, ¿no es así? Mientras yo las sugiero, de agradable manera, tú puedes contarme más proverbios y errores tipográficos. Sabes más, ¿verdad?

—Mujer, tengo gran cantidad de ellos. Sígueme.

Henry Maynard suspiró aliviado cuando se fueron. Pero no fue lo último que escucharon. Debido al poco cuidado de la señora Huret o del señor Crandall, la puerta

no quedó completamente cerrada. Un confuso murmullo, sin palabras claras, podía escucharse desde la escalera en el piso de abajo. Entonces, de repente algo resonó en la quietud. La voz de Valerie Huret subió de tono.

—Eres un hombre agradable, demasiado agradable. ¡Verdaderamente!

—Escúchame. ¡Semiramis!

—¡Tú no sabes lo que está sucediendo aquí! ¡No puedo soportarlo!

—Calla.

—¡No puedo soportarlo más!

No escucharon nada más. Tampoco podrían haberlo hecho. Comenzó a diluviar; las ventanas se nublaron y oscurecieron con la fuerte lluvia. Más presiones emocionales, pero ¿dónde se originaban? Alan decidió que no era de ningún provecho especular. Se dio vuelta, y estaba mirando las paredes cuando sus ojos encontraron los de Henry Maynard.

—Habría notado, señor Grantham, que esta habitación tiene un sabor náutico, extraño a mis gustos personales. Sí, esa es la campana del *Palmetto*, rescatado con su diario de navegación, cuando se hundió en el Caribe. Allí sobre el escritorio de Sheraton —cabeza y hombros, barba, uniforme gris marino— está el mismo Luke Maynard. No es una acuarela, a pesar de que lo parece. En realidad es una fotografía enormemente ampliada y coloreada. Usted, doctor Fell, está mirando el cuadro, como si le llamara la atención. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Pues, señor... —carraspeó— para comenzar, estaba pensando en los colores.

—¿Los colores?

—Varios uniformes Confederados —volvió a carraspear— que he visto con anterioridad en los museos del sur variaban considerablemente en el color.

—¿Sí?

La lluvia golpeaba las ventanas. El doctor Fell apoyó con fuerza el bastón sobre la alfombra.

—El color gris de algunos era el usual. En otros era muy parecido a lo que hoy llamamos azul aeronáutico y si no fuera por las iniciales C.S.A. en la hebilla del cinturón podrían ser confundidos con los uniformes del lado opuesto —el doctor Fell estornudó—. Además, estaba pensando en el comodoro Maynard y su muerte violenta en la playa.

—Eso pasó hace tanto tiempo, doctor Fell, que seguramente no debe preocuparnos.

—Hasta cierto punto, me temo que siempre nos preocupará. Y en tercer lugar como la señora Huret diría —golpeó su bastón contra el suelo—, mis pensamientos (o sentimientos) son puramente personales. He venido desde muy lejos con motivo de sus cartas de hace unas semanas. Llego del hotel, un tanto desaliñado, respondiendo a su urgente llamado telefónico. De una vez por todas, señor, ¿qué es lo que quiere de mí?

—Oh, sí... ¡Qué generoso de su parte! —su anfitrión adoptó una pose animada—.

Siéntense, caballeros; pónganse cómodos. Encontrarán cigarrillos en el escritorio. O un cigarro ¿si es que el doctor Fell los prefiere?... Así está mejor. Al menos se han sentado.

—Hablando del comodoro Maynard, allí en la pared que da a la sala de billar hay una acuarela: una concepción por un artista contemporáneo del *Palmetto* saliendo para su último viaje de la bahía de Charleston. Observen la bandera que ondea en la mesana.

”A pesar de que mucha gente conoce sólo una bandera confederada, la famosa bandera de guerra de estrellas y barras, en distintas épocas la Confederación adoptó cuatro distintas. La del *Palmetto* (también puede verse en los cuadros del *Alabama*) fue la segunda que adoptaron: una insignia blanca con el pequeño cuadrado de la bandera de guerra en el ángulo superior izquierdo. Los incendiarios se opusieron, pues parecía una bandera de rendición. Decían que...”.

—Recientemente, durante una reunión fuera de Nueva York —estalló el doctor Fell—, hubo una discusión y una gran confusión debido al número de estrellas en la bandera confederada. Pero ¿por qué diablos estamos enredados con banderas ahora? ¿Qué significa esto?

—Significa —replicó Henry Maynard, quien de pie al lado del escritorio pasaba suavemente la punta de los dedos de su mano derecha sobre su superficie— que estoy evadiendo el tema. Ustedes no lo merecen, así que no se repetirá.

”Estaba preocupado, doctor Fell. Muy preocupado y lo confieso. Esto sucedió durante el almuerzo, después de que Joe Ashcroft llevara a la señorita Bruce al Hotel Frances Marion para interceptar al señor Grantham; ella misma lo pidió, un capricho de Camilla.

”George, ¿recuerdan el mayordomo que los atendió?, pensó que había visto a alguien introducirse en esta habitación, temí por algunos papeles que había en el escritorio Sheraton. Precipitadamente corrí al teléfono y llamé al hotel. Le pedí, casi rogué, que viniera lo más pronto posible. Y ahora le pido...”.

—¿Sí?

—Le pido —contestó Henry Maynard— que olvide completamente ese llamado.

CAPÍTULO 5

La luz amarilla de la lámpara iluminaba el rostro atento del hombre. Tomó un cigarrillo de una cigarrera de plata sobre la mesa, pero lo pensó y lo volvió a poner en la cigarrera. La lluvia había disminuido; caía suavemente y ya se podía escuchar nuevamente el sonido del acondicionador de aire. Él doctor Fell se enderezó en su sillón de cuero.

—¿Usted quiere que lo olvide?

—Si fuera tan amable. Fui muy tonto: confieso eso también. Debí haberme dado cuenta de que nadie podría haber obtenido esos papeles sin destrozar el escritorio, pues están en una gaveta secreta. Y aún están allí, sanos y salvos.

—¿Puedo preguntarle qué son esos papeles? ¿Son algunos de sus cálculos, por ejemplo?

—¡Ciertamente no! —el otro parecía genuinamente sorprendido—. ¿Por qué lo pregunta?

—La señorita Bruce mencionó, hasta insistió en eso, el hecho de que a pesar de que se sienta aquí todas las noches y en la terraza por las tardes, ya no parece preocuparse más por “calcular algo”.

—Los papeles, doctor Fell, están relacionadas solamente con la propiedad de mi difunto hermano. Y ya que nunca hubo insistencia alguna sobre la propiedad, no tiene gran importancia. Créame, podrían extraviarse o quemarse sin perjudicarnos en lo más mínimo a Madge, a mí o a cualquier otro ser humano.

—Entonces ¿por qué le preocupó pensar que estaban en peligro?

—Porque, si la verdad ha de ser dicha, como mi hija, sufro de depresiones. ¿Nunca se ha dicho a sí mismo, “Debo encontrar tal o cuál documento; es importante tener ese documento; ¿qué pasaría si se hubiera extraviado?, a pesar de que no es importante y usted lo sabe?”. Muy pocas veces admito mi lado flaco; aquel que piensa fríamente no debe parecer falso o mentiroso. Pero llego hasta un extremo, y luego cambio de idea.

—No es la primera vez que cambia de idea en la última quincena. ¿Es posible retroceder a eso en esta oportunidad?

—Si insiste. Mientras tanto, ¿está pensando...?

—Es difícil —gruñó el Dr. Fell, inflando sus mejillas— formular debidamente los pensamientos tal cual existen. Explotar en caliente, explotar en frío o tal vez borrar todo el asunto. ¡Esto no puede ser, no puede ser de ninguna manera! ¿Mi viaje de mil quinientos kilómetros fue para nada? ¡Y usted fue tan apremiante! De no haber sido así, como dije a mis amigos cuando veníamos para acá, hubiera preferido pasar la

tarde explorando Charleston o visitando el Fuerte Sumter.

—¡Oh, el Fuerte Sumter! —dijo abruptamente Henry Maynard—. Sígame, por favor.

Toda su reserva había desaparecido. Haciéndoles un ademán para que se pusieran de pie, los condujo hacia la puerta de la pared izquierda. Se abrió a una sala de billares de tamaño considerable, también adornada con paneles de roble, con una mesa cubierta, un clavijero de palos de billar y un asiento tapizado bajo las dos ventanas que daban al frente. Con aire de conspiración, su guía los llevó hacia la habitación más alejada del piso superior, al frente del ala norte.

La habitación de trastos viejos con sucias paredes blancas y piso de madera sin alfombrar, repleta de viejos baúles y utensilios caseros dejados de lado, contrastaba con las otras habitaciones, limpias y ordenadas. A diferencia del estudio y la sala de billares no había un acondicionador de aire en ninguna de las dos ventanas. Las dos estaban abiertas con cortinas metálicas de red muy fina clavadas en los lugares apropiados.

—Ya no llueve —dijo Henry Maynard—. Duró poco más de diez minutos, como predije; está saliendo el sol. ¡Miren!

Se aproximó a la ventana más lejana, y apoyó contra la cortina metálica la punta del dedo índice.

—Allí está el Fuerte Sumter, doctor Fell.

—¿Dónde?

—Donde estoy señalando. Sobre la punta del asta de la bandera bajo la ventana, en línea hacia la izquierda, del otro lado de la bahía. ¿Ve la pequeña masa gris oscura contra el agua? Un momento.

Abrió la parte superior de un baúl de camarote cerca de la ventana, extrajo un par de largavistas de un estuche de cuero y se los dio al doctor Fell.

—Acérquelos a los ojos, luego gradúelos...

—Ya está graduado, señor.

—Entonces siga la línea que le indiqué. Mueva el largavista hacia la izquierda... ¡así! ¿Lo ve ahora?

—¡Oh, sí! —el doctor Fell respiraba fuertemente mientras se concentraba—. Ya tengo el fuerte, lo veo claramente. Un pequeño barco parece alejarse de allí.

—Es el barco de excursiones que regresa. Usted no hubiera podido alcanzarlo hoy de todas maneras ya que parte del muelle municipal a las dos. De todos modos, puede ir mañana, por supuesto. ¿Mientras tanto, una visión lejana será suficiente...?

—La visión —dijo el doctor Fell— es admirable. Un oficial de la Unión, el mayor Anderson, según tengo entendido, rindió el Fuerte Sumter a los confederados en abril del 61. ¿Cuándo lo recuperaron las fuerzas Federales?

—Nunca lo recuperaron en el sentido que usted le da.

—¿Oh?

—A comienzos del 65, el fuerte estaba en ruinas. Había sido bombardeado

durante dos años, en especial por un monstruoso cañón desde Punta Cummings. Pero todavía era defendible, con una guarnición de 600 hombres. En febrero, Sherman marchó hacia el norte desde Georgia. La guarnición de Sumter temiendo ser aislada del resto si Sherman atacaba Charleston —cosa que no hizo— abandonó el fuerte y se unió a lo que quedaba del ejército Confederado. Y el brigadier general Anderson, antes el mayor Anderson, regresó a izar la bandera que había arriado cuatro años atrás.

”Doy poco valor a la historia, caballeros. El pasado está muerto; dejemos que permanezca enterrado; ¡no sacudamos los huesos!, y sin embargo algunos comentarios son necesarios”.

—¿Qué comentarios, señor?

—Para la Unión, desde el comienzo de la guerra, Charleston y el Fuerte Sumter fueron los símbolos del desafío sureño. Hubieran dado cualquier cosa por recobrarlos, siempre trataban de hacerlo.

”Pero por agua no tenían ninguna posibilidad; Cualquier barco atacante podía ser alcanzado por un demoledor fuego cruzado desde Sumter y Moultrie. En abril del 63 el almirante Du Pont trató de pasar nueve acorazados Federales. Los acorazados fueron derrotados aun antes de poder acercarse: cinco quedaron fuera de combate y uno destruido. Esto llevó al ataque conjunto por tierra y mar a cargo del general Gillmore y el almirante Dahegren. En agosto trataron nuevamente de atacar con acorazados; y nuevamente fracasaron, como sucedió en todas las ocasiones hasta que los defensores abandonaron sus puestos. ¿Cuáles son sus comentarios, doctor Fell?”.

El doctor Fell bajó el larga vistas y se enderezó.

—A pesar de no creer en el pasado —dijo—, está muy bien informado sobre él.

—Soy concienzudo, nada más. Considero que es mi deber estar informado.

—¿Y no tiene ningún otro deber?

—¿Hacia quién?

—¡Venga! —el doctor Fell inclinó la cabeza hacia la ventana—. Mire hacia abajo, mucho más acá del Fuerte Sumter.

—¿Sí?

—Allí está la playa extendida debajo nuestro, gris oscura por la lluvia. En ese trozo de playa, sólo dos años después del tiempo sobre el cuál ha sido usted tan explícito, un antepasado suyo fue brutalmente asesinado sobre la arena, sin que quedaran huellas. ¡Pero usted no quiere discutir eso, ni tocar ese tema, ni siquiera aproximarse a él!

—¿Dije que no lo discutiría? —Henry Maynard se irguió—. Sólo dije, si la memoria no me falla, que el tema no debía preocuparnos. No hay suficientes pruebas para llegar a una solución. Sin esas pruebas que han sido suprimidas o distorsionadas, no podemos más que viajar en círculo. Sin embargo, si usted insiste en sacudir esos viejos huesos para nuestro placer actual, no tendré ningún inconveniente en informarles de los pocos detalles que sé y que no aparecieron en los diarios. ¿Algo

más?

—¿Hay algo más? —tronó el doctor Fell—. ¡Arcontes de Atenas!, ¿hay algo más? Bueno, sí. La situación de esta casa, por ejemplo.

—La noche del viernes pasado un espantapájaros fue robado del jardín. Llame a eso ridículo, si quiere. La señorita Bruce vio, o dice haber visto, a un vagabundo que salía de una de las habitaciones o que entraba allí. Diga que es absurdo, diga esto también, que estaba drogada o soñando. Hoy usted mismo casi cae en un ataque de histeria al saber que alguien estaba revisando su escritorio.

”Estas circunstancias absurdas se están acumulando. ¿Me pregunta a quién debe una explicación? ¡A su hija! ¡A sus invitados! ¡A usted mismo! Su hija está nerviosa; Camilla Bruce está nerviosa; la señora Huret está evidentemente nerviosa, y usted, señor, está tan nervioso como ellas. Seguramente hay algo aquí que debe ser investigado, ¡y sin embargo todo lo que tiene que decirme es que lo olvide por completo!”.

—Un momento —respondió Henry Maynard tocando el esmerado nudo de su corbata—, nuevamente debo corregirlo. Dije que olvidara la *llamada telefónica*; y nada más. Recuerdo perfectamente haber dicho, poco antes de subir, que teníamos un asunto que discutir. Y así es. El motivo de todas mis preocupaciones. Regresemos al estudio, por favor.

Colocó el largavista en su estuche y el estuche en el baúl. Con cierta dignidad los guió a través de la habitación de trastos viejos y la sala de billares, cerrando cuidadosamente cada puerta una vez que el doctor Fell se las había ingeniado para poder atravesarlas pasando de costado. En el estudio, luego de encender la lámpara de pie junto a la mesa de ajedrez se dirigió al antiguo escritorio bajo la fotografía coloreada del comodoro Maynard, y dejó correr la punta de sus dedos por la tapa inclinada.

—Aquí —prosiguió— tengo un viejo cuaderno que contiene un diario del año 1867 escrito por la señorita India Keate de Charleston, quien contaba entonces 18 años.

”Luke Maynard no era mi bisabuelo, como algunos suponen. Era el hermano menor de mi bisabuelo, y soltero. En 1867, la cabeza de la familia, mi bisabuelo Henry, parece haber sido un personaje aún más severo que Luke. Pero era hospitalario como cualquier personaje severo de la época podría serlo.

”India Keate, una amiga íntima de la hija menor del bisabuelo Henry, pasó parte del mes de abril en esta casa. Su diario contiene los únicos detalles suplementarios que poseemos sobre la muerte del comodoro Maynard. Le daré el diario, doctor Fell, para que lo examine cuidadosamente —su voz adquirió un timbre agudo—. ¡Pero eso puede esperar! Mi constante preocupación, lo único que ocupa, todo mi tiempo puede sintetizarse en una sola palabra: Madge”.

—Mi pregunta —respondió el doctor Fell—, puede sintetizarse en dos palabras: ¿Por qué?

—No es fácil de explicar.

—¿Tratará de explicarlo?

Henry Maynard giró desde el escritorio y los enfrentó. Sus ojos estaban intranquilos.

—¡Madge es tan inocente! O si no lo es completamente en sus pensamientos, coincidamos en que tiene buen corazón, es bien intencionada y algo ingenua.

”Nació en París en 1938, fue inscripta en el Consulado Americano y bautizada en la Iglesia Americana, en la Avenida Jorge V. Su madre, cuyo retrato está sobre la chimenea de la biblioteca, murió un año más tarde. A principios de 1941 la traje a América, bajo el cuidado de una niñera inglesa, que permaneció con nosotros sólo un año o dos. Madge se crió en Nueva York, y hace unos diez años nos mudamos a Connecticut.

”Pero nunca sé en qué está pensando, o cómo tratarla. Me siento forzado; actualmente, diría, inhibido. ¿Seré demasiado sobreprotector también?

”Muchos jóvenes han festejado a Madge desde sus años de adolescente. Recientemente la competencia, si puedo expresarlo así, se ha restringido a dos: Rip Hillboro y Yancey Beale. Quiero que se case, por supuesto. Pero quiero que elija correctamente. Tiene que ser Rip o Jancey; ¿quién más podría ser? A no ser que... — se detuvo”.

—¿Señor —demandó el doctor Fell—, puedo preguntarle qué es lo que tanto le preocupa? La situación frente a la que se encuentra ha preocupado a todos los padres desde que comenzó el mundo. Si es sólo cuestión de encontrar un marido adecuado...

—¡Oh, adecuado! —dijo Henry con un dejo de amargura—. Los dos son suficientemente adecuados. Por mis propias razones, preferiría a Jancey. Tiene ciertas ventajas naturales que al otro le han sido negadas. Pero daría mi bendición a Rip también, no soy *snoob*. Rip concurre a mi propia Universidad y a la facultad de derecho. Trabaja en el mejor estudio jurídico de Hartford y tiene un brillante porvenir. Si a veces parece un poco agresivo para los gustos tranquilos, ¿debo contar esto como algo en contra de un hombre joven que se está abriendo camino en la vida?

”¿Qué pasará luego?, me pregunto. ¿Adónde vamos? ¿Adónde terminará? Es suficiente para... para...

—¡No! —rugió el doctor Fell—. No es suficiente para perseguirlo y asustarlo, como tan obviamente lo hace. ¿Qué más sucede? ¡Dígalo, hombre! ¿Me ha traído desde mil quinientos kilómetros para que actúe como consejero matrimonial? ¿Y es la joven o el padre quien no puede decidirse?

Henry Maynard que había estado caminando junto al escritorio, se detuvo de pronto.

—Con su permiso, doctor Fell, me dirigiré ahora al señor Grantham. ¿No le importa, joven?

—No, por supuesto que no. ¿Qué sucede?

—Perdóneme —dijo su anfitrión—, si parezco abominablemente mal educado.

Perdóneme también si parezco el fiscal en un juicio. Señor Grantham, ¿dónde se encontraba la noche del domingo dos de mayo?

Alan lo miró fijamente.

—El domingo dos de mayo —repitió Henry—, hace sólo doce días. Alrededor de las diez de la noche. ¿Dónde estaba?

—¡Estoy tratando de recordar!

—¿Estaba por casualidad en los jardines de esta casa? —señaló Fleury Maynard—. ¿Bajo unas magnolias cerca del portón de entrada? ¿Abrazando a mi hija?

—¡Buen Dios, no! —dijo el sorprendido Alan—. Y acabo de recordar dónde estaba.

—¿Sí?

—En París, a trescientos kilómetros de aquí. A las diez acababa de cenar con el doctor Leffingwell, el presidente del Colegio King, su esposa, y tres miembros del claustro.

—¿Está seguro?

—Si tuviera que probarlo en una corte, señor Fiscal, podría presentar por lo menos cinco testigos. No estaba abrazando ni a Madge ni a ninguna otra persona. ¿Qué le hizo pensar eso?

—No creí que fuera usted. Fue una pregunta ridícula y nuevamente me disculpo. Pero me pareció que en una época usted estuvo interesado en Madge. A falta de otro candidato, dudaba.

“¿Candidato? ¿Candidato? ¿Cómo se responde a una pregunta de ese tipo”, pensó Alan?

“Podría decir”, continuó con sus pensamientos, “que posiblemente Madge podría haber hecho otra de sus conquistas si yo no hubiera visto a Camilla y me hubiera enamorado de ella. Pero no puedo decirle eso al viejo; y de todas maneras, ¿qué diablos es todo esto?”.

No tuvo necesidad de contestar.

—Hay otra dificultad —dijo Henry Maynard, tomando un llavero y haciéndolo girar alrededor de sus dedos—. Pensé que no sería malo contarles todo. El problema es que no puedo; literalmente, físicamente, no puedo hacerlo. ¿Me consideraría demasiado mal educado, señor Grantham, si le pido que nos deje mientras le cuento el resto de la historia al doctor Fell? ¿Le importaría mucho?

—No me importa en lo más mínimo, señor Maynard. Con su permiso.

—¡Un momento! —dejó de girar el llavero—. Cualquiera sea mi opinión sobre su forma de pensar, señor Grantham, tengo gran respeto por su discreción. ¿No dirá nada a Madge sobre lo que hemos hablado?

—No le diré nada ni a Madge ni a ninguna otra persona —dijo Alan—. Ahora discúlpeme.

Y se marchó enojado.

No le importaba ser desterrado de la entrevista, lo había esperado. Pero nada era

menos probable que él fuera a ver a Madge y le dijera: “Mira pequeña, tu padre pensó que yo me he estado propasando contigo (o más que propasando) bajo las viejas magnolias sureñas. ¿Con quién estabas Madge?”.

No, nada menos probable. ¿Habría pensado realmente Papá Maynard que él le contaría a Madge?

Pronto sus pensamientos volvieron a Camilla. Estaba bajando por la escalera, donde la luz penetraba por una pequeña ventana, cuando casi se llevó por delante a alguien que subía. El recién llegado, un atractivo joven de treinta años, más bien bajo y robusto, vestía un conservador traje gris y llevaba un maletín negro en su mano izquierda.

—¡Buenas tardes! —dijo con voz agradable—. Usted es Alan Grantham, ¿no es así? Soy Mark Sheldon.

Se estrecharon las manos. Algo triste el doctor Sheldon levantó el maletín negro.

—No sé por qué bajé esto del auto, no estoy aquí profesionalmente. La fuerza de la costumbre, supongo; es mi recorrida de la tarde. ¿Cree que puedo ver al padre de familia y hablar con él?

—A no ser que tenga que decirle algo muy importante, no se lo aconsejo. Está hablando con el doctor Fell, y no está de humor.

—¡Bueno! —Mark Sheldon dudó—. En cierta forma es importante; por otro lado, no lo es. Tendrá que esperar. Sí —continuó mientras bajaban juntos—, escuché que el doctor Fell estaba aquí con toda su gloria. ¿Ya conoce a los otros?

—Ya conocía a Camilla y a Madge. Me presentaron a una señora Huret y a un señor Crandall.

—Valerle no está aquí ahora. Me dijeron que ni bien dejó de llover tomó su auto y se marchó rápidamente. El viejo Radamanto. ¿Es Radamanto, no...?

—¿Radamanto, el juez o crítico? ¿En otras palabras Bob Crandall? Sí, es correcto.

—Está en la biblioteca, orando para ganar la partida. Madge y Camilla están con él. Hablando de Camilla, ¿qué le ha hecho?

Alan explotó. Así que ahora es Camilla, ¿no es así?

Pasando el piso de los dormitorios, descendían por la escalera principal hacia el vestíbulo central. El atractivo doctor poseía modales muy agradables y cabellos de un rojo tan oscuro que parecían casi negros.

—Algunas veces —dijo—, pienso qué todos en esta casa necesitan un tranquilizante. ¡No quise ofenderla, créame! Camilla está nerviosa, eso es todo, y Madge piensa que usted tiene la culpa. Jancey y Rip están en el sótano, probablemente asesinándose con la mirada. Ofrezca mis disculpas a los otros, debo darme prisa. Sabe dónde están, ¿no es así?

Alan sabía. En el vestíbulo un antiquísimo reloj, intacto después de más de doscientos años, indicaba las cuatro y veinte. La puerta de la biblioteca estaba abierta. El doctor Sheldon tomó su sombrero de una mesa y salió, dejando que la puerta

metálica golpeará fuertemente. Y Alan se dirigió hacia la biblioteca, dónde alguien estaba hablando en voz alta.

En la biblioteca, con cuatro ventanas hacia el frente, estaba Madge Maynard, con un vestido de color café y *beige*, sentada en un sofá Victoriano tapizado en amarillo, con su cabeza dorada inclinada hacia adelante, escuchando atentamente. Detrás del piano de cola, en una esquina, estaba sentada Camilla, escuchando menos atentamente. Bob Crandall estaba de pie, del otro lado del piano, declamando. Las palabras rodaban y volaban:

“Inquiriendo en problemas filosóficos,
¿Cómo perdió Adán su costilla?
¿Cuál la posibilidad de guerra en Europa?
¿Se adelantó el *Herald* al *Tribune*?
Oh, nuestro mundo actual es mejor;
Pero, extrañar confieso
El restaurante en la calleja
Cuando el diario se está imprimiendo”.

Se interrumpió, introduciendo los pulgares en su cinturón, y mirando altivo.

—Sí —informó a Camilla—, es un trabajo muy pobre. Como usted dijo. Y sin embargo siempre me ha gustado. Me hubiera gustado aún más si el poeta no hubiera dicho “adelantarse”. Un periodista nunca hubiera dicho adelantarse, de la misma manera que nunca dice “página frontal”; dice “primera plana”. Lo llamamos vencer, cuando lo llamamos algo. Pero el único triunfo que puedo recordar pasó hace más de cuarenta años. Con un maldito grupo apoderándose de cada maldito diario del pueblo, ¿qué oportunidad se puede tener?

Madge levantó la cabeza.

—¿Sr. Crandall, tiene que ponerse tan serio?

—Sí, jovencita, cuando se trata de algo que me importa mucho. Mi naturaleza es simple y primitiva. No puedo evitar gritar cuando me patean o romperme la cabeza cuando me enojo. Y hay mucho para enojarse hoy en día.

Alan bajó los cuatro escalones y entró en la biblioteca. Sobre la chimenea, en esa impresionante habitación, un retrato al óleo, de tamaño natural, mostraba una graciosa mujer de ojos celestes y cabellos claros vistiendo un traje de noche de 1930. Alan apenas la vio. Estaba mirando a Camilla, quien se había levantado en parte del taburete del piano antes de sentarse nuevamente. Su parecido a un ángel de Boticelli, rosa y blanco, era impresionante.

—¿Mencioné la palabra “grande”? —demandó Bob Crandall—. Es lo único que escuchamos hoy en día. ¡Grandes sindicatos! ¡Gran gobierno! ¡Grandes impuestos! ¡Gran hermano! —y agregó a gritos—: Con el maldito gobierno y su maldito curso socialista, un hombre...

—Quiere decir un maldito hombre, ¿no es así? —preguntó Camilla suavemente.

—Algo me dice —expresó el señor Crandall—, que tenemos aquí una dulce charlatana a quien le gusta hacer observaciones inteligentes. ¡Muy bien! Digamos un maldito hombre, merecerá el adjetivo cuando nuestros izquierdistas hayan terminado con él. Tarde o temprano, necesitará permiso de algún burócrata para cambiar de trabajo o para acostarse con su propia esposa.

—¿Es usted casado señor Crandall?

—¡No, gracias a Dios! Estaba diciendo...

—Sabemos lo que estaba diciendo —le aseguró Camilla—. Y por supuesto Alan está de acuerdo. A él también le gustaría estar en el siglo XVIII. Cuando Alan encuentra una situación que le desagrade nunca trata de razonarla o al menos abordarla. Sólo da rienda suelta a su mal genio y blasfema.

Alan no estaba de humor para esto.

—¿Entonces cómo debo abordar la situación Camilla? ¿Te gustaría más si la desarrollara matemáticamente?

Camilla abandonó su gesto altivo.

—¡No digas nada contra las matemáticas! —murmuró entre dientes—. ¡La alta matemática, para aquéllos que pueden comprenderla, es la concepción más imaginativa y romántica tipie pueda soñarse! ¡Las matemáticas nos dieron la era espacial...

—Viva.

—... y otras cosas de las que se burlan los reaccionarios porque odian el progreso! ¡En la alta matemática... aunque yo no haya llegado tan lejos...!

—Bueno, yo ni siquiera llegué cerca. Para mí las matemáticas significan las actividades dañinas de esos locos A, B y C. En mi época estaban siempre corriendo dos trenes a alta velocidad desde puntos distantes para ver dónde chocarían. Como el hombre de la historia diría, es una maldita forma de dirigir un ferrocarril.

—¿Dice eso? —explotó Camilla.

—¿Dice qué?

—¿Dice el problema que los dos trenes van por la misma vía? No lo dice. ¡Sabes que no lo dice!, ¡pero no te detendrás a pensarlo! ¡Todo lo que el libro quiere saber es dónde esos dos trenes se encontrarán!

—¿Y por qué quiere saberlo? ¿Para que un ingeniero salude al otro o le dé una frambuesa al pasar? ¿Por qué?

—¿Por qué, por qué, por qué? ¡Eres como un niño de jardín de infantes! ¡Todo lo que puedes hacer es preguntar por qué!

—Alguien debe preguntar. Sabes Camilla, esto sugiere un fallo que se dio una vez en Arkansas para establecer quién tenía derecho de paso. “Cuando dos trenes se acercan a una intersección, ambos deben detenerse, y ninguno puede avanzar hasta que el otro haya pasado”.

—Lo cual es tan sensato como cualquier decisión que toma la Suprema Corte de

Justicia de los Estados Unidos. Pero no hemos terminado con los tres incansables amigos A, B y C. Cuando los muy tontos no estaban rompiendo trenes o computando la edad de sus niños sin saber, al parecer, la edad de los sinvergüenzas, dos de ellos tenían la costumbre de bombear agua fuera de un tanque mientras el pobre tercero bombeaba agua adentro. ¿Cuántas tardes pasas haciendo eso Camilla?

Camilla se puso de pie.

—¡No te escucharé más! ¡Estoy harta de tus malditos trenes y tanques de agua! ¡Te mataría, Alan Grantham! ¡Y lo haría si no estuviera...!

—¿No estuvieras qué? ¿Mirándome y despreciándome desde tu monte Olimpo?

—Lo has adivinado ¿verdad?

—¡Muy bien! —exclamó Madge poniéndose de pie—. Si eso es lo que sientes Camilla, puedes despreciarlo todo lo que quieras. Pero ¿no podríamos hablar de algo menos explosivo?

—Una voz interior —declaró Bob Crandall en papel de oráculo— una voz interior me dice que casi todo entre esos dos puede ser explosivo. Elige tú el terna.

Madge pensó lentamente. Siempre parecía un poco distante, perdida en un mundo propio. Su dorada piel resaltaba vívidamente contra las grises paredes y las altas estanterías de la biblioteca.

La chimenea estaba en la pared trasera, hacia el oeste. A su derecha había una gran puerta que llevaba a la habitación que Camilla había descripto como la sala de armas. A pesar de que la puerta estaba abierta, Alan podía ver poco más allá del umbral; las cortinas o persianas habían sido cerradas.

Madge hizo un gesto para dirigirse hacia la sala de armas antes de volverse.

—¿Qué ha estado diciendo el doctor Fell, Alan?

—Muy poco hasta ahora. Ha persuadido a tu padre de que él hable. Olvidé decirte que el doctor Sheldon estuvo de paso...

—¡Sí, lo vimos!

—... y me pidió que lo perdonaran. Había algo que quería decirle a tu padre, pero cambió de idea.

—¡Sé lo que quería! —dijo Madge—. ¡Pobre Mark! ¡Está tan ansioso de hacer lo que corresponde! —hizo nuevamente ademán de dirigirse a la sala de armas. Sus ojos castaños se dirigieron a Bob Crandall—. ¡Recuerdas el horrible alboroto la noche del viernes pasado!

—No es fácil olvidarlo, jovencita.

—No fue sólo que se llevaron mi precioso espantapájaros, al que yo llamaba señor Christopher, sino que allí fuera Camilla dijo que vio a alguien a las tres y media de la madrugada. Camilla querida, lo siento mucho. No te creí entonces. Yo también pensé que habías estado soñando; y no fui muy comprensiva.

—No lo creíste entonces. Pero lo crees ahora, ¿es eso? ¿Por qué lo crees ahora?

—Bueno, porque —contestó Madge—, anoche yo también vi algo.

CAPÍTULO 6

—Si quieres que me ocupe de esto —declaró el ex director—, muy bien. Pero no digas que no te avisé. Un buen periodista debe hacer las mismas preguntas que un policía. ¿Quién? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Adónde? ¿Por qué? ¿Entiendes eso, jovencita?

—¡Sí, entiendo!

—¿Viste a alguien en esa ventana?

—¡Por Dios, no! Mi habitación está al frente, prácticamente sobre la puerta de la entrada. De todas maneras, si hubiera visto algo en la casa o cerca de ella, creo que me habría desmayado. Puede que esto no tenga nada que ver con nosotros, pero no pude evitar preguntarme.

—¿Por qué no empiezas por el principio? ¿Qué viste? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Anoche nos fuimos a acostar tarde, ¿recuerdas? Con... con papá controlándonos no hubo conversaciones de fantasmas o cosas que nos pusieran nerviosas. Pero tú contaste esa historia de la jovencita de la ciudad de Jersey.

—¿Es esto otro proverbio? —demandó Camilla.

—No querida, no; tú recuerdas, la joven de la ciudad de Jersey, antes de ser encarcelada, tuvo treinta y cuatro maridos en tres años, o sea prácticamente uno por mes. El señor Crandall había comenzado a reflexionar sobre los métodos que usó.

—Cualquiera sabe qué métodos usó —dijo el Sr. Crandall—. ¡Recuerden contarle esto a Valerie Huret!

—Valerie se alegrará mucho, estoy segura. De todas maneras, te preguntabas cómo había hecho para que un marido no se encontrara con otro. Camilla quería escuchar y yo también, cuando papá te hizo callar. Pero le llevó mucho tiempo, ¿no es así? Deben de haber sido las doce y media o más tarde cuando subimos todos.

—Muy bien. Comienza desde allí.

Madge permanecía de pie, la mano sobre el sofá Victoriano. Sus ojos vagaban por la biblioteca, como buscando a alguien que no estaba allí.

—Debe de haber sido la una y media —prosiguió—. Había tomado mis pastillas para dormir un poco antes, pero aún no me habían hecho efecto. Estaba de pie frente a la ventana mirando hacia afuera; primero hacia el portón de entrada, y luego hacia la playa a la izquierda. Alan —se detuvo de repente para preguntar—, ¿qué es una luna gibosa?

—¿Una qué?

—En las historias —dijo Madge— la luna siempre es gibosa. Siempre imaginé que sería algo así como fantasmagórica, pero nunca he averiguado su verdadero

significado, ¿y cómo es, gibosa y jibosa?

—Gibosa, Madge. No sugiere para nada lo sobrenatural. Significa convexa, más grande que un semicírculo, pero no el círculo lunar completo.

—Bueno, esta luna era más chica que eso. Ni llena ni menguante, pero con luz suficiente para permitir ver.

—No estoy segura de cuándo lo vi por primera vez; y no me preguntes cómo era, estaba demasiado lejos. Era sólo un hombre caminando por la playa bajo la terraza, caminando de oeste a este. Miraba hacia la bahía, con la cabeza oculta y cargando una bolsa o algo parecido sobre su hombro derecho.

”Por un segundo o dos me asustó. Pero estaba demasiado lejos como para hacerme daño. Luego pensé que sería un extraño que no tenía nada que ver con nosotros, y que estaba allí solo por accidente”.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer? No iba a gritar y alarmarlos a todos; no me asustó tanto. Y odio ser sacada de la cama una vez que me he acostado, ésa es la razón por la cual me enojé con la pobre Camilla el último viernes. Cerré la cortina de ambas ventanas, con el acondicionador de aire funcionando. Me metí en la cama y debo de haberme dormido casi inmediatamente. Cuando abrí los ojos nuevamente eran las nueve de la mañana y el sol brillaba volviendo todo a la normalidad.

”No iba a contarle a nadie todo esto; no lo había mencionado hasta ahora. Luego empecé a pensar. Dijimos que Camilla estuvo viendo cosas, cuando había tomado unas débiles pastillas para dormir, y no había bebido mucho. ¿Fue lo que yo vi también una coincidencia? ¿El hombre en la playa no podría haber sido parte de algo más temible?”.

—Francamente la Corte falla en contra —Bob Crandall levantó un dedo como un orador—. Sólo por el miedo que dan me encantan las cosas siniestras y los cuerpos que caen de las paredes, como en los cuentos que me divertían tanto de niño, allá por mil nueve veinte. Pero no los creía entonces; y no los creo ahora. ¡Buena tontería, Madge! ¿Por qué no hablamos de la joven de la ciudad de Jersey?

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Madge.

—Yo no —dijo Camilla—, a pesar de que en otro momento me encantaría. Aunque no lo crea, señor Crandall, algo horrible está sucediendo. ¿Qué pasaría si sucediera algo más?

—¡Olvídelo Camilla! Me temo, Madge, que no has comprendido este asunto de Jersey. Estaba por explicarlo cuando Hank me hizo callar.

—Al evaluar este caso —proclamó Bob Crandall, como si estuviera escribiendo un editorial—, debemos recordar tres puntos: que sucedió diez años atrás, en mil novecientos sesenta y cinco; que sólo tenía 22 años cuando fue capturada; y que en la mayoría de los Estados la sentencia máxima por bigamia es de 1 años.

—Probablemente salió antes por buena conducta; debió tener pocas oportunidades para su deporte favorito en una prisión para mujeres. Pero aún si el

Juez la hubiera tratado con dureza, aún si no se la hubiera perdonado un solo día de su sentencia, habría sido puesta en libertad en 1962; todavía con menos de 30 años, preparada para más acción.

—¿Qué ha sido de ella desde entonces, Madge? ¿Dónde se encuentra ahora y cuántos maridos tendrá? Ése es todo el problema, mi pequeña; podría haberlo descrito con elocuencia y agudeza. Pero Hank sospecha de cada palabra que digo y como tú dices, el hijo de puta me hizo callar.

—¿Quién es un hijo de puta, Bob? —respondió una fuerte voz. Todos se dieron vuelta. Dos hombres jóvenes penetraron en la biblioteca, o al menos llegaron hasta la plataforma bajo los escalones de madera; ambos de la misma estatura y peso. Los dos vestían pantalones y camisas *sport*. Allí terminaba toda similitud. El primero en entrar, a pesar de no ser feo, tenía una mandíbula tan grande que el resto de sus rasgos parecían pequeños y comprimidos. No era rudo, pensó Alan, a pesar de que quería parecerlo. Su mano derecha jugueteaba con una pelota reglamentaria de *baseball*. De su muñeca izquierda colgaba un guante, un mitón y una máscara protectora. El joven de pelo oscuro que lo seguía llevaba un bate de *baseball*. El primero en llegar descendió con fuertes pisadas y se acercó a ellos, los hombros en posición desafiante.

—¡El viejo Bob Crandall, el Oráculo de la Gente! —dijo—. ¡El viejo Bob Crandall, el Guardián de Goliat! ¿Quién es un hijo de puta, Bob?

—Tú lo eres Rip; ¿no lo sabías? Rip Hillboro, te presento a Alan Grantham.

—¿Grantham? ¿Grantham? ¡Hola Grantham! Usted debe de ser el cabezadura del que Camilla nos ha estado hablando, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces se llevará muy bien con Bob. Y se llevará mejor aún con Stonewall Jackson aquí presente —Rip señaló con el pulgar a su compañero—. Ha deseado llamarme hijo de puta por casi dos semanas. Vamos, Stonewall, se sincero al menos una vez. ¿Por qué no me insultas y así te quitas un peso de encima?

—Aún no te he insultado, hijo, a pesar de que lo estoy pensando.

—¿Aceptas un desafío, Stonewall? (Alan Grantham, Yancey Beale). Cinco a diez que puedo dejarte fuera, no, no con tres bateadas, pero sí antes que el árbitro pueda gritar el cuarto tiro malo. No soy Sandy Koufax, pero soy bueno; sé que soy bueno así que ¿por qué negarlo?

—Nunca lo negarás, hijo —dijo Yancey Beale—, mientras haya una trompeta para ser tocada. Olvida los cinco contra diez; te apuesto veinte a veinte. Señor Grantham, estoy a sus órdenes. ¿Madge querida, cómo estás?

—¡Mira! —exclamó Rip, reponiéndose—. Alguien ha actuado sospechosamente, y alguien es un hijo de puta. Eso es lo que dijo Bob y quiero saber.

—¡Oh Rip! —explotó Madge—. ¿Debes usar ese lenguaje? Está bien en el señor Crandall; es un personaje privilegiado. Pero no es correcto si proviene de un joven abogado que tiene toda su carrera por delante. ¡Y tú, Yancey!

—¿Qué sucede querida?

—¡No estoy hecha de vidrio! Pero al parecer todos los hombres sureños que me miran me dicen que no me preocupe.

—¿Conoces a todos los hombres sureños, querida?

Nuevamente Rip pidió silencio.

—¡Mira! —repitió—. Tenemos un desafío. Stonewall ha apostado 20 dólares. El problema es que no hay un *catcher*. ¿Qué te parece Bob? Tenemos que admitir que estás en forma.

—Ha sido demostrado, ¿no es así? El Sr. Crandall fue definitivo, la tarde del martes, cuando tú y Beale estaban tratando de impresionar a vuestra pequeña rubia, discutiendo cuál de los dos podía trepar el costado de la casa por las salientes de los ladrillos.

—¡Lo sé! —estalló Rip—. Usted mostró cómo se hacía; salió y escaló la maldita casa sin decir otra palabra. Muy bien; puede ser el *catcher*, ¿no es así? ¿Por qué no hacerlo?

—No gracias, Toro de Bashan. Ya he demostrado mi estado físico con un acto tonto, dejaré el *baseball* para los más jóvenes y con menos dignidad. Pero no me dejen de lado tampoco. Si encuentran el *catcher*, seré con agrado el árbitro.

—Y yo —dijo Alan—, seré el *catcher*.

—¡Tú! —gritó Camilla—. No sabía que te dedicaras al *baseball*, Alan. Pensé que en Oxford jugabas al *cricket*.

—Era Cambridge, Camilla, y sí jugué al *cricket*. Pero un primer y único amor en cuestión de deportes ha sido siempre el *baseball*. Admito que nunca fui un gran *catcher*. ¡Pero cómo lo disfrutaba!

—¿Es eso verdad? —preguntó Bob Crandall con interés—. Usted que ha probado ambos, ¿qué posición toma en la discusión *baseball* contra *cricket*?

—No hay tal discusión. Mantengo, correcta o incorrectamente, que cada parte fallaría en el juego de la otra ya que cada una tendría que olvidar sus propios principios básicos. La primera regla del *baseball* es dejar pasar las malas; en el *cricket* no dejar pasar nada. El jugador de *baseball* en un juego de *cricket*, quedaría fuera en dos minutos. El jugador de *cricket* que dice que pegarle a una pelota es tan simple como hacerlo a un “tiro completo”, será dejado fuera por cualquier lanzador que tire una pelota rápida o una buena curva.

—¡Mira! —gritó Rip—. ¿No pueden limitarse a un tema, cualquier tema, durante dos minutos consecutivos? Sobre esa pregunta de que alguien actuaba sospechosamente, iba a decir una palabra. Pero aún no lo haré, eso puede esperar; tenemos otros negocios. Muchas gracias por ser el *catcher*, Grantham. Tengo un guante y una máscara aquí, como ven; hay otra máscara en el sótano para el árbitro. Pero no hay un protector de pecho ni rodilleras.

—No quiero nada de ese aparato, gracias. Sólo una máscara para evitar los tiros malos. Si el árbitro quiere una máscara.

—No este árbitro viejo —dijo Crandall—. Cualquier tiro desviado aplastará al *catcher* antes de que me llegue a mí. ¡Muy bien! Si todos están listos, ¿qué estamos esperando?

Con mucha galantería Yancey se dirigió a Madge y a Camilla.

—¿Las damas tal vez quieran venir? ¿O prefieren...?

—¿Sentarnos aquí a tejer? —relampagueó Madge—. ¡Ya empiezas otra vez Yancey, tratándonos como figurillas tras una vidriera! Por supuesto que iremos con ustedes. ¿Adónde van a poner en práctica todo esto?

—En el camino a la casa —contestó Kip antes que Yancey pudiera hablar—. ¡Ya veo Madge! Quieres ver cómo dejo fuera a Stonewall y le gano sus 20 dólares. Tengo un tiro rápido que no va a gustarle nada. Pero el Oráculo de Goliath tiene razón; ¿qué estamos esperando?

Y salió dando grandes pasos, con los otros cinco tras sí. De una mesa del vestíbulo Yancey tomó una bandeja de plata que serviría como plato de llegada. Salieron al pórtico de las cuatro altas columnas, y bajando los escalones de entrada emergieron a una fresca claridad.

El camino arenoso, aún húmedo por la lluvia, estaba lo suficientemente firme como para caminar. El auto de Alan había sido estacionado hacia la izquierda, con la capota cerrada. El jardín delantero, a la derecha, brillaba rojo y púrpura con azaleas. Bob Crandall examinó los alrededores.

—Están todos locos, y yo tanto como ustedes —dijo—, aunque ustedes pueden estar un poco más locos todavía. Al menos, fueron lo suficientemente sensatos como para no tratar de envolver a Hank en esto. Es un pescador, lo sé. Pero pedirle a Hank Maynard que juegue al *baseball* sería como pedirle a Robert Browning que escribiera proverbios para la página social de Elks. ¡Agradezcan a su buena estrella que está ocupado con otra cosa!

—¿Me pregunto si seguirá ocupado? —preguntó Camilla. Su voz se elevó—. ¿Dónde pondrás el plato de llegada, Yancey?

Seguido por los otros, Yancey caminó vacilante hasta casi 40 metros del portón de entrada. Se detuvo antes de llegar a las magnolias a cada lado del camino. Puso la bandeja de plata sobre la arena y se paró a su derecha, balanceando lentamente su bate.

—¡Allí! ¿Qué les parece?

—¿Frente a la casa?

—¡Seguro! ¿Quién buscaría una pelota en el bosque del otro lado de la ruta? Ése es el centro de investigación de la Universidad de Charleston, con cerca y todo. Tira una pelota allí, Camilla, y necesitarás un pelotón de policías para sacarla.

—Pero ¿frente a la casa? ¿Y si rompen un vidrio?

Yancey respondió dirigiéndose a Madge.

—Si rompo un vidrio, querida, lo repondré con uno con tu imagen, como, el ángel que nunca fuiste. ¿Qué te parece?

Madge no respondió. Rip, colocando el mitón y la máscara junto a Alan, se calzó su guante en la mano izquierda y midió la distancia hasta una imaginaria casilla de bateador.

—¡No habrá ventanas rotas, Madge! No podrá ni ver, ni oler la pelota, con el viejo Smoke Hillboro jugando por los Yankees. ¿Mantienes tu palabra, Stonewall? ¿Quieres hacer otra apuesta?

—¡Cubriré cualquier otra apuesta que tú hagas! Pero ya me estoy cansando de...

—¡Tranquilos los dos! —gritó el árbitro—. Si quieren iniciar la Guerra Civil nuevamente, por Dios, háganlo a su debido tiempo.

Fuera de la casa, abriendo la puerta de metal blanca y dejándola golpear, salió el doctor Fell. Sin sombrero, con un negro traje de alpaca y apoyándose en su bastón, bajó los escalones y se dirigió hacia ellos. No era necesario presentar al doctor Fell: todos sabían quién era y lo aceptaron desde el principio. Pero tan sólo su presencia, aumentaba la tensión ya existente.

—Alan —dijo Camilla—, ¿qué estás haciendo?

—Sólo me estoy quitando el saco. Perdona los tiradores.

—Es un traje de Savile Row, ¿no es así? ¿No hacen trajes ingleses para usar con cinturón?

—Sí, por supuesto, pero este sastre no los hace.

—¿Qué haces con el saco?

—Lo pongo aquí, eso es todo. ¿No puedo?

—¿Sobre el pasto húmedo? ¡No seas tonto! Dámelo, yo lo sostendré.

—Gracias.

Dejando la máscara donde estaba, Alan se puso el guante y se colocó tras el plato improvisado...

—No puedo hacerte señales —dijo a Rip—, ya que no sé lo que tirarás. ¿Quieres practicar?

—Mira, Grantham, siempre estoy en práctica. ¡Sin embargo! Sólo para demostrarles que este maldito *yankee* sabe lo que hace, haré un tiro. ¡Córrete por un momento Stonewall! ¿Listo, Grantham?

—Tira.

No fue un tiro elaborado, aunque Alan esperaba lo contrario. Los movimientos de Kip eran muy fáciles. Apoyado todo su peso en el pie izquierdo, tiró hacia adelante.

Fue un tiro rápido. La pelota cruzó el plato y golpeó el guante un metro y medio más arriba de la altura de la cintura. Alan, que no había jugado al *baseball* por años, casi la dejó caer. Pero uno no olvida, pensó, como tampoco uno olvida andar en bicicleta. Devolvió la pelota al bateador. Recogiendo la máscara, ajustó el elástico sobre su cabeza y se puso en cuclillas detrás del plato.

—¡Muy bien! —proclamó el árbitro—. Si terminaron de discutir empecemos ya. ¡Pelota en juego!

Lo poco que quedaba del sol estaba detrás de Maynard Hall; no tenían ningún

problema con la luz. El doctor Fell se corrió a la derecha del camino, las dos jóvenes hacia la izquierda. Yancey avanzó negligentemente, sacudiendo el bate.

—¡Si llega a romper un vidrio...! —explotó Madge.

—No lo hará, Madge. ¿No te lo dije?

—¡Espero que mi padre no lo vea! Espero.

—¡Pelota en juego!

El tiro fue un duplicado perfecto del primero. El bate de Yancey no se movió. El brazo del árbitro sí.

—¡Tiro primero!

—¿Te gusta, Stonewall? —dijo Rip—. ¡Sólo porque eras un buen bateador en una escuela advenediza como William y Mary...!

—¿Escuela advenediza?, ¡por Dios! —repitió una voz hueca—. Escuela advenediza, ¡gran Dios! Mira hijo, aprendían a escribir en William y Mary cien años antes que tu maldito lugar fuera sacado del desierto donde debió haber permanecido. Te estoy diciendo...

—Yo no te lo digo, Stonewall; sólo te lo demuestro. ¿Ves?

Tiró nuevamente; muy rápido, alto y dentro. Alan perdió ésta; la máscara parecía restringir la visión más de lo que él recordaba, y su propio tiro fue tan alto que Rip debió saltar para agarrar la pelota. El tiro siguiente, una pequeña curva hacia afuera, también fue una pelota mala.

—¿Qué sucede Stonewall? ¿No le pegarás a ninguna? ¿Tiene el bate pegado al hombro o qué?

—¡Ponía aquí, hijo! ¡Sólo ponía aquí!

Esta vez Rip giró completamente sobre sí mismo y tiró con todas sus fuerzas, un tiro tan discutible, un poco alto y hacia adentro pero tal vez debajo del hombro, que el mismo Alan no hubiera sabido cómo definirlo.

—¡Pelota mala-tres!

Kip se enderezó al recibir la pelota. Su rostro demostraba desagrado.

—¿Cómo está de la vista, árbitro? ¿No sería mejor conseguir unos lápices y una copa de lata?

—¿Quieres que te cobre una multa? —gritó el árbitro encolerizado, haciendo un pequeño baile detrás de Alan—. ¡Ahora, cierra tu maldita boca y juega!

—Lo haré, Bob. Te conseguiremos un perro lazarillo cuando terminemos. Mientras tanto...

Por la expresión en la cara del bateador Alan adivinó qué sería: uno de los tiros rápidos de Rip. La pelota se incrustó en el guante exactamente donde tenía la mano.

—¡Tiro segundo!

Rip recobró la calma.

—¿Ves eso, Madge? Pensé que podía engañarlo con un tiro rápido nuevamente, y no me equivoqué. No trata de pegarle a ninguna. ¡Tiene demasiado miedo a errar! ¿Ahora qué le tiraremos para el tercer tiro? ¿Algo diferente tal vez? —Rip apoyó su

peso sobre el pie izquierdo—. Hay que mantenerlos sobre ascuas, eso es lo importante. Siempre...

—Camilla —exclamó Madge— ¡esto no me gusta!

—Está bien querida. No sucede nada malo.

—¡Sí, sucede algo malo! ¡Lo sé! Puedo...

¡Crack!

Yancey había reconocido la pelota rápida, y bateó.

—¡Cristo! —murmuró el árbitro.

En un juego verdadero, el tiro hubiera llegado a la segunda base, demasiado alto para ser alcanzado o detenido. La pelota, un trazo blanco como un ovillo que se deshilvana, silbó derecho entre las dos columnas centrales del pórtico en el preciso instante en que Henry Maynard, con un libro en la mano izquierda, empujaba la puerta de tela metálica y salía al camino.

No podría haberle pegado —iba demasiado alto—, pero él no podía saberlo. Cayó de bruces, no fue un espectáculo ridículo para ninguno de los que observaba. La pelota rebotó contra los ladrillos un poco más arriba de la puerta principal, hacia el camino, donde Rip Hillboro corrió para alcanzarla. Henry Maynard se puso de pie, cepilló brevemente sus rodillas, los miró a todos desde la distancia, y con mucha dignidad entró nuevamente en la casa.

Rip se unió apresuradamente a los otros, introduciendo la pelota en uno de sus bolsillos.

—Creo que es el fin del ejercicio. Si no queremos que truene, es mejor que dejemos de jugar inmediatamente. Sabes, Stonewall, tal vez es mejor que tú y yo nos vayamos mañana.

—Sí, hijo. Así lo creo yo también.

—Mira, Stonewall; aquí tienes tu dinero. Uno de diez y dos de cinco. Me convertiste en un tonto, muy bien; no me gusta ni un poquito. Pero le pegaste magníficamente a esa última pelota; Me convertiste en un tonto con toda mi charla, y lo admito. Aquí tienes el dinero.

—¡Bueno..., bueno! —dijo Yancey Beale—. No quería tu dinero, hijo. Hasta este momento sólo quería decirse dónde debías cavar. De todas maneras, si eres un buen perdedor, es diferente. Reconozco haber dicho cosas que no debí decir, y tal vez ese golpe fue sólo una casualidad. ¿Nos damos las manos?

—Seguramente, ¿por qué no? Podemos ser civilizados otra vez, ¿no es así?

Kip y Yancey, junto con el doctor Fell, Bob Crandall y Madge se dirigieron hacia la casa. Alan se quitó la máscara y el guante y se acercó a Camilla, que permanecía inmóvil sosteniendo su saco.

—¡Alan!

—¿Sí?

El rostro de Camilla estaba algo enrojecido, y tenía una expresión extraña en los ojos. Por un momento pareció que iba a inclinarse hacia él. Luego la impresión

desapareció, fue sólo una burbuja que explotó o una ilusión.

—¡Qué chiquitines! —dijo—. Sabes, Alan, ese tiro que casi golpeó a...

—¿Que casi golpea al padre de Madge?

—Sí. Cuando Yancey golpeó la pelota yo estaba mirando al doctor Fell y a Bob Crandall.

—¿Y?

—Ambos deseaban que rompiera una ventana —Camilla hizo un gesto de desesperación—. ¡Dios nos salve! ¡Hombres!

En silencio Camilla y Alan siguieron a la pequeña procesión, subieron los escalones, cruzaron el pórtico y penetraron en el vestíbulo central. Luego de poner la máscara y el guante sobre la mesita donde Rip había dejado su guante y Yancey el bate, Alan tomó su saco. No había señales de Henry Maynard, por lo que se sintió muy agradecido.

—Querida —preguntó Yancey a Madge—, ¿dónde está tu padre?

—Debe de estar en su estudio, malhumorado. ¡Espera Yancey! ¿Adónde vas?

—Esa cosa de plata que usábamos como plato de llegada; ¡la dejé en la arena! ¡Y tu padre ya está suficientemente enojado! Sólo...

—¡No, déjala! ¡George se encargará de entrarla!

—Sí, Stonewall —aconsejó Rip Hillboro—, déjala. Tengo algo que decir.

El Rip sometido que se había disculpado correctamente, evidentemente no podía permanecer por mucho tiempo así. Se había recobrado nuevamente. Sus cabellos claros, muy cortos, parecían filosos como un cuchillo.

—Antes de salir —dijo—, comencé a hacer una pregunta. Y la haré ahora pase lo que pase. Síganme.

Esta vez la procesión lo siguió dentro de la biblioteca, el doctor Fell en último término. Rip asumió una posición de mando, en el centro de la habitación.

—Se hizo la observación, de cuyo contexto no sé y no puedo hablar; el Oráculo de Goliath no quiso decírmelo, de que alguien actuaba sospechosamente. Aquí está mi pregunta, damas y caballeros, y creo que a todos nos interesará la respuesta —teatralmente señaló con un dedo hacia la puerta a la derecha de la chimenea—. ¿Quién de ustedes robó el hacha india que estaba en esa habitación?

CAPÍTULO 7

Un rayo no podría haber producido mayor efecto.

—¿Hacha india? —dijo bruscamente Madge.

—¡No! —murmuró Camilla—. ¡No, no, no!

—¿Alguien actuando sospechosamente? —continuó hablando con Rip—. Escuchaste algo cuando entraste aquí con Yancey. Pero no se trata de lo que pensabas.

—¿No?

—El señor Crandall nos estaba hablando sobre una joven de la ciudad de Jersey. El padre de Madge sospecha de las historias que cuenta y del lenguaje que usa. Siempre tiene miedo que salga con algo horrendo.

—Lo cual, hay que reconocer que hace casi siempre —concluyó el señor Crandall, dirigiéndose al doctor Fell—. Tal vez esté fuera de lugar en la alta sociedad. Mi padre era carpintero; trató de que yo aprendiera el oficio cuando tenía quince años. Pero no lo logró. Había demasiada sangre de editor en mis venas. En el fondo soy un tipo rudo, aunque he aprendido mucho con los años. Puedo ser muy fino cuando quiero. Cuando es absolutamente necesario puedo ser tan fino como cualquiera. Verá.

—No es que no haya habido comportamientos sospechosos en todo lugar y todo el tiempo —interrumpió Camilla—. Teniendo en cuenta lo que sucedió a la una y media de esta madrugada, cuando Madge vio a un hombre en la playa... —rápidamente relató la historia de Madge al absorto doctor Fell—. Y ahora para completar todo lo demás...

Madge, pérdida en algún sueño triste, no estaba escuchando. Corrió hacia la puerta de la otra habitación, que permanecía a oscuras, y buscó a tientas la llave de luz. Una araña de cristal iluminó el ambiente. Los otros siguieron a Madge dentro de la habitación.

Era tan alta como la biblioteca, pero un poco más angosta, entre la puerta y una gran ventana francesa de dos hojas, flanqueada por una ventana corrediza a cada lado, en la pared opuesta en la parte de atrás. Tanto la ventana francesa como las corredizas tenían cortinas de un rojo vivo con diseños en oro.

De las paredes de madera blanca brillante colgaban unos antepasados de la familia Maynard. Pero lo primero que se veía en esas paredes eran las armas.

Las armas de fuego, dispuestas en fila, variaban desde uno de los primeros mosquetes, y rifles de los siglos XVIII y XIX, hasta un Winchester de repetición probablemente del año 1898, con pistolas de fechas similares. Todas estaban bien

cuidadas, pero oscurecidas por el tiempo. En la pared derecha colgaban una serie de espadas. Junto a la ventana francesa, incongruentemente, había un pizarrón sobre su caballete.

—Las cortinas están cerradas —observó el doctor Fell, como si alguien hubiera hecho un comentario al respecto—. ¿Puedo preguntar quién las cerró?

—¡No es nada extraño! —respondió Madge—. Yo las cerré. O mejor dicho le dije a Silvia que lo hiciera. Hay tres mucamas: Silvia, Judith y Winnie Mae. El sol decolora la alfombra y el tapizado, eso es todo. Pero si alguien me preguntara quién ha estado actuando de manera extraña, tendría que mencionar a mi padre. ¿Por qué quería saber tu estatura, Yancey? ¿Y la tuya, Rip?

Rip Hillboro señaló.

—Allí —dijo—, está el famoso rifle Kentucky, llamado así porque fue construido por armeros alemanes en Pennsylvania. ¡Muy bien, Stonewall, muy bien! ¡Sé que se usó en Kentucky y Tennessee, y tuvo gran importancia en la batalla de Nueva Orleans!

”Y allí, en la pared, sobre las espadas, están las bayonetas colocadas en un círculo incompleto. El círculo está incompleto en la parte superior, porque allí es donde estaba el hacha. Y alguien se la ha llevado sin dejar rastros. ¿Quién la robó?”

—No me mires a mí —dijo Yancey Beale—. Tal vez tú lo hiciste.

—O pudo haber sido el mismo papá Maynard. No estaba muy feliz, Stonewall, cuando partió para Richmond. Tres días en la capital Confederada lo restablecieron milagrosamente, como si hubiera bebido el Agua de Como-Se-Llama o visto a Jeff Davies reinstalado en la presidencia. Pero hoy no le hemos hecho ningún bien. Te tiró una pelota de *baseball* y la devuelves derecho a su cara. ¿No sería mejor que los dos pareciéramos un poco arrepentidos?

—¡Oh, no seas tonto! —gritó Madge—. ¿Qué podría tener contra ustedes? Aunque tuviera algo en contra de alguien. Que no tiene...

—No hablaba en serio, Madge. Eres una pequeña diablilla que toma todo literalmente.

—Aunque así fuera —prosiguió Madge—, ¿puedes imaginarlo usando un hacha india? Ingeniería algo más sutil y matemático, pero seguramente preferiría morirse antes que ser rudo. ¡Olvida a papá! Y sin embargo el hacha ha desaparecido, alguien se la llevó. Es una terrible preocupación, ¿no es así? ¿Qué piensa usted, doctor Fell?

—Ésa es una buena idea —acotó Rip, la mano en la barbilla—. ¿Cómo lo llamó Bob? Gargantúa, ¿verdad? Hable, Gargantúa, ¡dénos un amplío panorama! Sabemos que es un viejo maestro.

—Señor —replicó el doctor Fell—, soy un viejo inútil. Sin embargo, ya que ambos han pedido mi opinión, no puedo hacer otra cosa que citar una serie de incidentes, de los cuales ya está enterado el señor Maynard, a los que debo agregar dos de los cuales no tenía conocimiento hace media hora.

”La noche del viernes pasado robaron el espantapájaros; a la mañana temprano

alguien es visto en esa ventana. Nada extraño sucede durante casi una semana; luego todo sucede de repente. Anoche, o esta madrugada a la una y media, la señorita Maynard observa desde su ventana a un individuo no identificado caminando por la playa de oeste a este. Hoy, poco antes del mediodía, un mayordomo inestimable llamado George, precisa que ve a alguien acechando el estudio del señor Maynard; (¿no sabían eso? Así me lo informaron y lo creo). Probablemente hoy también, como para recordar la vieja historia de hombres asesinados sin que se encontrasen rastros en la arena o el barro, desaparece el hacha india. ¡Caramba! Cuando a todo esto agregamos las presiones emocionales que se van juntando como vapor en una caldera con la válvula de seguridad cerrada...”.

—¿Piensa que hay peligro? —demandó Rip.

—Me temo que sí.

—¡De acuerdo, Gargantúa! ¿Quién está en peligro?

—Ése es —agregó el doctor Fell— precisamente el punto en que no puedo decidirme. Puede ser una persona, puede ser otra. Sin embargo, usted, señor Hillboro, descubrió que el hacha había desaparecido. ¿Cuándo lo notó?

—Esta mañana después del desayuno, cuando entré aquí, camino al jardín para tomar aire.

—¿Se lo mencionó a alguien antes que a nosotros?

—No. ¡Qué diablos! ¿Cuándo mencionó Madge al hombre de la playa, llevando una bolsa sobre el hombro? ¡Yo ni siquiera había escuchado eso hasta que Camilla lo repitió hace cinco minutos! Ahora bien, soy abogado; creo que puedo pesar y evaluar evidencias. Pero ¿qué es evidencia? ¿Qué es importante y qué no lo es? Como usted dijo, muchas cosas han sucedido.

—¿Y sin embargo cuando todo comenzó a suceder la noche del viernes pasado, tengo entendido que no le dio mucha importancia a todo el asunto y a la historia de la señorita Bruce?

—¡Está equivocado, Gargantúa! ¡Completamente equivocado! Si le pregunta a Camilla, ella le dirá que fui yo quien persuadió a Papá Maynard para que llamara a la policía. No quería, pero yo lo convencí. Tal vez ella bebió mucho *whisky* o tomó demasiadas pastillas para dormir; pero tal vez no haya sido así. Siempre juega sobre lo seguro y está del lado seguro; ¡ésa es mi divisa! Fui el único que la tomó en serio. ¿No es así, Camilla?

—Sí, es verdad —asintió Camilla—. ¡Relaté dos veces la historia en el almuerzo, doctor Fell!

—En realidad —informó Rip en voz alta—, el que no lo tomó seriamente y se rió de la historia fue Stonewall Jackson, luego de que él comenzara todo el problema contando historias de fantasmas. Y sin embargo, hasta ese momento había estado murmurando que algo raro estaba sucediendo en esta casa. ¿Verdad o mentira?

—¿No podríamos volver a la biblioteca? —pidió Madge que estaba pálida—. Esta habitación es una especie de museo, no hay dónde sentarse. ¿No podríamos

volver a la biblioteca?

Yancey Beale se recobró.

—Sí, querida. ¡Ven!

Para gran sorpresa de Alan, Yancey tomó a Madge por los hombros. Suave pero insistentemente y con fuerza, la condujo a través de la puerta mientras él permanecía con los otros. Cerró la puerta y permaneció de espaldas a ésta.

—¡Es nuestra anfitriona! —murmuró ferozmente—. No se puede decir a una anfitriona que se vaya o que nos prepare una jarra de té helado, cuando hay algo que queremos confiarle al especialista en criminología.

Yancey estaba muy nervioso. Sus ojos vagaban por la blanca habitación de oscuras armas y oscuros retratos y quedaron fijos en un punto entre Alan y el doctor Fell.

—Si Hillboro está buscando un hijo de puta —dijo seria y animosamente—, espero que sea yo. A veces pienso que soy peor que eso o que ese viejo bastardo Sherman. Sí, ¡yo lo comencé! ¡Yo comencé todo esto!

—¿Por contar historias de fantasmas, señor?

—¡Antes de eso! ¡Mucho antes!

—¿Oh, sí?

—Puede decirse que todo comenzó la noche del domingo antes de la reunión en la casa. Era el dos de mayo; el señor Maynard leyó la fecha en su diario de bolsillo. Él, Madge y yo estábamos fuera, frente al portón de entrada. Era una noche extraña, y Madge se ponía nerviosa por cualquier cosa. Le pregunté al señor Maynard qué era la cosa que persigue y no deja rastros. No me contestó; nunca contesta, a pesar de que lo busqué más tarde. Pero no me hizo ninguna aclaración.

”Como si eso fuera suficiente, como ya les contó Hillboro, la noche del viernes tenía que abrir mi enorme boca y contarles *El Tesoro de Ab-Thomas*. Sí, ¡yo comencé con las historias de fantasmas! Y por supuesto me reí, aunque no muy fuerte, cuando comenzaron a suceder cosas. Se trata de Madge. ¿Creen que quiero ver a esa pequeña más preocupada de lo que desearía estarlo? No es una galopante amazona; es delicada, no puede soportarlo. Creí que con bromas podría evitar que sintiera miedo, aunque no tuvo mucho éxito. ¿No vieron su rostro hace un momento, cuando hablábamos del hacha?

—Entonces, hagamos justicia a la señorita Madge —retumbó el doctor Fell—, ¿puedo sugerir que abra la puerta para unirnos a ella?

Yancey abrió la puerta. Algo consciente de ser el centro de las miradas, el doctor Fell se movió pesadamente hacia la biblioteca, seguido por Camilla y Alan y el mismo Yancey, con Rip y Bob Crandall.

Madge, con su vestido café y *beige*, se había sentado nuevamente en el sofá tapizado de amarillo. Yancey y Rip marcharon hacia el sofá, donde permanecieron como dos granaderos. El doctor Fell se puso de espaldas a la chimenea y habló con Alan.

—¿Alguna idea, mi querido amigo?

—Ninguna por ahora. Lo que sea en que se ha metido usted esta vez, parece tener una solución muy difícil.

—Señor —respondió el doctor Fell, jadeante y moviendo la cinta de sus anteojos—, no es sólo la solución. Éste es un problema muy difícil.

—Usted se refiere —gritó Camilla—, ¿a la cosa que persigue y no deja rastros?

—No necesariamente. Me refiero a un aspecto que no parece habersele ocurrido a usted. ¡Arcontes de Atenas! ¿Puedo pedirles que sean indulgentes con este viejo botarate mientras trata de concentrarse durante un momento o dos?

Se apoyó en su bastón, mirando la alfombra. Bob Crandall se movió inquietamente. Camilla se dirigió hacia el gran piano y se sentó a él. Alan la siguió por instinto, muy consciente de su cercanía.

El silencio se hizo denso. No había música alguna en el clavijero, pero Camilla no la hubiera necesitado. Cuando todavía nadie hablaba, comenzó a tocar suavemente. Las notas rasgaban y resonaban en la gran habitación. De pronto el doctor Fell levantó la cabeza.

—¡Mendelssohn! —rugió.

Todos saltaron. La mano de Camilla cayó del teclado.

—¡No es Mendelssohn, doctor Fell! Era una mala interpretación de un preludio de Chopin, me temo que no sé tocar muy bien. No sabía que a usted le gustara la música.

—¿Música? —repitió el doctor Fell mirándola tontamente—. ¡Oh Dios! ¡Oh Baco! Tengo un solo recuerdo de lo que remotamente podría llamarse música. Hace mucho tiempo acostumbraba a reunirme con algunos amigos joviales alrededor de un piano, mientras rugíamos “El camino a Mandalay” o trozos similares, capaces de sacar de sus casillas a los vecinos más indulgentes. ¡No, realmente no sirve!

—¿Qué no sirve? —demandó Rip Hillboro—. ¿Qué significa todo esto, Gargantúa?

El doctor Fell señaló con su bastón hacia la ventana delantera.

—Viene un auto por el camino —anunció—. Creo, aunque no estoy seguro, que es la señora Huret que regresa.

—¡Sí! —confirmó Madge, levantándose un poco del sofá para poder ver—. ¡Es Valerie! Salió corriendo de aquí como si ya no pudiera soportarlo más, pero nada la desanima. ¡Aquí está, señor Crandall! ¡Su amiga ha vuelto!

—¿Mi amiga está aquí? ¿*Mi* amiga? ¡Por Cristo!

—Al menos, señor, no esconde sus sentimientos, —acotó el doctor Fell—. ¡Vamos, esto tampoco servirá! Preparémosnos para recibir a la dama con toda la cortesía posible.

Pero no la recibieron, al menos por el momento, ni siquiera la vieron; puesto que la puerta que daba al vestíbulo estaba completamente abierta, oyeron la puerta metálica abrirse y cerrarse. Escucharon a Valeria diciendo unas palabras a alguien,

probablemente a George. Sus tacos retumbaron a través del vestíbulo y en la escalera.

—Me pregunto —dijo Camilla—, me pregunto, ¿por qué regresó?

—Oh, Camilla —exclamó Madge—. ¿Qué importa porqué regresó? Siempre será bien recibida, por supuesto; no importa a qué hombre se le insinúe. Tenía la esperanza de que el doctor Fell nos aclarara algo. ¿Podría ser, doctor Fell?

—Eso depende, señorita Maynard. Me estaba preguntando...

Madge estaba extraordinariamente animada, tal vez febrilmente animada.

—Estaba pensando en el pizarrón, ¿verdad? ¿Por qué hay un pizarrón en este museo? ¿Y en el hacha?

—Madge querida —dijo Yancey Beale—. ¿No puedes olvidar esa maldita hacha?

—Es auténtica del siglo XVIII. Nunca las asocié con nadie que no fueran indios. Pero, ¿sabías Camilla, que durante la guerra con los indios y los franceses las tropas inglesas llevaban hachas y bayonetas? Es un pequeño machete, en realidad, lo usaban para abrirse camino en los bosques. Pero no lo supe —dijo Madge rápidamente—, hasta la semana anterior a la reunión en casa.

—Le pidieron a papá que diera una conferencia sobre armas antiguas a un pequeño grupo de estudiantes del último curso. Seis de ellos, y su profesor de historia, vinieron el viernes por la tarde; debe de haber sido el 30 de abril. Papá puso un pizarrón en esa habitación...

—Perdóneme, señorita Maynard —interrumpió el doctor Fell—. Viniendo hacia aquí, no muy lejos de esta casa, pasamos por un edificio de escuela algo elaborado, de ladrillos entre amarillentos y anaranjados, con la fecha 1920. ¿Perteneían los alumnos a esa escuela?

—¿De Joel Poinsett? No, ¡por supuesto que no!

—¿Por supuesto que no?

—Nadie concurre ahí ahora, está cerrada, a pesar de que un vecino la cuida. Dicen que está muy gastada y ya han conseguido fondos para construir un edificio moderno en el mismo lugar. El mes que viene comenzarán a derrumbarla y a construir...

—¡Ya sé; no me lo digas! —interrumpió Camilla—. Construirán uno de esos horribles edificios de un solo piso que se ven por todas partes, de apariencia tan barata y endeble como un gallinero, pero muy populares, porque son casi completamente de vidrio y cuestan una fortuna.

—Camilla —dijo Alan—, ¿es posible que haya algo moderno, que no te guste?

—Alan —gritó Camilla—, ¿es posible que haya algo moderno que te guste?

—Sí. Ése es un tema personal que preferiría discutir contigo en privado.

—Ya veo. Quieres burlarte de mí en privado como lo haces en público, ¿no es así? ¡No te daré la oportunidad! ¿Qué estabas diciendo Madge?

Madge permaneció absorta, como si la mantuviera viva un espíritu interior.

—Estaba contándoles —contestó—, la conferencia sobre armas antiguas al grupo de estudiantes del último curso. Seis chiquillos muy agradables; tres niñas y tres

varones con su profesor de historia, estuvieron aquí por la tarde. A papá le encanta dar conferencias, aunque nunca lo admite; le gusta pararse frente al pizarrón y explicar las cosas por medio de figuras y diagramas. Cuando terminó, le dijo a George que el pizarrón podía quedar allí; y allí ha estado desde entonces. Yo también escuché la conferencia, es por eso que sé que las hachas indias fueron en una época parte del equipo de las tropas coloniales. —Se interrumpió—. Por Dios Rip, ¿qué te sucede?

—No es nada Madge. ¿Pero no te das cuenta que esto se está convirtiendo en un círculo vicioso?

—¿En un qué?

—En un círculo vicioso que comienza y termina con papá Maynard. Mira, Madge, no lo tomes a mal. ¡No estoy diciendo nada contra tu padre!

—¡Mejor que no lo hagas!

—¿Pero estás segura de que lo entiendes?

—¿Tú lo entiendes, hijo? —preguntó Yancey Beale.

—Me gusta pensar que conozco a las personas. —Nuevamente Rip adoptó una pose agresiva—. Madge dice que él preferiría estar muerto antes que ser rudo, y tiene razón. Pero supongamos (sólo supongámoslo, Stonewall) que tiene algo contra ti, o contra mí, o contra cualquiera que se te ocurra. ¿Y supongamos que ha encontrado el medio para caminar sobre barro o arena mojada, sin dejar huellas? Eso sería lo suficientemente sutil, ¿no es así?

—Señor Hillboro —interpuso el doctor Fell—, ¿está acusando seriamente al hombre cuya hospitalidad ha aceptado?

—¡Buen Dios, no! Ya que Madge toma todo tan literalmente, será mejor repetir que todo esto no es serio.

—¿Sí?

—Se trata de comprender una personalidad diferente; sólo estoy sugiriendo lo que él haría si se viera obligado. Cuando digo que es tramposo o evasivo, no estoy usando esas palabras en su significado vulgar. Hay muchas cosas que no haría y no podría hacer. Papá Maynard no le haría trampas: no le vendería acciones sin valor, o un auto usado que no funcionara. Pero si pensara que tiene causas justificadas podría, muy probablemente, poner veneno en su *bourbon* mientras usted no esté mirando. Podría ir aun más lejos, y decir...

—¿Sí, joven? —respondió una voz severa.

Fue como si la habitación se hubiera helado.

Sobre la pequeña plataforma dentro de la biblioteca estaba Valerie Huret, con su cabello pelirrojo y su piel blanca. Pero nadie prestó gran atención a la señora Huret. Todos miraron a Henry Maynard, que estaba delante de ella.

Sus ojos completamente abiertos miraban tan fijamente que un anillo blanco se había formado alrededor del iris. Apenas si respiraba. Los hombros hacia atrás, los codos a sus costados, permanecía rígido, erguido; era la imagen de un perfecto

caballero que contiene el genio ardiente de un diablo.

—¿Sí, joven? —repitió—. Vayamos los dos un poco más lejos, ¿quiere? Ya que insiste en teorizar sobre mis muchos defectos y mis impulsos básicamente criminales, ¿no sería mejor que compartiera su teoría conmigo?

CAPÍTULO 8

La luz del atardecer, con un amplio reflejo rojo en el oeste, estaba cubriendo James Island cuando Alan regresó por el camino que había llegado. Nuevamente el doctor Fell ocupaba el asiento trasero del auto; iban solos. Cruzaron rápidamente los árboles del camino Fort Johnson; el reloj en el tablero de instrumentos marcaba las seis y diez. Alan aún estaba un poco febril.

—¿Ve la hora doctor Fell? En realidad no han pasado diez minutos desde que el viejo apareció en la puerta como un fantasma vengador. ¡Pensé que iba a hacer un gran escándalo!

—Yo pensé lo mismo —confesó el doctor Fell—. Pero al parecer, el joven Hillboro no es la figura indomable que trata de parecer. Al verse enfrentado por un desafío directo, ¿recuerda?, simuló su confusión con risas y disculpas, y recordó su cuidadoso prólogo de que sólo estaba bromeando.

—Que el señor Maynard aceptó, sorpresivamente, sin protestas y con sólo un comentario. —Alan imitó a Henry Maynard—. “Disminuirá la tensión, Rip, si tú y Yancey se ven menos de ahora en adelante, y si yo los veo aun menos”. Ambos dijeron: “Sí, señor”, como colegiales obedientes. Y volvió nuevamente al piso superior, pretextando que había olvidado un libro.

—Y eso fue todo. Pero, ¿fue realmente todo? Valerle Huret se dirigió majestuosamente hacia Bob Crandall tratando de ocupar su atención; instantáneamente usted ofreció disculpas para salir de allí...

—Prometiéndolo —agregó el doctor Fell—, que el viejo charlatán estaría listo si lo necesitaban. Sinceramente, quería evitar más discusiones. ¿Qué escribió en esa tarjeta que le entregó a la señorita Bruce?

—El nombre del restaurante donde iremos ahora, uno que quiero que usted conozca. Le pedí a Camilla que nos acompañara, pero se negó. No son más de las seis y cuarto, pero serán aproximadamente las siete cuando llegemos allí. ¿Le molesta cenar temprano?

—Señor, disfruto de una cena a cualquier hora; mis detractores insinúan que hasta a la hora del desayuno. ¿Cómo se llama el restaurante?

—El lugar se llama Davy's, queda al lado del Teatro de la calle Dock, en la calle Church.

—Ningún inglés —dijo el doctor Fell—, puede sorprenderse de encontrar el Teatro de la calle Dock en la calle Church. ¡Al mismo tiempo...!

—No es tan confuso como parece, la calle Queen, que antes se llamaba Dock, está a la vuelta de la esquina. Y ahora, hablando de Camilla...

—¿Todavía piensa que no puede verlo? ¡Arcontes de Atenas! “Alguien le preguntó a la esposa del sargento”.

—¿Qué le preguntó a la esposa del sargento? ¿De dónde salió el sargento? ¿Ha comenzado con sus oscuras observaciones?

—Ninguna de mis observaciones, si las considera detenidamente, es oscura —informó el doctor Fell con cierta dignidad—. Puede no ser comprendida, pero no es oscura. ¿Hay algo en especial que usted quiera saber?

—Quisiera saberlo todo. Pero quedará satisfecho con cualquier sugerencia que usted considere útil. ¿Podemos hablar de todo este asunto de Maynard Hall? ¿Existe alguna razón por la cual no pueda discutirse libremente el tema?

—Por el contrario, todas las razones indican que podemos y debemos discutirlo libremente, si las circunstancias lo permiten. Lo que los otros puedan pensar lo puede adivinar cualquiera, pero, rayos y centellas, señor, ¡a mí me asusta!

—¿Qué lo asusta?

—Las presiones emocionales —dijo el doctor Fell—. Algunas observaciones y actitudes de varias personas, en particular del mismo Henry Maynard.

—¿Piensa que Rip Hillboro tiene razón? ¿Que el viejo tiene algún propósito asesino?

—¡Vamos! —resonó la fuerte voz—. ¡Dejemos eso a un lado! ¿No existen otras presiones emocionales que las que llevan a asesinar a alguien? Más a menudo, seguramente, ¿pueden ser dirigidas al objetivo más feliz de no asesinar a nadie? En su mayoría, reconozco que nuestra información proviene de atmósferas, sugerencias e insinuaciones. Pero las atmósferas, sugerencias e insinuaciones han sido extraordinariamente reveladoras.

—En lo que respecta a Henry Maynard, hay algo que lo persigue y atormenta. Se lo dije, estando usted presente. Durante los veinticinco minutos que pasé a solas con él, después de que usted había bajado, y antes de que yo mismo bajara para presenciar un juego de *baseball*, me dediqué a formularle preguntas tratando de descubrir qué lo persigue y atormenta.

—¿Y?

—Tiene algo que ver con la conducta de su hija —respondió el doctor Fell—. Pero eso, superficialmente, al menos, parece ser el punto más oscuro. Ella se comporta muy bien, ¿no es así?

—Así es. Hasta en Goliath (y no hay peor chusmerío que una ciudad universitaria) las peores mentes no podrían decir nada acerca de ella. No le gusta que la tengan siempre entre algodones, como una rubia princesa de un cuento de hadas. Pero eso no es raro; es sólo humano.

—Entonces, ¿qué pudo haber hecho que lo preocupara o asustara tanto? ¿No le sugiere nada?

—No, nada.

—Tal vez ayude —suspiró el doctor Fell—, si le cuento lo que me dijo en

respuesta a mis preguntas. Esta tarde, si mal no recuerdo, Yancey Beale mencionó algo que ocurrió la noche del domingo 2 de mayo. Eso es lo que Henry Maynard ya me había contado.

—La noche del domingo 2 de mayo, dice que estaba en su estudio con el acondicionador de aire desconectado y una de las ventanas abierta. Madge y un joven, quien su padre pensó que era Yancey Beale porque Yancey vive cerca, en Charleston, y Rip Hillboro aún no había llegado, se encontraban bajo las magnolias.

—Podía escuchar un murmullo distante, y no siempre eso. La situación parecía volverse apasionada, pero no peligrosa, cuando de pronto el visitante perdió la cabeza y gritó algo queriendo significar que sería desastroso si el padre de Madge los descubría allí.

—Esto tomó a Henry Maynard por sorpresa, o al menos eso dice. Si su hija se casa con alguien, él prefiere que sea con Yancey Beale. La idea de que el joven supusiera que no fuera bien recibido lo turbó. Bajó rápidamente. Yancey estaba allí. Cuando le preguntó porqué había hecho una observación tan extraña, Yancey, tal vez llevando su caballerosidad demasiado lejos, como acostumbra, no negó usar tales palabras, solamente dijo que no podía recordarlas.

—Pero...

—Henry Maynard no es un tonto. En un momento dudó y después estuvo seguro. Yancey Beale, un joven muy culto, con acento sureño; es la única afectación que he visto en él. Había, como dijo nuestro amigo Maynard, “algo diferente en la voz”. No fue Yancey quien estuvo con su hija. Pero, ¿quién era?

—Me acusó a mí, ¡maldito sea! —exclamó Alan—. Pensó que había sido yo, a pesar de que...

—¡Silencio! —protestó el doctor Fell—. No lo creyó realmente. Se le ocurrió, o al menos eso dice, tan sólo porque usted, que una vez fue uno de los admiradores de Madge, se encontraba a sólo 200 kilómetros de distancia y no a mil o más.

—Y sin embargo, ¿todo este disturbio tiene fundamento? La joven era “abrazada”, según su propia palabra y nadie sugiere que haya ido más lejos. La verdad debe ser dicha, como indiqué a Maynard. La reina Victoria ha muerto, el presidente McKinley hace tiempo que dejó la Casa Blanca. ¿Teme que ella se case mal? Si así lo fuera, ¿por qué tanta confusión? ¿Qué hay en la relación de esta joven, Madge Maynard, que sugiera a diablos gritando en el viento o voces horribles en el bosque? Por lo que sabemos, nada. Y, sin embargo, a no ser que el hombre haya mentido en todo, lo cual me niego a creer, debe haber alguna explicación en algún lugar. Ése es nuestro problema, o al menos la mayor parte de él.

—¿Qué más le contó, doctor Fell?

—Nada, relacionado con lo anterior. ¡Un momento! Parecía casi irrelevante, —murmuró el doctor Fell, palpando fuera de su enorme bolsillo un viejo cuaderno gastado, encuadernado en cartón— si brevemente ejecuto un rápido viaje a hace casi cien años, y al comodoro Maynard, asesinado en la playa.

Mantuvo en alto el cuaderno. El viento movió las páginas amarillentas, escritas endeblemente en tinta que el tiempo había descolorido.

—Tengo aquí, como Maynard prometió, ¿recuerda?, el diario que durante el año 1867 llevó una tal India Keate, quien contaba entonces 18 años, y que durante algunos días del mes de abril estuvo invitada a Maynard Hall. Estaba allí la noche del 16 de abril cuando alguien golpeó misteriosamente a la víctima.

”Leí rápidamente estas páginas mientras bajaba las escaleras. India Keate anotó varios puntos importantes, a pesar de que no se dio cuenta de que lo hacía y nunca pensó en ello; a las jóvenes bien educadas se les prohibía interesarse en asesinatos brutales. Aun más importantes, a mi parecer, son los nombres y actividades de todos los que permanecían en el Hall el 16 y 17 de abril”.

—La cabeza de la familia era Henry, el bisabuelo de nuestro actual Maynard. El bisabuelo Henry, nuestro anfitrión me dijo esta tarde, que nació en 1810. Tenía tres hijos y tres hijas. Dos de los hijos habían muerto en la guerra, el tercero, abuelo de nuestro Maynard, era un jovencito de 14 años. Las dos hijas mayores se habían casado y dejado el hogar. La más joven, Ariadne, era la amiga de India Keate, y quien la había invitado.

—Estaban presentes en el Hall, la noche del 16 de abril, además de la señorita Keate, el bisabuelo Henry, su esposa, su hijo, su hija, y su hermano menor, Luke, el duro y variable ex comandante del C.S.S. *Palmetto*. Finalmente, estaba Jack Maynard, un primo de Mobile, Alabama: Jack Maynard parece haber sido uno de esos hombres a quien todo le va mal. Se dedicó al mar, en una forma menos importantes que el comodoro, y durante la guerra fue un bloqueador. Pero las ocupaciones similares no lo habían acercado a su primo Luke; no se llevaban bien, según indican las débiles referencias de India Keate. Jack Maynard molestaba al comodoro por una debilidad, real o supuesta, de su ojo derecho, diciendo que se maravillaba de cómo un galante capitán confederado había podido ver al enemigo, y más aun luchar con éste; y una vez en que Luke se negó a prestarle dinero, tuvieron una discusión que casi culmina en una pelea.

El doctor Fell hinchó sus mejillas haciendo un sonido hueco como el del viento al pasar por un túnel.

—Preste atención a lo que sigue ahora; ¡use su inteligencia!

—La tarde del 16 cenaron temprano, todos juntos, a las cinco y media. A la hora de la marea alta, digamos entre las seis y media y las siete, Luke Maynard, como era su costumbre, salió a caminar por la playa. Nadie se preocupó por su regreso, sus costumbres solitarias eran conocidas y aceptadas.

—Nadie se preocupó, es decir, hasta que un obrero encontró su cadáver en la mañana siguiente. Las huellas de sus pasos indicaban que había ido hasta el fuerte Johnson y regresado, caminando por la parte alta de la playa. A la altura de la terraza había girado hacia el agua, como cualquier hombre que caminara sin rumbo fijo, aparentemente sin llegar a lo que a esa hora hubiera sido el borde de la marejada. El

comodoro Maynard yacía en la playa, con el lado derecho de su cabeza aplastado, no por varios golpes sino por un golpe seco de un arma despuntada.

—¡Sí! —coincidió Alan, cuando el doctor Fell se detuvo como un hombre que requiere la atención de otro—. ¡Todo eso estaba en el relato del diario!

—Entonces escuche lo que dice India Keate. Antes de que el comodoro Maynard se alejara hacia la playa, la noche anterior, Jack Maynard, con el pretexto de ejercitarse, había tomado un pequeño bote de remos y partido del entonces existente muelle, con la intención (según manifestó) de remar alrededor de James Island. En el momento crucial, observamos que Luke Maynard estaba cerca del agua y Jack Maynard en un bote, en el agua. Note bien esto: *en un bote*.

Alan, envuelto en sus pensamientos, casi guía el auto fuera del camino antes de recobrase.

—¡No sirve, doctor Fell!

—¿Qué es lo que no sirve?

—Su teoría; Luke Maynard caminaba hacia el oeste, correcto. Su lado derecho estaba del lado de la bahía, estoy de acuerdo. Pero si sugiere que Jack, con un pequeño bote en aguas muy poco profundas, se acercó por el lado ciego de Luke y lo golpeó antes de que su víctima se diera cuenta del peligro, está fuera de la cuestión. Le dije esta mañana que el cuerpo yacía sobre el punto más alto de la marea; ningún bote podría haberse acercado tanto. Está más que fuera de la cuestión; ¡es fantástico!

—¿Dije cómo se había acercado el asesino? —demandó el doctor Fell—. Sólo le pedí que usara su inteligencia y recordara los hechos.

—Pero estamos peor que antes. ¡No hay otra forma!

—Cuando el agua está cerca, mantenga sus ojos sobre ella. Pero tal vez —refunfuñó el doctor Fell, cerrando el cuaderno y guardándolo en su bolsillo—, tal vez no debía hablar del asunto. ¿Qué tenemos que ver nosotros con esas viejas sombras del pasado? ¡Olvidémoslas! Nuestro problema está en Maynard Hall, en 1965. ¡Piense en la gente que acaba de ver ahí, en el Hall o relacionados con él!

—Trato de pensar.

—Hay varios, es sólo una sugerencia, que podríamos llamar enigmáticos. Pero, el más enigmático de todos es el mismo Henry Maynard. ¡Henry Maynard, hacia quien se dirigen todos los caminos! ¿Sabe algo de él?

—Me estaba preguntando...

—¿Sí?

—Doctor Fell, dos de mis conferencias en la Universidad de King, trataban sobre la novela victoriana. Mantengo, a pesar de las burlas de Camilla, que los Victorianos escribían novelas mejor que cualquiera antes o después de su época. Uno de sus personajes más comunes era el heredero de una hacienda que no era realmente el heredero; si un personaje curioso regresa al hogar luego de una larga ausencia, puede apostar su camisa a que es un impostor. Nuestro propio Henry Maynard parece demasiado bueno para ser verdad. ¿Y si Henry Maynard no fuera el verdadero Henry

Maynard? ¿O esto es, como diría Camilla, demasiado insensato hasta para mí?

—En realidad —el doctor Fell sonó culpable—, fue lo primero que se me ocurrió. Y la idea no es insensata, es tan solo errónea. Hablé con el capitán Ashcroft en el hotel, y Henry Maynard es en verdad Henry Maynard; ¡tendrá que aceptar eso o no llegaremos a nada! Pero esto nos lleva directamente hacia otro pensamiento, si me sigue. Y hablando del hotel —prosiguió el doctor Fell, haciendo un ademán, con la mano hacia adelante, en el momento que entraron en el tráfico rápido del camino Folly—, ¿está seguro de que ése es el puente y la entrada a Charleston? ¿Regresamos por la calle Calhoun pasando por nuestro hotel?

—No. Para llegar al restaurante daremos una vuelta por el centro y luego subiremos nuevamente. Lo difícil es recordar las calles de una sola mano; dónde se puede y dónde no se puede doblar. En alrededor de veinte minutos...

La oscuridad se hacía más densa sobre los viejos techos y los frentes de las casas pintados de colores claros, cuando Alan, después de estacionar su auto a poca distancia, conducía al doctor Fell a través de la calle Church.

Siempre está silencioso a esta hora. Del lado oeste de la calle Church, que se extiende siete cuadras desde San Felipe hasta la Batería, finas columnas de piedra arenisca parduzca sostenían una galería de hierro forjado a través de la fachada del Teatro de la calle Dock. No estaba iluminado esta noche; aparte de las frágiles luces de la calle, toda la vía pública parecía oscura.

Alan señaló.

—El primer Teatro de la calle Dock, doctor Fell, que fuera inaugurado en 1736, se quemó; y también el que le sucedió. En el mismo lugar en 1809, construyeron el otrora famoso Hotel Planter, un lugar de lujo en donde se originaron muchas apuestas, romances y duelos en el viejo Sur. Treinta años atrás su armazón fue reconstruido en otro teatro, con un salón de actos de la época Georgiana y tantas reliquias como fue posible conseguir, incluyendo las columnas y la galería, que pertenecieron al Hotel Planter. El edificio de fachada rosa, a la izquierda, es Davy's.

—¿Davy qué?

—Ése es su apellido: Parsifal Davy, un hotelero de principios del siglo XIX. Si el *maître*, que es amigo mío, estuviese de servicio esta noche...

El *maître* estaba de servicio. Muy ceremoniosamente fueron acompañados desde el recibidor hasta un amplio restaurante, agradablemente fresco por un acondicionador de aire; las paredes estaban revestidas con paneles de ciprés negro y los decorados, muy sencillos, eran anteriores a la Guerra Civil Americana. Las luces de las mesas que semejabán lámparas de aceite, en distintos tonos de seda gris con flecos dorados, esparcían su suave luz sobre la platería y mantelería fina. En una mesa junto a la pared derecha, desde donde se podía ver el patio del Teatro de la calle Dock, Alan ordenó una abundante cena.

Sopa de cangrejo, una especialidad de Charleston, seguida de una succulenta langosta a lo Davy, y de postre, pastel de frutillas. El vino, un Anjou término medio,

embotaba la mente y el corazón. Con el café, mientras se elevaba el humo de su cigarro, el doctor Fell señaló con el pulgar hacia la ventana.

—Ese edificio contiguo —dijo—. ¿Tiene una historia romántica?

—Romántica y sensacional. En 1838, cuando el lugar era un hotel, Junius Brutus Booth, el actor, se emborrachó terriblemente como era costumbre en él, y trató de asesinar a su empresario golpeándole la cabeza con un morrillo de hierro. Él —Alan se detuvo abruptamente.

—Ya veo. ¿No estará sugiriendo —preguntó el doctor Fell—, que aplastarle la cabeza a alguien es algo común por estos alrededores? Al mismo tiempo que recordamos a Maynard Hall...

—Cuando recordamos a Maynard Hall —insistió Alan—, recordamos principalmente la maldita atmósfera nerviosa. El doctor Mark Sheldon, a quien conocí cuando iba a transmitir un mensaje que luego decidió no hacerlo, dijo que todos los que estaban ahí necesitaban un tranquilizante. Desearía que Camilla nos hubiera acompañado; desearía también que ella no estuviera en esa atmósfera. Al menos usted y yo lo estamos.

Pero no estaban fuera de ella. En ese momento el mismo Mark Sheldon, sin el maletín negro pero con el ceño fruncido, entró rápidamente en el restaurante y se dirigió entre las mesas hacia ellos.

—Buenas noches, señor Grantham. Usted, señor, debe ser el doctor Fell —se presentó—. ¿Cuando haya terminado su cena, doctor Fell, podría volver al Hall lo más pronto posible?

El miedo agitó a Alan como un dardo arrojado contra un cartón.

—¡No diga que ha sucedido otra de esas malditas cosas!

—No, no, ¡están bien! Sólo...

—¿Quiere comer algo? ¿O tomar el café con nosotros?

—Gracias, pero no puedo. Me esperan en casa y debo apurarme. En este momento soy una especie de mandadero. El mensaje es de Madge, la señorita Maynard, usted sabe.

—¿Sí?

—No los conozco muy bien, ni a Madge ni a su padre, así que no sé qué está sucediendo, y no hay razón alguna para que no me lo dijeran. Pero... “¡Vea al doctor Fell!”, dijo Madge. “¡Vea al doctor Fell!”, dijo Camilla Bruce. “Él y Alan Grantham están en el restaurante de Davy la dirección está en esta tarjeta”.

—¡Llámenlo por teléfono! —les dije—. Davy’s puede parecer un viejo museo sureño, pero están al día en todo; tienen enchufes cerca de las mesas y uno puede hablar sin tener que levantarse de su lugar. ¡Pero ustedes conocen a estas mujeres! Una vez que se les mete una idea en la cabeza, es imposible convencerlas y hay que dejar todo a un lado y hacer exactamente lo que han pedido.

—Señor —entonó majestuosamente el doctor Fell—, estoy a sus órdenes, por supuesto. Pero, ¿qué es lo que preocupa ahora a las damas?

—Al parecer la policía las está molestando.

—¿La policía?

A pesar de su evidente apuro, el doctor Sheldon retiró una silla y tomó asiento. De su bolsillo extrajo uno de esos pequeños y chatos rompecabezas llamados “gire la caja”; en el que diminutas bolitas de mercurio deben rodarse dentro de agujeros; una proeza que hasta para las manos más hábiles resulta dificultoso. Mark Sheldon inclinó la caja para un lado, para el otro, luego la puso sobre la mesa y acarició su espeso cabello pelirrojo.

—Por un tal capitán Ashcroft —continuó—, que no es malo pero es un perro perseverante una vez que huele algo raro. Llegó allí poco después de que ustedes se fueran. Parece ser que alguien robó un hacha india, a pesar de que no sé cómo se enteró que había sido robada; nadie del Hall se lo dijo. Pero lo toma muy seriamente; él...

—Señor —exclamó el doctor Fell—, ¿qué quieren de mí?

—¡Vea al doctor Fell! —dijo Camilla—. Es el único que tiene influencia sobre Jehoshaphat Ashcroft. —Su nombre no es en realidad Jehoshaphat; es Jesús o Jerusalén o algo bíblico, y están haciendo toda clase de conjeturas con él.

—¿Influencia sobre el capitán Ashcroft? ¡Esto es totalmente ridículo!

—Bueno, ellas piensan que es así. Al menos, Camilla Bruce. El doctor Fell —dijo—, puede refrenarlo si dice que hay un asesino entre nosotros. Lo cual es absurdo, ¿verdad? Y vea a Alan también —añadió—. Pidió en particular su presencia, señor Grantham.

—¿Camilla —demandó Alan—, pidió mi presencia? ¿Habla en serio y está completamente sobrio?

—Estoy sobrio, por desgracia. —Mark Sheldon tomó el rompecabezas, lo movió inútilmente y lo abandonó después.

—La situación allí —prosiguió—, me hubiera atolondrado si no hubiera estado ocupado con otras cosas. Todos tratan de evitarse mutuamente, como si todos los demás tuvieran una enfermedad contagiosa, a excepción de Valerie, que sigue a Bob Crandall a donde sea que vaya y no importa qué haga. El padre de familia es un hombre aparte, como siempre lo ha sido. Está sentado solo en esa terraza, o al menos lo estaba cuando me marché antes de que oscureciera, y ni siquiera el viejo Ashcroft se atrevió a acercársele. “Estaba sentado allí, solo como una nube que flota...”, está mal citado ¿no es así?

—¡Arcontes de Atenas! —dijo el doctor Fell.

Todo el restaurante se había convertido en un murmullo de conversaciones que provenían de las mesas totalmente ocupadas, lo cual fue afortunado. El doctor Fell se puso de pie, sin tomarse el trabajo de bajar la voz.

—¡Arcontes de Atenas! —dijo—. ¿Fui tan estúpido de dejar esa casa sospechando lo que sospeché?

—Bueno —preguntó el doctor Sheldon—, ¿qué sospechaba?

El otro pareció no escucharlo.

—¿Cuánto podemos prejuzgar? ¡Cuánto nos atrevemos a prejuzgar, mil truenos! ¿Puedo leer la mente de mi hermano, con sólo advertir algunas expresiones para guiarme? Y tal vez sea así. ¿Supongamos que haya decidido no hacerlo? Y entonces (supongamos esto), algún otro descubre la evidencia, lo que había sido escondido tan cuidadosamente, y vuelve las armas en la dirección contraria. Él no quería hacerlo, y lo decidió.

—¡Un momento! —protestó Alan.

—¡Debo irme! —dijo Mark Sheldon—. Mi esposa me espera; y ya es tarde. Perdóñenme.

Tomó el rompecabezas, lo puso en su bolsillo y salió a través de la habitación apiñada.

—¡Un momento! —repitió Alan—. Su uso de pronombres, doctor Fell, es lo suficientemente confuso por sí mismo. ¿De qué diablos está hablando? ¿Quién es *él* y qué había decidido hacer?

—Lo que debiera hacerse. —El doctor Fell volvió a la realidad con una especie de quejido—. Pero no me pregunte qué es eso, se lo suplico, porque no tengo la menor idea. ¿Escucho a un enorme diablo aullando, el peor que he escuchado durante estos cuarenta años? ¿Estoy sólo soñando despierto, como de costumbre? Después de todo, no podemos decir que haya sucedido nada; ¡nada ha sucedido hasta ahora! Absolutamente, nada ha...

—¿El doctor Gideon Fell? —preguntó el *maître*, apareciendo de pronto—. Hay una llamada para usted, señor.

—¿Oh, sí? ¿Dónde está el teléfono?

—Aquí, señor. —Y el *maître* mostró uno como por arte de magia—. Lo pondré sobre la mesa y lo conectaré. Me temo que... no importa.

Desapareció inmediatamente. El doctor Fell, aún de pie, tomó el teléfono, habló e instantáneamente lo sostuvo a unos centímetros de su oído. A través de él, cada sílaba podía ser oída por Alan, se escuchaba una fuerte voz hablando más alto de lo necesario.

—Aquí Joe Ashcroft —dijo—. La joven está bien, al menos, —agregó— lo estará en un día o dos. Fue un gran golpe y una mala impresión, a pesar de que no había sangre. Tal vez Mark Sheldon no debió irse. Pero no es su médico particular; su doctor particular vino de la ciudad lo más pronto que le fue posible. Está bajo fuertes sedantes y permanecerá de esa manera. Por lo que se refiere a él, pobre bastardo, aún está en la terraza, en donde lo atacaron.

Ahora fue el doctor Fell quien discutió por los pronombres.

—¿Sí? —preguntó el doctor Fell, al borde del colapso—. ¿Quién está bajo sedantes? ¿Quién está en la terraza?

—Su hija está bajo sedantes, ¿no se lo dije? Y Henry Maynard fue atacado. Alguien se puso a sus espaldas y... la parte derecha de su cabeza está casi

completamente aplastada; a pesar de que como ya dije, no había sangre, sólo en su nariz. Pudo haber sido hecho con un bate de *baseball*, o con otra cosa.

—Está en la terraza —continuó el capitán Ashcroft—, pero ya no estará allí cuando usted llegue. El vagón se lo llevará; ya han terminado con las fotografías y los moldes de yeso. ¡Pero esto es un infierno! Espero.../

—¿Qué dijo?

—Que esto es un infierno; espero que la historia no se repita. El material de caparazones de ostras está aún húmedo por la lluvia de la tarde. Allí están sus propias huellas, perfectamente claras. Pero no hay huellas de otra persona. Ni en la terraza, ni en la playa, ni en ningún maldito lugar. ¿Cuándo puede venir aquí, de todas maneras?

CAPÍTULO 9

La luna menguante se elevaba alta sobre Maynard Hall, de manera que cuatro columnas blancas se destacaban fantasmagóricamente contra el fondo oscuro de la casa. Pero no era la única luz en tierra.

En el amplio camino arenoso, a poca distancia de los escalones de entrada, una patrulla policial había sido estacionada a un costado, mirando hacia el norte. Sus focos, completamente encendidos, brillaban a través del recortado césped de la terraza de caparazones de ostras trituradas y de la playa más lejana.

—¡Pare! —gritó el capitán Ashcroft, desde la oscuridad, del otro lado del auto policial—. Allí está bien; está lo suficientemente lejos. ¡Pare allí!

Alan hubiera tenido que detenerse ahí de todas maneras, ya que el otro auto estaba blanqueando el camino. Apagó el motor y sus propias luces. Todavía un poco disgustado por las noticias; ¿cómo lo habría tomado Camilla?, bajó del auto por el lado derecho. El doctor Fell descendió pesadamente por el mismo lado.

El capitán Ashcroft, con una gran linterna en su mano derecha, se dirigió alrededor del auto policial, hacia ellos. Momentáneamente su sombra se proyectó en la escena del crimen de la terraza.

—Hicimos —carraspeó— buen tiempo desde el restaurante, —murmuró el doctor Fell—. No hay necesidad de hacer comentario alguno sobre este desgraciado asunto. ¿Quién encontró el cuerpo?

—Yo —dijo el capitán Ashcroft—. Le contaré al respecto en un minuto. Lo han acarreado, como ve. ¡Por aquí!

El camino guiaba a través del césped, hacia el borde interior de la terraza con vista a la playa. El capitán Ashcroft, con el rostro duro y las cejas bajas, encendió la gran linterna y utilizó su rayo de luz como un señalador.

—La distancia medida —dijo ceñudamente—, es de 11 metros, desde el más cercano de esos álamos a la derecha, hasta el punto justo dentro del borde de la casa a la izquierda, donde hay un camino que bordea la casa y baja unos escalones hacia la playa. Exactamente, la mitad de esa distancia desde donde estamos parados hasta esa diminuta barrera en miniatura, tiene cadenas extendidas entre casillas de hierro de menos de 1 metro de altura, por lo que diríamos que la playa está confinada.

—11 metros de largo por 5 metros y medio de ancho; ¿comprenden? ¿Ven las huellas que mis hombres y yo hicimos y que luego borramos? Allí está la mesa a la cual estaba sentado y la silla de la que cayó. ¿Comprenden eso también?

Las partículas de caparazones brillaban como vidrio bajo la fuerte incandescencia de los faros. Esa tarde Alan había observado la silla y la mesa redonda, ambas de

fuerte hierro, pintadas de verde. A pesar de que se hallaban en la mitad de la terraza, estaban bastante más cerca de la barrera de cadenas que formaba el borde interior de la terraza, de manera que cualquiera sentado allí, tenía una buena vista de la playa y la bahía.

A través de la blanca superficie, las huellas hechas por zapatos angostos y fastidiosos, iban en diagonal desde el borde del césped hacia la silla. La depresión de la superficie entre la mesa y la silla mostraba el lugar donde alguien había sido derribado o había resbalado. Existían otras marcas revueltas, tal como el capitán Ashcroft había dicho. Pero las que habían sido hechos por la víctima resaltaban con brutal claridad contra la noche.

—¡Nunca supo qué lo golpeó! —dijo en ese momento el capitán Ashcroft—. Había estado leyendo hasta que comenzó a oscurecer. Luego puso el libro en su bolsillo, al menos, lo encontramos allí; y permaneció sentado.

Alguien se colocó a hurtadillas a sus espaldas y lo golpeó a un costado de la cabeza. ¿Por qué a un costado?

—Señor —el doctor Fell miró rápidamente a su alrededor—, no creo entender.

—Cualquier policía entiende de heridas en la cabeza. Las conoce y las teme. Alguna vez en su vida tiene que golpear a alguien en la cabeza porque no puede elegir otra cosa. Cuando eso sucede, nunca debe golpear la parte superior de la cabeza, así es como se puede matar o malherir, cuando en realidad no quiere hacerlo. El hombre que hizo esto quería asesinar (fue un maldito golpe) y sin embargo eligió golpear el costado de la cabeza. Tal vez no es importante; tal vez es algo en lo que sólo pensaría un policía. Lo que sí es importante, lo que ya me ha dado pesadillas, es cómo, en el nombre de Jesús, se las arregló para hacerlo.

—¿Es verdad —preguntó el Dr. Fell—, que antes de que usted y sus hombres se ocuparan de todo no había marcas o huellas en la terraza, excepto las del señor Maynard?

—Ninguna en la terraza, ninguna en la playa, allá abajo, —el rayo de la linterna giró hacia afuera—, ninguna en ningún maldito lugar donde podría haber marcas.

¿Tenemos caminantes espaciales que pueden colgarse tal vez de un pie en el aire mientras flotan y golpean, como Babe Ruth? ¡No los hay en este país, al menos!

Los mosquitos atacaban furiosamente. Alan trató de aplastar a uno y falló. El capitán Ashcroft comenzó a caminar ida y vuelta sobre el pasto frente a los faros del auto; su sombra aparecía y desaparecía a través de la terraza.

—¡Y tampoco me hable de hachas indias! No fue un hacha lo que mató a Henry, ni el borde afilado, ni el borde chato; si se hubiera usado esas cosas habría mucha sangre. Pudo haber sido una bate de *baseball*, como dijo por teléfono. Pudo haber sido algo redondo de hierro, como una de esas piezas que se encuentran en la basura. Pudo haber sido cualquier cosa.

—En el ejército, hace veinte extraños años, el viejo Carlo Spinelli era el manda más; yo sólo era un cabo y me decía que no me pusiera nervioso y no perdiera la

cabeza. ¿Yo? —gritó Josephus Ashcroft—, ¿yo ponerme nervioso y perder la cabeza? Ahora soy mayor; estoy siempre tranquilo e indiferente. ESTOY TRANQUILO E INDIFERENTE...

—Señor, —dijo el doctor Fell—, me ha convencido de su tranquilidad e indiferencia. ¿Podríamos saber más detalles? Por ejemplo, el doctor Sheldon, que estuvo en Davy's un momento, nos dijo que usted llegó al Hall poco después de marcharnos nosotros. ¿Puedo preguntar, por qué vino y cómo se enteró de que faltaba el hacha india?

—¡Doctor Fell, tenemos algo más que un asesinato entre manos! Alguien más está actuando vilmente.

—¿Sí?

—Una llamada anónima, —replicó el capitán Ashcroft—. Estaba en mi oficina, eran poco más de las cinco, cuando el telefonista dijo que alguien quería hablarme y preguntó por mí. Contesté, “¿sí?”. Alguien respiró profundamente un par de veces y luego una voz murmuró: “¡No estoy bromeando!” un murmullo duro; no podía distinguirse si era una voz de hombre o de mujer; pero se entendía perfectamente. “Averigüe”, dijo, “averigüe quién robó el hacha de la sala de armas de Maynard Hall. Averigüe eso”. Pregunté: “¿quién habla?, ¿quién es usted?”. Alguien respondió: “podría ser Nat Skeene”, y creí conocer a todos los que estaban relacionados con esto. ¿Sí, señor Grantham?

—El único Nat Skeene en el asunto —Alan relató— ha estado muerto desde 1692. Era el asesino de un ex pirata que peleó con el primer Richard Maynard con cuchillos y hachas indias en la arena de la playa Folly. Su fantasma...

Alan se detuvo. Los mosquitos giraban a su alrededor.

—Sabe —declaró el capitán Ashcroft, levantando la linterna—, estaba casi seguro de que se trataba de una broma de ese tipo. ¡Muy bien! Pero eso es todo, suficiente; no quiero escuchar hablar más de eso, ¿me entiende?

—No fue dicho en serio, capitán... fue sólo...

—Lo sé. ¿Pero no se da cuenta, señor Grantham, no se da cuenta, doctor Fell, que ésta es la clase de locura que debemos evitar? Joe —me dije—, no dejes que este caso te destruya. Si tú comienzas a pensar en fantasmas asesinos y en cosas que persiguen y matan sin dejar rastros, terminarás en un manicomio antes de escribir el primer informe.

—Les diré qué descubrí sobre esa llamada telefónica. Alguien (no el asesino, pero alguien muy vil, como ya dije) ha estado causando problemas y puede seguir haciéndolo. Aceptaremos las cosas como vengan. Pero quien sea que haya hecho esa llamada poco después de las cinco de esta tarde, no la hizo desde Maynard Hall.

—¿Está seguro de eso —preguntó el doctor Fell—, capitán Ashcroft?

—Completamente, y le diré porqué. Hay un solo teléfono en la casa; en el vestíbulo de entrada, sin extensiones. Ni bien llegué hablé con George: George Dyson es su nombre completo. Pueden decir lo que quieran sobre requisitos, actualmente, —

el capitán Ashcroft sacudió la linterna en el aire—, pero George, —que tiene más de 70 años y se crió allí— está completamente consagrado al Hall y a la gente que vive allí; haría cualquier cosa por ellos.

—Y George observa todo, como ya lo notaron. Nadie usó ese teléfono, doctor Fell, desde el momento en que Henry habló con usted, hoy al mediodía, y el instante en que llegué aquí, aproximadamente a las 6 y cuarto. Si queremos saber quién ha estado haciendo bromas extrañas, si nos interesa después de todo lo que ha ocurrido, tendremos que investigar a las personas que no han permanecido en la casa toda la tarde.

—Se ha observado en algún lugar —y el doctor Fell se enderezó—, que toda pequeñez ayuda. ¿Ha descubierto algo más, mi estimado caballero? ¿Fue provechosa su visita?

—No mucho, como ya habrá notado —dijo el capitán Ashcroft, reasumiendo su tono serio—. No vine aquí ni bien recibí la llamada. Me senté y pensé y pensé. Hachas indias, ¿no? Cuanto más lo pensaba menos me gustaba. No se usó un hacha, pero, ¿cómo iba a saber eso o Cualquier otra cosa?

—Vine rápidamente. Henry estaba sentado a la mesa, de espaldas, con un libro en la mano. No me detuve a hablar con él. Ahora está muerto; San Pedro estará hablando con él, si es que hay alguna conversación; nadie consiguió nunca que Henry hablara a no ser que lo hiciera consigo mismo.

—Así que fui a hablar con George, quien me contó lo que acabo de relatarles. Sabía lo del hacha; pensaba que pudo haber sido robada la noche anterior, pero eso fue todo lo que pudo decir.

—Las dos jóvenes estaban en la biblioteca; escuché sus voces. También estaba Yancey Beale sentado en una gran silla, en el rincón.

—Bueno, comencé a preguntarles sobre el hacha. Tal vez les hablé más duramente de lo necesario, y después me arrepentí; ambas estaban al borde de la histeria. Me contaron lo que ustedes ya saben: no habían escuchado nada sobre el hacha hasta el anochecer, después de la competencia de *baseball*, cuando Henry casi recibe un golpe. Yancey Beale dijo que fue Rip Hillboro quien primero notó la ausencia del hacha. Pregunté: “¿dónde está él?”. Y Yancey dijo: “No lo sé; el señor Maynard nos hizo prometer que nos mantendríamos separados; creo que Rip fue arriba”.

—Cuando iba a hablar con ese astuto joven *yankee*, Mark Sheldon guió su auto hasta la puerta de entrada. Él no puede estar relacionado con esto, así que no me detuve a interrogarlo. En el segundo piso, en donde hay un gran pasillo a lo ancho de la casa, frente a los dormitorios, la señora Huret —la señora de Gilbert Huret— estaba parada frente a una puerta cerrada del lado norte. Esa señora siempre me turba, o algo así, no podría decir porqué. Así que tampoco me detuve allí. Le pregunté si había visto al señor Hillboro y me dijo que estaba en el piso superior.

—Entonces...

Por un momento el capitán Ashcroft caviló sobre algo. Los mosquitos volaban alrededor de los tres que permanecían en el césped junto a la terraza; los tres manotearon rápidamente. El capitán Ashcroft levantó la cabeza.

—En el piso superior —continuó, aún cavilando—, la puerta del estudio de Henry estaba totalmente abierta. No había nada allí, pero pude escuchar el golpeteo de bolas de billar en la habitación contigua, a la izquierda.

—El joven Hillboro estaba allí, practicando tiros en la mesa de billar. Fue gracioso, saben. Había comenzado a oscurecer. En el momento que me asomé a través de la puerta, él encendió las luces sobre la mesa. Luego me miró de esa manera tan suya. “Bueno, bueno”, dijo, “¿si no es otro que el Procurador de Judea! ¿Ha ganado alguna carrera de carros hoy, Ben-Hur?”.

—¿Es transmisión de pensamientos, como lo que trataron de hacer en Carolina del Norte? No estaba en el Hotel Frances Marion; no estaba cerca nuestro cuando la señorita Bruce cometió ese error. Si siguen así terminarán llamándome un judío de tal por cual, ¡a mí que he sido un buen miembro de la iglesia Episcopal desde el día en que nací! De todos modos, ¿la historia está clara hasta el momento?

—Su recital —proclamó el doctor Fell—, es tan brillante como admirable. No se preocupe, se lo suplico, por las observaciones de mal gusto sobre su supuesta ascendencia.

—Oh, le baje los humos una o dos veces; no es tan rudo como parece. Sería diferente, eso es todo, sí alguien se pusiera gracioso después de que se ha cometido un asesinato. Dijo, muy razonablemente que no había mencionado el hacha con anterioridad porque no estaba seguro de que fuera importante y había otras cosas de las cuales no había escuchado hablar antes, como por ejemplo, el hombre de la playa que llevaba una bolsa sobre el hombro.

—Eso es casi todo, a pesar de que no me agrada mucho la parte que sigue. Volví a la planta baja. No había nadie en la biblioteca, y el auto del doctor Sheldon ya no estaba; la casa parecía desierta. No estaba oscuro, pero había comenzado a oscurecer. Salí por la puerta del frente. Allí estaba Henry con su traje gris, en el suelo entre la mesa y la silla. Me acerqué a él, y traté cuidadosamente de no pisar sus huellas. Estaba tan muerto como una caballa, pero sólo muerto si debo juzgar.

—Me inclinaba sobre él cuando algo me hizo observar los alrededores. En el pórtico estaba Madge Maynard, con su boca abierta y sus ojos lo suficientemente grandes como para ahogarse en ellos.

—Corrió hacia Henry, pero se detuvo aquí, en el césped como si sus piernas no pudieran sostenerla por mucho más tiempo. Dije, “son malas noticias, pequeña; me temo que ha muerto”. Por un momento se quedó allí. Luego dejó escapar un chillido que debe haberse escuchado hasta en la Batería, y se desplomó desmayada.

El capitán Ashcroft apagó la linterna.

—Luego, con todo el lío, las corridas y el griterío, —llevarla dentro de la casa, luego a su habitación, llamar al doctor para que la atendiera— bueno con todo eso...

¡Doctor Fell!

—¿Eh?

—Doctor Fell —rugió el enojado detective—, ¿ha escuchado algo de lo que he dicho?

—Francamente...

—Ha estado en una especie de trance, con la mirada fija en el agua como si pudiera ver algo que nosotros no vemos. Allí sólo están las luces de Charleston; ¡no nos ayudarán!

—Tiene razón, señor; así es. Me temo que estaba soñando despierto, nuevamente. Verá...

Pero el capitán Ashcroft se quejó:

—Con todo eso —dijo—, no he podido interrogar a un solo testigo. ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? Debo hablar con ellos lo más pronto posible, a no ser que quiera más problemas de los que ya tengo. ¡Señor Grantham!

—¿Sí?

—¿Puede darse una vuelta por la casa y reunir a los testigos? Pídeles que me esperen en la biblioteca. Este asesino corrió grandes riesgos, a no ser que sea invisible y más liviano que el aire. *Alguien* debe haber visto *algo*. Estaré allí en uno o dos minutos, tan pronto como haya conversado privadamente con el doctor Fell. ¿Hará eso, joven?

—Sí, por supuesto.

Alan se alejó bajo la alta luna indiferente, con el pensamiento de que algo más que mosquitos lo seguían.

La puerta principal aún permanecía abierta. A través de la puerta metálica, la luz brillaba suavemente desde la araña de cristal en el vestíbulo central. En esa blanda y reluciente caverna, donde el reloj del abuelo dejaba escuchar su tic-tac y el retrato del primer Richard observaba, todo el equipo de *baseball* había sido retirado de la mesa, y la bandeja de plata puesta nuevamente en su lugar.

Camilla Bruce, la mano sobre la barandilla, descendía por la escalera blanca y negra en la parte posterior de la habitación.

—Hola, Camilla.

—Hola, Alan.

Terminó de descender y se acercó a él. Hasta en un momento tan poco apropiado notó el cutis claro, los ojos azules y los labios rosados, la flexible figura resaltada por un vestido ajustado. Pero también estaba pálida y distraída; su corazón se agitó.

—Camilla, el doctor Sheldon nos dio tu mensaje, o al menos nos dio un mensaje. Dijo que querías ver al doctor Fell y a mí.

—¿Dije que también quería verte a ti? Sí, creo que así fue.

Extendió ambas manos, y él las tomó entre las suyas. Por un momento permanecieron mirándose el uno al otro.

—¡Alan, esto es terrible! ¡Pobre Madge!

—¿Cómo está?

—Durmiendo. No sabrá nada hasta mañana a la mañana; luego recordará todo nuevamente. Y no hay esperanzas de que nadie pueda irse este fin de semana. Yo no me iría, con Madge en ese estado. Pero tendremos que quedarnos y enfrentar los hechos nos guste o no. El capitán Ashcroft lo dijo bien claro, a pesar de que no dijo mucho; parece estar muy preocupado por esto.

—No es lo único que lo tiene preocupado. Además de un asesinato bajo circunstancias completamente imposibles, no le agradan mucho esos nombres del Viejo Testamento.

—Es mi culpa, ¡lo sé!

—¿Cómo podrás evitarlo? Te equivocaste y lo llamaste Jehoshaphat. Pero...

—En el restaurante no fue la única vez. Tú y el doctor Fell se fueron a las seis, poco antes de que el pobre señor Maynard saliera a la terraza. Madge, Yancey, Rip y yo estábamos en la biblioteca. No habrían pasado 10 minutos desde que tú te fuiste cuando llegó otro auto. Miré por la ventana y dije: “pórtense todos bien, ¡aquí viene Jehoshaphat Ashcroft!”. Rip dijo: “me voy de aquí, buena gente; debería haberme ido hace tiempo”. Y se fue.

—El capitán Ashcroft habló con George en el vestíbulo. Luego entró aquí y comenzó a preguntar por el hacha sin explicarnos, cómo sabía que había desaparecido. Después de 20 minutos fue arriba a atacar a Rip. Yancey dijo: “yo también me voy; el viejo Melchizedek está con deseos de guerrear”. Yancey salió al jardín a través de la sala de armas en el momento en que el doctor Sheldon llegó y se ocupó de Madge tan solícitamente como si estuviera tratando de hacer méritos para formar parte de su club de admiradores. Dijo que regresaba a Charleston, y que tenía que hacer algunas diligencias en el camino. Le pedí, prácticamente le rogué, que te viera a ti y al doctor Fell. Y creo, debo haber llamado al capitán Ashcroft, “Jehoshaphat” nuevamente.

—Camilla, deja ya de preocuparte. Lo cual me recuerda que nuestro amigo bíblico me pidió que “juntara” a los testigos y los llevara a la biblioteca. ¿Dónde está todo el mundo?

—¡Lo saben! Saben qué habrá un interrogatorio. Vendrán aquí en un minuto (excepto Madge, por supuesto). Mientras tanto, sobre las otras cosas...

De mala gana, Alan soltó sus manos.

—Como ya te dije, Camilla, olvida todo lo demás. No importa de qué manera llamaste al capitán Ashcroft hace dos o tres horas, mientras podamos restringir el sentido del humor de los otros, ahora que hay verdaderos problemas. El próximo que se dirija a él llamándolo Herodes o Luna de Israel va a llevarse una sorpresa.

—Dejando a un lado eso, ¿qué diferencia hay? En un comienzo fue tan sólo un error...

—Pero no fue un error, —gritó Camilla—, ¡ni siquiera al principio! Su nombre es Josephus Daniel Ashcroft. Lo sabía perfectamente, cómo sé que tú fuiste a

Cambridge y no a Oxford. Me ponía nerviosa, eso es todo. Me... me enojo con las personas; digo cosas que no tenía intención de decir, y daría años de mi vida para retractarme. Debes pensar que soy una persona bastante terrible, ¿no es así?

—No, Camilla, ése no es mi punto de vista. Pero supongamos que tú y yo comenzamos el baile yendo a la biblioteca ahora. Luego, cuando el Patriarca de Galilea llegue para su investigación...

—¡No empieces, Alan!

—Muy bien; lo siento.

La guió hasta la puerta de la biblioteca, bajando los cuatro escalones dentro de esa habitación gris de libros encuadernados finamente, donde la luz de muchas lámparas brillaba sobre muebles tapizados en seda amarilla. Como por instinto, Camilla se dirigió hacia el gran piano y se sentó en el taburete.

—¿Sabes —dijo—, que nadie comió nada en toda la noche? No quiero nada y los otros tampoco. La cocinera preparó la cena, pero...

—Si vamos hasta el camino principal podrás comer sandwiches y café. Hay un pequeño bar al lado de la estación de servicio.

—¡Lo dije en serio, Alan! —le aseguró seriamente, apoyando la mano sobre su brazo—. Simplemente no podría comer nada; después de lo que ha pasado me haría mal. ¿Estabas pensando en algo más?

—Bueno, sí. Si te sientes con fuerzas, podrías contar qué pasó antes de que se descubriese el crimen. Es lo primero que el Pat... es lo primero que el capitán Ashcroft preguntará.

—Trataré. ¿Qué quieres saber exactamente?

—El capitán Ashcroft se dirigió al piso superior para ver a Kip Hillboro, y lo vio. El doctor Sheldon llegó, se quedó por poco tiempo, y se fue. ¿Madge y tú permanecieron aquí?

—Sí, por un rato.

—¿Y los otros, Bob Crandall y la señora Huret?

—El señor Crandall había subido antes de que el capitán Ashcroft llegara. Valerie lo siguió. Creo que después no estaban juntos pero ha habido demasiada batahola para saber qué estaba haciendo cada uno. Madge estaba terriblemente inquieta. Finalmente dijo que se iba a su dormitorio, salió y la oí subir. Yo permanecí aquí.

—¿Todo el tiempo, Camilla?

—Sí, ¡todo el tiempo! Madge parecía querer estar a solas; yo no sabía qué hacer. Di vueltas y vueltas. Me senté aquí frente al piano, pero no me parecía bien, no sé porqué. Abrí uno de esos estantes y tomé un libro al azar. Era *El Profeta Isaías y su Mensaje*; lo puse de nuevo en su lugar. Sólo por hacer algo. No sé porqué, realmente, me dirigí allí.

Vacilante, Camilla señaló la puerta cerrada de la sala de armas.

—Cuando Yancey salió al jardín, por esa puerta, debe de haber abierto y cerrado la ventana francesa sin correr las cortinas; aún estaban cerradas y en su lugar, y la

habitación estaba a oscuras. Recién había entrado y estaba por encender las luces, a la izquierda de la puerta, cuando escuché pasos que bajaban las escaleras.

—Eran unos pasos característicos; no podía ser otro que el capitán Ashcroft. Entonces pensé, “¡Mi Dios, más preguntas!”. Así que no encendí las luces, y sólo me quedé allí. Miró dentro de la biblioteca, pero no vio a nadie y habrá pensado que nos habíamos ido todos. Permaneció en el vestíbulo durante unos minutos, hablando consigo mismo, luego salió y dejó que la puerta metálica se cerrara.

—Pensé que nos habíamos librado de él; pero no fue así.

—Bueno, salí de la sala de armas apresuradamente y cerré la puerta como la ves ahora. Entonces escuché que Madge descendía de la escalera. Al menos supuse que sería Madge, y ahora sé que era ella. Salió al pórtico. No pasaron 30 segundos antes de que Madge gritara. Gritó de una manera tan horrible que casi sentí que sabía, a pesar de que no podía saber nada.

—Salí corriendo de la biblioteca hacia el pórtico. Madge yacía desmayada sobre el césped. Todos los demás parecían verterse en el vestíbulo, incluyendo a los sirvientes, a pesar de que no recuerdo quiénes estaban allí. Madge no fue coherente en ningún momento, ni siquiera cuando se recobró de su desmayo. Todo lo que dijo fue: “¿Por qué Dios se lo llevó? ¿Por qué Dios se lo llevó a él?”. Y eso es todo lo que puedo... —Camilla se interrumpió—. ¡Alan, no me dejes! ¿Adónde vas?

—Hasta la sala de armas.

—¿Por qué?

—Camilla —dijo—, perdóname por entrometerme en detalles brutales; me temo que habrá muchos antes de que esto termine.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—La cabeza del señor Maynard fue golpeada con algo duro. No fue un hacha; sabemos eso. Si algo más ha desaparecido de esa habitación, un mosquete o uno de esos rifles...

La noche había caído pesadamente con una especie de presión física. Al dirigirse Alan hacia la sala de armas, con Camilla aferrada a su brazo, la puerta se abrió.

En el umbral estaba Yancey Beale, con la mano derecha en la llave de luz y la izquierda sobre sus ojos. Las luces estaban encendidas, dibujando su larga figura.

—Entra, hijo —dijo Yancey con una voz extraña—. ¡Acércate hasta la puerta, al menos! Hay algo que quiero mostrarte.

Con Camilla apretando fuertemente su brazo, Alan llegó sólo hasta la puerta. Pasó su brazo alrededor de la joven y te sostuvo.

Más allá del umbral vio algo más que una habitación blanca y armas negras. Yancey, con una expresión aun más extraña en sus rasgos bien delineados, señalaba el pizarrón sobre el caballete al lado de la ventana francesa. Como respondiendo a los pensamientos de Alan, un mensaje había sido escrito con tiza, con letras de imprenta.

NO, NO FALTA OTRA ARMA. TENDRÁN QUE BUSCAR LEJOS ANTES DE ENCONTRARLA.

PERO SIEMPRE ESTÉN SEGUROS DE MI AYUDA.

Y estaba firmado: *respetuosamente presente, N. S.*

—Más diversiones y juegos, ¿eh? —demandó Yancey Beale—. ¿Quieres apostar a que *N. S.* significa Nathaniel Skeene? Está respetuosamente presente, ¿no es así? Y es otra para el difundo Dr. M. R. James; ¿quiere apostar a eso también?

Se escucharon claramente a través de dos puertas abiertas y a la vuelta del rincón, las campanadas del reloj del abuelo en el vestíbulo, que dieron una sola y profunda nota. Alan miró su reloj. Eran las 9 y media.

CAPÍTULO 11

—Tal vez sea una exageración —continuó Valerie, comenzando a hablarle a Camilla, pero dirigiéndose a Alan—. No vi la luz en ninguna otra habitación, salvo en la que Henry usaba como estudio. ¿Está el capitán de detectives aún con nosotros?

—Sí. Está conversando con el doctor Fell.

—Entonces será mejor que lo vea en seguida, ¿verdad?

Alan la tomó por el brazo cuando se dirigía a la puerta de la sala de armas.

—Francamente —dijo—, no lo aconsejaría.

—¿Me está obstruyendo el paso?

—No la detendré, si insiste. Sólo que no se lo aconsejo. La presión arterial del capitán Ashcroft está peligrosamente alta ahora. Si los interrumpe cuando él doctor Fell le está diciendo quién tuvo el mejor motivo para asesinar al padre de Madge, puede explotar.

—Quien tenía el mejor motivo para... ¡Mi Dios, cada vez peor!

—¿Entienden lo que ha pasado y sigue pasando? ¿Con un asesino suelto?

—Aún no es medianoche, señora Huret.

—¿Necesitas ser tan formal, Alan? ¿No puedes llamarme Valerie?

—¿Aún no es medianoche, Valerie? Normalmente cuando sucede algo así, nadie logra dormirse antes de la una y media de la madrugada o a una hora similar. Sólo porque alguien entra en un cuarto con una linterna, no es necesariamente el asesino en acecho. De todas maneras subiré y echaré un vistazo. ¿Quieres venir?

—¡Ni soñando!

—¿Puedo ir contigo, Alan? —preguntó Camilla—. No me gusta esto más que a ella, pero no me importa tanto si estoy contigo. ¿Puedo ir?

—Sí, por supuesto.

—¡Por favor! —gritó Valerie—. ¿Qué hago?

—Permanece cerca de la puerta de la sala de armas. Si entra un loco blandiendo un palo de *baseball*, lo único que debes hacer es gritar y ellos saldrán en medio segundo. Por aquí, Camilla.

El vestíbulo de entrada, bañado por una suave luz proveniente de una araña de cristal, tenía una apariencia irreal y falsa a la madrugada. Las agujas del reloj de pie marcaban las 12 y 3 minutos; los ojos pintados del antepasado Richard Maynard parecían dirigirse en esa dirección. A través de la puerta del comedor vieron a Bob Crandall junto al aparador, dejando un vaso con la apariencia de una persona que acaba de terminar su segundo trago y ha decidido que es suficiente. Habían llegado a la mitad de la escalera, tratando de caminar sin hacer ruido, cuándo Camilla habló.

—Sabes, Alan, eres un tipo formidable.

—No soy formidable en lo más mínimo. Si lo que hago es inteligente o no, está todavía por verse. Tal vez sería mejor que no me acompañaras.

—¡No me dejes ahora! ¡No me dejes!

—Toma mi brazo, entonces.

Camilla lo tomó. El segundo piso estaba oscuro; lo cruzaron a través de espesas sombras y la obstinada luz de la luna. En la escalera cerrada que llevaba al piso superior, donde los rayos de la luna penetraban por una ventana solitaria, Alan no podía negar que su pulso saltaba o que sus piernas temblaban. Pero no habló; tampoco Camilla.

Había dos pasillos en el piso superior; uno paralelo al frente, pasaba delante de la puerta del estudio de Henry Maynard; el otro se extendía al fondo, al oeste, frente a las habitaciones de servicio. Aquí, también, sólo entraba la luna. Pero dentro del estudio se veía el reflejo de un brillo de luciérnaga.

En puntas de pie sobre una alfombra mullida, con su mano derecha aferrada al brazo izquierdo de Camilla, Alan caminó orillando el pasillo delantero. Después de echar una mirada dentro del estudio, se detuvo asombrado.

Sorprendentemente, el presunto “rondador” era Madge Maynard. Había apoyado la pequeña linterna sobre la mesa de escribir, en el centro del estudio, de manera que iluminaba el antiguo escritorio Sheraton apoyado contra la pared derecha. La tapa del escritorio estaba abierta. Descalza y en camisón, Madge deslizaba sus dedos sobre las pequeñas puertas y los casilleros que se veían en su interior. Su voz, suave y aturdida, gemía en el silencio.

—¿Dónde está? —decía, hablando sola—. ¿Dónde está la gaveta y cómo se abre? ¡Nunca me lo dijo!

Mientras el sonido frenético llegaba a sus oídos, Alan sintió que Camilla apretaba su brazo derecho y lo urgía insistentemente para que volvieran a la escalera encerrada. Cedió y la siguió. Una vez en el refugio de la escalera, Camilla le pasó los brazos alrededor del cuello, bajándole la cabeza para susurrar:

—¿Cómo llegó allí? ¿Qué sucede?

La madera crujía; el susurro de Alan apenas se escuchó:

—Le dieron demasiados sedantes, eso es todo. Se despertó mareada, sin saber lo que hacía, y llegó hasta aquí con alguna idea extraña. No podemos dejarla allí; debemos llevarla a su habitación.

—¿No será peligroso despertarla?

—No está sonámbula; sólo semiconsciente.

—¿Qué busca, Alan?

—No lo sé. Probablemente la gaveta secreta del escritorio; su padre dijo que había una. Pero ¿por qué preocuparse por eso? De todas maneras, no podemos dejarla allí; ¡puede caerse y lastimarse!

Moviéndose aún en silencio, pero con menos sigilo regresaron a la puerta del

estudio. ¿Cómo se maneja una situación como ésta?, se preguntaba. Alan. ¿Debería tratar a Madge como si estuviera en completa posesión de sus sentidos, con la actitud del policía que ordena a la multitud que no se detenga? ¿O se la alzaba sin ceremonias y se la llevaba a su cuarto?

Las dos ventanas plateadas por la luna estaban cerradas; percibió el sonido del aire acondicionado. Y entonces, de repente, Madge giró y los vio.

—¡No puedo encontrarlo! —dijo extendiendo sus brazos hacia Camilla—; tal vez no sea importante, quizás es sólo una idea tonta; ¡pero deseo tanto poder encontrarlo!

Era difícil saber si los había reconocido en la penumbra. Era un asunto arduo, y se hizo aún peor.

Había poca comprensión en los ojos de Madge; sólo un pensamiento que la torturaba. Olvidando el escritorio, flotó a través del cuarto con su camisón blanco y levantó la linterna que estaba sobre el borde de la mesa de escribir. Camilla y Alan entraron, pero entonces Alan podía jurar que Madge los había reconocido a ambos.

—¡Estúpido y viejo comodoro Maynard! —continuó, dirigiendo el haz de luz a la foto pintada sobre el escritorio—. ¡Estúpido y viejo comodoro Maynard y la tonta y vieja campana de su tonto y viejo barco! ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado para mí? ¡Allí estás, mi querido! —agregó.

El delgado rayo fue dirigido hacia la puerta, dentro del pasillo, sobre el hombro izquierdo de Alan. Se dio vuelta, no había nadie detrás suyo.

—¡Sé que no estás realmente allí! —canturreó Madge. La luz se apagó; luego volvió a aparecer bailando salvajemente a través del techo—. Y tú no lo hubieras herido, ¿no es así? ¡Pero tampoco quisiste hablar con él! Te pedí que fueras sincero y le contaras, todo. ¿Qué podría haber de malo en eso, aunque todo sea como es?

—Madge... —comenzó Camilla.

—¡Sí! Camilla, te reconozco. Tú y Alan han venido a ayudarme, ¿verdad? Pero no pueden hacerlo. Nadie puede, aunque sólo traté de hacer lo que debía. Pensarán que las buenas intenciones sirven de algo en este mundo, ¿no es así?

—¡Todo está bien, Madge —le aseguró Camilla—; estás entre amigos, y todo está bien!

—No está bien —gritó Madge, dirigiendo la linterna hacia el rostro de Camilla—. ¡Y no sirven, no sirven para nada!

Al llegar a este punto, Alan escuchó pasos un poco más abajo y las voces del capitán Ashcroft y del doctor Fell; pero, por sobre ambas, la voz de Valerie Huret, gritando estruendosamente.

—Lo repetiré —declaró Valerie—. Siento mucho haber interrumpido su conversación. Pero Alan Grantham está allí arriba probablemente a punto de ser asesinado, y la pobre Camilla también quiso ir. ¡Por favor, apresúrense!

Madge no escuchó todo esto. Había llegado a una especie de exaltación, pero estaba tambaleándose.

—¿No es ridículo —gritó— que el camino al infierno esté pavimentado con

ellas? Me dijeron que era así cuando pequeña: nunca lo creí, como tampoco creo muchas cosas. ¡Y sin embargo parece ser cierto! Allí es donde estoy; allí es donde estaré; allí es donde... donde...

Su voz tembló. La antorcha eléctrica se deslizó a través de sus dedos y calló al suelo sin romperse. Madge se balanceó y sus rodillas se aflojaron; sus ojos giraron en su órbita. Alan dio un largo paso hacia adelante y la sujetó justo en el momento en que se desplomaba.

Pequeña y delgada, yacía inerte en sus brazos cuando el capitán Ashcroft y el doctor Fell aparecieron en la puerta con Valerie Huret ocultándose tras de ellos.

—¿Qué sucedió? —balbuceó Valerie—. ¿Está el asesino...?

Alan mostró la figura inerte.

—No hay asesino aquí. Sólo una joven que tomó demasiados sedativos y vagaba casi sin sentido.

Rápidamente, con la ayuda de Camilla, explicó lo que había sucedido. El capitán Ashcroft, al no encontrar la llave de luz al costado de la puerta, levantó primero la linterna y luego encendió la lámpara verde que estaba sobre la mesa de escribir.

—¡Lindos problemas! ¡Henry en la morgue, esta joven aquí, y diez generaciones de ellos moviéndose en sus tumbas probablemente! La llevaremos a su habitación. Será mejor llamar a un doctor urgentemente por si es necesario. Después el viejo Rey Cole y yo podremos terminar nuestra conversación en esta habitación. ¿Quiere que yo la lleve, joven?

—No, es liviana. —Momentáneamente Alan pestañeó frente a la luz—. ¿Si usted y el doctor Fell dejaran libre la puerta...?

—Haré más que eso. Iré adelante con la linterna; no hay luz en esas malditas escaleras; y a esta altura yo ya debería saber dónde queda su habitación. ¿Lindo trabajo, eh, que un policía deba hacer de linterna? No tiene importancia; un policía debe hacer un poquito de todo.

Sólo el doctor Fell permaneció en la habitación cuando los otros descendieron. El piso de los dormitorios estaba ahora suavemente iluminado por lámparas ubicadas tras pantallas de color cuero. Camilla y el capitán Ashcroft guiaban el camino hacia una puerta en medio del pasillo transversal.

En una amplia habitación, llena de adornos de la clase que podría llamarse delicada, una lámpara oscura estaba encendida tras una gran cama con sábanas revueltas. Madge, sin sentido, pero respirando tranquilamente, fue depositada sobre la cama. Camilla se inclinó sobre la joven dormida y arregló las sábanas a su alrededor.

—¡Gran Dios! —dijo el capitán Ashcroft—. Esperemos que esto sea el final por esta noche. ¡Señora Huret!

—¿Sí, capitán?

—Probablemente no sea necesario, pero mejor es estar seguros. Por favor, señora, ¿puede llamar por teléfono al doctor Wickfield? El doctor J. S. Wickfield; el que estuvo antes aquí. Su número está escrito en la libreta que está junto al teléfono.

Valerie, de pie, observaba su imagen en el espejo sobre el tocador. Ahora parecía emerger de oscuros pensamientos.

—Conozco al doctor Wickfield, gracias, y lo haré inmediatamente, por supuesto. Pero, ¿qué decía el doctor Fell sobre un trozo de hilo?

—¿Qué quiere decir, señora?

—Estaba fuera de la puerta, como sabe. No escuché muy claramente, pero no pude evitar oír un poquito. El doctor Fell dijo algo sobre un trozo de hilo, o la gran importancia de un trozo de hilo. Fue así, ¡lo escuché!

—Mire señora, no debería escuchar detrás de las puertas. Créame —el capitán Ashcroft parecía estar en una especie de ira contenida— escuchó todo mal y mezclado. No era nada de un hilo en el sentido en que usted lo mencionó. De todas maneras...

—Si es un asunto de la policía, por supuesto, sé que no puede decírmelo. Me iré ahora. —Valerie cruzó hasta la puerta—. Pero todos estamos incluidos en esto; todos tenemos algo que temer; no podemos evitarlo si estamos nerviosos y con deseos de gritar. —Con la mano en el picaporte hizo un gesto hacia la cama—. Madge no está en peligro, ¿verdad?

—¿Quiere decir en peligro de conmoción?

—En peligro del asesino —dijo Valerie, y salió.

Hubo un minuto de silencio. Alan estaba molesto. Camilla acercó una silla a la cama. El capitán Ashcroft comenzó a caminar entre la puerta que da al pasillo y la otra, al norte de la habitación.

—¡Gran Dios! —dijo, usando la exclamación favorita de Yancey Beale—. No soy un novicio en este juego, no debería permitir que una tonta mujer me atolondre o me ponga nervioso. Si el doctor Fell tiene razón, Madge Maynard es la última persona en el mundo que corre peligro. Y sin embargo ya lo dije antes, hay mucha gente mala entrando a hurtadillas en esta casa, ya sea los que golpean la cabeza de un hombre o sólo los que escriben mensajes en el pizarrón. También, si el doctor Fell tiene razón, esa jovencita debe saber más de lo necesario. Al menos nos aseguraremos de que no corra peligro. ¡Señorita Bruce!

—Aún estoy aquí, capitán Ashcroft.

—Sabe, señorita Bruce, pensaba pedirle que se quedara con ella hasta que llegue el doctor. Pero he cambiado de idea. Está, dormida, no hay nada que usted pueda hacer; y de todas maneras, preferiría que no lo hiciera. Uno de mis hombres está aquí ahora; regresó como le ordené. —Abrió la puerta que daba al corredor. Afuera, esperando pacientemente, había un joven nervioso de mandíbula dura, vestido de civil.

—¡Sargento Duckworth!

—¿Señor Capitán?

El gran oficial de policía dio la espalda a Camilla, examinando la habitación.

—Ambas ventanas cerradas y aseguradas; las cortinas cerradas, el aire

acondicionado en marcha. Esa puerta es la que comunica con el baño, ¿no es así? ¿Hay otra entrada a la habitación, señorita, excepto la que da al corredor?

—No, sólo esa puerta.

—¿Escuchó Duckworth? La joven que se halla sobre la cama es la señorita Maynard; la otra es la señorita Bruce, que ya se retira. Ponga una silla afuera, cerca de la puerta y mantenga los ojos abiertos. El doctor Wickfield llegará pronto, si es que llega. No deje entrar a nadie más sin mi permiso. Ahora señorita... y usted, señor Grantham...

Camilla y Alan fueron formalmente acompañados afuera. El sargento Duckworth cerró la puerta y buscó una silla tallada.

—Pórtense bien, ustedes dos —ordenó el capitán Ashcroft, asumiendo un tono cordial—. Debo subir a ver al doctor Fell, perdónenme.

Y se fue, apagando varias lámparas, de manera que cierta oscuridad descendió.

Evidentemente, Camilla tenía algo en mente. Tomando el brazo de Alan, lo alejó del sargento, confortablemente sentado, lejos del pasillo transversal hacia un pasillo suplementario que llevaba a la escalera interior. Nuevamente lo obligó a bajar la cabeza y murmuró:

—¿Se ha ido, no es así? Escucha, Alan. Subamos tan silenciosamente como lo hicimos antes y escuchemos lo que esos dos están diciendo. ¿Qué te parece?

—No me entusiasmes, Camilla.

—¿Qué te sucede? ¿Te opones pedantemente a fisgonear?

—No me opongo pedantemente a nada. Es sólo el temor de que puedan descubrirnos. Al doctor Fell no le importará, pero el viejo Mordecai Ashcroft se pondrá furioso si nos descubre.

—Entonces no debe descubrirnos. ¡Por favor! No se trata de una mera curiosidad; tengo un motivo. Tiene que ver con alguien que está celoso. No podía creerlo cuando lo escuché, sobre todo por el tono en que hablaban. ¡Por favor, Alan! ¿No puedo persuadirte que lo hagas?

—Puedes persuadirme que haga cualquier cosa. Muy bien, vamos.

Subieron en puntas de pie; las escaleras eran fuertes y no crujió bajo sus pisadas. El pasillo del piso superior estaba a oscuras excepto por la luz que salía por debajo de la puerta del estudio. Camilla se acercó a él, rodeándolo con su brazo y apoyando su cabeza sobre el hombro de Alan, mientras trataban de mirar dentro de la habitación.

El doctor Fell y el capitán Ashcroft permanecían de pie, uno frente al otro, de perfil, a cada lado de la lámpara, sobre la mesa de escribir. El doctor Fell tenía una pipa vacía que sacó de su boca y habló no a su compañero sino hacia la foto coloreada del Comodoro Maynard, en la pared sobre el escritorio Sheraton.

—¡Hay tantas cosas borrosas! —suspiró—. ¡Tanta oscuridad! ¡Tanto que desearía ver y no veo! Maldita sea mi inteligencia, ¿dónde me desvié del camino correcto?

—Si me pregunta —dijo el capitán Ashcroft, con cierto temor—, no ha perdido

nada hasta ahora.

—¡He perdido el método! ¡He olvidado la mecánica! He buscado el mar, estoy perdido.

—Bueno, siga buscando. La teoría que me delineó —Ashcroft había comenzado a salirse de sus casillas— es lo más descabellado que he escuchado en mi vida. No me gusta; no me gusta nada; pronto tendremos grandes problemas. Pero todo coincide; tiene sentido cuando lo demás no lo tiene. Suponiendo que pudiéramos probarlo, lo cual somos capaces del hacer, ¿qué hacemos después?

—¿Después?

—He dado el motivo, o al menos un motivo muy poderoso. ¿Pero a cuál de ellos se aplica? ¡No hay una sola evidencia de quién es el asesino!

—Bueno, al menos no lo veo. Todo agrega algo sobre el mismo Henry. Y él está muerto; no puede ayudarnos por ahora.

—Señor —respondió el doctor Fell, señalando con su bastón el antiguo escritorio —, ¿está seguro de que él no puede ayudarnos ahora? Esta tarde nos habló a Alan Grantham y a mí de ciertos papeles, tal vez sólo de un papel, no fue muy claro, en una gaveta secreta del escritorio. Dijo, por supuesto, que el documento estaba relacionado con asuntos familiares.

—¿Y usted no le creyó?

—Cándidamente no le creí ni por un momento. Con respecto a eso como también a otras cosas, mintió. Siempre pensando que estoy en lo cierto, un importante documento, que no estaba relacionado con asuntos de familia, ni con él, ni con Madge, estaba en la gaveta secreta, esta tarde. Nuevamente, pensando que estoy en lo cierto, ¡puede ser que aún esté allí! Pero no permanecerá allí, créame.

—¿El asesino lo robará?

—Así es. Madge Maynard, que evidentemente no es el asesino, trató de encontrar la gaveta secreta y su contenido y falló. ¿Quién puede tener éxito donde ella falló?

—¡Un momento! ¡Deténgase allí! Si el asesino ya sabe dónde está la gaveta secreta, ¿no hubiera hecho desaparecer ese maldito papel hace mucho tiempo?

—Tal vez, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Mientras Henry Maynard estuviera vivo, —declaró el doctor Fell, con la expresión de quien está explicando claramente—, el presunto asesino no tenía razón alguna para robar el documento y todos los motivos para no hacerlo. Con Maynard muerto, todo el panorama cambia. Si el asesino se ha anticipado a nuestros pensamientos y ha venido en busca del documento, nos ha ganado de mano y no queda nada por decir. Si no lo ha hecho (y sospecho que no lo ha hecho), entonces nuestro camino está despejado. ¿Puede valerse de alguna excusa para llevarse ese escritorio de la casa mientras nosotros investigamos?

—¡Sí! —gritó el capitán Ashcroft—, y puedo hacer algo más. Hay un hombre en la C.C.P.D. cuyo *hobby* son los muebles antiguos. Se especializa en ellos; no hay

nada que él no sepa sobre el tema; como un ministro conoce la Biblia. Si hay una gaveta secreta con un papel en su interior (que es un gran “sí”, pero lo seguiré a usted) Jerry Wexford lo encontrará. Es difícil adivinar cuánto nos ayudará eso. Aún estamos en una tremenda confusión...

—Como usted bien señaló —asintió el doctor Fell—, aún estamos en una tremenda confusión. Pero la niebla comienza a despejarse, ¿no es así? Y Henry Maynard aún puede ayudarnos. El lamentado difunto nos dio indicios muy a pesar suyo; en ningún momento me gustó su manera de actuar.

—No me gusta la manera en que todos están actuando. Tome a la señora Huret, por ejemplo.

—¿Qué sucede con ella?

—¿Sabía que estuvo escuchándonos parte del tiempo que estuvimos hablando en la sala de armas? PODRÍA ASESINAR A LAS PERSONAS QUE ESCUCHAN LAS CONVERSACIONES PRIVADAS. No importa, nadie está escuchando ahora. En la sala de armas usted dijo, ¿recuerda?, que se preguntaba cuántos enamorados tenía Madge Maynard en un hilo.

—Dije pretendientes, no enamorados. Pero no discutiremos ese tema.

—Bien, la señora Huret escuchó la palabra “hilo” y se aferró a ella. Cree, o dice creer, que Madge será la próxima víctima. Eso no es probable, teniendo en cuenta lo que sabemos; pero me preocupó por un minuto. También dice que según usted, la solución del caso depende de un trozo de hilo.

—Señor, —anunció majestuosamente el doctor Fell—, no es la primera vez en el día que he sido mal interpretado. Sin embargo, ya que ha mencionado a la dama, confieso sentir cierta curiosidad. Estaba en la casa cuando Grantham y yo llegamos esta tarde. Acto seguido, según nos dijeron, partió apresuradamente, sólo para regresar poco después de las seis. Sin prestar atención a su humilde servidor o a ningún otro en la biblioteca, se dirigió directamente arriba y descendió con nuestro anfitrión.

—¿Qué quería? Durante el interrogatorio entre las diez menos cuarto y las once y media, usted mismo le hizo esa pregunta. Respondió que tenía que decirle algo a Henry Maynard. Pero no dijo qué, y usted no la presionó.

El capitán Ashcroft sacudió su puño.

—No la presioné —dijo, porque, ¿qué hubiera logrado con hacerlo? Su actitud es la de “sólo soy la pobrecita yo y no soy responsable, ¿no es así?”. Hay muchas mujeres como ella. Logran ponerlo furioso sin que uno llegue a hacerse entender. Pero son inofensivas, por lo general. ¿No estábamos de acuerdo en que la señora Huret no estaba mezclada en el asunto?

—Sé algo sobre ella que no es completamente negativo. El único sirviente que interrogamos en la biblioteca fue el viejo George. ¿Pero recuerda que una vez me disculpé durante 10 o 15 minutos? Fui hasta la cocina y acorralé a los otros cuatro sirvientes: las tres mucamas y Ben Jones, el cocinero.

—¿No hay un jardinero llamado Sam? El que mantiene la superficie de la terraza lisa, y quien la alisó esta mañana de manera que las huellas quedaren marcadas perfectamente después de la lluvia.

—Sí. Pero Sam (Sam Butler es su nombre completo) no vive en la casa. Los sirvientes fueron tampoco cooperativos como los invitados; nadie vio nada, ni escuchó nada. ¡Oh, excepto por algo! Una de las mucamas, Winnie Mae, estaba en el piso superior cuando la señora Huret subió a ver a Henry. Winnie Mae dice que ambos parecían enojados, y la señora Huret llamó a Henry un fraude. Winnie Mae no permaneció allí, tuvo miedo y bajó corriendo.

—Bien, —prosiguió el capitán Ashcroft demostrativamente—, en cierto modo Henry era un fraude, a pesar de que la señora Huret no podía saber lo que nosotros sabemos. Él era realmente Henry Maynard, pero en cierto sentido era un fraude; podría haberlo sido también en otros sentidos. De todas maneras, no creo que sea muy importante. Esta gente forma un grupo muy casual; entran y salen, van y vienen, y no siempre tienen buenas razones para hacerlo. ¿Tenía algo más en mente?

—Sí, hasta cierto punto, —dijo el doctor Fell—. Hay un personaje enigmático que parece no haber despertado ninguna sospecha. Me refiero, por supuesto, al doctor Mark Sheldon.

El capitán Ashcroft lo miró fijamente.

—¡Mi Dios! Mark Sheldon no tiene nada que ver con esto y usted lo sabe. ¿No estará sospechando de él?

—No dije que sospechara de él. Sólo dije que él también es notorio entre los que van y vienen. Llegó con un mensaje para el señor Maynard que no transmitió. A diferencia de la señora Huret, regresó sólo una vez, y al parecer partió antes del asesinato. En ninguna ocasión explicó el motivo de su visita. Fern sin duda podemos olvidarlo, si es que lo prefiere.

—Sí, francamente lo prefiero. Es un joven agradable, con una esposa encantadora, ¡no estaría mezclado con un crimen como tampoco lo estaría con drogas o abortos! Lo que debemos investigar —el capitán Ashcroft giró para señalar—, es ese escritorio y lo que sea que hay en su interior. ¡Gracias a Dios no habrá otro asunto gracioso por esta noche! No más de todo eso. No más...

Entonces comenzaron los gritos.

De algún lugar, probablemente en la planta baja, subieron, espeluznantes, en un terror sin palabras ni pensamientos; destrozaban los nervios como una aguja bajo un diente. El brazo izquierdo de Alan permanecía alrededor de Camilla; lo subió hasta su hombro, haciéndola girar y ponerse de pie. Corrían escaleras abajo en puntas de pie antes de que el doctor Fell y el capitán Ashcroft pudieran moverse.

Constantemente, mientras permanecían tan juntos escuchando, Alan había estado tentado de apretarla aun más cerca, levantar su cabeza y besarla largamente. Ahora con esos gritos espantosos, a esas horas de la madrugada, supo que no hubiera sido el momento oportuno.

Fue un milagro que no se cayeran. El piso de los dormitorios estaba a media luz. El sargento Duckworth estaba de pie junto a la puerta de Madge; no se había movido. Rip Hillboro, con pijamas rayados, pareció materializarse de la nada. Alan y Camilla tras de él, habían llegado a la escalera principal cuando escucharon al capitán Ashcroft descender por la escalera, encerrado como un toro preparado para atacar. Arrastrando a Camilla, Alan descendió los escalones que faltaban.

En el vestíbulo de entrada, Valerie Huret, con la mano oprimida contra su boca abierta, permanecía rígida por incipiente histeria. En respuesta a la mirada de Alan, señaló con el dedo la puerta de la biblioteca, luego cuando él se acercó, corrió adelante y señaló frenéticamente la puerta de la sala de armas, que estaba completamente abierta. Alan llegó a la sala de armas seguido por Camilla.

La araña de cristal aún estaba encendida. Sobre el pizarrón, del cual el capitán Ashcroft había borrado un mensaje, había otro ahora. En esa habitación de blancas paredes, en letras de molde, cuidadosamente puntuadas, resaltando sobre el pizarrón, había negros retratos, y negras armas.

EL HOMBRE QUE DEBE BUSCARSE ES EL AMANTE DE MADGE. ENCUÉNTRENLO; NO SE CONFUNDAN INTERROGÁNDOLA. Y, SI QUIEREN SABER SOBRE EL CRIMEN, MAÑANA HABRÁ MÁS. NO HE TERMINADO.

Siempre a sus órdenes, N. S.

CAPÍTULO 10

El reloj del abuelo en el Hall dejó oír una campanada más; eran las once y media.

Al finalizar el interrogatorio, que después de todo fue bastante fácil, quedaban cuatro personas en la biblioteca. El voluminoso doctor Fell ocupaba el sofá. El capitán Ashcroft, con su libreta sobre las rodillas, estaba sentado en un sillón, en la esquina noroeste de la habitación, con paredes llenas de libros. Camilla y Alan estaban sentados uno al lado del otro en el taburete del piano. Era el mismo grupo que había almorzado en el hotel.

Mientras se escuchaba la campanada, el capitán Ashcroft se puso de pie. Descorazonado, el rostro colorado, las sienes blancas, dio rienda suelta a su mal genio, y se dirigió al doctor Fell.

—A cuánto asciende —anunció—, ¿es sólo esto?; ¡nadie vio nada, en ningún lugar, a ninguna hora!

—¿Es tan sorprendente? —preguntó el doctor Fell—. Estaban acostumbrados a que nuestro amigo Maynard permaneciera en la terraza. Una vez que su presencia estuvo establecida, lo olvidaron. Nadie se le acercó; ni siquiera nadie pensó en él...

—Excepto el que lo mató.

—Oh, sí. Siempre debemos exceptuar al asesino.

—Se han ido a dormir ahora. Al menos —dijo el capitán Ashcroft—, han subido, aunque tal vez no duerman. ¿Qué opinión tiene de todos esos, doctor Fell?

—Bueno...

—¡Lo que me preocupa, y no puedo sacarme la idea de la cabeza, es que probablemente hemos estado hablando con el asesino todo el tiempo!

—Probablemente —dijo el doctor Fell—, pero no necesariamente.

—Y al menos —coincidió el otro—, al menos nos hemos deshecho de las mujeres. La hija de Henry está llena de drogas y completamente dormida. La señora Huret está regresando a su casa. Nos hemos deshecho de ellas a excepción de...

Sus ojos se dirigieron a Camilla, quien se irguió en su asiento.

—Me iré, por supuesto, si así me lo pide —dijo—. No quiero irme, no quiero estar sola. Pero, ¡si me ordena irme!

—Está bien, señorita, no creo que cause un gran daño si se queda. Usted está cómoda, a pesar de que tal vez el señor Grantham no esté de acuerdo. —Se volvió al doctor Fell—. Dije que nos habíamos deshecho de las mujeres. No importa qué pensemos o hacia dónde dirigimos nuestra vista, una cosa está completamente clara: ¡no hay una mujer mezclada en este asunto! ¿Está de acuerdo?

—Depende de lo que usted quiera decir por “mezclada”.

—¿Cómo es eso?

El doctor Fell contuvo el aliento y luego lo expiró fuertemente.

—Si quiere decir —respondió—, que ninguna mujer cometió este crimen o esconde evidencias, entonces estoy completamente de acuerdo. Sí, ¡mil truenos! Pero hay otras maneras de estar mezclada. Debemos buscar las raíces; debemos indagar las primeras causas.

—¡Sí, y hay otra cosa más! Buscar siempre el motivo, doctor Fell, es mi lema y es una regla bastante buena, Pero puede nombrar a cualquiera, cualquiera relacionado con el caso hasta ahora y no encontrará un maldito motivo.

—Señor, —dijo el doctor Fell—, ¿está seguro?

—¡Bueno, observe lo que tenemos!

El capitán Ashcroft levantó su libreta.

—Comencemos por Yancey Beale. Ahora conozco al muchacho; conozco a su padre. Me repugnaría pensar que hizo algo que no debía y en mi interior sé que no lo hizo. Tira un golpe maldito en el *baseball*; eso es lo peor que puede decirse de él.

—Luego de hablar con él, con Madge Maynard y con la señorita Bruce, aquí en la biblioteca, me dirigí al piso superior para hacerlo con Hillboro, el lanzador de la Gran Liga. Ya escucharon lo que Yancey nos contó. Salió al jardín a través de la sala de armas —sin encender las luces— y dio una vuelta sin hacer nada en particular. En realidad, caminó hasta las viejas cabañas de los esclavos.

—Ésa, si puedo mencionarlo aquí, —exclamó el doctor Fell—, es la parte que me resulta menos clara. ¿Qué cabañas de esclavos?

—A más o menos 100 metros al oeste del jardín —contestó el capitán Ashcroft—, hay diez cabañas de ladrillos dispuestas en dos hileras de cinco cada una. Hace cien años los esclavos de la casa —opuesto a los esclavos del campo que estaban en otro lado de la propiedad— vivían en esas cabañas. Están en bastante buena condición por ser lugares que no fueron habitados por mucho tiempo.

—¡Muy bien! Yancey llegó hasta las cabañas, estaba solo. Al regresar escuchó gritar a la joven. No sabía qué pasaba, pero presentía que era algo malo. No regresó por el mismo camino. Corrió alrededor de la casa, del lado norte, hacia el frente. Estaba con el resto (recuerdo eso) cuando llevé a la señorita Maynard arriba; se quedó cerca —puede decirse que la protegía— hasta que el doctor Wickfield llegó y dijo que no corría peligro.

—Salió nuevamente por la puerta del frente y volvió a la parte de atrás donde había estado antes. Dijo que había estado pensando y que fumó casi medio atado de cigarrillos. Pero recordó que les había dicho que nadie debía irse y que los quería a todos en la casa para interrogarlos, después que todo el lío se hubiera calmado un poco. Así que...

—Sólo para demostrarte que mi memoria no es tan mala —dijo el doctor Fell ávidamente—, ¿puedo contar el final?

—¿Bien?

—El último movimiento del señor Beale —dijo el doctor Fell—, fue regresar por la ventana francesa a la sala de armas. Había oscurecido. Tanteó a través de la habitación, encendió la luz y se encontró frente a ese irónico mensaje.

—Oh, el mensaje. ¡Seguro! ¡Seguro! ¡Seguro! ¿Estaba diciendo?

—¿Qué es lo que sabemos del mensaje?

—Sé que me pone nervioso. Me pone tan nervioso.

—¡Tranquilidad! —rogó el doctor Fell— y no permita que sus reacciones coléricas se apoderen de usted. Algunas veces, capitán, usted se parece extraordinariamente a un viejo amigo mío, el ex superintendente Hadley. No le importa que corten un cuello, pero no soporta que le tomen el pelo.

—¿Quién dijo que no me importa que corten un cuello? ¿O que aplasten una cabeza? Eso me pone aun más furioso. ME PONE TAN TREMENDAMENTE FURIOSO.

—No lo dudo. Al mismo tiempo, si me permite, pregunté qué sabíamos del mensaje y no cómo lo afecta emocionalmente. ¿Puedo explicarlo?

—¡Por supuesto! Soy de Carolina del Sur y tengo un temperamento parejo. ¡Prosiga y explique!

El doctor Fell extrajo una pipa de espuma de mar y comenzó a llenarla de tabaco que extraía de una abultada bolsita.

—Hemos postulado dos personas: a) el asesino y b) algún bromista que se hace pasar por el fantasma de Nathaniel Skeene. Alrededor de las cinco de la tarde, una llamada anónima, con una voz no identificable, le informó que había desaparecido un hacha india. Esa llamada no fue hecha desde Maynard Hall. No hay duda que la llamada y el mensaje provienen de la misma persona. Y, sin embargo, a no ser que un siniestro chino del campamento de Ho Chi Minh se deslizara dentro de la casa y escribiera esas palabras en algún momento de esa tarde, deben haber sido escritas por alguien del Hall. ¿Cómo explicamos esa aparente contradicción?

Por un momento, el capitán Ashcroft lo observó. Luego, girando sobre sus talones, caminó hacia la puerta de la sala de armas y la abrió totalmente. Alan, desde el taburete, podía verlo dirigirse hacia el caballete con el pizarrón. Sobre el borde del caballete había un trozo de tiza y un trapo mugriento. El capitán Ashcroft tomó el trapo. Cuidadosamente borró las palabras, de manera que la superficie del pizarrón brilló húmeda bajo las luces. Luego, con una especie de extraña dignidad, regresó a la habitación y enfrentó al doctor Fell.

—Yancey Beale —dijo—, no puede recordar si había algo escrito cuando salió por primera vez. Las cortinas estaban cerradas y no está seguro, pero cree que no. El momento indicado para que alguien haya escrito eso debe haber sido después de que la señorita Maynard se desmayara.

—Con respecto a la única evidencia que tenemos, ya escuchó a George Dyson. El pizarrón fue instalado allí, cuando Henry dio una conferencia a algunos estudiantes, el 30 de abril. La tiza y el trapo viejo han estado allí desde entonces; el trapo permaneció seco como un hueso durante dos semanas. Pero, no está seco ahora.

Alguien lo humedeció para este juego gracioso, ¿y por qué no también para más juegos? ¿Explicarlo, dice? ¿Explicarlo?, por amor de Dios. Esperaba que usted pudiera ayudarme. ¿Puede?

—Estaba siguiendo el método socrático. ¿Si no quiere que lo siga...?

—No, ahora no, y le diré porqué. ¡Nos estamos desviando! El bromista —declaró el capitán Ashcroft, moviendo sus hombros enfáticamente—, puede esperar hasta que lo encuentre más tarde. Nuestro tema era Yancey Beale.

—Ésa es la historia que Yancey cuenta, yo le creo, y me parece que usted también. No está confirmada, ¿pero necesita estarlo? Se comportó de la manera que yo lo hubiera hecho en la época que era lo suficientemente joven como para hacer la corte. Está realmente loco por la pequeña hija rubia de Henry, y soy lo suficientemente sentimental como para desear que la consiga una vez que todo esto haya terminado.

—¡Continúe! —el doctor Fell había encendido su pipa, y estaba soplando humo y chispas como el espíritu del Volcán—. Por el momento, señor, no es necesario ni deseable que yo haga un comentario. ¡Continúe!

—El siguiente —dijo el capitán Ashcroft— es Hillboro, el lanzador de la Gran Liga.

—¿Qué piensa de él?

—No soy muy perspicaz en lo que a él se refiere; es demasiado inteligente para su propio bien. Con él es “yo” en mayúsculas, lo cual él piensa, lo que él sabe. Experiencia práctica, ¿no?; ¡no diferencia una B de la pata de un foro! Y no hay nada tan malo como un *yankee* inteligente que no quiere callarse. Pero...

En una esquina de la biblioteca había un gran globo terráqueo. Lo golpeó, haciéndolo girar, después de lo cual se dirigió nuevamente al doctor Fell.

—Hillboro dice que estuvo practicando billar todo el tiempo. No miró por la ventana, entonces, pero si lo hubiera hecho no habría visto nada. Encendió las luces, cosa que puedo testificar. Con las luces encendidas no puede verse nada afuera cuando ha oscurecido. Esta historia tampoco puede ser confirmada, ¿pero hay alguna razón para que dudemos de su veracidad?

—Usted contesta.

—¡No, no hay razón para dudar! A Hillboro le atrae la joven, muy bien. Si me preguntan, también le atrae el dinero de Henry. ¡De todas maneras! Tanto él como Yancey Beale tienen lo que una abuela llamaría intenciones honorables. Hasta si descubriera el medio de cometer el crimen, de matar al viejo, no haría que Madge lo quisiese. No puedo achacarle un crimen a alguien sólo porque él muchacho me desagrada. Finalmente...

—¿Sí? —incitó el doctor Fell.

—Finalmente —dijo el capitán Ashcroft—, están Bob Crandall y la señora Huret.

—Ambos son dos personalidades interesantes, ¿no lo cree?

—Sí, puede decirlo nuevamente, ¡especialmente el ex periodista con su caudal de

anécdotas! Dejando a un lado eso que puede volverlo loco, hablando, en el fondo es una buena persona. Lo que es más, para alguien que dice ser tan cínico no es ni siquiera muy suspicaz.

—Es un romántico —dijo el doctor Fell—, como muchos periodistas a ambos lados del Atlántico.

El capitán Ashcroft abrió su libreta y la hojeó.

—No hay necesidad de recordar lo que dijo el señor Crandall. Dice que Henry lo invitó a un juego de ajedrez en el piso superior, antes de cenar, y usted y el joven Grantham lo confirman. Alrededor de las seis y diez o seis y cuarto, poco antes de llegar yo, subió a su propio dormitorio y no salió de allí hasta que la joven gritó una hora más tarde.

—Su habitación está en el segundo piso, al frente. Dice que fue allí a lavarse las manos (citó) “prepararse”. Eso es todo lo que dijo hasta que la señora Huret contribuyó con su parte.

—Él no sabía que ella estaba siguiéndolo. Subió y permaneció en el corredor al lado de su puerta, que es donde yo la vi. No dejó ese pasillo en ningún momento. Todo lo que él hizo, según ella, fue caminar ida y vuelta, leyendo un libro muy finito de tapas brillantes, llamado *Cómo ganar en el ajedrez*. Sabe esto, dice la señora Huret, porque miró a través de la cerradura y lo observó. Él caminaba, pasando por la cerradura, hacia el otro extremo de la habitación, y luego regresaba. ¿Recuerda?

—Perfectamente.

—Lo único que lo confundió, al parecer, fue la noción de que se preocupara por un juego de ajedrez con Henry, quien siempre le ganaba. Luego dijo a la señora Huret: “la puerta no estaba cerrada con llave, ¿por qué diablos no la abriste y entraste?”. Ella dijo que no hubiera estado “bien” o “correcto”, o alguna otra cosa que no entendí.

El corpulento detective se volvió hacia Camilla.

—Ahora, señorita Bruce, dejé que se quedara durante el interrogatorio. Tal vez tuviera una razón, quizá soy más malditamente astuto de lo que todos creen. A veces, la intuición de una mujer puede encontrar la verdad en un lugar donde un hombre ni lo pensaría. ¿Cuál es su opinión de la señora Huret?

—¡Me gusta! —dijo instantáneamente Camilla—. Recibirá todo tipo de opiniones de otra gente, lo sé. Le dirán que es “obvia” o “charlatana” u otros términos que sólo significarán que no dirán lo que piensan. Yo digo que es natural, que es como muchos quisiéramos ser si sólo nos atreviéramos. Y creo en lo que dice; ¿usted no?

—Yo también le creo. Pero por mi manera de hablar —declaró el capitán Ashcroft, levantando su libreta con un gesto rebuscado—, nadie cometió este asesinato. Sin embargo así es como lo veo, para bien o para mal. Podríamos decir, por supuesto, que estos dos estaban de acuerdo. No creo que Crandall matara a Henry porque este último le ganara al ajedrez, o por cualquier otro motivo. No tiene el tipo; no creo que lo haya hecho.

—De hecho, no lo hice, —dijo una voz nueva.

Al darse vuelta se encontraron con el mismo Bob Crandall, que llevaba pantuflas de cuero y una bata liviana sobre el pijama. Con el cabello desordenado, y una expresión cansada, pero reprimidamente vital y viva, descendió los cuatro escalones a la entrada de la biblioteca, avergonzándose un poco al ver a Camilla.

—Perdona estos harapos, mi querida. El Capitán tiene razón; no podía dormir. Por otro lado, es casi medianoche; no soporto las altas horas como antes. En dos minutos, si no me echan a patadas antes, me tomaré un gran trago de licor del comedor; y eso me permitirá dormir. Usted sabe, capitán Ashcroft, recibir información no es lo mismo que reportarla. ¿Quiere que relate mi historia nuevamente?

—No creo que sea necesario, señor Crandall.

—Muchas gracias por este consuelo. Y no maté a Hank, ¡lo juro! Hank y yo nunca peleábamos porque siempre discutíamos, si aceptan la paradoja. Ni siquiera puedo acostumbrarme a la idea de que esté muerto. Espero verlo entrar en cualquier momento y convertirse en hielo cuando recito el proverbio de la joven de Detroit, quien, cuando le preguntaron qué le parecía, dijo: *Quoite*.

—Señor —sugirió el doctor Fell—, ¿podríamos escuchar todo el proverbio?

—Por primera vez, créame, no estoy para proverbios; el fantasma de Hank me perseguiría. Y también, créanlo o no, me gustaba el viejo bastardó, y siento que se haya ido.

—Pero hay algo más —prosiguió el señor Crandall, levantando un dedo en señal de advertencia—. Los escuché hablando de Valerie Huret y de mí; no pude evitar escucharlos. Elsa sí qué es una mujer, aunque espíe a través de las cerraduras. Hasta ahora ha habido muchas discusiones sobre antecedentes, y de dónde proviene ésta o aquella persona. ¿Cuáles son los antecedentes de Valerie, capitán Ashcroft?

Antes de casarse con el difundo Gilbert Huret, era maestra en North Charleston. ¿Algún motivo especial para esa pregunta?

—¡Bueno! Ninguno en particular. Es una verdadera mujer, vuelvo a repetir, se apodera de uno; uno piensa que no lo logrará, pero así es. ¿En qué está pensando? —se pregunta uno—. ¿Está pensando lo que yo estoy pensando? Porque, si es así... sería gracioso, no, a mi edad y con mi grado de cinismo y desconfianza... ¡oh no importa! Olviden lo que dije, ¡al diablo con todo!

—Señor Crandall —interrumpió el doctor Fell—, su locuacidad de costumbre ha disminuido considerablemente. A pesar mío, sabía algo sobre el trabajo en los diarios de Inglaterra. Ya que no podemos escuchar otro proverbio, ¿podríamos al menos escuchar una anécdota?

—¿A esta hora de la noche? Una anécdota, no, lo siento. Pero le diré algo sobre sus diarios ingleses, doctor Fell —dijo Bob Crandall, con su voz sorprendentemente jovial— que usted debe saber muy bien. Dejando a un lado el *Times*, el *Telegraph* y uno que otro más —en su mayoría diarios matutinos publican más sensacionalismo barato que cualquier diario de este país ha publicado o se atreva a publicar. Si la

historia es buena como para alarmar y no es demasiado difamatoria, ponen manos a la obra en seguida.

—Esta tarde, aquí en la biblioteca, cité un corto verso perteneciente a una arenga, escrita en Inglaterra hace más de 50 años. Une la calle, Fleet, sede de su propio cuarto Estado, con la vieja Prisión Fleet de Deudores, en los días de Dickens, y es veraz en lo que se refiere a la actual calle Fleet; cada palabra es una verdad palmaria. Usted no escuchó ese verso, doctor Fell; si piensa que exagero, no lo negaré aunque lo creo honestamente; les recitaré el resto:

No rompieron los candados
Ni saltaron las paredes.
Los deudores de antaño que bebían
Aún beben en deudas actuales;
Encadenados a los ricos por ruinas,
Alegres encadenados, como entonces
Cuando el viejo, indómito Pickwick caminaba
Entre los hombres arruinados.

Todavía aquél que sueña y divaga
A través de su propio aire endiablado,
Sabe que la calle es una prisión,
Sabe que los portones están allí;
Todavía aquél que desprecia y lucha
Ve, horrible y lejano,
Todo lo que queda de rebeldes
Pudrirse en Temple Bar.

Todo lo que quise y odié,
Todo lo que rehuí y busqué,
Se aclara en amplios rayos batallantes
Donde ellos, yo y tú
Corremos sobre la empalizada que rompe
Las barreras de la calle,
Y les gritamos a aquellos que se retuercen adentro,
Los Prisioneros de la calle Fleet.

—Y con esto, damas y caballeros, concluye la función de esta noche. Ahora un buen trago de *whisky* para su obediente esclavo; luego a la cama y al país de los sueños antes que diga algo de lo que después deba arrepentirme. Buenas noches.

Con rara dignidad les hizo una pequeña reverencia, se dio vuelta, subió los cuatro escalones y cruzó el vestíbulo hacia el comedor.

—¡Ejem! —dijo el doctor Fell, a quien se le había apagado la pipa—. El hombre

tiene razón —agregó un poco inconsecuentemente—. Aunque sea un ataque sin provocación previa a los diarios ingleses, me temo que tiene razón. Pero reflexiones de orden periodístico no vienen al caso en este momento. El momento ha llegado...

—¿Bien? —incitó el capitán Ashcroft.

Impregnado de una repentina energía volcánica, el doctor Fell guardó la pipa dentro del bolsillo y se puso de pie apoyándose en su bastón.

—Capitán, necesito su ayuda. Tiene una autoridad que a mí se me ha negado, y recursos que van más allá de mi alcance y conocimiento. El momento ha llegado, como dije, de aclarar ciertos nubarrones que oscurecen el brillante panorama que tenemos por delante. Si los demás nos perdonan, sugeriría una conferencia *à deux* en la sala de armas. ¿Me comprende?

—¡Oh, sí, perfectamente! —el capitán Ashcroft dio una especie de salto—. Esto es lo que he estado esperando; por el momento al menos, como diría Carlo Spinelli: cuando el Viejo Rey Cole prepara la artillería pesada y comienza a volar. Déme, una sugerencia, sólo una sugerencia, de cómo el asesino hizo esto...

—Ahora bien, —dijo el doctor Fell—, en eso me temo que no pueda serle de ninguna ayuda. En lo que se refiere a la maquinaria por los Arcontes de Atenas, estoy confundido, desviado, embaucado. Pero hay otros aspectos igualmente fascinantes, y a nuestro alcance; los he de señalar. Dice que no ve un motivo en ningún lugar. Si hubiera estado aquí esta tarde, si hubiera visto y oído algunas cosas que nosotros pudimos ver y oír, entonces los indicios de un motivo hubieran brillado como la nariz de un borracho en la noche de un sábado en un bar. Desearía que pudiéramos interrogar a la señorita Maynard. Desearía saber quién estaba con ella bajo las magnolias la noche del dos de mayo. Ya que no podemos interrogarla y no lo sabemos, debemos recordar a Mendelssohn y arreglárnoslas lo mejor posible con él.

—¡Muy bien, muy bien! Al fin —proclamó el capitán Ashcroft, abriendo la puerta de la sala de armas— puede ser que encuentre algún sentido a algo que no lo tiene. Ahora entraremos aquí, —se dirigió hacia Alan y Camilla—, y pase lo que pase no nos molesten hasta que salgamos. Que nadie nos moleste (¿me entienden?) o seré mucho menos amable e indulgente de lo que he sido hasta ahora. Por aquí, doctor Fell.

El doctor Fell estaba reflexionando.

—Gracias. —Miró a Camilla—. ¡Siga sus instintos, joven! —Miró a Alan—. Y usted, mi querido amigo, recuerde siempre que alguien le hizo una pregunta a la esposa del sargento. Y ahora con su permiso, no detendré más al capitán.

La puerta se cerró tras de ellos.

En el silencio de la noche, uno al lado del otro en el taburete del piano, Alan y Camilla se miraron. La joven, como si recordara algo, se puso de pie repentinamente pero de manera incierta, y caminó hasta el centro de la habitación, donde comenzó a girar, pero no por mucho tiempo; pues Alan la había seguido.

—¡Mendelssohn nuevamente! —dijo Camilla—. Y yo debo seguir mis instintos,

¿no es así? ¿Sabes lo que quiso decir?

—Salvo el punto dudoso sobre la mujer del sargento (no es la primera vez que la menciona) creo que tengo una idea. También por algo que dijo el capitán Ashcroft, cuando se rompía la cabeza pensando en la manera de cometer un crimen sin dejar rastros, es posible que alguien como yo, que no soy detective y sí un antimatemático, puedo darme cuenta de cómo fue hecho. Pero supongo que no lo creerías.

—Te he calificado de muchas maneras, Alan; pero nunca te he dicho que fueras un estúpido. ¿Cómo *pudo* haber sido hecho?

—Ése es todo el problema: este caso es infernalmente personal. La idea que tengo, si puede llamarse idea, es abstracta; no debe aplicarse a ninguna persona. Pero no parecerá abstracta. Ni bien la mencione, alguien dirá. “¿Se refiere a tal o cuál persona? ¿Lo está acusando de asesinato?”. Así que será mejor que me calle, por el momento al menos. Y, de todas maneras, ese no es el problema principal.

—Pero ¿cuál es el problema principal?

—Tú, Camilla. Estás diferente esta noche. ¿Cómo diría? ¿Dócil? ¿Accesible? Casi...

—Tú también lo piensas, ¿no?

—¿Pienso qué?

—Lo que piensa Madge. ¡Oh, ahora sí que eres estúpido!

—Tal vez sí, tal vez no. No sé lo que piensa Madge. ¿Es importante? Dejemos a un lado eso que no es el momento oportuno, y que estás preocupada por ella y todo lo que ha sucedido, pero, mientras el doctor Fell se comunica con la ley, ¿no podríamos salir a caminar un rato? Hay una hermosa luna, y el jardín tiene un cierto encanto particular. ¿Quieres?

Se había dado vuelta, y la luz de muchas lámparas brillaban en sus cabellos castaños que le llegaban hasta los hombros. Los ojos azules se volvieron hacia Alan.

—¡Bueno! —murmuró Camilla—. Los mosquitos nos comerán, pero si te sientes capaz de soportar mi presencia y de estar a solas conmigo...

—¿Soportar tu presencia? ¿Soportar estar a SOLAS contigo, Camilla?

—¿Sí?

Pero ahí tuvieron que cortar la conversación. Habían estado demasiado preocupados para escuchar que se acercaba un auto. Y ambos se sorprendieron al oír pisadas en el vestíbulo y en la pequeña plataforma dentro de la biblioteca. Valerie Huret, que se había cambiado el vestido floreado por otro oscuro, permanecía allí como la reina de una tragedia. Cuidadosamente cerró la puerta a sus espaldas y descendió los escalones.

Había círculos oscuros bajo sus ojos, respiraba como si hubiera estado corriendo. Pero no parecía agitada. Por lo que Alan podía ver, era terror.

—¿Cuántas veces por día —comenzó—, puede una mujer ser una idiota, corriendo de un lado a otro? Estoy segura de no saber por qué regresé aquí esta noche. Y ahora desearía no haberlo hecho, porque acabo de ver algo allá arriba. —Su

gesto indicaba el techo—. Alguien con una pequeña linterna, furtivamente está deslizándose por las habitaciones del piso superior.

CAPÍTULO 12

Esto había sucedido el viernes 14 de mayo. A pesar de todos los pronósticos de buen tiempo, el cielo sobre Charleston estaba oscuro y amenazante, el sábado por la mañana.

A las nueve y media, Alan, en su cuarto del séptimo piso del hotel Francis Marion, se despertó al sonar el teléfono. Era el doctor Fell, quien también había recibido un llamado pocos momentos antes.

Desayunaron en el restaurante, a las diez, luego, en el auto de Alan, tomaron el camino, ahora familiar, que los llevaría a James Island. Hablaron poco durante el viaje. Nubes húmedas y con apariencia de humo se retorcían bajas sobre Maynard Hall, cuando llegaron hasta el jardín, poco después de las once.

Yancey Beale, con una bufanda de seda anudada alrededor de su cuello, e introducida en la camisa, salió por la puerta metálica y descendió los escalones de entrada con un aire de excitación reprimida.

—Él los llamó, ¿no es así? —demandó Yancey—. ¡El viejo, no, esperen! Debo dejar de llamarlo Ezequiel y Judas Macabeo. Ni siquiera fue muy gracioso al principio. Ahora, con papá Maynard muerto y Madge aún tan postrada, que el doctor no le permite levantarse, uno debe tener un sentido del humor muy peculiar para molestarse con nombres bíblicos. Pero él sí los llamó, ¿no es así?

—Sí, él llamó, —replicó el doctor Fell—, pero sin explicar el porqué de la urgencia. ¿Sucedió algo después que nos fuimos?

—Hubo bastante escándalo antes de que se fueran, ¿verdad?

—Indudablemente; pero...

Yancey levantó una ceja inquisitivamente.

—Déjenme ver si tengo todo correcto —continuó—. Anoche, después de que algunos nos habíamos ido a dormir, Madge estuvo vagando por el piso superior y volvió a desmayarse. El capitán Ashcroft colocó un guardia en su puerta y envió a Valerie Huret a llamar por teléfono al doctor Wickfield. ¿Correcto?

—Correcto —respondió Alan.

—Después de llamar, Valerle regresó arriba. El sargento de Sanhedrin no la dejó entrar al cuarto de Madge. Hasta Valerle temía despertar a alguien y no se atrevía a ir al piso superior, pues el sargento le dijo que el doctor Fell y el viejo Caifás estaban de conferencia.

”Pero tenía que sentirse acompañada. Nuevamente tomó el teléfono; comenzó a llamar prácticamente a todos sus conocidos uno tras de otro; A la última persona a quien llamó no le resultó muy agradable que la despertara a la una de la madrugada

para ver cómo estaba, y la mandó al diablo.

”Valerle se alejó del teléfono sin saber, qué hacer. Entró primero a la biblioteca y luego a la sala, de armas. Allí se encontró con un segundo mensaje (¡no entiendo ese mensaje!) escrito por una mano fantasma. No había visto el primero pero éste fue suficiente. Valeria perchó la cabeza y comenzó a gritar.

”Para ese entonces yo ya estaba despierto; todos estábamos despiertos. Ustedes se fueron poco después. Fui el único que vio al capitán Ashcroft y al sargento sacar ese escritorio Sheraton por las escaleras de atrás, como si fuera su propio secreto. Aún no lo he mencionado; los asuntos de la policía no me conciernen; y nadie más lo notó porque Valerie estaba con un ataque de histeria, en la biblioteca”.

—Señor... —comenzó el doctor Fell portentosamente.

—Sin embargo esa joven no se da por vencida fácilmente. Fue la última en irse anoche; y hoy ha regresado. Su auto está a la vuelta, en el lado norte de la casa, cerca del garaje con los tres autos de papá Maynard. Los demás están desayunando ahora; Valerie está con ellos. El capitán Ashcroft también. El...

—Señor Beale, —exclamó el doctor Fell—; ¿puedo interrumpir su historia, dos veces contada, para repetir mi pregunta? ¿Ha sucedido algo más?

—Comparado con lo que ha estado sucediendo —dijo Fancey—, no significa mucho. Sin embargo, usted querrá saber lo qué ha pasado. Síganme.

Con paso deportivo guió el camino por el lado sur del Hall, pasando por el ala de la biblioteca y la sala de armas. Desde la mitad de la parte trasera de la casa habían construido un ala de ladrillos colorados, hacia el oeste. A través de las puertas de vidrio que daban a una terraza de lajas, podían ver los modernos muebles de dos habitaciones que parecían salas de fumar. Esta ala nueva, dividía el jardín en dos. El lado sur, y el único visible por el momento, se extendía en un derrocha de flores. En sus bordes se elevaban cipreses y sauces llorones, románticos o fúnebres de acuerdo con el estado de ánimo de cada uno.

Bajando por un camino arenoso, con bancos a ambos lados y un reloj de sol en el medio, Yancey siguió hablando.

—Olvidé decirles —dijo—. La policía me deja ir hoy. Como vivo en Charleston pueden encontrarme en el caso de que fuera necesario. Los demás no pueden irse, pero Ashcroft y compañía no pueden obligarlos a quedarse para siempre. La indagación es el lunes; después de eso, tal vez los sabuesos se aplicarán. Mientras tanto, anoche...

El límite oeste del jardín estaba marcado por una cerca de dos metros y medio de alto de siemprevivas, con un arco cortado en el centro. Más allá, al final de un camino de tierra que se extendía por unos 100 metros a través de un tosco césped, se levantaban diez pequeñas casas de un solo piso, cinco a cada lado del camino. En el pasado habían sido cabañas de esclavos; el ladrillo colorado se había desteñido, y ahora era de un color rosado opaco con manchas blancas, igual que el cemento, entre ellos.

Yancey se agachó a través de la abertura en la cerca, dio dos pasos hacia adelante, luego se detuvo y miró a sus compañeros que lo seguían.

—¿Qué decía —apuró el doctor Fell— sobre anoche?

Yancey levantó la vista.

—¿Anoche? —repitió—. Alrededor de las dos de la madrugada, una vez que ustedes y Valerie se habían ido, Rip Hillboro se fue a dormir, y también Bob Crandall, quien no tiene muy buen carácter cuando lo despiertan.

”Los únicos que quedábamos éramos Camilla Bruce y yo ¡Oh y el sargento Duckworth! Después de que ayudó al sumo sacerdote a cargar ese escritorio en el auto, el viejo Ashcroft le ordenó hacer guardia toda la noche en la puerta de Madge. Camilla me dijo: “Ya es hora de que tú y yo también nos vayamos a dormir, ¿no te parece?”. Estuve de acuerdo. Ella se dirigió a su cuarto, que está en la parte posterior y da a este lado, pero al segundo salió corriendo, gritando.

—¿Gritando? —preguntó el doctor Fell.

—¿Puedo contestar eso? —interpuso la voz de Camilla.

Y Camilla, su encanto no había disminuido esa mañana nublada, se apresuró a cruzar el arco en el cerco. Vestía un sueter de lana de color tostado y una pollera de color café, las medias y los zapatos hacían juego. A Alan le pareció que había algo diferente en sus modales, aunque por un instante no pudo ubicar la diferencia.

—No estaba gritando, créanme —dijo—. Me pareció que estaba tranquila. Pero al mirar por la ventana, aquí afuera, más allá de la última cabaña, a la derecha, pude ver que algo se estaba quemando. No era una gran llamarada, a pesar de que parecía bastante feroz. Así que le conté a Yancey, como se los estoy contando ahora...

—Sí, señorita Bruce —la alentó el capitán Ashcroft, agachándose a través de la cerca para unírseles y enderezándose luego—: les contó a los otros, me lo contó a mí; ahora Cuénteselo al doctor Fell. —Miró a Yancey—. ¡Y usted, mi joven amigo!

—¡Bueno! —dijo Yancey—. ¿Qué otra cosa podía hacer que salir al ataque si al parecer es lo único que he estado haciendo cada noche durante dos semanas? Vengan y vean lo que encontré.

Caminó adelante con los otros siguiéndolo. Alan, junto a Camilla, quien esa mañana ni siquiera lo miraba.

Poco más atrás de la cabaña más alejada, a la derecha, cuya puerta colgaba abierta, había un amplio terreno sin césped. El desorden indicaba que allí se había quemado basura en épocas distantes, como así también fragmentos carbonizados y chamuscados de algo que se había quemado más recientemente.

La tierra aún despedía el olor a viejo y embotado de una tela no del todo quemada. Había además otro olor.

—¡Querosene! —dijo el Capitán Ashcroft, incorporándose—. Según me dijeron había latas en el sótano. Muy bien; me equivoqué. —Se inclinó sobre los escombros y levantó un trozo arrugado de paja, quemado sólo en una punta—. Después de todo no fue un ladronzuelo el que se llevó el espantapájaros. ¡Miren aquí! ¡Miren estas

cabañas!

Abrió la puerta de la cabaña más próxima, asomando la cabeza en su interior.

—Todas están llenas de basura. Cajas viejas, muebles dejados a un lado, todo tipo de residuos. Hasta hay un antiguo comedero para caballos. Sabe, doctor Fell, ¿debería devolver mi placa!

—Ese paso, señor, es tan drástico como innecesario. ¿Por qué devolver su placa?

—Porque debo estar viejo e inútil; mi cerebro está reblandecido. Estaba tan seguro de que un ladronzuelo sin importancia había robado el espantapájaros por el valor de la ropa... Estaba tan hipnotizado, gran Dios, ¡nunca registré estas cabañas como debía hacerlo! Ahora lo descubrimos, ¿no es así?

—Creo que sí —admitió el doctor Fell.

—¿Descubrir qué, por favor? —gritó Camilla.

El capitán Ashcroft se contuvo justo a tiempo.

—El asesino —contestó— tenía un uso para ese espantapájaros, Dios sabe cuál, pero lo tenía. Lo robó la noche del primer viernes que estuvieron todos aquí. Lo escondió tal vez en una de estas cabañas. Si colocó el comedero de caballos sobre él pudo haberlo escondido en esta cabaña y yo podría haber mirado sin descubrir nada.

—Anoche muy tarde, consideró que ya no lo necesitaba más. Esperaba destruirlo completamente, de manera que cualquiera que viera este basural pensara que sólo eran restos de viejas basuras quemadas tiempo atrás. Así que roció el espantapájaros con querosene y le acercó un fósforo. Pero —el capitán Ashcroft se dirigió a Yancey Beale— cuando llegaste aquí, hijo, ¿aún estaba ardiendo?

Yancey hizo un gesto afirmativo.

—Aún estaba ardiendo, aunque no mucho. Apagué las llamas con una rama vieja sin dificultad. Creo saber el motivo de esto. La tela de los trajes del señor Maynard no se quema tan fácilmente como alguien creyó que se quemaría, o tal vez usó poco querosene. Pero, ¿qué trataba de hacer, quienquiera que fuese? ¿Para qué diablos quería el espantapájaros?

—Tal vez para eso, tal vez para aquello. —Los ojos Ashcroft recorrieron el grupo—. ¡Quién sabe! Es posible que todos nosotros comencemos a despertarnos en vez de caminar como sonámbulos. ¿Sí, señor Grantham? ¿Qué piensa usted?

Alan permanecía trasfigurado. Lo que hasta ese momento era sólo una idea borrosa estaba comenzando a tomar forma.

—Capitán Ashcroft —preguntó—, ¿no ha interrogado a Madge esta mañana?

—No pude; el doctor no lo permitió. Wickfield piensa que ya estará bien esta tarde. De todas maneras —dijo el otro acaloradamente, mirando al doctor Fell—, no puedo hacer las verdaderas preguntas hasta que recibamos cierta información, que probablemente llegue esta tarde. ¿Quería hacerle alguna pregunta a Madge, señor Grantham?

—Sólo una. Antes de acostarse la noche anterior al último jueves, Madge vio por la ventana a un hombre misterioso caminando hacia el este por la playa, llevando

“algo parecido a una bolsa” sobre su hombro derecho. Eso que semejaba una bolsa, ¿no podría haber sido el espantapájaros?

El capitán Ashcroft dejó escapar una exclamación.

—¡Pudo haber sido! ¡Maldito sea, estoy comenzando a pensar que así fue! Pero creo como Yancey Beale, ¿cuál era el juego del asesino? ¿Para qué quería el maldito espantapájaros?

—Lo quería para un ensayo.

—¿Un qué?

—Acabamos de recordar —dijo Alan—, que el espantapájaros tenía puesto un traje de Henry Maynard. Por lo tanto tenía su misma altura y forma aunque no el peso de la probable víctima. Madge se asustó al ver al fisgón en la playa y corrió inmediatamente las cortinas, como nos dijo. Si se hubiera quedado mirando un poco más, podría haber visto todo el ensayo con un muñeco o maniquí representando a Henry Maynard.

Alan se detuvo por un momento.

—Puedo estar completamente equivocado, por supuesto —continuó—. Se me ocurrió anoche como le dije a Camilla, que había un indicio de cómo se cometió el crimen. No lo relaté entonces; hubiera parecido que estaba acusando a alguien; lo cual no era cierto. Así que hasta que usted no lo vea por sí mismo, lo cual sucederá pronto, será mejor que no prosiga.

—¿Eso es lo que piensa? —preguntó el capitán Ashcroft, con una especie de feroz cordialidad—. Será mejor que no prosiga, ¿eh? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Bueno...

—Éste no es el manual de etiqueta de Emily —bramó el capitán Ashcroft, haciendo una pequeña danza alrededor de los restos del fuego—. Esto es ASESINATO, hijo, por si no se ha dado cuenta. No importa que “parece” una idea. ¡Por Dios! No podemos ser tan melindrosos ni tan caballeros. Si sabe o sospecha algo, no importa lo raro que parezca, es su deber de ciudadano responsable decirlo y permitir que yo lo interprete. ¡Muy bien! ¿Me dirá lo qué piensa o tendré que ponerme serio, ya que no hay manera de explicar cómo lo hizo el asesino?

—Hay una manera —respondió Alan, convencido de estar en la senda correcta—. Volvamos a la terraza y trataré de mostrarles.

Regresó a través del arco en la cerca y el exuberante jardín. Camilla, con su sueter de lana color tostado y pollera color café, lo siguió. La fría, compuesta y altanera Camilla de esta mañana era una persona diferente a la dócil joven de la noche anterior.

—¡Realmente Alan! —dijo en voz baja y mirando rápidamente hacia atrás, para ver a los otros tres que los seguían—. No pareces tú.

—¿Por qué no parezco yo?

—¡Tratando de jugar al gran detective! Es bastante injustificado y un poco tonto,

¿no te parece?

—No estoy jugando al gran detective. De todas maneras, anoche no te pareció tonto.

Camilla tembló, como alguien que trata de olvidar un recuerdo desagradable.

—Ni siquiera pensé —le dijo—. ¡Me comporté como una tonta anoche! ¡O casi lo hago!

—¿Por qué? ¿Porque te comportaste como un ser humano, al menos una vez?

—Sucede otra vez, Alan, ¿te das cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—No puedes acercarte a mí, no puedes decir diez palabras sin comenzar a burlarte o provocar una discusión. Pero no discutiré contigo; estoy sobre esas cosas. Ya que pareces determinado a hacer una demostración, hazla. Pero cuando te des cuenta que has actuado como un tonto, como sucederá sin duda, no digas que no te lo advertí.

Así que la infernal mujer tenía otro de sus raros estados de ánimo, ¿no?

¡No importaba! No podía dejar que ella lo preocupara; no podía dejar que lo deprimiera. Los cinco habían bordeado el ala sur hasta el frente de la casa. El doctor Fell, con gesto desconcertado, se apoyó en su bastón y miró al suelo.

El capitán Ashcroft, seguido de Alan y Yancey, caminó a través del sendero arenoso y el trozo de césped al norte, al borde de la terraza de superficie blanca, con su única línea de pisadas que iban hasta la silla y la mesa pintadas de verde.

—¡Ahora bien! —declaró Ashcroft, moviendo sus hombros como un boxeador quitándose la bata al subir al *ring*—. ¡Ahora bien, mi joven amigo! Aquí estamos, pero ¿dónde estamos?

—El problema, según lo veo —dijo Alan—, es saber ¿cómo el asesino se acercó a la víctima sin dejar huellas?

—Bueno, sí —el otro se contuvo—, puede afirmar que es un problema sin temor a equivocarse. ¡Santo Judas Iscariote! ¡Mire!

—Estoy mirando.

—Nadie podría haberse acercado al pobre Henry por el frente pasando por cientos de metros de arena, sin huellas, en la playa. Hay un borde de césped, a la derecha, hacia esa línea de seis álamos. Hay un borde de césped al sur, donde estamos parados ahora. ¿Ve las distancias?

—Un atleta olímpico, en buen estado físico —continuó el capitán Ashcroft—, pudo haber saltado de cualquiera de esos tres lados. Pudo haber caído cerca de Henry. Pero, hasta si hubiera agitado un arma mientras volaba por el aire, tendría que haber caído en algún lugar. Excluyendo a los fantasmas, los caminantes del espacio y sus semejantes, ¿dónde diablos nos lleva todo esto?

—A ningún lugar —admitió Alan—, si asumimos que el asesino debió estar al lado de su víctima. Pero supongamos que no hay huellas porque nunca se acercó al señor Maynard, ya que no necesitaba hacerlo.

—¿Podría repetir eso?

—¿Se los demuestro?

—Le estaré muy agradecido si lo hace. Sé que desvarío, pero antes que me manden a un manicomio por el resto de mi vida, dígame algo que tenga sólo un poquito de sentido.

Alan permanecía de pie en el césped, luego se corrió a la derecha, hacia el este, dirigiéndose hasta el primero de los seis álamos, que como centinelas vigilaban a lo largo del frente de la playa. Acto seguido, enfrentando el oeste, hacia la casa, comenzó a escurrirse hacia atrás y aun más hacia atrás, poniendo más distancia entre él y la silla donde Henry Maynard había estado sentado.

—No son tan altos como la mayoría de los álamos —señaló—. Más o menos veinte metros o tal vez un poco más. De la misma altura que esa asta de bandera, que es dos o tres metros más alta que el alféizar de la ventana en el piso de los dormitorios. Y la línea de los álamos está a la misma altura que el asta. No puedo encontrar la posición que quiero. Los árboles no me permiten ir un poco más al norte, por lo tanto...

—¿Sí? —exclamó el capitán Ashcroft—. ¿Por lo tanto qué?

—Los árboles me impiden estar en línea directa a alguien que imagino está sentado en esa silla con su perfil derecho hacia mí. Pero casi puedo encontrar el lugar que quiero. Me correré aun más, lejos de mi víctima imaginaria... este lugar será suficiente...

—¿Será suficiente para qué? ¿Se ha corrido un gran trecho, no es así? ¿A qué distancia está?

—Más o menos a dieciocho metros —replicó Alan—, o la distancia entre el bateador y el plato de llegada. Recuerdo algo más: recuerdo al doctor Fell diciendo que el comodoro Luke Maynard, cien años ha, no veía bien con su ojo derecho. ¿Henry Maynard tenía algún problema con la vista, Capitán?

—¡No, con la de ningún ojo! Nunca usó anteojos en su vida; nunca los necesitó. Henry estaba orgulloso de eso. Siempre lo mencionaba; si le daban una oportunidad hablaba de eso hasta el cansancio.

—Bueno, eso no es importante. Imagine que es ayer al atardecer, está oscureciendo. La víctima sentada allí, mirando a través de la bahía; no me ve y no hay razón alguna para que me viera. Usted dijo, Capitán, que el señor Maynard nunca supo qué lo golpeó, y se ha preguntado cómo el asesino pudo acercarse sin alarmarlo. Ésta puede ser la respuesta.

Alan podía sentir que Camilla lo miraba; que todos lo miraban, pero estaba comprometido, no podía echarse atrás.

—Finalmente, imagine que soy el asesino. En mi mano derecha tengo una pelota de *baseball* y hago un tiro rápido; una pelota pesa ciento cincuenta gramos, pero puede ser un arma mortal. Puede matar, ha matado, sin causar daños en la cabeza de la víctima excepto un poco de hemorragia nasal. En pocas palabras, he sido un

catcher, no un tirador, y a pesar de eso pienso que con un poco de práctica hasta yo podría matar. De todas maneras, aunque esto tenga sentido o no, ¿se dan cuenta por qué no quería decirlo?

—¡Sí, lo veo! —exclamó Yancey Beale, que saltaba sobre uno y otro pie—. Pensaste que todos acusaríamos a Rip Hillboro, que tiene un tiro rápido como Bob Feller en el apogeo de los Cleveland Indians. Pero Rip no haría algo así; es insoportable como un dolor en el cuello; pero no lo haría. Eso no es lo importante. Tú sabes que no lo haría. Yo sé que no lo haría. ¿Lo sabe también el profeta Elias?

—¡El profeta Elias! —rugió el capitán Ashcroft—, desearía que alguien fuera caminando ida y vuelta a Goose Creek, y no es exactamente usted, Grantham. Es una idea inteligente, concisa y clara. El problema es que no marchará. Si el asesino tiró una pelota contra la cabeza, de Henry Maynard, ¿cómo la recuperó después?

—Sí, es cierto —reconoció Yancey—. No pudo haberla atado a un hilo y después tirar, ¿no es así? ¡No! Ni el mejor tirador podría tirar derecho si hubiese algo que interfiriese el vuelo de la pelota. Tampoco podría esperar que una pelota libre, sin hilos ni nada rebotara sobre el césped luego de pegar en la cabeza del viejo. No, la distancia es demasiado grande; eso también es imposible.

—¿Satisfecho Alan? —preguntó Camilla. Examinó a los otros—. El señor Maynard estaba vivo ayer —agregó de repente—. Todos ustedes lo conocían; dos de ustedes fueron sus amigos. Y sin embargo están hablando de él como si no significara más que un espantapájaros, que pudo o no haber sido usado para un ensayo. ¿No es horrible?

El capitán Ashcroft la miró.

—Si esto la molesta, señorita, siempre está a tiempo de regresar a la casa.

—No me molesta realmente. Ha sucedido; es un hecho, ¡está muerto! Sólo para defendernos debemos descargar una especie de agresividad, o de lo contrario nos volveríamos locos. ¿Pero es necesario hacer bromas al respecto?

—Nadie está haciendo bromas, señorita, es lo último que se nos ocurriría. —El capitán Ashcroft sacudió su puño—. Lo único que tengo que decir es que no importa cómo mataron a Henry, no fue de esa manera. No le arrojaron nada, ni una pelota ni ninguna otra arma, porque si no hubiera tenido que caer en una superficie blanda, como arena. Hasta una pelota de ciento cincuenta gramos hubiera dejado una marca tan clara como una huella. ¿Vieron alguna marca allí?

—¡No, por supuesto que no!

—Así que no haré más comentarios sobre manicomios o celdas almohadilladas, lo cual parece encolerizar a éstos, tanto como las bromas la encolerizan a usted o las conversaciones sobre personajes del Viejo Testamento me encolerizan a mí. Pero es hora de que el doctor Fell, de acuerdo con su reputación, nos aconseje. Salga de entre las nubes, Rey Sol; ¡elévese y brille! ¿Estamos nuevamente frente a una pared lisa, hacia dónde nos dirigimos?

El doctor Fell rugió angustiosamente.

—Me temo que se está apoyando en una caña rota... —Su mirada yacía y tonta parecía trazar un diseño en el cielo—. Hasta que este ingenio se abra, si es que se abre, debo repetir mis disculpas, pues no puedo ayudarlo con el método. Y, sin embargo, tengo la sensación, casi la seguridad —su mirada se hizo tensa, su voz fuerte—, de que hay algo allí, a la vuelta de la esquina, que está esperando ser encontrado, pero que está, escondido en la ceguera de mis propios actos malditos. ¿Qué es? ¡Arcontes de Atenas! ¿Qué puede ser?

—Mientras tanto, con su permiso, deseo concentrarme en esa hendidura de rayos trémulos de luz que son tan evidentes. ¿Qué sucedió en este jardín la noche del domingo 2 de mayo? ¿Se concretó por fin la resolución de cometer un asesinato? No la forma de hacerlo; eso no es probable. ¿Pero se tomó la decisión y el curso a seguir, entonces? Tenemos un solo testigo a mano, de una cierta entrevista entre las magnolias.

—¿Quién? —demandó Yancey Beale.

—Usted —dijo el doctor Fell.

No agregó nada más. La puerta de metal bajo el pórtico, cuyo golpe había sido presagio de varias interrupciones, una vez más se abrió y cerró estruendosamente. Valerie Huret salió con su acostumbrado apuro; permaneció por un momento apoyada contra una de las altas columnas blancas, luego bajó corriendo los escalones y a prisa se acercó a ellos.

—¡Han estado gritando como en una convención política! —gritó—. Han estado gritando como para despertar a... ¡Oh! ¿Qué estoy diciendo? Mi Dios, ¿por qué soy siempre la elegida para verlo? Dejen a un lado lo que han estado discutiendo y será mejor que entren. Hay otro mensaje en el pizarrón.

CAPÍTULO 13

Ya estaban lejos de James Island. Faltaban 15 minutos para las 12 en el reloj del tablero de instrumentos, cuando el auto de Alan, con él y Camilla en los asientos delanteros y el doctor Fell y Yancey Beale amontonados atrás, cruzó el empinado trecho de dos kilómetros del puente sobre el río Cooper, y se sumergió en la carretera número diecisiete, al norte de Charleston.

Habían salido de la ciudad por la calle Meeting y doblaron a la derecha para cruzar el puente. Unos sandwiches, en un bar al paso, fueron su almuerzo. Ahora, bajo el cielo oscuro, pero con destellos ocasionales de los rayos del sol que atravesaban las nubes, pasaron a los suburbios, donde el tránsito no estaba muy enredado a pesar de ser un sábado por la tarde. Cruzaron la villa de Mount Pleasant, continuaron por la carretera diecisiete, hasta que Alan giró a la derecha en el cartel que indicaba la carretera 703 y una señal en forma de flecha que decía *A la Isla de Sullivan*.

Camilla rompió el silencio.

—¡La isla de Sullivan y el fuerte Moultrie! Nunca he estado allí, pero, ¿por qué la isla de Sullivan y el fuerte Moultrie, ahora? ¡Sólo porque ese ridículo pizarrón decía que...!

—¿Puedo señalar —objetó el doctor Fell, quien había tratado en vano de encender su cigarro contra el viento— que no es un pizarrón ridículo? Puede ser un pizarrón enfurecedor, un pizarrón mal encabezado; puede ser un despliegue de humor negro o de una astucia que no necesitábamos. Pero no es “ridículo”. Se ha acercado a la verdad hasta ahora.

—Sí, ¿pero qué nos ha dicho? —arguyo Alan—. Ha habido tres mensajes; y tres veces el capitán Ashcroft los ha borrado y jurado pestes...

—Y la última vez —dijo Camilla—, creí que la pobre Valerie tendría otro ataque. Corrió hacia George y le pidió que se deshiciera inmediatamente del pizarrón. George no perdió ni por un momento su dignidad. Dijo que no podía ni siquiera moverlo si no lo ordenaba la señorita Madge, quien no está en condiciones de dar órdenes sobre nada. Es raro, ¿no es cierto?, que fuera Valerie quien descubriera los dos mensajes, uno tras otro.

—¿Le parece extraño? —preguntó el doctor Fell, señalando con el cigarro apagado—. La señora Huret es una persona muy intuitiva. Con respecto a ese tercer mensaje...

—Con respecto a ese tercer mensaje —Camilla giró la cabeza—, no puedo evitar estar de acuerdo con Alan. “Si quieren saber cómo se cometió el asesinato —citó

textualmente—, prueben en el fuerte Moultrie cualquier día de 8 a 5. Hay una fotografía que puede resultar aclaradora. *Suyo en homenaje al grande, N. S.*”. ¿Qué significa eso? Y el capitán Ashcroft...

—El capitán Ashcroft no quiso venir con nosotros —agregó Alan—. ¡Observen eso! Está esperando “una llamada importante” en su oficina, ¿no? Tendrá un ataque de apoplejía si no descubre pronto cómo se cometió el crimen. ¡Y sin embargo no vino con nosotros! Cuando el doctor Fell lo invitó, se negó tan enojado como si le hubieran pedido colaboración para robar a un banco.

—El capitán Ashcroft, como habrán observado, es más temperamental de lo que parece. Pero la línea interrogatoria más provechosa —dijo el doctor Fell—, ha sido sugerida por la señorita Bruce. ¿Qué podemos encontrar en el fuerte Moultrie? —Miró a Alan—. El fuerte actual, según creo, no es el original, ¿verdad?

—No, difícilmente. El original del fuerte Sullivan, defendido con éxito por el coronel William Moultrie, cuando una flota inglesa al mando de Sir Peter Parker lo atacó en 1776, era sólo una doble pared de troncos de palmito con arena entre ellos. Otro fuerte fue construido después bastante formidablemente, durante la Guerra Civil, y “modernizado” con emplazamientos de cañones de hormigón, en 1898. Ése es el que usted verá.

—“Hay una fotografía que puede resultar aclaratoria”. ¿Qué fotografía?

—No puedo recordar. En un túnel de hormigón y ladrillos, hay un museo donde se exhiben viejas reliquias; balas de cañón, espadas, mosquetes y otras armas de los siglos XVIII y XIX. Existen fotografías de los objetos exhibidos, y otra del fuerte Moultrie como era en 1863. Pero difícilmente parece que eso pueda ayudarnos.

—¡Un momento! —pestañeó el doctor Fell—. Ya hemos cruzado dos puentes, incluyendo el que usted dijo que cruzaba sobre Shem Creek. ¿No hay otro un poco más adelante?

—Sí. Ése era el puente Ben Sawyer, y el último de ellos —agregó Alan, treinta segundos más tarde.

—¿Cuándo llegamos a la isla de Sullivan?

—Ésto es la isla de Sullivan.

El doctor Fell boqueó como un idiota y el cigarro se deslizó de entre sus dedos.

—¿La isla de Sullivan? ¡Pero no puede ser!

—¿Por qué no?

—¿Estas anchas y limpias calles, y lindas casas? ¿Este aire de prosperidad suburbana? Perdónenme —balbuceó el doctor Fell, tanteando como si buscara cordura—, si mis conocimientos de la isla derivan solamente del “Escarabajo de Oro” de Edgar Allan Poe y de ese lugar salvaje y desolado donde encontraron el tesoro del capitán Kidd.

—“La vegetación, como se suponía, es escasa, o al menos pequeña” (estoy citando de memoria, pero creo que con exactitud). “No se ven árboles altos. Cerca del extremo oeste, donde se encuentra el fuerte Moultrie, y donde hay algunos edificios

miserables, ocupados durante el verano por fugitivos del polvo y la fiebre de Charleston, pueden encontrarse, por supuesto, los hirsutos palmitos; pero toda la isla, a excepción del extremo oeste y una línea de dura playa blanca en la costa del mar, está cubierta por una densa maleza de arrayán dulce, muy valorado por los horticultores ingleses. Los arbustos aquí alcanzan a menudo una altura de 4 a 6 metros, y forman una maleza casi impenetrable, cargando el aire con su fragancia”.

—Es verdad que Poe escribió esa historia para el *Dollar Newspaper* de Filadelfia en 1843. El sentido común sugiere que 120 años trajeron consigo uno o dos cambios. ¡Sin embargo, el sueño se ha perdido, la ilusión, burlado! Regreso al señor Beale y a mi distracción.

Por algún tiempo Yancey no había dicho una palabra. Ahora, extendiendo sus piernas, permanecía sentado con la expresión del que hubiera preferido dormir.

—Fui raptado —dijo—, entiendan que no me estoy quejando; pero que quede en el registro que fui raptado. Soy una solitaria criatura abandonada, y hay una sola razón para que me trajeran con ustedes. Cada vez que el maestro la recuerda, me hace la misma pregunta sobre cierta noche de un domingo, hace dos semanas. ¡Si, estaba allí! ¡Sí, había, luna!

—¿A la oscuridad de la luna, según creo? —sugirió el doctor Fell.

—¿Qué quiere decir a la oscuridad de la luna? La luna que está menguante ahora no estaba del todo llena entonces. La recuerdo perfectamente, la luz de la luna y los mosquitos, y todo...

—Figurativamente hablando —el doctor Fell aseveró—, cada acto de este drama ha sido ejecutado en la más profunda oscuridad lunar. Los motivos oscuros, los actos oscuros se arrastran juntos en la misma cueva. Imagínese, por favor, que se está aproximando nuevamente a Maynard Hall la noche del 2 mayo. ¿Qué sucedió entonces?

—¡Un momento, maestro! ¡Ya le he dicho todo!

—¿Todo, señor?

—Bueno, casi todo.

Una vez más Alan giró a la derecha. Mientras el auto corría por la calle Middle hacia el fuerte Moultrie, el doctor Fell, intensamente concentrado, le hizo señales a Yancey Beale.

—¡Ese poquito significa mucho! Déjeme rogarle que escarbe en su memoria. Nuevamente, como dije, se está acercando a Maynard Hall la noche del domingo. Detiene su auto en la calle, fuera de los portones. Escucha voces. Madge está allí. Y alguien está con ella.

—Ya le he dicho dos o tres veces, ¡no sé quién estaba con ella! Alguien de su misma edad, a juzgar por la voz.

—¿Ha escuchado esa voz antes?

—Creo que sí, pero no estoy seguro. Era la voz de un *yankee*. Pero mucha gente habla como ellos por aquí. De todas maneras, era sólo un murmullo. ¡Un momento!

¡Había algo más!

—¿Qué?

—Podría jurar que escuché a Madge pidiéndole que no la dejara. Y él dijo: “no puedo elegir; es un infierno, pero no puedo hacerlo”. Luego se largó, y yo entré. Allí estaba Madge, bajo la luz de la luna, en un estado que no puedo, ni voy a tratar de describir. Le pregunté quién había estado con ella; contestó que nadie, y pretendí que le creía. ¡Ya está maestro!, no se lo había contado hasta ahora porque...

—¿Porque lo había olvidado?

Un espasmo cruzó el rostro de Yancey.

—¡No! —gritó—. Porque estaba tan malditamente celoso que yo... ¡lo siento, Camilla!

—Por favor, no te disculpes, Yancey. Hay otros entre nosotros —dijo Camilla con voz clara—, que pueden ser tan celosos y también deben esconderlo. Lo escondiste, ¿no es así?

—Traté, aunque no fue fácil. Reconozco que el viejo Yancey no es muy atractivo. Madge nunca actuó ni habló tan aturdidamente después de pasar unos minutos en *mi* compañía. Y no sabía quién era el hombre. Podría haber matado al bastardo en ese mismo momento; pero no sabía quién era y aún no lo sé. Madge no fue tampoco una gran ayuda. Comenzó a hablar de la soledad de su vida; que era demasiado joven para ser una ermitaña y que no podía soportarlo. Traté de calmarla pero no llegué muy lejos. El viejo bajó nervioso y preocupado por Madge y...

—Ya veo —observó el doctor Fell—. ¿Tratará de ampliar esa parte de la historia?

—Muy bien; como usted quiera. Total, ¡ya que estamos hablando de eso! Con el acompañamiento de revólveres fantasmas, Madge y su padre murmuraron palabras sin sentido.

Yancey relató, con lujo de detalles, la escena bajo las magnolias.

—Por supuesto —prosiguió—, dije que debo haber gritado las palabras que papá Maynard escuchó, sobre qué desastroso sería si me encontraba, con Madge. Lo hice para tranquilizarlo. Pero no resultó, y no pienso que me creyó ni por un momento. Después vino toda la escena. ¿Por qué exclamó Madge: “algunas veces no creo que tenga ningún sentido” y qué quiso decir? ¿Qué le pasaba al viejo? Créame doctor Fell, no he olvidado ni una palabra. No quiere que siga hablando de la noche del domingo, ¿verdad?

—No —coincidió el doctor Fell—. La escena del domingo por la noche, me temo que es tan completa como reveladora. ¿Qué sucedió anoche?

—¿Anoche?

El doctor Fell señaló a Alan y a Camilla.

—Fue usted señor Beale, quien les llamó la atención sobre el segundo mensaje en el pizarrón. Casi sus primeras palabras de esta mañana fueron para explicar que no lo entendía. Sin embargo, el mensaje fue claro, por no decir inflexible. ¿Qué fue lo que no entendió?

—¡Mire! —dijo Yancey, como aferrándose para razonar—. Usted y Camilla han citado el tercer mensaje, el que nos trajo volando aquí. Déjeme citar el segundo. “El hombre que buscan, —refiriéndose al asesino—, es el amante de Madge”. ¿Recuerda eso, maestro? Usted piensa que este bromista del pizarrón habla directamente.

—¿Bien?

—Perdonen si lo convierto en algo personal —dijo Yancey—, ¿pero qué quiso significar el bromista por “amante”? ¿Lo dijo en el sentido romántico o Victoriano un acompañante devoto a su amada? ¿O en el sentido moderno de un conquistador que está al acecho, la envuelve, y se acuesta con ella con todos los privilegios que eso implica? Si el bromista tiene razón, lo segundo sería cambiar dólares por bollitos. ¿Pero, y Madge? Odiaría pensar que esa jovencita de rostro dulce es... es...

—¿No es perfecta?

—¿Oh, perfecta? Por Dios, ¿quién quiere perfección?

—¿Entonces qué está tratando de decir? ¿Le molestaría mucho si la imagen que ha creado en su cerebro resultara tener otros atributos además de la dulzura?

—¡No me pregunte lo que quiero decir, porque yo tampoco lo sé! ¿Molestarme? Sí, reconozco que sí; soy humano. ¿Pero, quién soy yo para darle órdenes a Madge y decirle qué es lo que debe hacer? ¿O masticar lombrices si ella no puede ver las grandes cualidades del viejo Yancey?

—Mantengan la vista hacia la izquierda del camino, damas y caballeros. En treinta segundos, cruzando una calle, verán el bastión de ladrillos del fuerte Moultrie, tal cual fue construido para la guerra Española-Americana. Lo que encontraremos allí me fastidia, pero todo este asunto me fastidia. Les daré un lema: ¡Al infierno con todo!

Uno o dos minutos más tarde, después de estacionar sobre la mano derecha del camino, porque la izquierda ya estaba llena de autos, cruzaron la calle Middle hacia el fuerte Moultrie.

La pared central, de ladrillo colorado cubierto de hormigón, estaba ubicada atrás de una parcela de césped, con flancos que se proyectaban a ambos lados. Los visitantes entraban y salían por el arco de entrada, que daba a una especie de túnel a través de la pared. Pero Alan no se dirigió hacia la entrada principal. Camilla, por alguna razón y con el mismo estado de ánimo que la madrugada anterior, enlazó su brazo al de él. Doblando a la izquierda, pasando un inmenso cañón negro del año 1863, aproximadamente, ascendieron unos escalones hacia lo que en tiempo de sitio hubiera sido el parapeto de retirada hacia el mar.

El cielo estaba aun más oscuro, manchado de humo. Truenos distantes retumbaban y se agitaban tras esa cortina. Hacia abajo, Camilla y Alan, podían ver el interior del fuerte, colinas de césped y tierra apisonada bajaban y subían nuevamente hacia la pared del mar, donde los emplazamientos de armas, sin armas, estaban enfrentados al sudoeste, hacia el fuerte Sumter. Todo el lugar hervía con la invasión de serios visitantes que apuntaban sus cámaras hacia los niños que gritaban y corrían.

Las estrellas y barras de la bandera flameaban en la húmeda brisa del mar.

Alan, guiando a Camilla colina abajo hacia la puerta de lo que una vez había sido un refugio a prueba de bombas para almacenar municiones, miró hacia atrás. Sobre el parapeto se asomaba el sombrero del doctor Gideon Fell. Yancey Beale caminaba junto a ellos, señalando con la mano algo que habían dejado atrás.

—Eso, maestro, era la tumba del viejo Osceola, el jefe indio que causó tantos problemas durante la segunda guerra Seminole. —Luego Yancey miró hacia adelante—. ¡Pero, si no estamos tan lejos de casa, después de todo! Hay alguien a quien conocemos.

Una pelota de *baseball* golpeó un guante. Alan también miró hacia adelante.

El doctor Mark Sheldon —en bermudas y con un guante de *baseball* en la mano izquierda— acababa de arrojar la pelota a un niño de 12 años vestido con uniforme de Boy Scout. Su gesto detuvo el tiro que el niño había devuelto. Se acercó hacia los recién llegados.

—¡Camilla! —dijo—. ¡Yancey! ¡Y el señor Grantham y el doctor Fell! Este es mi sobrino Benjie. —Repitió los cuatro nombres más formalmente.

Benjie, a pesar de responder cortésmente, estaba pensando en otra cosa.

—¿Tenemos que irnos, tío Mark?

—Me temo que sí, hijo. Tu tía Annette...

—Es algo cascarrabias, ¿no?

—¡No seas mal educado, Benjie! Doctor Fell —continuó el tío molesto—, estoy libre por el momento, como ven, no porque es sábado, sino porque un médico debe tener algún tiempo fuera de servicio. No puedo decir que este momento sea un placer. Después de todo...

—¿Sabe lo que sucedió anoche?

—¿Lo del pobre Henry Maynard? Estaba en el diario de esta mañana. ¡Me extraña que no estén rodeados de periodistas!

—Casi lo estamos. Un oficial de la policía, llamado Ashcroft, les dio la historia. ¿Me permite preguntarle si puede contribuir en algo?

—¿En este trágico asunto? No, me temo que no. Me fui antes de que sucediera, ¿recuerda? Pero ¿qué podría haber hecho si me hubiera quedado? —Preocupado e indeciso, Mark Sheldon golpeó su puño contra la palma del guante—. Siempre nos preocupamos —continuó—, preguntándonos dónde nos equivocamos, cómo podríamos haberlo hecho mejor, y todo lo demás. Y sin embargo, esta vez no hice nada malo; no pueden culparme de nada.

—No hay culpa —agregó el doctor Fell—, pero sí cierta curiosidad. En cierto aspecto, al menos, su comportamiento puede ser llamado misterioso.

—¿Misterioso? —repitió el otro mirándolo fijamente—. ¿Misterioso?

—Ayer, si es que estoy correctamente informado, usted fue a ver al señor Maynard para decirle algo, pero cambió de idea y se fue sin hablarle. ¿Perdonaría mi impertinencia, si le pregunto qué quería decirle?

—Benjie —dijo el doctor Sheldon ásperamente—, vete al auto y espérame. Iré en dos minutos. Debemos regresar; ya deberíamos estar en viaje.

—¿Es por tía Annette, tío Mark?

—No te importa; vete, ¿me entiendes? Sin discusiones, jovencito, y te compraré otra bolsa de palomitas de maíz. Vete al auto.

Con sólo una débil protesta, Benjie se fue corriendo a través del profundo túnel de la entrada principal. El doctor Sheldon, bajo y fornido, pasó una mano por sus cabellos pelirrojos.

—¡Esto es ridículo! —exclamó—. Y no es ningún misterio. Sólo estaba tratando de evitarle a Madge, la señorita Maynard, un disgusto.

—¿De qué manera?

—Desde que los Maynard llegaron aquí en abril me han invitado a cenar al menos media docena de veces. La última vez fue el viernes por la noche, hace una semana, el 7 de mayo. Cuando Madge me llamó me dijo: “doctor Sheldon, no sabía que usted era casado, me acabo de enterar; ¿por qué no viene con su esposa?”. Le respondí que lo sentía, pero que Annette no podría ir. Luego me puse a pensar.

—Annette es... bueno, no sería exacto decir que es una inválida; no es nada por el estilo. Pero la pobrecita sufre de los nervios. No quiere salir conmigo, pero insiste en que yo salga, dice que es bueno para mi carrera, ¡como si realmente me importara! Y luego su preocupa y me preocupa a mí también. ¿Me entienden?

—No, exactamente.

—Hubiera sido brutalmente descortés decirle a Madge: “Si no sabes que mi esposa nunca va a ninguna parte, y tampoco recibe en casa, así que no puedo retribuir tus invitaciones, entonces eres la única persona en el condado de Charleston que no lo sabe”. ¿No podría haberle dicho una cosa así, no?

Caminando sobre el césped, junto a otro cañón, Mark Sheldon se quitó nerviosamente el guante y lo puso en su bolsillo.

—¡Muy bien! —dijo—. Tal vez esté dando mucha importancia a mis asuntos privados, que son insignificantes, después de todo. Pero tenía que decírselo a Madge; tenía que hacérselo saber de alguna manera. Así que pensé que sería mejor decírselo al viejo y que él se lo dijera a ella. Luego, cuando escuché que no estaba de humor, me eché atrás. Eso es todo. Si me pregunta por qué regresé al Hall por segunda vez anoche, sólo puedo responderle que no tengo la menor idea.

—“El mundo es demasiado grande para nosotros; tarde o temprano hacemos una cosa u otra”. Me gustaban los dos Maynard; aún me gusta Madge; a pesar de que no se puede conversar con ella tan fácilmente como algunas personas creen. El viejo, si perdonan que lo diga, era terminantemente peculiar. ¿Por qué, por ejemplo, odiaba las obras de caridad?

—¿Odiaba la caridad?

—La primera vez que fui a cenar allí, en abril, poco después de que ellos llegaran, éramos los mismos invitados de ahora. Estaba tratando de entablar conversación y le

pregunté si ahora que había vuelto al hogar pensaba patrocinar alguna obra de caridad local. Cambió de color. No estoy bromeando, cambió de color. Con voz ahogada balbuceó unas palabras extrañas: “No Santa Dorotea. No Santa Dorotea”. Sus manos temblaron, y casi tira una copa de vino.

—¿Bien? —lo incitó el doctor Fell.

—Nunca había escuchado hablar de Santa Dorotea, y se lo dije. Instantáneamente se contuvo; explicó que había estado en las nubes nuevamente, lo cual, para ser sincero, sucedía a menudo, y que yo lo había entendido mal. Alguien me preguntó una vez si existía un verdadero San Vito, el que dio su nombre a la enfermedad de Corea o “baile de San Vito”. Y sí existió; lo investigué. Pero no tengo la menor idea sobre Santa Dorotea. Tal vez no dijo eso; tampoco significaba nada para el resto. Y eso es todo lo que puedo decirle, aunque no es una gran ayuda. Me temo que debo irme ahora. Mi sincero pésame a la señorita Maynard; buenas tardes a ustedes.

Se alejó, casi contoneándose, a pesar de sentirse desubicado, y desapareció bajo el arco. Más truenos retumbaron bajo el cielo.

—¿Qué debemos pensar —preguntó el doctor Fell abruptamente—, de un caballero tan delicado?

Yancey Beale señaló con su dedo largo.

—“El mundo es demasiado grande para nosotros, tarde o temprano, comprando y gastando, desperdiciamos nuestros poderes”. Mark Sheldon nunca termina una cita, ¿no? ¿No se les ha ocurrido que es una especie de figura trágica?

—Lo que yo pensé —dijo Camilla—, es que cada palabra en este asunto tiene un doble sentido. ¡Es tan exasperante no entender nunca completamente! El señor Maynard dijo Santa Dorotea, o algo muy similar; yo estaba allí; lo escuché. Nunca lo vi tan nervioso, aunque sólo por uno o dos segundos. Lo que quiso decir, por supuesto...

—Creo —observó el doctor Fell, carraspeando fuertemente—, que será mejor que examinemos el museo y sus fotos. ¿Dónde está el museo?

—A continuación de ese arco, por donde salieron el doctor Sheldon y su sobrino —señaló Alan—, el túnel del museo se extiende a lo largo de la pared delantera.

Un momento más tarde estaban adentro. E, inexplicablemente el lugar estaba vacío.

Bajo una cúpula de ladrillos blanqueados y hormigón, las estanterías de vidrio, reflejaban el brillo de las luces. En el lado opuesto, otro arco marcaba la entrada al fuerte. Las viejas reliquias brillaban oscuramente tras los vidrios.

—Por el tamaño pequeño de las botellas de vino —dijo el doctor Fell—, está claro que los famosos hombres de las tres botellas tenían una sed menos heroica de lo que su reputación garantizaba. Fotografías, ¡que me cuelguen! ¿Dónde están las fotografías? No puedo imaginarme cómo la fotografía de un objeto puede sugerir los medios para cometer un asesinato inverosímil. ¿Hay alguna foto de personas?

—Hay una —contestó Alan—, y no puedo imaginar por qué la olvidé por

completo. ¿No ve a Edgar Allan Poe?

—¿Dónde?

Alan señaló la pared izquierda. También, tras un vidrio contra la pared, entre cantimploras e insignias y otros despojos militares, asomaba la foto que había adornado tantas biografías, de ojos claros pero un tanto siniestros. Alan se acercó.

—Cuando se escapó de su casa y se unió al ejército bajo el nombre de Edgar A. Perry, fue sargento mayor de un regimiento, aquí en el fuerte Moultrie. Allí está, doctor Fell. ¿Le sugiere algo?

Evidentemente, no.

—Señor, —exclamó el doctor Fell, girando para observar la foto—, ya le he dicho que para mí la isla Sullivan y el fuerte Moultrie tienen existencia porque significan Poe y “El escarabajo de oro”. ¿Pero, y con eso qué? ¿Cómo eran esas siniestras palabras? “Un buen vidrio en la posada del obispo en el asiento del diablo, cuarenta y un grados y trece minutos, hacia el noreste y por el norte. Un buen vidrio en la hostería del obispo en...”. ¡Oh, Dios nos salve!

Camilla gritó. El rostro del doctor Fell había cambiado espantosamente, parecía que lo había golpeado un rayo.

—¡Y nunca lo vi! —rugió—. ¡Arcontes de Atenas, que tonto he sido! ¡Tenía un buen vidrio en mis manos, y sin embargo nunca lo vi hasta este momento!

—¡Un momento, hijo! —exclamó Yancey—. ¿Significa esto que ahora sí ve algo?

—Preferiría pensar que lo veo todo. ¡Debemos regresar a Maynard Hall; debemos regresar inmediatamente! Quiero revisar la única parte de la casa que aún no he visto, quiero darle un vistazo al sótano. Es probable que...

No tuvo tiempo para terminar. En el otro extremo del pasillo se escucharon fuertes pisadas provenientes de la calle Middle. Dentro de ese museo, que no estaba bajo tierra a pesar de tener la apariencia de una cueva subterránea, se precipitó el mismo Rip Hillboro. Rip, sin aliento por la excitación más que por el esfuerzo físico, corrió hacia ellos, esquivando un golpe en la cabeza.

—¡Mira, Stonewall Jackson! —comenzó—. Había otros tres autos en el garaje. Pero tomé tu auto, pensé que sería más simple y que no te importaría. Me equivoqué de camino dos veces al seguirlos aquí. Y una vez pensé que me seguía la policía por guiar con exceso de velocidad, a pesar de que el viejo Deuteronomo prometió arreglarlo si me hacían una boleta. ¿Escuché a alguien decir que ya volvían? Entonces vamos; apúrense; ¡guíen el camino!

—¿Sí? —demandó el doctor Fell—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

Rip agitó un brazo. Un eco de trueno retumbó a través del túnel.

—Para decirle la verdad, no estoy absolutamente seguro. El Tetrarca de Jerusalén se lo ha tomado muy a pecho; cuando dice que no hablará significa que no lo hará, y eso es todo. Con todo el lío que hubo, usted pensará que tengo alguna información; pero no es así. Lo que sé es sólo un rumor y una o dos conjeturas. Pero la historia es

prácticamente una certeza. Al parecer, Valerie Huret se volvió loca y trató de matar a Madge.

CAPÍTULO 14

—Está equivocado, mi joven amigo, —declaró el capitán Ashcroft—, ¡y no es sólo un error! ¡Lo ha entendido al revés! ¡No significa nada! Esa pobre mujer...

—¿Se refiere a Valerie Huret? —preguntó Rip.

—Seguramente; ¿de quién más estamos hablando? Lejos de hacer algo que no debía, mantuvo la calma en el momento preciso, se entrometió y evitó peores problemas de los que actualmente tenemos.

—¿Entonces, no podría hacer una declaración e informarnos a todos un poco?

—Haré una declaración —dijo el capitán Ashcroft—, cuando esté listo para ello. Eso es lo que le dije a un par de periodistas que estuvieron aquí hace media hora, y eso es lo que le digo a usted. Mientras tanto...

En la blanca suavidad del vestíbulo de entrada, oscuro bajo la luz del atardecer, miró a Rip, Alan y Yancey.

—Los vi llegar a todos en dos autos. Pero no pude bajar en seguida. ¿Dónde está el doctor Fell?

—En el sótano —contestó Yancey—. Ese sótano estuvo en su mente durante todo el viaje de regreso, sólo Dios sabe porqué.

—¿Y dónde está la señorita Bruce?

—Subió —dijo Alan—, ¿no la encontró al bajar?

—No, no la he visto. Pero si ella comienza a meterse en...; pero supongo que no importa. —El capitán Ashcroft dirigió una mirada funesta hacia Yancey—. ¿Dice que el doctor Fell está buscando algo en el sótano?

—Sí; tiene algo que ver con “El escarabajo de oro”. Ha estado pensando en eso desde que encontramos el retrato de Poe en el fuerte Moultrie.

—¿Desde que encontraron qué?

—Una foto de Edgar Allan Poe, el autor de “El escarabajo de oro”, “Los crímenes de la calle Morgue”, “El...

—¡Sé lo que escribió, gracias! ¡Y no importan los crímenes de la calle Morgue!; sólo déme una sugerencia sobre el que se cometió en la terraza!

—Bien, el doctor Fell sabe eso también.

—¿Lo sabe?

—“Un buen vidrio en la posada del obispo en el asiento del diablo, cuarenta y un grados y trece minutos al noroeste y por el norte”. Ésa es la respuesta, o parte de ella. ¿Significa algo para usted?

—No como usted la cita. Pero bajaré a preguntarle al doctor Fell; entonces tal vez signifique algo. Tengo también alguna información para él, tan explosiva que podría

volar esta casa dentro de la bahía. Sería algo bueno si todo el asunto estallara. Ahora escuchen bien lo que voy a decirles. Usted, señor Grantham, puede ir y hacer lo que quiera, creo que puedo confiar en usted. Los otros dos, desaparezcan, ambos, no se dejen ver por un tiempo; ¡y por sobre todo, no suban hasta que yo diga que pueden hacerlo! La señora Huret yace descansando en una de las habitaciones, ella...

Yancey lo interrumpió con un grito.

—Capitán, ¿qué sucedió arriba? Todo lo que sabe hacer es hablar de Valerie, Valerie, Valerie. Eso es muy interesante; me alegra saber que está descansando; pero no me apasiona el saberlo y eso no viene al caso. —Su defensa se debilitó; la emoción fue más fuerte—. ¿Y Madge? ¿Cómo está Madge?

—Está muy bien, joven; perfectamente bien y lista para ser interrogada, a pesar de que creo que dejaré hacerlo al doctor Fell. —El capitán Ashcroft extrajo su libreta—. Ahora voy a ver al viejo; recuerden lo que les dije, y no se alejen demasiado. Los veré después.

Un tanto pontificalmente, sosteniendo su libreta como podría haber empuñado un arma, desapareció a través de la puerta en la parte posterior del vestíbulo.

Hubo un corto silencio. El reloj del abuelo, en el vestíbulo, marcaba las cinco menos cinco. Kip Hillboro, haciendo un movimiento de hombros, caminó hacia la puerta metálica, la cual golpeó tras de sí; un momento más tarde daba largos pasos por el camino hacia el portón. Yancey Beale tomó la misma dirección. Pero como si encontrara la compañía de Kip insoportable en esos momentos, giró hacia la derecha y entró en la biblioteca. La voz de Bob Crandall podía escucharse elevada en alguna declaración, justo antes de que Yancey cerrara la puerta de la biblioteca.

Alan quedó solo esperando a Camilla, y permaneció por un tiempo mirando el reloj del abuelo y el retrato de Richard Maynard, sobre la chimenea. Muchas preguntas y pocas respuestas cruzaban su mente. Luego se dirigió hacia la puerta en la parte posterior del vestíbulo, en la dirección en que había salido el capitán Ashcroft.

De esa parte del Hall, Alan tenía sólo una vaga idea, por lo que había visto esa mañana desde el jardín. En la pequeña y moderna ala, construida hacia el oeste, había dos habitaciones alineadas. La primera, larga y angosta como un vestíbulo, tenía en la parte izquierda, una serie de puertas francesas que se abrían a la terraza embaldosada. Más allá de ésta había otra habitación, el doble de grande. Desde esta habitación alejada, una escalera llevaba a la cocina y al sótano.

Alan no se preocupó por esa habitación. El vestíbulo, con sus puertas abiertas a la terraza, tenía las paredes blancas, en las cuales colgaban estampas deportivas inglesas de vivos colores. Había sillas cómodas con almohadones blancos, un cómodo sofá, muchos ceniceros de pie y varias lámparas. También había un televisor. Sobre una mesa de cartas, en una esquina, había un juego de damas con su tablero y fichas y también tres o cuatro mazos de cartas.

Aún no había comenzado a llover, a pesar de que los truenos continuaban

retumbando en el cielo. A pesar de estar próximo al jardín, y con las puertas abiertas, el ambiente era sofocante. Tomó un mazo de cartas, lo sacó de su caja y comenzó a mezclarlas, cuando un pequeño ruido lo detuvo.

¡Cauteloso, y aun más cauteloso! El ruido que en un principio no pudo identificar, parecía venir de la otra habitación. Alan no se movió de al lado de la mesa, pero no tuvo necesidad de hacerlo. En esa otra habitación, el lado izquierdo visible a través del arco abierto estaba muy oscuro. Sobre la pared posterior se inclinaba la proyección de otra escalera encerrada, que terminaba en una puerta, que Alan podía ver a un costado, a su izquierda.

Luego recordó. Ésa era la escalera posterior, por la cual esa mañana el capitán Ashcroft y el sargento Duckworth habían bajado un cierto escritorio Sheraton. El ruido que acababa de escuchar eran las cautelosas pisadas de alguien que descendía.

Entonces la puerta de la escalera se abrió.

Valerie Huret no estaba “descansando”. Vista de perfil al abrir la puerta a la derecha, su cabeza y su cuello emergieron desde la escalera. Delgada, con un vestido blanco y sosteniendo una gran cartera del mismo color, en la mano izquierda, permaneció dudando antes de completar el descenso.

Cada movimiento tenía el disimulo del cual la propia Valerie se hubiera quejado. Si hubiera girado íntegramente la cabeza hacia la izquierda habría visto a Alan. Pero no lo hizo; estaba demasiado arrebatada y decidida. Opuesta a ella, enfrentando la escalera, una puerta de vidrio se abría a la terraza. Valerie cruzó en puntas de pie, se deslizó afuera escabullándose tras una enredadera de rosas y desapareció.

¿Bueno? ¿Qué significaba eso?

No tuvo tiempo de meditarlo. En el momento en que el reloj del abuelo daba las cinco, escuchó fuertes pisadas que bajaban por la escalera principal. Al azar llamó el nombre de Camilla. Camilla, un poco agitada, entró rápidamente en la sala de fumar y extendió sus manos hacia él.

—Subí a ver a Madge. La vi, pero luego me echaron.

—¿Te echaron? ¡No importa! ¿Cómo está Madge?

—No me pareció muy mal. Pero todo era muy raro. No estaba en la cama; yacía en bata sobre un sillón. ¿Sabías, Alan, que en todos los dormitorios que dan al frente, en el segundo piso (el de Madge, por ejemplo) los acondicionadores de aire están en la ventana derecha? ¿Mientras que en el estudio del señor Maynard, y en mi propio dormitorio, en la parte posterior, como creo que te dije, el acondicionador de aire está en la ventana izquierda? ¿Sabías eso?

—No lo había notado, pero lo recuerdo ahora que lo mencionas. ¿Por qué lo has mencionado Camilla? ¿Qué diferencia puede haber en eso?

—Lo sé. ¡Eso es lo que dije!

Camilla se dirigió a la mesa de juegos, tomó las cartas que Alan había estado mezclando y las cortó antes de dejarlas nuevamente.

—Lo mencioné —prosiguió—, porque fue lo primero que Madge dijo cuando

entré. No sabía porqué lo dijo, y le pregunté que diferencia había. Madge dijo: “Ninguna. Pero cuando estás encarcelada de esta manera, tu mente se aferra a cosas tontas como ésa. ¡Mira!”, dijo.

—Te dije que Madge yacía sobre un sillón, o mejor dicho estaba sentada, apoyada contra el respaldo. En las manos tenía un pequeño rompecabezas. Una especie de caja chata con tapa de vidrio, de sólo siete centímetros de largo por cuatro de ancho, con pequeñas bolitas brillantes en su interior. Hay que mover la caja para que las bolitas entren en unos agujeros.

—Mira, —dijo Madge—. Hay tres o cuatro buenos libros sobre esa mesita de noche, y no puedo abrir ninguno. Mark Sheldon me dio esto; estuve sentada aquí tratando y tratando de hacer el rompecabezas, y una vez comencé a llorar porque no podía lograrlo.

—Tal vez soy tan inconsecuente como ella. Pues dije: ‘¿Cuándo te lo dio Mark? No ha estado aquí desde ayer por la tarde, y no te dio nada entonces’. Entonces me dijo que se lo había dado muchos días atrás, que tenía muchísimos rompecabezas de ese tipo y que eran un magnífico examen de reflejos.

”No pude ser tan inconsciente por más tiempo. Le dije: ¿Madge, que ha estado sucediendo aquí? Y le expliqué que habíamos ido al fuerte Moultrie porque el doctor Fell quería ver algo allí, pero no mencioné ese horrible mensaje del pizarrón. Rip llegó corriendo tras de nosotros, le dije, con cierta historia de que Valerie Huret se había vuelto loca y había tratado de matarte. ¿Es verdad?

”Mientras yo hablaba, Madge se había puesto pálida. Luego prácticamente estalló. ‘En cierta forma, Valerie trató de matarme. ¡La odio! Y la odio’, dijo Madge, ‘porque ella me odia a mí; ¿no es ése siempre el motivo? Camilla, no creas todo lo que digan en contra de mí’.

”No pude detenerme. Nadie ha dicho nada contra ti, le dije, pero tampoco nadie sabe lo que piensas. A ti no te importan realmente Rip Hillboro ni Yancey Beale, ¿no es verdad? Hay otro hombre, ¿no? Y es Mark Sheldon, ¿no es así?”

—Mark está casado —dijo Madge—, está casado con una tonta mujer, tan celosa que no le permite alejarse de su vista. De todas maneras, casado o no, ¿no es terriblemente joven? “¿Joven?, —le pregunté—. Tiene tres o cuatro años más que tú, aunque creas que eres más madura emocionalmente. Si una mujer sabe algo sobre otra mujer dije, el hombre en cuestión es Mark Sheldon. No importa; no necesitas decírmelo. Pero antes de que alguien que realmente te aprecia se vuelva loca, por favor, cuéntame lo que sucedió aquí entre tú y Valerie.

”Iba a contártelo; estoy segura. Pero en ese momento golpearon a la puerta. Entró ese joven policía, el sargento Duckworth, ¿no es así? Y muy amablemente me ordenó que saliera. “No puedo evitarlo, señorita, son órdenes del capitán’. Madge, que estaba firme, pegó un salto y dijo: ‘¿Me están poniendo bajo guardia nuevamente? ¿Realmente piensan que corro peligro de ser asesinada?’ El sargento respondió: ‘Hay otras cosas además de asesinatos’, y mantuvo la puerta abierta para

que yo saliera”.

Camilla se detuvo, su mirada se apartó de Alan. De pronto, caminó hacia una de las puertas de vidrio y permaneció un momento mirando fijamente hacia afuera, tan intensamente que Alan se preguntó si habría visto a Valerie, quien aún debía estar en el jardín. Pero, evidentemente, Camilla sólo estaba pensando. Regresó a él, levantando los ojos aún perdidos en alguna especulación.

—Después de dejar a Madge —prosiguió—, fui a mi propio dormitorio. Una de las mucamas, Judith, estaba acomodándolo. Judith es más charlatana y menos aprensiva que Silvia o Winnie Mae. Es una chica muy bonita. Odio sondear a los sirvientes; es horriblemente bajo y sucio. Pero aún estaba entusiasmada, así que le pregunté si sabía algo.

—¿Y sabía?

—Sólo lo que voy a contarte. Si recuerdas, tú, el doctor Fell, Yancey y yo, partimos para el fuerte Moultrie poco antes de la una. Y el capitán Ashcroft partió para su oficina casi a la misma hora.

—Sí. ¿Y?

—Debido a nuestro tardío desayuno, se sirvió un almuerzo liviano alrededor de la una y media. Valerie, Rip y el señor Crandall comieron en el comedor. Judith subió una bandeja para Madge, quien juró que no quería nada, pero prometió tratar de comer algo. Luego Judith rondó por el vestíbulo de arriba, esperando que Madge terminara. Rondó durante un buen rato.

”Cuando los demás terminaron en el comedor, Rip y el señor Crandall vinieron aquí a mirar un juego de *baseball* que trasmitían por televisión. No sé quiénes jugaban, pero eso no es importante. Valerie no quiso acompañarlos. Rondó de habitación en habitación, hablando consigo misma y al parecer había algo que no le gustaba.

”Poco después —no está segura cuándo—, Judith entró en el cuarto de Madge para retirar la bandeja. Casi no había tocado la comida. Judith acababa de levantar la bandeja cuando la puerta se abrió de golpe. Valerie entró taconeando, en una especie de hirviente ira, y le ordenó a Judith que saliera.

”Judith no llegó más allá de la escalera; yo también me hubiera quedado. Escuchó; yo también lo hubiera hecho.

”Madge y Valerie discutían; aunque ambas trataban de mantener sus voces bajas, así que no podía escucharse claramente a través de la puerta cerrada. Esto duró por algún tiempo. Luego, silencio. Entonces, alguien corrió violentamente a través del cuarto. Otro silencio, y alguien más volvió a correr. Hubo un sonido como de vidrio al romperse y un grito”.

—¡Un momento, Camilla! —se interpuso Alan—. ¿Quién corrió? ¿Quién persiguió a quién?

—Judith no lo sabe. “Fue terrible señorita. ¡Peor que una casa de fantasmas!”. Justo en el momento crucial, el capitán Ashcroft, que evidentemente había regresado

de Charleston con el sargento Duckworth, llegó corriendo. Pasó junto a Judith y abrió la puerta del dormitorio de Madge. Judith se escabulló tras de él y miró sobre su hombro.

”Si has estado en el cuarto de Madge, sabrás que el baño está del lado izquierdo. La puerta del baño estaba abierta. Valerie estaba en su interior, aferrada al brazo de Madge y sacudiéndola. Es del tipo atlético; podría haber arrojado a Madge por la ventana si lo hubiera querido.

”Eso es todo lo que vio Judith; el capitán Ashcroft cerró la puerta. Judith tropezó en la escalera y por poco cae. Rip Hillboro y el señor Crandall estaban en el vestíbulo central. Rip dijo: ‘¿Qué es esta batahola?, ¿qué sucede?’ Judith le contestó: ‘Se trata de la señorita Madge y la señora Hoorey; ¡alguien está siendo asesinado!’.

”Bob Crandall corrió escaleras arriba para tratar de saber qué sucedía, pero el sargento estaba de guardia nuevamente y no lo dejó pasar. Hubiera creído que Rip sería el primero en subir en ayuda de Madge. Pero ni siquiera se movió; sólo caminó inquieto. Debe haber sido después que decidió tomar prestado el auto de Yancey y nos siguió.

”Eso es todo lo que puedo decirte, Alan, porque es todo lo que Judith vio o escuchó. Lo que sucedió en el cuarto de Madge sólo puede adivinarse. Ni siquiera sé dónde está Valerie, no la he visto por ningún lado. Pero he estado pensando...”.

Alan pensó un momento. No había razón alguna para relatar que había visto a Valerie bajar a hurtadillas por la escalera posterior hacia el jardín. También permanecía vivida en su mente la imagen de Madge como se la imaginaba sobre el sillón, con un rompecabezas como el que Mark Sheldon tenía la noche anterior en el restaurante de Davy. Todos los elementos peligrosos podían verse aquí; siendo ladeados y movidos como los que contenía la caja de vidrio. Pero no se trataba de bolitas de mercurio en un rompecabezas; eran bombas emocionales que podían estallar en cualquier momento.

—¿Sí? —dijo—. ¿En qué estabas pensando?

Camilla apoyó la mano sobre su brazo y lo miró.

—He visto a Madge —replicó—. La muerte del señor Maynard fue un golpe terrible, y este asunto de hoy ha empeorado las cosas. ¡Pero...!

—¿Pero qué?

—Tenía miedo —Camilla luchaba en su interior—, tenía miedo de encontrarla aplastada o agobiada, y no fue así. De repente se me ocurrió mientras hablábamos, que me estaba preocupando por ella más que ella misma. Madge es elástica, aunque a veces lo olvidemos; el peor golpe no la afecta por mucho tiempo. He puesto mis propios problemas en segundo plano; me he culpado por no pasar más tiempo con Madge. Y sin embargo, si sólo este misterio pudiera aclararse... ¿entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí. Es esa conciencia tuya. Has puesto tus propios problemas en segundo plano, cuando no tenías necesidad de hacerlo. También, ya que tú y yo

tenemos tanto que decirnos...

—¿Tenemos tanto que decirnos?

—Sabes que sí, una vez que dejes de preocuparte por lo que no debes. Escúchame, Camilla, quiero hacerte una sugerencia.

—¡Entonces hágala! —interrumpió la voz del capitán Ashcroft—. ¡No permita que lo interrumpamos! ¡Siga adelante y sáqueselo de encima!

El detective, que parecía mentalmente exhausto, se asomó en el arco de la otra habitación. Tras él se elevaba el voluminoso doctor Fell. Entonces los ojos del capitán Ashcroft recordaron una ofensa.

—Quiero hacerles una pregunta —continuó—, que deseo que sea contestada con una sola palabra. ¡Sin evasivas, sin bromas, sólo la verdad! ¿Cuando el doctor Fell y yo, tuvimos lo que creíamos era una reunión secreta esta madrugada en el piso superior, estaban ustedes dos escuchando detrás de la puerta?

—La respuesta en una palabra —dijo Alan—, es sí.

El rostro del capitán Ashcroft pareció hincharse.

—Pensé que lo habían hecho, a pesar de que por el momento no estaba seguro. Debería estar enojado; debería leer el acta de sedición; debería masticarlos pedacito por pedacito. Pero, ¡qué infiernos! Al parecer estamos más cerca del final de este asunto de lo que hace unas horas hubiera creído posible. Ya que han escuchado tanto, no será perjudicial si escuchan algo más. No todo, eso no sería correcto ni justo, sólo una parte. Estoy muy orgulloso del doctor Fell, y un poco orgulloso de mí también. Doctor Fell...

El doctor Fell, con el sombrero bajo un brazo y el bastón bajo el otro, pasó a través de la puerta como un gran galeón.

—Sería inexacto —explicó—, decir que me he comunicado con el fantasma de Henry Maynard. Pero hay indicios de su personalidad por todo el lugar. ¿Imaginan ustedes que un caballero tan fastidioso fuera adicto a usar sus manos en quehaceres domésticos, o que tuviera alguna habilidad para esos trabajos? Y, sin embargo, así era. El inapreciable George me lo aseguró, una confirmación corroborada por el banco de carpintero y el juego de herramientas que pude encontrar en el sótano. ¡Y aun hay más! Ya que él mismo nos llamó la atención sobre el equipo de *baseball* que se hallaba en el sótano, me pareció el lugar adecuado para buscar otros elementos deportivos. Alguien dijo que estaba interesado en la pesca, según creo.

—Alguien dijo que era un pescador —respondió Alan—, pero usted no estaba allí cuando la observación fue hecha. ¿Cómo sabe que le gustaba la pesca?

—La señorita Bruce me lo dijo.

—¿Yo se lo conté?

El doctor Fell miró a Alan.

—Como también una cantidad de tonterías —dijo, disculpándose—, debo confesar que los he interrogado a ambos varias veces, especialmente esta madrugada, cuando no se dieron cuenta que lo estaba haciendo y ni siquiera lo recuerdan. Todo lo

que hayan escuchado o visto está ahora registrado en las viejas placas de mi memoria. En un gabinete a prueba de humedad junto al banco de carpintero, el capitán Ashcroft y yo descubrimos las partes que componen una caña de pescar, junto con varias moscas para pescar truchas y varios carreteles de líneas de pescar. Había también dos revólveres, ambos descargados, a pesar de que había una caja de municiones para cada uno. El capitán, con lo que me pareció un exceso de cuidado, algo irritado, me prohibió examinar las armas en la medida que me hubiera gustado hacerlo.

—¿Examinarlas? ¡Por Dios! —rugió el capitán Ashcroft—. Estaba mirando el cañón y apretando el gatillo, eso es todo. Ya es lo suficientemente torpe, revolvió todas las herramientas hasta que quebró una sierra. ¡No queremos que se vuele su tonta cabeza antes de que relate él final!

—Hablando del final —dijo Alan salvajemente—, ¿entiendo que tiene alguna relación con la solución inspirada por “El escarabajo de oro”?

—Así es, joven amigo, y más cercano a un tesoro escondido de lo que usted cree. ¿Algo más?

—Sí. Ya que admitimos haber estado escuchando anoche, ¿qué pasó con el escritorio Sheraton? Buscaban una gaveta secreta y usted dijo que tenía un hombre que se especializaba en esas cosas. ¿Lo encontró?

—¿Se refiere a Jerry Wexford? Jerry tiene el escritorio desde esta mañana. Si hay una gaveta secreta y algún papel en ella, como piensa el doctor Fell, ya la habrá encontrado. ¿Cuál es su sugerencia?

—¿Mi sugerencia?

—Cuando entré aquí y lo interrumpí, usted le decía a la joven que iba a hacerle una sugerencia. Por supuesto —dijo el capitán Ashcroft haciendo un gesto tolerante—, si es demasiado privado y personal para ser repetido en público...

—No es nada privado. Iba a invitarla a cenar. —Alan se volvió hacia ella—. ¿Qué dices, Camilla? No quisiste ir a Davy’s anoche e insinuaste que nunca irías por ninguna circunstancia. Pero te lo pide tu sincero admirador. ¿No cambiarías de idea e irías esta noche?

—¡Sí! ¡Me encantaría! Siempre que prometas no burlarte de mí, y además si el capitán Ashcroft piensa que no me necesitan aquí.

—No es necesaria aquí, señorita. Vaya, la estoy apremiando para que vaya y le diré porqué. Invitaré a cenar al doctor Fell; en verdad ya lo he invitado. Quiero que coma pollo frito preparado por mi esposa, no como puede comerlo en cualquier restaurante. Y el señor Grantham no parece mala persona. Así que vaya, y trate de divertirse.

Camilla lo miró.

—¿Se está divirtiendo, capitán? Porque suena como si así fuera.

—¿Disfrutando esta confusión? ¡No, de ninguna manera! Es un asunto feo, peor de lo que usted se imagina, y no mejorará a medida que nos acerquemos al final.

—Hace menos de media hora, señorita Bruce, les dije a Yancey Beale y a Rip

Hillboro que desaparecieran por un tiempo. ¿Por qué no hacen lo mismo usted y el señor Grantham? Es muy temprano para cenar, pero pueden hacer otra cosa. Bajen a la playa, miren los jardines, caminen hasta la Escuela Secundaria Poinsett. Aparte de una llamada telefónica que pondrá en marcha algunos engranajes, el doctor Fell y yo tenemos que hacer un trabajo. No es el más agradable del mundo, y no queremos testigos ni posibles testigos. ¡Sí, y otra cosa más...!

Otras quejas aparecieron y estallaron como cohetes.

—Alguien estima que es gracioso —bramó el capitán Ashcroft— escribir mensajes en ese pizarrón, ¿eh? —Apeló al doctor Fell—. Aun si George se pone terco y no quiere moverlo, no será irremediable. Yo mismo podría sacarlo de allí y convertirlo en leña. Pero no lo haré porque hay una manera mejor. Traje a alguien más que a Duckworth; vine con Kingsley, que tiene experiencia y no es tonto. Apostaremos a Kingsley en un lugar donde no pueda ser visto; en un aparador en la biblioteca o detrás de las cortinas de la sala de armas. Y si alguien trata de escribir otro mensaje en ese pizarrón maldito...

—¿Atrapará al bromista con las manos en la masa? —preguntó Fell—. ¡Le ruego, señor, que no haga eso!

—¿Está loco, doctor Fell? ¿No quiere saber quién es el bromista?

—Creo que ya lo sé —dijo Fell modestamente—. Pero en ningún momento ha sido una broma, es frenética y desesperadamente serio; aún puede enseñarnos algo. Por favor, capitán, manténgase apartado de nuestro fantasmagórico visitante y deje que el pizarrón permanezca sin guardia.

—¿Ése es su consejo? ¿No bromea?

—Ése es mi consejo. Sin bromas.

—Bueno —dijo el capitán Ashcroft, levantando su puño y golpeando, una de las puertas de vidrio—, lo haremos a su manera, por el momento. Su proceder ha sido correcto hasta ahora, a pesar de que me disgusta observar adonde me lleva. Hay un solo consuelo en este asunto, y sólo uno. Hemos visto todo; ya no puede sorprendernos nada. ¡Ni el bromista, ni el asesino pueden dar otro paso!

El capitán Ashcroft estaba equivocado. Pronunció esas palabras a las cinco y media. Antes de que pasaran algunas horas, mientras el metrónomo sonaba en una habitación solitaria, entre instrumentos musicales, golpe y contra golpe fueron pegados en una competencia mortal que parecía no tener fin.

CAPÍTULO 15

¿Resultó una cena agradable?

Nubes negras se deslizaban a través de la luna cuando Alan acompañó de regreso a Camilla, desde el restaurante de Davy's hasta Maynard Hall y, cuando regresaban analizó la cena y la noche.

A Camilla le había llevado algún tiempo vestirse semiformalmente; eran más de las siete cuando partieron, después de que Alan llamara para reservar una mesa. A pesar de la insistencia del capitán Ashcroft, de que él y el doctor Fell tenían una misión urgente en el Hall, no hizo ningún movimiento para comenzarla. El oficial de la policía y el doctor se habían reunido bajo el pórtico, sentados en los escalones de entrada, fumaban cigarros y hablaban en voz baja. Aún permanecían allí cuando Alan salió al oscurecer.

Davy's, como era de esperarse en un sábado por la noche, estaba lleno. Alan condujo a Camilla a través de la habitación exterior, pasando un bar amontonado de gente.

En el comedor, gris confederado con decoraciones doradas, el receptivo estado de ánimo de Camilla parecía aumentar. Los ojos azules permanecían atentos, no se retiraban de él; su color era subido. Ninguno de los dos tenía mucho apetito, a pesar de que bebieron una buena cantidad, de vino. Y cada uno estaba demasiado consciente de la presencia del otro; ambos se estremecían involuntariamente cuando sus manos se tocaban al tratar de alcanzar la manteca o la sal.

—¿Qué molestia! —dijo Camilla—. Trajiste al doctor Fell aquí para que visitara la ciudad, ¿no es así? Y hasta ahora no ha visto nada más que el fuerte Moultrie, y la parte exterior del teatro, aquí cerca.

—Lo que ha sucedido, supongo, tiende a absorber todo lo demás. De todas maneras, dame tiempo; ¡sólo hemos estado aquí poco más de un día!

—¿Qué es lo que piensas mostrarle?

—El viejo mercado de esclavos, para comenzar. Y el polvorín original que forma parte del bastión y el fuerte de Carteret, que data del mil setecientos.

—¿No hay una o dos mansiones abiertas al público?

—Más de una o dos. Lo que hay que recordar es cuáles están abiertas todo el año, no sólo en la temporada principal, entre fines de marzo y mediados de mayo. ¡Camilla...!

—¿Sí?

Estaban inclinados el uno hacia el otro, pero se separaron. La cena había terminado; un mozo trajo café. En ese momento entró al restaurante el doctor Mark

Sheldon, acompañado de una estupenda morena, delgada pero bien formada, algo más joven que él. El doctor Sheldon saludó brevemente con un movimiento de cabeza, pero no hizo ningún otro ademán mientras el *maître* amigo de Alan los dirigía hacia una mesa distante.

—Bueno —dijo Camilla, bajando la voz, después de una rápida mirada—, no parece tener mal genio. ¿Seguramente ésa es Annette? ¿La esposa que Madge dice que es tan celosa?

—Sí, eso supongo. Muy bien: ¡enfrentémosla!

—¿Enfrentar que?

—Toda la situación. Ambos hemos tratado de ignorarla y mantenerla en silencio, pero no puede permanecer así por más de media hora. ¿Hablamos nuevamente de los celos?

—¿Los celos? No te entiendo.

—Anoche —le recordó—, escuchamos la conversación que mantuvieron el doctor Fell y el capitán Ashcroft porque tú tenías un motivo referido a los celos de alguien. No pudiste creer a tus oídos cuando escuchaste el tono en que alguien dijo ciertas palabras. Dijiste que tenías un buen motivo, pero en ningún momento explicaste cuál era.

—¡Oh Alan, era sólo una idea ridícula! ¡No echés a perder todo! Sólo porque Mark Sheldon acaba de entrar con su esposa...

—No es el único que ha llegado. Mira hacia la puerta nuevamente.

Era Rip Hillboro, a quien Alan vio por primera vez vistiendo saco y corbata. Empujando a un mozo que se puso en su camino, Rip se dirigió agresivamente hacia su mesa. Pero no parecía feliz.

—Estaba tomando algo en el bar —dijo, señalando la habitación exterior—. No me sentaré, gracias, ya cené en la casa. Pero fui el único que lo hizo.

—¿El único que cenó en la casa?

—Sí. Y también, excepto Madge y el sargento que la cuida, el único que quedó en la casa cuando los demás se fueron tras sus propios intereses. Stonewall Jackson fue puesto en libertad por los policías y se fue volando a su casa. Valerie Huret persuadió a Bob Crandall para que la llevara a cenar en el Swamp Fox Room del hotel Francis Marion. Acto seguido, se preguntarán por los policías. Bueno, el viejo Baltazar y su amigo Gargantúa...

—Tenían algo en mente —dijo Alan—, pero aún no lo habían llevado a la práctica cuando nos fuimos.

—Y tampoco lo hicieron después. El proyecto —explicó Rip incorporándose y tirando sus hombros hacia atrás—, era interrogar a Madge sobre algo nuevo que sucedió hoy. Pero no quisieron decir qué era ese algo; mis mejores esfuerzos no lograron sacarles ni una palabra. Estaban por subir cuando sonó el teléfono. El mensaje era para el mismo Shadrack; colgó el tubo de una manera graciosa y dijo que debían esperar hasta mañana. Luego *ellos* se fueron en una patrulla, dejándome a mí

solo protegiendo el fuerte.

—¿Y no te agradó estar solo? —preguntó Camilla.

—No, señorita, no me gustó. Soy bastante fuerte, según creo, y no soy muy nervioso. Pero me espanté, como dicen en televisión. Por primera vez en mi vida me espanté y lo admito. ¡Escuche, señor Grantham!

—¿Sí?

—¿Sabía que ya son casi las nueve? Hay una película de John Ford en el teatro Riviera, que es el que está ubicado en la calle Bang. La última función, según el diario de esta noche, comienza a las nueve y cinco. ¿Quieren venir a verla ustedes dos?

—No, creo que no. ¿A no ser que tú, Camilla...?

—¡No, yo no, gracias!

—Bueno, como ustedes quieran —dijo Rip—. Creo que están cometiendo un error, pero no importa. Voy a ir de todos modos. Pase lo que pase, ahora o en el futuro, no digan que no lo intenté.

Y se marchó ostentosamente.

Se quedaron más de media hora después de beber el café; el oscuro comedor estaba alumbrado sólo por pequeñas lámparas. Pero fue el incidente de ver primero a los Sheldon y luego a Rip, el que hizo que Alan se hiciera preguntas mientras regresaban a Maynard Hall.

Los dedos de su mano izquierda golpeteaban el volante. Con frecuencia daba un vistazo de costado a Camilla; la corta nariz, la ancha boca rosada, su cálida y vital presencia, tan apartada como su mirada fija en el camino, adelanté.

Nubes negras amenazaban absorber la luna, que siempre surgía tras de ellas. Eran las diez, y veinte cuando Alan llegó al pórtico. Una débil luz se veía en las ventanas del cuarto de Madge, sobre la puerta de entrada; había un frío brillo desde la araña del vestíbulo principal. La casa, que parecía oscura, se elevaba desierta contra un cielo tormentoso.

—Los demás no deben haber regresado aún —dijo Camilla—. Pero no es tarde. ¿No quieres..., no quieres entrar un rato?

—Gracias.

En la parte posterior del vestíbulo rondaba el imperturbable George, quien les preguntó si deseaban algo. Camilla dijo que no, y desapareció discretamente. Alan la siguió hacia la biblioteca; ella encendió las luces de la gran habitación con el retrato de la señora de Henry Maynard sobre la chimenea. Camilla, sonriente pero agitada, estaba tan inquieta como él.

—No es muy alegre, ¿verdad? —preguntó—. ¿Entiendes lo que quiso decir Rip por “espantado”?

—Sí, pero...

—Alan, ¿tienes algo en mente?

—Hay muchas cosas en mi mente. ¿Qué cosa salió mal?

—¿Mal?

—Ni un tema polemístico en toda la noche. Ni una discusión sobre literatura, arte o política...

—¡Oh, esas cosas! —Camilla abandonó el tema.

—Nos estábamos acercando a una especie de intimidad espiritual, nos acercábamos apresuradamente, cuando algo rompió la atmósfera y echó a perder el estado de ánimo. ¿Qué fue? ¿No podemos referirnos a la situación actual sin separarnos como si nunca hubiéramos estado cerca?

—¡Realmente, Alan! Si insistes en jugar al gran detective, nuevamente, y me haces preguntas como si yo fuera tu testigo principal, no puedes esperar otra cosa. ¿Qué pienso que está sucediendo aquí? ¿Qué sospecho? ¡Preguntas como esas...!

—¿Bueno, qué sucede aquí? ¿Qué sospechas?

—¡Algo que es demasiado ridículo como para decirlo!

—Las cosas que causan más problemas en este mundo, Camilla, son aquéllas demasiado ridículas para mencionarlas. ¿No puedes hablar? Y en lo que se refiere a jugar al gran detective, admito que esta mañana fui un tonto...

El genio de Camilla cambió de repente.

—¡Pero eso no es cierto! —murmuró—. ¡No fuiste un tonto! Considerando la evidencia que tenías...

—Tirando una pelota de *baseball* y golpeando la cabeza del pobre diablo, ¿eh? —dijo Alan amargamente—. Si no fue la peor tontería, al menos podemos llamarla bastante estúpida. Pero es posible, si me dan otra oportunidad... ¿Ahora me pregunto...?

—¿Qué te preguntas? ¿No me dejarás, verdad?

—Si tengo que elegir, nunca te dejaría. Y tampoco lo voy a hacer ahora.

Alan caminó hasta la sala de armas, la abrió a oscuras, y tocó la llave de luz en su interior. La luz resplandeció desde una araña de cristal, más pequeña que la del vestíbulo. Tres veces el capitán Ashcroft había borrado las letras en tiza del pizarrón a través del cuarto. Un cuarto mensaje permanecía frente a Alan en la quietud de la noche.

SE DICE “RESOLVER EL CASO”. ¿NO ES ASÍ? ¿O ESTÁ SÓLO EN LIBROS Y PELÍCULAS?
E.S.J.P., H. 26. SERÁ MEJOR QUE RESUELVAN EL CASO CON LO QUE ENCUENTREN
ALLÍ, O YA NO PODRÉ AYUDARLOS.

Uno que ha hecho todo lo posible por ayudarlos. N. S.

Un repiqueteo de campanas, terminando en un solo golpe que daba las diez y media, dio vida al distante reloj en el vestíbulo. Alan se dio vuelta y encontró a Camilla cerca de él.

—¿Bueno, —dijo ella—, a esta altura ya deberíamos estar acostumbrados, no es

así?

—¿Tranquila?

—No estoy tranquila, pero trataré de calmarme. El doctor Fell esperaba otro mensaje, ¿verdad? Hasta parecía desear otro.

—Sí. Pero esta vez lo hemos descubierto nosotros. Esta vez, les guste o no, podemos ganarles de mano.

—¿Ganarles de...? ¿Te has vuelto loco, Alan?

—No.

—Hasta aquí —balbuceó Camilla—, las indicaciones habían sido comprensibles. Ésta está en jeringozo. “E.E.J.P., H. 26”. ¿Es posible encontrarle algún sentido a eso?

—No estoy seguro. ¿Pero qué te parece, Escuela Secundaria Joel Poinsett, Habitación 26?

Camilla se aferró a su brazo.

—¡Podría ser! Sí, ¡podría ser! Pero...

—¿No habló ayer Madge sobre ese lugar? Está cerrado; lo van a echar abajo. Alguien de una casa cercana lo cuida. ¿Qué más dijo Madge?

—No dijo nada más en ese momento, pero me lo mencionó más tarde. El hombre que vigila el lugar es el propietario de un invernadero, hacia el oeste de los terrenos. No se puede entrar en la escuela por la puerta principal, en el frente, que ha sido cerrada con llave y atrancada desde adentro, desde que clausuraron el lugar. El único lugar por donde se puede entrar es por una puerta semisubterránea del lado oeste.

—¿Y el cuidador está del lado este? ¡Mejor, mucho mejor!

—¿Por qué?

—Camilla, la Escuela Secundaria Joel Poinsett está a menos de cinco minutos de aquí, en el camino Fort Johnson. El bromista, que no es un bromista de acuerdo con el doctor Fell, dice que hay algo en la habitación 28 que resolverá el caso. Iré a buscarlo.

—¿Ahora?

—Por supuesto; ¿cuándo si no?

—¡Alan, no tengo que recordarte lo que ha sucedido! ¿No sería peligroso ir allí?

—Eso no puede evitarse. Esta persona asesina, bromista o como quieras llamarla nos ha estado enloqueciendo hasta no poder más. Así es, mi querida. ¿No querrás venir, verdad?

—¿Oh, puedo ir? Nada me importa si estoy contigo.

—Entonces vamos. ¡Un momento! ¿Quieres cambiarte?

—No lo haré si tú lo prefieres. —Camilla miró su vestido rosa—. Son sólo estos tacos altos, ¡eso es todo! Si pudiera ponerme zapatos bajos y pantalones... te prometo que no tardaré más de cinco minutos. ¿Y recuerdas la pequeña linterna que Madge tenía anoche en el estudio? El capitán Ashcroft la llevó a su dormitorio, pero yo la tomé y me la llevé. La traeré, ¿quieres? ¡Cinco minutos! —dijo Camilla y salió velozmente...

A pesar de su tendencia a enojarse, lo hizo aún más rápidamente. Camilla debió haberse quitado la ropa volando para ponerse la otra; había fumado menos de medio cigarrillo cuando apareció, flexible, con pantalones oscuros y el mismo suéter de lana tostado que había usado durante el día.

Bajo la inestable luna y las rápidas nubes, sombras salvajes cruzaban el parque cuando emergieron de la casa. Momentáneamente, Alan encendió la linterna que ella le había dado. Pero Camilla tocó su brazo cuando se dirigía hacia el portón de entrada.

—No necesitamos ir por allí —le informó, señalando hacia el sur—. Hay un portón al costado que nos llevará muy cerca del camino principal. Sí debes hacer esto...

A unos cien metros, al sur, sobre el césped húmedo y pasando espectrales canchales de flores, acompañados por un delicado quejido de mosquitos, encontraron el otro portón en la alta pared de ladrillos. En el otro lado, el tosco pasto bajaba suavemente hacia la pantalla de robles que protegían este lado del camino Fort Johnson. Alan dudó al abrir el portón.

—La noche del famoso domingo dos de mayo, cuando Madge se encontró con un desconocido, probablemente éste es el camino por el cual él salió.

—Sí, así me parece. ¿Es importante?

—Todo es importante en este enredo, Camilla.

Salieron al camino y tomaron hacia la derecha. Recorrieron el camino Fort Johnson hacia el oeste; Camilla caminaba junto a él y Alan encendió ocasionalmente la linterna cuando las ramas entrelazadas sobre sus cabezas no permitían el paso de la luz de la luna.

—Ahora bien —dijo—, en lo que respecta al desconocido N. S., quien nos ha estado proporcionando tantas instrucciones...

—Una nueva serie de instrucciones cada vez que nos damos vuelta. ¡No es posible!

—¿Qué cosa no es posible?

—N. S. —murmuró Camilla—, parece saber la explicación de todo el asunto, ¿cómo te lo explicas?

—Pueden ser sólo sospechas. O puede ser información secreta que él, o ella, no dirá abiertamente. Ésa es una de las cosas que podemos decir.

—¿Y a qué está jugando el capitán Ashcroft? ¿Qué mensaje telefónico recibió de su oficina, que apareció temprano y dijo que no interrogaría a Madge hasta mañana?

—Todo vuelve a Madge, ¿no es así? Posiblemente encontremos la respuesta en la habitación 26 de la escuela abandonada. Un poco más adelante del camino, en uno o dos minutos...

A su derecha, los jardines de Maynard Hall quedaron atrás. A su izquierda, en ese momento, desaparecía la línea de grandes robles dejando un espacio limpio por varios metros, largo aunque no profundo. Primero vieron una alta cerca de alambre, dentro

de la cual se erguían árboles, arbustos y los techos de los edificios y la casa que formaba parte del invernadero.

A cierta distancia de allí, asomaban los ladrillos anaranjados-amarillentos y los largos ventanales de los dos pisos de la Escuela Secundaria Joel Poinsett. En esa luz incierta se podía leer el nombre grabado a lo largo de la tachada, con la fecha 1920.

Pasaron el edificio, caminando suavemente, tratando de que pareciera casual el estar ahí, y permanecieron a la sombra en el lado norte del camino. Al oeste del colegio, separado de sus terrenos por una fila de árboles, había un establecimiento que Alan no recordaba. Una cerca de madera pintada de color café, encerraba sus posesiones y las escondía de la vista.

—Puedo decirte qué es eso —murmuró Camilla—. El cartel dice R. Gaiddon, Mercaderías. Pero el portón estaba abierto cuando pasamos ayer. ¡Es sólo un basural!

—Entonces, no habrá nadie allí a esta hora de la noche. Mira la mitad de este costado del edificio del colegio. Hay unos escalones que llevan a una puerta semisubterránea, que debe ser la que buscamos. Vamos.

Camilla tomó su brazo. No hicieron ruido al acercarse en dirección diagonal, sobre la tierra limpia de pasto por varias generaciones. Pero las sombras, en las cuales algo o alguien podía estar al acecho, parecían más oscuras y densas bajo las ventanas plateadas por la luna.

Aún estaban a unos metros de una albardilla de piedra de tres lados, como un pozo poco profundo en el cual tres escalones descendían hacia la puerta. Camilla de pronto, acercó su cabeza y murmuró aun más suavemente de lo que lo había hecho la noche anterior en el altillo.

—¿Quién era Joel Poinsett, Alan?

—Un diplomático de Charleston, el primer ministro americano en México en el 1820, y luego Secretario de Guerra en la, presidencia de Van Buren. ¿Por qué?

—Porque esto no me gusta. Y no creo que estemos solos. Tengo la sensación de que hay alguien cerca observándonos.

—Tengo la misma sensación. Pero es sólo la imaginación; ¡tiene que ser la imaginación! No hay un alma en...

Entonces una voz partió en dos la noche:

—¡Ustedes, salgan! —bramó—. ¿Quiénes son? Esto que tengo aquí es una escopeta; y si no salen para que pueda verlos...

El corazón de Alan subió a su garganta. Vio la figura oscura que parecía haberse materializado en la pared. Luego se dio cuenta con igual sorpresa, que la voz no se dirigía a ellos. Se dirigía a dos hombres corpulentos que permanecían al pie de los escalones, fuera de la puerta. En su mano derecha el menos corpulento de los dos sostenía lo que parecía ser una enorme antorcha eléctrica. La encendió, la luz brilló a través de la placa dorada que sostenía en la palma de su mano izquierda.

—¡La policía! —respondió el capitán Ashcroft—. ¿Quién es usted?

La otra voz, despojada de su ferocidad, estaba desconcertada.

—Mi nombre es Hendricks, de los Invernaderos Hendricks. Si usted es un policía...

—Mire esta placa. ¡Y no me diga que necesito una autorización de allanamiento para una propiedad desocupada!

—No le estoy diciendo nada, señor. Hay que tener cuidado con esos malditos muchachos, eso es todo. ¿Sucede algo malo?

—Tal vez sí, tal vez no. Estoy aquí para averiguarlo. ¿Hay luz en este lugar?

—Hay luz, agua y casi todo, ¿no los use mucho, eh?

—Tendré cuidado. Ahora váyase.

—Sólo estaba preguntando, señor...

—Váyase, ¿no me entendió?

Los pesados pasos retrocedieron; la oscura figura desapareció. Mientras el doctor Fell permanecía donde estaba, el capitán Ashcroft subió los tres escalones de piedra. El rayo de luz cruzó el patio, iluminando primero a Alan y luego a Camilla, y después se extinguió. El capitán Ashcroft los examinó.

—¡Bien... bien! —dijo estudiando a Alan—. Regresaron, ¿no es así? ¿Se dio cuenta de lo que E.S.J.P. quería decir y trató de llegar aquí antes que nosotros, no?

—Sí, así fue.

—Bueno, no hay nada de malo. Regresaron y —su tono cambió— no me alegra verla aquí, señorita Bruce. ¡Éste no es un viaje de placer, como se habrá dado cuenta!

—Capitán —exclamó Camilla aturdida—, ¿por lo general tienen basurales junto a sus escuelas?

—No, no a menudo. Si se refiere al viejo Pokey Gaidon, han comprado su propiedad y la limpiarán cuando echen abajo la escuela. No, no me alegra verla. Pero reconozco que no habrá problemas si permanece con nosotros.

—¿Estará bien? —retumbó la voz del doctor Fell.

El capitán Ashcroft se dio vuelta, encendiendo la linterna. Alan y Camilla lo siguieron cuando bajó los tres escalones. La ancha y pesada puerta sin picar porte o perilla por el lado de afuera, permanecía abierta unos centímetros por un delgado objeto de metal retorcido, calzado entre la puerta y el marco.

—Tuve que forzarla con mis propias manos —explicó el capitán—. No estaba cerrada con llave pero tiene una traba adentro. Así que debió ser forzada...

—Y se mantiene abierta —informó el doctor Fell—, por el histórico y valioso sacacorchos que siempre llevo conmigo. ¡Arcontes de Atenas! —jadeó, haciendo un gesto horrible contra la luz—. Si es que vamos a entrar, ¿no será mejor hacerlo ahora? Mientras usted hablaba con nuestros amigos, me aventuré a abrir un poquito más la puerta. No estoy seguro, pero me pareció escuchar pisadas ahí dentro; tal vez estoy imaginándolo, pero me preguntaba...

—¿Qué?

—Me preguntaba —dijo el doctor Fell—, si alguien más llegó aquí antes que nosotros.

CAPÍTULO 16

—Alguien más, ¿eh? —interrumpió el capitán Ashcroft—. ¡Pronto veremos eso!

Era demasiado optimista, pensó Alan. El capitán Ashcroft mantuvo abierta la gran puerta hasta que los otros pasaron, bajando dos escalones dentro del oscuro pasillo. Luego dejó que la puerta se meciera, quedando no del todo cerrada. Luego, dirigiendo hacia adelante el rayo de su gran linterna, se apresuró a unirse al doctor Fell. Camilla y Alan los siguieron a corta distancia.

Un pasillo bastante amplio, con suelo de hormigón, atravesaba el ancho del edificio. O la escuela había sido abandonada recientemente, decidió Alan, o había estado muy bien cuidada en el interior. A pesar del aire sofocante del corredor semisubterráneo, no había olor a humedad o moho.

A cada lado del pasillo notó vagamente al entrar una puerta cerrada, con un panel de vidrio opaco. Tenía la pequeña linterna en su mano derecha, pero no la utilizó para investigar. En cambio, con Camilla colgada de su brazo izquierdo, siguió el largo rayo, mientras el doctor Fell y el capitán Ashcroft guiaban el camino. Sus voces retumbaban en ecos.

El doctor Fell carraspeó con difícil entonación:

—Ya que una vez fui maestro de escuela...

—Se siente como en su casa, ¿eh? —agregó el capitán Ashcroft. ¡Muy bien!, ¿pero qué estamos buscando?

—Algo —replicó el doctor Fell—, que el bromista, que no es un bromista, ha llamado nuestra atención. O ya estaba aquí, como la foto de Poe en el fuerte Moultrie, o ha sido puesto aquí para que nosotros lo encontremos. Hasta ahora, al menos, nuestro anónimo amigo ha sido exacto. ¡Arcontes de Atenas!, —hizo una pausa señalando hacia adelante—, ¿será ésa la escalera que da al piso principal?

Era. Donde el pasillo transversal cruzaba otro central a través del edificio, una amplia escalera con escalones de hormigón y con una baranda de pesado hierro y madera llevaba arriba, hacia sombras más densas.

—Y eso no es todo —murmuró Alan en el oído de Camilla.

—¿No es todo? —respondió Camilla.

Habían cruzado más puertas, a derecha e izquierda. Hacia una de la derecha Alan envió momentáneamente un rayo de luz. Su panel no tenía número, pero sobre el vidrio opaco resaltaban las letras *Actividades Manuales*. Camilla se aferró de su muñeca y dirigió la luz hacia otra puerta, a la izquierda.

Ciencias Domésticas —su insistente murmullo prosiguió—, actividades manuales para los chicos, ciencias domésticas para las chicas; como en cualquier escuela

establecida hace cuarenta años. Pero, ¿qué quisiste decir con “esa escalera no es todo”?

—Sígueme, camina adelante; te lo mostraré.

Como si trataran de hacerse invisibles para el capitán Ashcroft y el doctor Fell, quienes estaban subiendo la escalera, la guió una media docena de pasos más adelante. En el ángulo donde se cruzaban los dos pasillos, Alan apoyó su hombro contra una amplia puerta de vaivén y la abrió.

Era la galería que rodeaba el profundo pozo del gimnasio. La distorsionada luz de la luna, que pasaba a través de cortinas mal cerradas, tocaba el piso lustrado unos cinco a seis metros más abajo. Desde ese piso, a través de todos los confines de la galería, se respiraba una palpable atmósfera de pasados juegos de basket y ejercicios musculares.

—¿Sabes?, éste no es el subsuelo —le confió Alan—, si miras las escaleras, allí, verás unos escalones, que llevan abajo. Hay otro piso debajo de éste, la habitación de los armarios para el gimnasio, la habitación de la caldera, todo el mecanismo del lugar cuando estaba en uso.

—Supongo que es así —dijo Camilla en voz baja—, pero hay algo opresivo, ¿cuál sería la palabra?, algo horriblemente furtivo en esto, ¿no te parece? Podría haber jurado que vi..., sé que nada se movió, no realmente. ¿Sin embargo...? —Pasó el brazo izquierdo alrededor del cuello de Alan—. ¿Por qué no subimos a reunirnos con los otros?

Subieron apresuradamente, dejando que la puerta de la galería se cerrara sola. En el amplio piso superior, con suaves baldosas en el suelo, el capitán Ashcroft permanecía en el ángulo que formaban los pasillos central y transversal, y usaba el rayo de su antorcha como señalador.

—Debemos encontrar las habitaciones, eso es todo —dijo—. Debe de haber muchas más que 26, en este lugar. Sólo que algunas no tienen número, sólo nombres. ¡Como ésa, allí!

—¿Se refiere a la oficina? —rugió el doctor Fell, siguiendo la luz—, ¿puedo sugerir que la investiguemos sin demora?

—¡Muy bien! Supongo que es correcto. ¿Pero, por qué la oficina?

—¡Mi querido señor! Ya que la electricidad y el agua funcionan, puede ser que el teléfono también funcione. Y si el teléfono funciona...

—¿Bien?

—¿Miramos?

El olor a tiza y a pizarrón aún vagaban por esos corredores. Adelante, al norte, las grandes puertas de entrada al edificio enfrentaban al camino Fort Johnson sobre una serie de escalones de piedra que bajaban al patio. A la entrada había un amplio vestíbulo. Luego, en la pared, a la derecha, si uno miraba al frente, estaba el panel de vidrio de la puerta de entrada a la oficina.

El capitán Ashcroft iluminó el camino, mientras él doctor Fell se adelantaba

pesadamente, abría la puerta y tocaba una llave de luz en la pared interior.

Era una habitación bastante amplia, que una vez perteneciera a una secretaria. Una luz brilló en el techo, otra sobre el escritorio de la secretaria, dejando ver austeras paredes oscuras forradas con ficheros. Las ventanas, a unos cuatro metros sobre el suelo miraban hacia el este y al invernadero. En la pared, sobre el escritorio, colgaba una fotografía de Tomás Edison y sobre el escritorio había un teléfono y una guía telefónica de Charleston. En la pared, a su derecha, al sur, una, puerta de madera lustrada tenía la siguiente inscripción en letras doradas: *J. Finley Sooner, Director*.

El doctor Fell, más colorado que nunca, apoyó su sombrero sobre el escritorio, puso el bastón junto a éste, y pestañeó como un búho hacia la puerta de la oficina del director.

—Un nombre como *J. Finley Sooner*, supongo, debe haber constituido un deleite sin final para el juvenil sentido del humor. Había un joven llamado Sooner, quien se dedicaba a cantar. Vamos, ya es suficiente.

Jadeante, suavizando su garganta, levantó el teléfono y lo llevó a su oído. En el silencio de la noche, los cuatro pudieron escuchar el zumbido que indicaba una línea abierta. El doctor Fell dejó el teléfono.

—Escuchen y observen —dijo triunfalmente— que el aparato está en excelente estado. Si puedo preguntar, capitán, ¿hay otro teléfono en los alrededores de Maynard Hall más cercano?

El capitán Ashcroft lo miró fijamente.

—No, éste es el más cercano. Hay uno en la estación de investigación de la Marina, seguramente; pero no podría usarlo ningún extraño. No hay mucha gente en esta parte de la isla, ¿recuerda? El único teléfono que conozco está en una tienda en la intersección de caminos, a unos kilómetros por el camino en dirección opuesta. —Hizo una pausa, excitado—. ¿Está pensando en el bromista que se ha estado divirtiendo con nosotros?

—Así es.

—Ayer por la tarde, él o ella, me llamó por teléfono con toda esa historia sobre el hacha. ¿Piensa que la llamada fue realizada desde aquí?

—Creo que es muy probable.

—Muy bien; pero eso, ¿qué prueba?

—¿Qué prueba? —exclamó el doctor Fell, incorporándose—. ¡Mi querido señor!, como evidencia, en una corte no pasaría nada; pero tampoco tenemos que probar nada en lo que respecta al bromista. Su identidad es opuesta a la del asesino, ya que son dos personas diferentes y muy opuestas, y ya ha sido revelada porque una persona sabe demasiado.

—Sí —agregó el capitán Ashcroft—, y eso es lo que se me adhiere al buche. Será algo bueno para mí, gracias a ustedes, si podemos aclarar todo este asunto antes del interrogatorio del criminalista, el lunes. Sabemos quién es el asesino, o al menos estamos bastantes seguros de saber quién es él. Pero, ¿quién diablos es el bromista y

por qué ha estado haciendo bromas? Si no me da alguna razón, ¿por qué sigue insistiendo en que no es importante? ¿Y qué haremos ahora?

—Encontraremos la habitación 26 y la evidencia que nos espera. Con su permiso, señor, usaremos la electricidad de la escuela lo menos posible. ¿Encenderá su antorcha nuevamente, por favor, mientras yo apago estas luces?

Camilla se acercó más a Alan, mientras el doctor Fell, tomando su sombrero y su bastón, retrocedía hacia la llave de la luz, en la pared junto a la puerta.

—En este asunto, ¡perdónenme!, estuve a punto de cometer un error estúpido antes que la suerte o el azar restauraran mi equilibrio. He tropezado una vez, y malamente; no deseo que eso se repita. Si en realidad alguien nos estuviera siguiendo y observando en este momento...

La voz del doctor Fell se perdió; las luces se apagaron. Excepto por un poco de luz de la luna que se filtraba a través de la ventana y rozaba la alfombra, la oscuridad descendió como una capucha impalpable. Y en el cerebro de Alan se revolvió todo el reino de una pesadilla. Porque realmente eran observados.

Fuera de la ventana derecha, con su marco inferior a unos cuatro metros del suelo, se elevaba, atisbando, la sombra de alguien arrodillado en el alféizar exterior. La figura parecía mover su cuello curiosamente; la luz de la luna proyectó una sombra desfigurada a través del suelo.

El capitán Ashcroft, murmurando un juramento re sonante, dirigió su linterna hacia la ventana. La pesadilla se desvaneció casi con un grito de anticlímax.

La siniestra figura era sólo Yancey Beale. Yancey, con pantalones y un saco *sport*, permaneció de rodillas sobre el borde exterior, manteniendo el equilibrio, aferrándose a los bordes de la pared de ladrillos. Dijo o gritó algo cuando el capitán se acercó a él, pero no se escuchó nada a través del vidrio.

La ventana no se abría como una ventana corrediza común. Cuando se tiraba de un picaporte de metal, en el borde inferior del marco, toda la ventana inferior giraba hacia adentro y hacia arriba, haciendo un ángulo agudo, dejando espacio suficiente como para que alguien se arrastrara adentro.

Un hirviente capitán Ashcroft la abrió de un tirón. Con una contorsión milagrosa, Yancey, pálido y ojeroso, meció sus piernas a través de la abertura y se dejó caer. Luego permaneció de pie dentro de la habitación, apoyándose contra la ventana para cerrarla.

—¿Bueno? —demandó el capitán Ashcroft, quien se había llevado una sorpresa más grande de lo que admitiría—. ¿Qué piensa que está haciendo? ¿No se había ido a su casa?

—¡Sí!, me fui a casa hace varias horas, ¡pero he regresado!

—Ya lo vemos. ¿Qué es lo que está haciendo aquí?

—Ezequiel, por Dios, ¡tenga corazón! Tenía que ver cómo estaba Madge. No podía abandonarla, ¿verdad?

—¿Y bien?

—Comencé a preocuparme por ella, —dijo Yancey, haciendo gestos mientras el otro dirigía la luz a sus ojos—, así que regresé hace 20 minutos. Su carcelero está de guardia en la puerta del dormitorio; ni siquiera me dejó hablar con ella. Y si se trata de hacer preguntas, hijo —exclamó— ¿qué se propone la policía? ¿Tienen a Madge incomunicada? ¿O es algo por el estilo?

—¡No, por supuesto que no! ¿Por qué haríamos eso?

—¡Eso es lo que quisiera saber! Está separada e incomunicada. NO, no podría estar más separada del mundo si la pusieran en prisión. ¿Cuál es el juego, Habakkuk? Según me parece esa joven necesita un abogado mucho más que un médico.

—Tal vez sea posible. Sabemos lo que hacemos, muchacho; ¡tenemos nuestros motivos! ¿Ahora va a decirme?

—¡Muy bien, muy bien!

En la oscuridad de la oficina, Yancey agitó una mano hacia el doctor Fell, Camilla y Alan, a manera de saludo. Después comenzó a hablar nuevamente.

—Encontré a George —continuó—, cuando ya se iba a acostar. George no estaba cerrando con llave; nadie lo hace en ese lugar; vean el lío en que nos encontramos. Bueno, todos se habían ido a la ciudad. —Miró a Alan y a Camilla—. Sabía que ustedes dos se habían ido, por supuesto. Pero parece ser que Valerie se llevó a Bob Crandall en su auto para que la llevara a cenar a algún lugar. Rip Hillboro fue el siguiente en irse para ver la última función en el Riviera. Rip aún no ha regresado; Bob tampoco; Valerie tendría que aparecer en uno o dos minutos, aunque sólo fuera para llevar de regreso a Bob, pero no lo ha hecho. ¡Nadie ha regresado, y son casi las 11!

”Según George, nuevamente sus ojos buscaron a Alan y Camilla, ustedes dos regresaron pasadas las 10, pero salieron nuevamente sin decir nada. No es necesario ser un genio para saber porqué”.

Aquí, Yancey se enderezó y miró al capitán Ashcroft.

—Me pregunta qué estoy haciendo aquí, ¿no? Lo mismo que todos los demás. Deduzco Jehoshaphat, que dos partidas, usted y el doctor Fell en una, los dos casi —pero— todavía —no enamorados en la otra— vinieron aquí separadamente después de que ambos interpretaron el cuarto mensaje del pizarrón, y se encontraron en la escalera de entrada.

—¿Por qué piensa que fue así?

—Porque a mí me sucedió lo mismo —replicó Yancey—. ¡Gran Dios! Después de hablar con George arriba, bajé a la biblioteca y a la sala de armas y encontré un trozo que sólo podía significar Escuela Secundaria Joel Poinsett, habitación 26.

”Recuerden que estaba completamente solo. Pero permanecí allí hablando en voz alta conmigo mismo, lo que se supone es una señal de que uno se está volviendo loco. Y yo creo que me estoy volviendo loco. Porque después de hablar conmigo mismo (o mejor dicho gritarme) sobre el mensaje y su significado, salí al jardín trasero para refrescarme la cabeza antes de venir aquí. Y una voz me habló por detrás de una

enredadera de rosas, cuando no había nadie allí”.

—Sí —dijo el capitán Ashcroft—, está en camino al manicomio, sin ninguna duda. ¡A menos —gritó—, que quiera hacernos tragar la historia más tonta que alguna vez le haya causado problemas a un hombre! De cualquier manera...

—¿No le entra en la cabeza, capitán, que no estoy bromeando?

—Muy bien, no está bromeando. ¿Qué sucedió?

—He tratado de decírselo. “Oscuridad de la luna”, ¿no fue lo que dijo hoy el doctor Fell? No había nadie en ese jardín y no podría haber estado nadie allí. Madge estaba arriba custodiada; todos los demás no estaban en la casa. Y sin embargo la voz habló, un murmullo incorpóreo, mientras pasaba junto al rosedal cerca de una de las puertas de vidrio de la sala de fumar.

—¿Como una voz por teléfono?

—¡Sí! Sólo que detrás del rosedal, no en un teléfono. “Si debe ir a esa escuela, ¡mucho cuidado!” y nuevamente. “Si debe ir a esa escuela, tenga cuidado”. Corrí hacia allí y miré tras él; pero no había nadie.

—Si estaba solo, ¿cómo se enteró alguien que pensaba venir aquí?

—Porque estuve hablando conmigo mismo, ¿no se lo dije? Había estado hablando solo en la sala de armas, con la ventana francesa abierta antes de que la cerrara a causa de los mosquitos. Cualquiera que estuviera cerca me hubiera escuchado murmurar sobre la escuela y la habitación 26.

—¿Pero, quién pudo estar allí?

—Capitán, no puedo evitarlo si no me cree. Tal vez no espero que lo haga. ¡Y sin embargo estoy diciendo la estricta y literal verdad! Explique la voz como quiera, pero me puso muy nervioso. Aunque no dejé que me deprimiera. Así que vine hasta aquí con la idea de romper una ventana e investigar por mí mismo. ¿Dónde está la habitación 26?

—No lo sabemos, pero pronto lo descubriremos. ¿Sabe algo sobre esta escuela?

—Nada; nunca antes había estado aquí.

—Por el momento, mi muchacho —dijo el capitán Ashcroft pesadamente—, suspenderemos el juicio de su historia. Será mejor que nos siga mientras buscamos esa habitación; al menos no se meterá en problemas y no escuchará voces detrás de nada si nosotros estamos presentes. ¿Está listo, doctor Fell? ¿Están todos listos?

Durante los 15 minutos siguientes, Yancey iba adelante con el capitán Ashcroft y el doctor Fell, los otros dos quedaron atrás, exploraron cada rincón del piso principal. La gran linterna del capitán dirigía las operaciones. Yancey, aún muy nervioso, encendía fósforo tras fósforo.

Encontraron un salón de actos pequeño pero vistoso, que ocupaba aquí la misma superficie que debía ocupar abajo el gimnasio. Abrieron todas las puertas de clase una tras otra. De paredes oscuras colgaban las mismas fotografías de autores barbudos del siglo XIX (poderosos *yankees*, no es así, —observó el capitán Ashcroft—) que podrían haberse encontrado en cualquier escuela de su época. Pero no habían

revisado más de doce clases cuando, en una desordenada lluvia de ecos, se dirigieron hacia arriba por otra ancha escalera que llevaba al segundo piso.

Otra exhaustiva investigación que tampoco tuvo ningún resultado. Había un gabinete de estudio con sólidas mesas y sillas. También una habitación para conferencias de química con asientos en hileras, un laboratorio de química, despojado de su equipo y una habitación de un “curso comercial” donde las máquinas de escribir tenían teclas en blanco. Los cuadros en una docena más de habitaciones eran topográficos pero aún familiares: la iglesia de Stafford, en Avon; el Coliseo Romano; un paisaje del Gran Canal de Venecia.

Pero no había señales de la habitación 26. Con cierta desesperación se reunieron en el vestíbulo alrededor de una fuente artificial, vagamente iluminada por la luz de la luna. El doctor Fell, destacándose en las sombras, levantó la mano pidiendo silencio.

—Hemos contado cuidadosamente —dijo—. Éste es el piso superior, el único otro piso, y no hay un número más alto que el 24. A menos que seamos las víctimas de una burla sin sentido...

—No es, una burla —dijo Camilla repentinamente— ¡creo saber cuál es!

Había hablado a Alan, pero las cuatro cabezas se volvieron en su dirección.

—Cuando entramos por el subsuelo, (no es realmente el subsuelo, según Alan, pero saben a qué me refiero) había algunas puertas en el pasillo, que no revisamos. Pensándolo bien, había una puerta de vidrio a cada lado de la entrada. ¿No estaría de acuerdo con este caso, si la habitación que buscamos fuera la primera que pasamos sin siquiera notarla?

—Camilla, querida —se alegró Yancey—, ¡esto se llama inspiración! Por las barbas del profeta, ¡diste justo en el blanco! La habitación 26 está en el subsuelo; debe estar allí, con lo que sea que nos espera. ¿Vamos?

E instantáneamente giró, quedando en equilibrio para correr escaleras abajo.

—¡Un momento! —dijo el capitán Ashcroft—. Este vestíbulo está tan resbaladizo como una pista de baile. ¿Quiere caerse y romperse el cráneo? ¿No puede ir despacio?

—¡No, oh profeta, definitivamente no! El viejo Yancey no puede nunca ir despacio. Desearía hacerlo, pero no puedo. Además, si alguien está emboscado al acecho para atacar, quiero detenerlo antes de que ataque. ¡Vamos!

Y Yancey desapareció a través de las sombras y la rota luz de la luna. A lo largo de todo su calmo descenso, guiados por los golpes de bastón del doctor Fell, escucharon las fuertes pisadas de Yancey; hasta la planta baja sin tropiezos ni caídas, alrededor del pilar de la escalera y luego en ecos bajando más escalones hacia el sótano.

Era una escuela común, se dijo Alan; respiraba una siniestra sugestión a causa de la noche o por su mente preocupada. Y, sin embargo, las sugerencias siniestras se apilaban hasta casi sofocarlo. Veinte segundos más tarde, cuando los cuatro llegaron al pie de la escalera del sótano, encontraron una interesante escena.

A su derecha, hacia el oeste, el corredor transversal se extendía oscuro, hacia la puerta lateral por la que habían entrado. A Yancey Beale parecía no importarle ese corredor. En cambio, caminó unos pasos por el corredor central que lo dividía en dos. Encendió un fósforo frotándolo contra la parte trasera de sus pantalones y lo sostuvo en alto observando la doble puerta de madera que llevaba a la galería del gimnasio.

Primero el capitán Ashcroft, luego el doctor Fell, Alan y Camilla lo seguían instintivamente unos pasos más adelante del ángulo del corredor transversal. Por un instante, Yancey los miró, la pequeña llama brillaba a un costado de su rostro y dentro de los opacos ojos oscuros. Luego su atención volvió a la doble puerta.

—¿Sí? —gritó repentinamente—. ¿Quién es? ¿Quién está allí?

Y corrió directamente hacia la puerta, abriéndola con un hombro y dejándola balancearse tras de sí. Si los otros no podían verlo, al menos escuchaban sus pisadas alrededor de la galería, persiguiendo Dios sabe a quién.

—¡Regrese! —gritó el capitán Ashcroft, dirigiendo un rayo de luz hacia la puerta—. ¡Vuelva, tonto! Ya le dije antes...

—Está todo bien, ¿verdad? —exclamó Camilla—. ¿Quiero decir, está él bien? Odiaría pensar...

—Entonces no lo piense —le aconsejó el capitán Ashcroft—. ¡El muchacho está loco como una cabra! Está persiguiendo a su imaginación, eso es todo; aquí no hay nadie más que nosotros. Por un momento el doctor Fell pensó que podría haber alguien más, pero no es así. Excepto nosotros cinco, no hay un alma en...

Entonces todos permanecieron inmóviles. Porque todos lo escucharon.

Primero fue el tintineo de un banjo, luego una viva voz de tenor elevada en canto. Apagada, como si interviniera alguna obstrucción, y sin embargo el sonido era fuerte en el silencio de la noche, el ruido estallaba grotescamente desde algún lugar en ese piso.

“Oh, yo vengo de Alabama
con un banjo sobre mi rodilla;
Y voy a Luisiana
Para ver a mi Susana.
¡Oh, Susana...!”

Respaldadas por una orquesta, muchas voces masculinas retomaron el coro y siguieron la canción tres versos más. Luego, la música y las voces, cuando parecían a punto de desaparecer, se elevaron en una canción sentimental.

“El sol brilla en la vieja casa de Kentucky;
Es verano, los días son felices...”

Los cuatro se trasladaron del corredor central al trasversal. La luz del capitán Ashcroft y el rayo de la pequeña antorcha de Alan, se extendieron a lo largo de éste.

—¡Tenía razón! —y el capitán Ashcroft señaló a Camilla—. Proviene de una de esas dos puertas al final, a la derecha y a la izquierda. Pero, ¿quién está dando una serenata a esta hora de la noche?

—¿Serenata? —jadeó el doctor Fell—. Suena demasiado mecánico, seguramente, para ser voces en vivo. Y hay un cierto ruido. Me parece que...

Alan y el capitán Ashcroft ya habían corrido por el corredor. La luz de Alan balancéandose hacia lo que ahora era la puerta derecha, acercándose desde esa dirección, señaló la puerta de vidrio con el número 25. Luego la giró a la izquierda, hacia la puerta opuesta, y finalmente, habían encontrado la habitación 26.

Los voces, habiendo terminado de recordar su vieja casa en Kentucky, hacían ahora un gran escándalo con “La linda bandera azul”. Pero la habitación estaba a oscuras.

—¡Tranquilos! —dijo el capitán Ashcroft—. ¡No hay apuro!

Girando el picaporte, empujó la puerta hacia adentro lo suficiente como para introducir la mano y buscar la llave de luz en la pared, a la izquierda. El ambiente, detrás de la puerta de vidrio, se iluminó. Introduciendo la linterna en su bolsillo, el capitán Ashcroft abrió totalmente la puerta y la sostuvo con un trozo de madera que encontró en el suelo.

Estaban frente a una amplia habitación cuadrada, una clase como cualquier otra, excepto por el pizarrón que era portátil y estaba sobre un caballete junto, al escritorio del profesor, como el de Maynard Hall.

Bajo una luz no muy brillante, Alan vio cuatro pequeñas ventanas cuadradas en la pared que daba al oeste. A poca distancia de esa pared, el escritorio del profesor enfrentaba al este hacia filas de pupitres convencionales, un poco ásperos y gastados, y un reloj eléctrico sobre la pared este. Arrinconado en el ángulo sudoeste de la habitación, había un pequeño piano anticuado, y encima yacía un viejo saxofón sin caja ni funda. En el ángulo noroeste de la habitación, opuesto al escritorio, había una vieja victrola de la clase que era popular cuando se abrió la escuela. También estaba vieja. Se le daba cuerda con una manija; la tapa estaba abierta; las exuberantes voces entonaban un “Dixie”.

—Música, ¿eh? —dijo el capitán Ashcroft mirando a su alrededor—. Enseñaban música, ¿no es así? —Señaló la victrola—. ¡Y apaguen esa maldita cosa!

Así lo hizo Alan, deteniendo el disco sin levantar la púa de su surco. El viejo disco en la placa giratoria tenía la inscripción “Muy al Sud en Medley”, entre otras cosas que no se detuvo a leer.

Levantó la vista. La oscura luz amarillenta no alentaba la curiosidad, pero Camilla, a su lado, señalaba frenéticamente hacia el escritorio. Y Alan no necesitaba mucho para que su atención se fijara allí.

Sobre el escritorio, junto a un metrónomo, que obviamente pertenecía a esa

habitación, yacía algo que nunca perteneció a ese lugar. Era un paquete de cartas, quince o veinte sobres de buena calidad, sujetos por una ancha cinta rosa, como si hubieran sido atados por manos enamoradas.

Alan caminó hacia allí y levantó el paquete. Las cintas cruzadas sobre la parte superior del sobre escondían el nombre del destinatario, y toda la dirección, excepto *Goliath, Connecticut*, que estaba escrito firme y claramente. El sello del correo no sirvió de gran ayuda, estaba tan borroneado que sólo se podía leer *Mass*. La fecha podría haber sido cualquier mes de cualquier año reciente.

Nuevamente Alan elevó la vista. El doctor Fell, sombrero y bastón bajo el mismo brazo, se acercaba a él con la mirada atontada de quien ha recibido un golpe en la cabeza.

—¡Magistrado! ¡Estas cartas! —Alan se las extendió—. ¿Es lo que se supone que debíamos encontrar?

El doctor Fell tomó las cartas, girándolas entre sus dedos.

—Mi querido amigo, no me queda la menor duda. No son (si así puedo decirlo) nativas de la escuela. Han sido consideradamente precavidas.

El capitán Ashcroft se aproximó, mirando fijamente el paquete sin intentar tomarlo.

—¡Esa escritura! —dijo.

—Oh, sí. Conocemos la letra —interpuso el doctor Fell—, pues la hemos visto recientemente. Por lo tanto, con su permiso.

—¿Sí?

—Por lo tanto —el doctor Fell deslizó las cartas dentro de su bolsillo— no examinaremos su contenido ahora por dos razones.

Apoyando el sombrero y el bastón sobre el escritorio, se colocó tras él en posición de conferenciante, los anteojos brillantes y el bigote levantado, listo para un discurso impresionante.

—Primero —dijo—, porque las cartas contienen información que nosotros ya hemos deducido. Segundo...

Casualmente se inclinó hacia adelante, tomó el metrónomo, lo puso en movimiento, y lo volvió a colocar sobre el escritorio. La pequeña varilla de metal comenzó a moverse hacia uno y otro lado.

—Segundo —prosiguió el doctor Fell, señalando primero las cuatro ventanas, atrás y sobre su cabeza, como si ésa no fuera la dirección que quería señalar, y después hacia la puerta abierta de la habitación 26—, segundo, porque sólo seríamos interrumpidos. Alguien se está acercando al edificio por la misma entrada que usamos nosotros. A no ser que se trate del joven señor Beale, parece ser que tendremos otro visitante.

El tictac del metrónomo dejaba escuchar sus golpes medidos en el silencio. La gran puerta lateral, que el capitán Ashcroft no había cerrado del todo, fue abierta violentamente. Y Valerie Huret entró en la habitación 26.

Los hombros erguidos, aún vestida de blanco y con una cartera del mismo color bajo el brazo, parecía sostenerse por un poder externo, superior a sus fuerzas. Contrastando con su rostro pálido, los ojos habían adquirido un brillo de lo que podría ser rabia incontenida o casi locura.

—¡Bien! —comenzó a hablar a través de sus apretados labios—. ¡Bien! Camilla no fue la única que escuchó hablar acerca de esa puerta lateral.

—¡Bueno, señora! —replicó el capitán Ashcroft girando cómo un toro para enfrentarla—. ¿Debo decir que éste es un placer inesperado? Ha vuelto de la ciudad, ¿no es así?

—Sí. Los otros también. La película en el Riviera terminó a la diez y media. Rip Hillboro, Bob y yo nos reunimos en el Swamp Fox Room. Luego regresamos.

—¿Los otros están con usted, señora? ¿Aquí, en la escuela, me refiero?

—No. Rip insistió en que debía ver el último *show* en televisión. “Los sábados a la noche comienza a las once y cincuenta en vez de a las once y media”. Bob dijo: “Ya has visto una película esta noche; ¿debes ver una maldita película vieja para poder dormirte?”. Pero Rip insistió. Ambos estaban medio dormidos, así que se sirvieron algo para beber y se sentaron. ¿Pueden adivinar por qué estoy aquí?

—Espero, señora, que usted también entendió el mensaje del pizarrón.

—Oh, entendí el mensaje, un niño podría haberlo hecho. Eso me dijo dónde debía ir; pero no es la razón por la que estoy aquí. Estoy aquí —casi grita Valerie—, para denunciar a alguien y decir la verdad al fin. Detrás de esto está toda la perversidad del infierno, y sin embargo ustedes no lo ven. Se supone que son inteligentes, especialmente el doctor Fell. Pero no lo son; ¿cómo no lo ven!

—¿Ver qué? —demandó el capitán Ashcroft—. Si quiere acusar a alguien, ¿no sería mejor que lo hiciera? ¿Y a quién querría acusar de todas maneras? Se ha mantenido muy cerca de Bob Crandall, lo he notado. Pensamos que era porque él le gustaba, tal vez tuviera otro motivo. ¿Acusa al señor Crandall de asesinato?

—¿Acusar a Bob Crandall? ¿Está loco?

Tic, tic, tic, el metrónomo dejó oír su tictac. El aliento silbó a través de la nariz de Valerie. Había corrido hacia el frente del escritorio. Dejando a un lado cualquier pretexto de dirigirse al capitán Ashcroft, hablaba directamente al doctor Fell.

—Es un buen hombre. Ya lo he dicho antes, y lo vuelvo a repetir. Es demasiado bueno para esa casa y las cosas que no quiere ver. ¡No, no me refiero a Bob Crandall! Me refiero a alguien que es perverso y maldito como nadie lo ha sido desde los días de la brujería, hace trescientos años. Me refiero a...

El disparo de un, revólver de calibre pequeño, hecho por alguien que había permanecido inclinado fuera de la ventana, estalló en un ruido agudo y un limpio agujero apareció en el vidrio.

Valerie no cayó hacia atrás, como hubiera sucedido bajo el impacto de un proyectil más pesado. En cambio se tambaleó hacia el costado derecho. La cartera se deslizó de su brazo. Con movimientos torpes para una dama tan graciosa y flexible,

cayó hacia adelante, en diagonal, con los brazos estirados hacia adelante.

Las manos golpearon la victrola con sus cuatro pequeñas ruedas. Se golpeó la cabeza y yació contorsionándose. Sobre el blanco de su vestido, un hecho que se entendió sólo después, la sangre brotó por una herida en la mitad de su espalda. Cuando la victrola rodó contra la pared, el mecanismo comenzó a funcionar, y las ásperas voces se elevaron con horrible seriedad y fervor, estrepitosamente.

“¡Desearía estar en Dixie! ¡Hurra! ¡Hurra!
En la tierra del Dixie ocuparé mí lugar
Para vivir y morir en Dixie:
Lejos, lejos, lejos, al sur en Dixie.
¡Lejos, lejos, lejos, al sur en Dixie!”.

CAPÍTULO 17

Después del tumulto que siguió, Alan no volvió a Maynard Hall hasta muy tarde en la noche del domingo dieciséis de mayo, casi veinticuatro horas más tarde. Pero tuvo noticias de Valerie Huret mucho antes.

Valerie fue herida, a las once y media, en la noche del sábado. De regreso a su hotel, pasada la una de la madrugada, Alan y el doctor Fell fumaban un último cigarrillo en el vestíbulo cuando el doctor Fell fue requerido al teléfono. Era el capitán Ashcroft, que llamaba desde el gran hospital en la calle Calhoun, no muy lejos de allí. Escuchando fuera de la cabina telefónica, mientras el doctor Fell levantaba el tubo y formulaba una pregunta, Alan pudo escuchar claramente la respuesta del capitán Ashcroft.

—¿Muerta? —exclamó la voz, incrédulamente—. ¡No, la dama no está muerta! Está bajo sedantes, pero no está seriamente herida.

—¡Señor!

—Es una herida rara, según el doctor, no es común, pero tampoco desconocida. No tendré que describirle el arma, ¿verdad? Usted mismo encontró dos revólveres en el sótano del Hall: un Smith & Wesson, calibre 32 y una pistola calibre 38. ¿Recuerda?

—Oh, sí, ya recuerdo.

—Por lo que ven en la televisión, la gente piensa que es fácil matar a alguien de un disparo. El asesino, un asesino en potencia, robó la 32 y disparó a través de la ventana, apuntando al corazón de la señora Huret. El proyectil la hirió un poco más abajo del esternón. En vez de penetrar muy profundamente, pasó alrededor de una costilla bajo la piel y salió por su espalda sin siquiera atravesar el pecho. Luego el asesino arrojó el revólver y salió corriendo; no hay huellas digitales, pero tampoco una muerte. Tal vez sentirá algún dolor pero estará bien en poco tiempo.

—Muchas gracias por este alivio. ¿Hay alguna otra novedad?

—¡Ya lo creo que hay otras novedades! ¡Tantas que no puedo contárselas por teléfono!

—¿Bien?

—Estoy muy orgulloso de estar a cargo de este caso, a pesar de que usted me señaló dónde buscar. Mañana, doctor Fell, me ocuparé de todo; no puedo dejar a un lado este sucio trabajo por más tiempo. Por “sucio trabajo” no me refiero al arresto, eso es fácil, es un placer; de todas maneras eso vendrá después. Quiero decir... oh, ¡no importa! Así que, si no le parece mal, no lo necesitaré hasta mañana al atardecer después de la cena; le enviaré un auto y ya le avisaré la hora. Entonces, si nuestros

planes marchan bien...

—Si es que marchan bien. ¡Oh, sí!

—Mañana —dijo el capitán Ashcroft— será una larga noche y quizás un poco escabrosa, de modo que no necesitaré al señor Grantham hasta después de verlo, a usted; arreglaremos eso más tarde. Mientras tanto, arregle sus asuntos y quédese tranquilo; le avisaré con tiempo. ¿Me entiende?

—Vaya tranquilo —dijo el doctor Fell—, no se puede aplicar bien a este asunto, pero yo lo comprendo: ¡Varium et mutabile Semper fémina! Lo entiendo perfectamente.

Tanto él como Alan durmieron hasta tarde la mañana siguiente, y tomaron el desayuno al mediodía. Durante la tarde visitaron todos los lugares que les fue posible en un domingo soñoliento. Parecía el momento indicado para explorar iglesias: San Felipe gris, envuelta en paz bajo las altas cúspides; San Miguel, cuyas campanas repican melodías diferentes para cada festividad, y en cuyos jardines era agradable pasear. En la Galería de Arte Gibbes, no lejos de San Miguel, el doctor Fell miró atenta y detenidamente el retrato hecho por Benjamín West, del coronel (luego general) William Moultrie.

Pero ninguna distracción servía. Ambos tenían una tendencia a rabiarse y a morder sus nudillos con impaciencia. No era sólo que el doctor Fell se negara a comentar el asunto Maynard; contrariamente a su costumbre, hasta se negó a hacer insinuaciones, a pesar de su preocupación constante.

—¿Qué quiso decir —estalló Alan en un momento— con ese refrán en latín sobre que la mujer es siempre inconstante y cambiante? ¿Qué mujer en particular, y bajo qué circunstancias?

—¡Si solamente —jadeó el doctor Fell— se hubiera ocupado de un hombre por vez! Hubiera sido mucho más simple, ¿no le parece?

Cenaron muy temprano para compensar el almuerzo. Poco después de las siete una patrulla guiada por el sargento Duckworth llegó al hotel para buscar al doctor Fell; Alan quedó esperando.

Alan permanecía en su propia habitación, en el hotel, con el libro de rompecabezas que había comprado en una tienda a través de la calle, sin abrirlo. No tenía ninguna duda de que el caso estaba llegando a su fin, pero pudo llegar aun más lejos. La oscuridad descendía sobre Charleston; un claro de luces florecía al sur de la Batería; interminablemente Alan repasó los hechos de la noche anterior, después de que Valerie Huret cayó hacia adelante con su vestido blanco manchado de sangre.

Por instinto, habían salido rápidamente, encontrando, bajo la tercera de las cuatro ventanas, sobre la pared oeste, un revólver con un cartucho vacío en el tambor. Estaban pidiendo una ambulancia desde la oficina cuando Yancey Beale, explicando que había perseguido por todo el gimnasio a un intruso, puramente imaginario, regresó maldiciendo y disculpándose. Como una última búsqueda de evidencia se apresuraron a llegar a Maynard Hall, donde Rip Hillboro y Bob Crandall (la última

función ya había terminado) permanecían adormilados frente a la televisión y no pudieron contribuir con nada.

Alan aún meditaba.

Varium et mutabile semper fémína. Era de Virgilio, ¿no es así? Ya que tanto el doctor Fell como el capitán Ashcroft juraron que ninguna mujer era culpable, sería una irónica poesía, si en realidad el asesino fuera una mujer. ¿Estaría preparando el doctor Fell una emboscada? ¿Y si el asesino fuera Valerie Huret, y el aparente atentado contra su vida un error de dirección?

¡No!

Mentalmente, hasta físicamente Alan se estremeció. Estaba sospechando de acuerdo con la técnica de una historia de detectives, de la persona menos indicada, y no servía. En cambio, pasó a un campo de especulaciones más agradable y comenzó a pensar en Camilla. No podría haber dicho cuánto tiempo permaneció sentado allí, su mente vagando a través de todo tipo de caminos al final de los cuales estaba siempre Camilla, cuando el teléfono lo despertó.

—Sí, soy yo —dijo la voz de Camilla—. Sí, estoy en el Hall. ¿Qué sucede aquí, Alan?

—¿Me llamas por teléfono al hotel para preguntar qué sucede allí?

—¡Bueno!, ¡algo sucedió!

—¿Después que llegara el doctor Fell?

—No, antes. ¡Por la tarde, cuando aún no había oscurecido!

—¿De qué estás hablando, Camilla?

—La policía va y viene sigilosamente —dijo Camilla misteriosamente—. ¡Fi! ¡Fa! ¡Fum! ¿Y recuerdas la noche del viernes cuando Valerie casi tira la casa abajo a gritos?

—¿Bien?

—Hoy no fue Valerie. Estaba leyendo a Joyce en la biblioteca, esta tarde, cuando, arriba, la voz de una mujer dio un grito que helaba la sangre. Sólo un grito, y después, silencio.

—¿Quién gritó?

—No pude averiguarlo; nadie parece saberlo, creo que fue una de las mucamas. Desde la noche del viernes el pobre George, el mayordomo, ha tenido muchos problemas para lograr que las mucamas y el cocinero no se marcharan. Exteriormente George no parece preocupado, pero en su interior creo que está tan alterado como todos. Pero él puede disimularlo. Yo no grité, y no creo que fuera Madge. Así que pienso que fue Judith o Minnie Mae, ¿quién otra podría ser?

—¿Y Madge? ¿Cómo está?

—Ya no está incomunicada. Está levantada y anda por la casa; pero está muy nerviosa y casi no habla, por lo que no la culpo. Una vez se cruzó con el capitán Ashcroft en la escalera y él murmuró algo. Madge sólo dijo: “¡Otra vez no, niño tonto!” y no le prestó más atención. Eso no es todo. ¿Me estás escuchando, Alan?

—¿Sí?

—El capitán. Ashcroft dijo que después de la investigación mañana por la mañana; podremos irnos a casa. Aunque no lo creas, eso ha puesto a todos aun más nerviosos. El doctor Fell —la misma Camilla dudó—... ¡Un momento! Aquí está el doctor Fell, haciéndome señas. Quiere hablarte.

—Mi estimado amigo —se interpuso la voz del doctor Fell—, ¿sabe qué hora es?

—Casi las nueve, me parece; ¿es importante?

—No en particular, a pesar de que en realidad son las nueve menos cuarto. Si quiere venir hasta aquí ahora, su presencia será bienvenida.

—Sí, Alan —gritó Camilla—, ¡ven tan pronto como puedas!

El teléfono se cortó. Al apresurarse escaleras abajo para sacar su auto del estacionamiento, Alan halló que la noche, a pesar de agradable, estaba innecesariamente fresca y casi fría. Camino a James Island se encontró con el resto del tráfico dominguero; eran poco más de las nueve y media cuando guió dentro de los terrenos de Maynard Hall.

En el oscuro camino fuera del portón, estaba estacionado un auto con alguien adentro. Sin prestarle atención, Alan prosiguió. Bajo el pórtico se encontró con el elegante doctor Mark Sheldon que ya se retiraba.

—“Barcos que se cruzan en la noche —dijo el joven doctor—, y se hablan al pasar”. Cada vez que nos encontramos, señor, parece que yo tengo que salir corriendo para otro lado.

—Sí, así parece. Esta noche...

—Esta noche —prosiguió el otro, señalando el portón—, mi esposa está en el auto allí afuera. Annette no quiso entrar conmigo; dijo que no era correcto. Sentía que debía expresar mis condolencias, y sin embargo, adonde fuera estaba su amigo, el doctor Fell, parado frente a mí.

“Entiéndame bien, señor Grantham, no tengo nada en contra de Gideon Fell. Es un alma jovial, y tiene reputación de ser más agudo de lo que parece. Pero está siempre, francamente, ¿está siempre cuerdo?”.

—Por lo general siempre lo he encontrado lo suficientemente cuerdo. ¿Por qué lo pregunta?

—Tenía un par de largavistas —respondió Mark Sheldon seriamente—, me dijo que los había sacado de una habitación para trastos viejos en el altillo. No estaba usándolos, me entiende, estábamos adentro. Levantó los largavistas sin mirar a través de ellos; en cambio me miró a mí y dijo algo así como: “si se limpia la parte superior hay una esquina de madera que serviría de lugar de descanso”.

—¿Bien, doctor Sheldon?

—¡Realmente! Me preguntaba si “lugar de descanso” podría ser una oscura referencia al funeral del martes, y así se lo hice saber. Todo lo que respondió fue: “la ventana puede abrirse o cerrarse sin hacer ruido. ¡Por favor, observe, señor, que puede ser abierta o cerrada sin hacer ruido!”. Posiblemente yo sea muy materialista,

pero cuando la mente de alguien divaga, me siento incómodo. ¿O pudo haber tenido un significado?

—Tenía un significado, aunque no puedo fingir que lo sé. ¿Dónde está el maestro ahora?

—En la sala de fumar, donde está el televisor y el juego de damas. Está interrogando a Rip Hillboro. Y ahora debo irme. ¡Ya veremos! —Mark Sheldon elevó sus ojos—. La indagación será mañana, el funeral, el martes. A no ser que esté con nosotros para el funeral el martes, señor Grantham, hay motivos por los cuales no volveré a verlo. ¡Buenas noches, buenas noches, buenas noches!

Y el doctor se alejó. Alan cruzó el pórtico y abrió la puerta metálica, pero no moderó sus pasos al dirigirse hacia la sala de fumar, en la parte posterior del vestíbulo.

Madge Maynard, una figura de tragedia, permanecía en la puerta del comedor, a la derecha. Vestía de negro, en contraste con su piel blanca y sus cabellos dorados. Él no se hubiera entrometido con ella si lo hubiera visto, pero ella no lo vio. Madge permaneció inmóvil, con la cabeza hacia atrás, los puños y los ojos fuertemente cerrados; podría haber estado rezando.

Alan pasó frente a ella como lo hubiera hecho frente a una imagen de un sueño. En la sala de fumar, donde todas las puertas de vidrio estaban cerradas debido al frío aire nocturno, Rip Hillboro permanecía frente al doctor Fell.

—Escuche, Gargantúa —demandó el primero—, ¿por qué me sigue molestando?

—Señor Hillboro —dijo suavemente el doctor Fell—, ¿ésa es su impresión de lo que estoy haciendo? ¡Sea más caritativo! Me he visto forzado a acorralarlo de esta manera, créame, sólo porque me fue imposible encontrarlo antes. Nadie podía encontrarlo ni sabía dónde estaba.

Rip levantó un hombro.

—La mayor parte del tiempo después de cenar —respondió—, estuve empacando. Podemos irnos mañana, como ya debe haber oído, y debo regresar a casa. Tenía una semana de vacaciones; me he quedado dos. El jefe de mi firma (el viejo Jeff Channing, de Channing, Lowell y Bosworth) me matará si no estoy de regreso en Hartford dentro de veinticuatro horas. Así que estaba en mi cuarto, empacando...

—¿Puedo señalar —dijo el doctor Fell—, que no estaba en su habitación hace media hora? He visitado todas las habitaciones de esta casa, usted no estaba en ninguna de ellas.

Rip caminó hacia la mesa donde estaba el mazo de cartas y la caja de damas. Abriendo esta última, tomó los dados y los sacudió en la mano sin tirarlos.

—Cuando terminé de empacar fui a caminar. ¿Hay algo malo en eso?

—No, por supuesto que no, es sólo que...

—¡Escuche, Gargantúa! Sé lo que quiere, quiere interrogarme sobre lo sucedido anoche. Pero ya le he dicho a usted y al Profeta Daniel todo lo que tenía que decir.

Entre las once y cuarto y la una menos cuarto (una función de noventa minutos) estuve con Bob Crandall mirando una película de pistoleros en esa linterna idiota, allí. —Rip señaló—. Tal vez había visto demasiadas películas. En algún momento, después de que empezara me quedé dormido, y no desperté hasta que hubo una ráfaga de revólveres casi al final. Bob también se había dormido; él también se despertó. No me moví y no creo que él lo hizo. Luego el resto de ustedes entró corriendo con las noticias sobre Valerie. ¡Pero eso es todo! Eso es absolutamente todo...

—No estoy interesado —le aseguró el doctor Fell—, en lo que sucedió anoche. Pero hay varias preguntas que quiero hacerle, todas son importantes. ¿Va a cooperar?

Rip tiró los dados sobre la mesa, y salieron un as y un dos.

—No me hubiera ido bien, Gargantúa, si éste hubiera sido el juego del ahorcado. No importa, cooperaré. ¿Es eso importante?

—¡Le doy mi palabra, que es de vital importancia! No se lo podía haber preguntado antes; hasta anoche no tuve evidencias que probaran mi tesis. ¿Cuánto hace que conoce a los Maynard?

—Bueno, déjeme ver. Se mudaron de Nueva York a Goliath en el 56, según creo. Conocí a Madge en el 59, durante mi último año en la escuela de leyes. ¡Sí, fue en el 59! Hace seis años más o menos. ¿Y con eso qué?

—¿Hubo alguna ocasión, que usted sepa, en que Henry Maynard se ausentó de su hogar por varios meses?

—¡Sí!

Claramente Rip se había interesado, a pesar de que no sabría decir el porqué.

—¡Sí! —repitió—. Poco después de mudarse a Goliath, según escuché, el rector de la Universidad Colt le pidió a papá Maynard que dictara un curso sobre alta matemática; o sea conferencias sobre las matemáticas. Se negó. Le gustaba dar conferencias, como ha oído decir a Madge. Y Colt es un gran lugar; tiene una dote muy alta. Pero no tiene los siglos de tradición que le gustaban al viejo. Así que se negó. ¿Aún tiene curiosidad, Gargantúa?

—Sí, mucha; ¡continúe!

—Durante el 60 —prosiguió Rip—, la misma oferta fue hecha por el Colegio Cotton Mather, de Polchester, en Massachusetts. Cotton Mather es una pequeña institución muy congregacionista, pero está repleta de tradición y es casi tan vieja como Harvard. Papá Maynard aceptó, por el año académico 61-62. En Goliath contrató un ama de llaves para que cuidara de Madge (no es una buena ama de casa, sabe) y se fue muy feliz a Polchester. Pero sólo se quedó un semestre, a fines del 61. Luego regresó, diciendo que los jóvenes eran en su mayoría unos tontos y parecía más alegre que cuando se fue. —Aquí Rip llegó a un momento crítico—. ¡Escúcheme, Gargantúa! No sé de qué se trata todo esto o para qué sirve. Pero podría darme una sugerencia. ¿Y qué más quiere saber?

—Nada más, señor Hillboro. Eso es todo.

—¿Todo? —balbuceó Rip y lo miró desconcertado—. ¿Dijo que era todo?

—Así es.

—¿Entonces, puedo irme? Tengo varias cosas que hacer. Una de ellas es ver a Madge, debo verla, ahora que ya no está custodiada. Siento mucho haberlo ayudado tan poco.

—¿Tan poco? —se burló el doctor Fell, levantando su bastón—. Me ha dado la ayuda más brillante; ha agregado el último ladrillo del edificio. En realidad su ayuda ha sido tan grande que lo premiaré con una valiosa confidencia. ¿Se va de Charleston mañana?

—Sí, por la tarde. Hay un vuelo por Washington que me dejará en casa por la noche. ¿Me estaba diciendo algo sobre una confidencia?

Mientras hablaban, Alan había permanecido en la puerta, aparentemente sin ser visto por Rip ni por el doctor Fell. Sobre su hombro cuando se movió un poco más hacia la habitación, le pareció detectar un movimiento, como si alguien estuviera escuchando en el vestíbulo, a sus espaldas. Pero no le prestó atención; el doctor Fell seguía hablando.

—¿Una confidencia? ¡Oh, sí! Mañana por la mañana —comenzó el doctor Fell, deteniéndose para hacer un gesto de advertencia y precaución con un dedo sobre los labios—. ¡Sh! —dijo.

—¿Qué le pasa, Gargantúa? ¿Por qué todo este asunto de “Sh”?

—Mañana por la mañana —dijo el doctor Fell en un susurro teatral—, el capitán Ashcroft tendrá una autorización para registrar las pertenencias de todas las personas de esta casa. Registrará también otra casa, a pesar de que eso no nos concierne. La autorización, déjeme repetir, será usada mañana. Si hay algo que usted no quiere que le encuentren, no me refiero a un secreto culpable, por supuesto, sino a cualquier cosa, asegúrese de librarse de ello cuanto antes. ¿Nos entendemos?

—¿Qué es lo que hay que entender? —preguntó Rip con cierta arrogancia—. Sabe que no tengo nada que esconder. Pueden registrar mi habitación, o mi equipaje, o mi persona; buena suerte y que se vayan al infierno. De todos modos, gracias por la confidencia. Actuó de buena fe, supongo, a pesar de que se le va un poco la mano en sus métodos. Si es todo por ahora, lo veré más tarde.

Y salió hacia el vestíbulo. El doctor Fell, jadeando y resoplando, se dirigió a Alan como si estuviera recobrándose de un esfuerzo.

—¡Entre —dijo finalmente—, por favor, entre! No soy un conspirador muy próspero, me temo, y no tengo la cara ni la figura para este papel. Pero lo hago lo mejor que puedo. Nuestro joven amigo Sheldon duda de mi cordura y no me gustaría llevar la cosa demasiado lejos.

Alan lo miró.

—Usted preocupó a Mark Sheldon con sus rarezas sobre un par de largavistas. Y ya ha ido demasiado lejos. ¿Qué pasaba con esos largavistas, magistrado?

—Los largavistas —respondió el doctor Fell— eran los mismos que me dieron para ver desde lejos el fuerte Sumter, el viernes por la tarde. Los tomé del altillo al

llegar esta noche. Ya había oscurecido cuando llegué, por supuesto, y resultó un problema usar correctamente los largavistas. —Se agitó como si hubiera bebido algo fuerte—. Sin embargo, con la ayuda de la linterna del Capitán Ashcroft pudimos ver...

—¿Qué vieron?

—El lugar donde el follaje había sido cortado. Fue el primer y más obvio movimiento. ¿Está de acuerdo?

—Obviamente no. No puedo estar de acuerdo hasta que no hable claramente.

—¡Pero estoy hablando claramente! ¡Que me cuelguen! Para instruirlo más, podría agregar que también encontramos en el altillo un instrumento que ninguno de nosotros había notado con anterioridad. Era una balanza.

—¿Una balanza?

—Una balanza de peso medio —dijo seriamente el doctor Fell—, de la clase que se usa en el mostrador de un banco inglés. Los banqueros la usan, sin duda, para pesar plata y monedas de cobre. Porque Henry Maynard obtuvo la balanza, o para qué la quería, no pretendo adivinar. Pero fue de un valor inestimable para que alguien pesara el arma del asesino. Seguramente ya se ha aclarado mucho, ¿no es así? ¿O... no? —Con un gesto salvaje el doctor Fell mesó sus cabellos—, ¿tal vez no está del todo claro?

—No, definitivamente, no. ¡Escúcheme, magistrado! —estalló Alan—. Cuando llegue el momento de poner las cartas sobre la mesa, explicará en pocas palabras lo que no puede ser mal interpretado. ¿Se está acercando ese momento?

—Así es.

—Mientras tanto, los hechos que están tan radiantemente claros en su mente no son tan radiantes en la mente de los demás. Es mejor no decir nada, que decir algo que no tenga sentido. No me puedo imaginar porqué me llamaron —exclamó Alan—, o qué ayuda puedo prestar al final.

—¡Bueno! Un testigo desinteresado...

—¿Soy un testigo desinteresado, doctor Fell? Estoy interesado en Camilla Bruce; y en nadie más. Cuán interesado estoy en ella puede no ser importante, pero es un hecho. ¿Dónde está ella?

—Por el momento, parece haber desaparecido. ¡Tut! —agregó el doctor Fell, extendiendo su mano consoladoramente—. No ha desaparecido en el sentido en que se diría en una historia de detectives, lo cual significaría que está en peligro o que la amenaza un villano en acecho. ¡Nada de eso! Para hablar con exactitud, hace un rato salió al jardín. Probablemente lo está esperando; exhibió cierto interés; será mejor que la siga sin demora. En el sentido de las historias de detectives.

—Hablando de historias de detectives...

—¿Sí?

—Esta tarde, doctor Fell, tropecé con todo eso cuando estaba en el hotel tratando de buscar una respuesta satisfactoria a este problema. El viernes, me parece recordar

que usted dijo que no había ninguna mujer mezclada en este asunto. ¿Era verdad? Sigo preguntándome, cómo ve, si no habrá una mujer detrás de todo.

—Está en lo correcto. Hay una mujer detrás de todo esto.

—¡Pero usted dijo!

—Dije —interrumpió el doctor Fell, incorporándose—, que el crimen no había sido cometido por una mujer, o que una de ellas tuviera conocimiento culposo. Sigo pensando lo mismo, pero el concepto debe ser ampliado, si queremos introducir un poco de sentido en esta confusión. Una mujer, aunque inocente, inspiró toda la trama asesina. Aún otra mujer, sin conocimiento culposo, casi desbarata todo el asunto por acercarse demasiado a la verdad.

—¿Casi desbarata todo el asunto por acercarse demasiado a la verdad? ¿Pudo ser Camilla Bruce?

De pie, con el codo apoyado contra una de las puertas de vidrio que daban a la terraza y al jardín, Alan dio un salto y giró cuando la puerta se abrió detrás de él. En la abertura estaba la misma Camilla.

—¿Qué es todo esto sobre mí? —exclamó—. No pude escuchar lo que decían, y tampoco sé leer en los labios, pero entendí mi nombre, de todos modos. ¿Están diciendo que después de todo yo podría ser el asesino?

CAPÍTULO 18

El reloj del abuelo en el vestíbulo había dado las diez. Sólo estaba encendida en la sala de fumar, una lámpara de pie en la parte posterior de la habitación. Alan veía todas las cosas como a través de sentidos muy perceptivos; la oscura fosforescencia brillando sobre las paredes de ladrillos blancos, sobre los sacos rojos de los cazadores en las estampas deportivas que adornaban las paredes, en el rostro de Camilla, cuando pareció materializarse allí.

Camilla vaciló en la puerta, su mano derecha en el picaporte y el codo izquierdo contra su costado. Estaba vestida de azul. Su tez clara brillaba contra la oscuridad exterior; la luz de la lámpara tocaba sus cabellos castaños; parecía que no respiraba.

—¿Estabas pensando —le dijo a Alan bruscamente—, que yo podría ser el asesino después de todo?

—¡Por supuesto que no! Ni siquiera lo estábamos pensando, y tú lo sabes.

—¿Lo sé?

—Debes saberlo. En este asunto se han expresado ideas muy raras, pero ninguna ha sido completamente insensata; sospechar de ti sería la ocurrencia de un lunático.

—Bueno —dijo Camilla—, al menos sé qué lugar ocupo en la investigación. Lo pregunté porque —porque se sospecha de todos los demás por una cosa u otra; de modo que dudaba. ¿Qué estaban pensando entonces?

—En el momento que apareciste —respondió Alan—, estaba por ir a buscarte. No pudimos caminar por los jardines el viernes por la noche; Valerie nos detuvo: siempre hay alguien que nos detiene. ¿Vamos ahora?

Camilla elevó sus ojos.

—En realidad —dijo—, entré para sugerirte lo mismo. No hace frío afuera; está sólo un poco fresco. Y esta noche, por alguna razón, parece que no hay mosquitos. Ya que hay tanto para hablar...

—Debo recordar que secundaste la invitación. Vamos.

—¡Un momento! —interrumpió el doctor Fell.

Su expresión, por lo que podía juzgarse, no parecía ni tonta ni inspirada. Era una expresión cansada y deprimida, con algo de tristeza. Camilla contuvo la respiración.

—Sí, doctor Fell. ¿Tiene alguna instrucción?

—El capitán Ashcroft ha pronosticado una noche larga y áspera. No estoy de acuerdo con el último adjetivo. Pero tengo algunas instrucciones.

—¿Sí?

—Ahora son las diez. Ambos tienen reloj, por lo que veo. ¿Pueden arreglárselas para entretenerse, digamos por una hora y media?

—Por mucho más tiempo —le aseguró Alan—, si no nos siguen interrumpiendo. Como ve...

—Por mucho más tiempo —dijo el doctor Fell—, será innecesario. Quédense en los jardines; no se alejen mucho. Y por favor, a las once y media...

—¿Regresamos aquí?

—No, aquí no. Por ninguna circunstancia —exclamó la fuerte voz—, regresarán a la casa. A las once y media, o un poco más tarde, vayan a la Escuela Secundaria Joel Poinsett. Entren por la puerta lateral, como lo hicimos anoche; les será fácil abrirla. Vayan a la habitación 26, siéntense y esperen los resultados.

—Ya veo —dijo Alan, que no entendía—. ¿Está preparando una fiesta, verdad?

—Fiesta —declaró el doctor Fell—, no es exactamente la palabra. Pero tendrá que servir para nuestros propósitos. Por el momento debo regresar a mis propios asuntos, llamándoles la atención hacia el fiel sirviente, George. George es devoto de los Maynard, también por sus propias razones es devoto de Yancey Beale, ahora ¡váyanse al jardín! ¡A *bientôt*!

Y los ahuyentó fuera de la puerta de vidrio, que Alan cerró.

La caprichosa luz de la luna, restando color a las flores y acentuando las sombras, convertía el jardín en un mundo irreal. Una débil neblina blanca se elevaba a pocos centímetros del suelo. Se movieron en la bruma hasta que encontraron el camino, y caminaron hacia el oeste por él. Estaban tan solos, pensó Alan, como si nadie más existiera; el hombro de Camilla rozaba su brazo izquierdo. Al llegar al reloj de sol ambos se detuvieron por mutuo instinto; permanecieron de pie, allí, con la neblina cruzando sus rodillas.

—Alan —dijo Camilla repentinamente—, nos estamos acercando al final del problema, ¿no es así?

—Creo que sí.

—Entonces, por favor, por favor, dime ¿qué era lo que el doctor Fell y tú estaban pensando cuando los interrumpí?

—No sé lo que piensa el doctor Fell, pero lo que yo pienso sería mucho más fácil de decírtelo si tú devolvieras el cumplido.

—¿Devolver el cumplido?

—Sí. Tú has, tenido diferentes inspiraciones en este asunto, ¿no, es así? Tienen que ser diferentes inspiraciones, Camilla; si fueran parte de una misma inspiración no tendrían ningún sentido.

—¡No entiendo de qué estás hablando, Alan!

—Escucha, mi querida. Hace dos noches, cuando estábamos escuchando a escondidas al doctor Fell y al capitán Ashcroft, tuviste una inspiración sobre los “increíbles celos” de alguien. No necesito explicar esto, lo hemos hablado varias veces, aún dices que es salvaje e increíble. Pero al menos puedes decirme una cosa. Cuando el asunto de los celos increíbles se te ocurrió, ¿pensaste que era una pista del asesinato? ¿Fue así?

—Bueno, sí.

—Muy bien. Ayer por la tarde, después de regresar del fuerte Moultrie y de tu entrevista algo agitada con Madge, estabas convencida de que el misterioso enamorado de Madge no podía ser otro que el doctor Mark Sheldon. ¿Aún estás segura de eso?

—Es la única suposición razonable. ¡Honestamente, Alan...!

—No nos quedemos toda la noche junto al reloj de sol —dijo Alan a pesar de que en realidad habían estado allí durante escasos treinta segundos—. Por aquí, con tu permiso; veremos si una caminata estimula nuestra inteligencia.

Vagaron por el pasillo, con los cipreses y los sauces llorones destacándose oscuros contra el cielo.

—Hemos dado por sentado —continuó Alan—, que este enamorado desconocido es el asesino. No sabemos eso; sólo lo creemos porque el bromista que escribe mensajes en el pizarrón nos ha convencido. Bueno, ¿adónde nos lleva esa tesis?

”Quienquiera que sea el enamorado y asesino, es difícil ver porqué mató a Henry Maynard. Y si Mark Sheldon es el asesino (lo que no creo, pero no importa), el sólo hecho consiste en una necedad, el motivo de los celos: increíbles. En el caso de que hubiera una relación entre Madge y Mark Sheldon, la única celosa sería la señora Sheldon, a no ser que estés dispuesta a argüir que Madge estaba celosa. Si Madge hubiera estado lo suficientemente celosa como para matar, ¿no hubiera matado a la señora Sheldon? ¿Se hubiera vuelto loca y hubiera asesinado a su padre sólo porque él se oponía o podría haberse opuesto?

—¡Oh, Alan, eso es ridículo!

—Por supuesto que lo es, como he tratado de señalarlo. ¿No había dos inspiraciones?

—¿Dos inspiraciones?

Aún vadeando una bruma que casi les llegaba a las rodillas, y hablando uno al lado del otro, habían cruzado el arco en el alto cerco de ligustro. Tras él, aun con más neblina, un camino de tierra llevaba a las cabañas de los esclavos.

—La noche del viernes —prosiguió Alan—, se te ocurrió que tal vez cierta persona (no importa quién) podría ser el enamorado de Madge y también el asesino. No podías creerlo, aún no puedes, a pesar de que la idea sigue irritándote. Luego, ayer por la tarde, las circunstancias que se acumularon te hicieron pensar que el doctor Sheldon, haya o no matado a alguien, debía ser el amante de Madge, en el sentido real y físico. Pero la noche anterior no habías estado pensando en Mark Sheldon. Eran dos ideas diferentes, ¿no es así?

—¿En algún momento —gritó Camilla—, dije que no eran dos ideas diferentes?

—En realidad no has dicho nada; tal vez está todo demasiado enredado. Pero si sólo tú y yo nos entenderíamos...

—¿Y piensas que no nos entendemos?

—Bueno, ¿nos entendemos? En alrededor de un millón de temas, ¿dónde había

algo en común? Cualquiera que menciones, lo hemos discutido. Política ciencia, arte, literatura...

Habían llegado al claro entre las filas de cabañas. La plateada luna menguante emergió detrás de una nube. Camilla se detuvo y se volvió.

—Lo sé —le contestó—. Esta tarde, por el teléfono, prácticamente quedaste helado cuando dije que estaba leyendo a Joyce, quien después de Proust constituye tú más odiado escritor. Aparentemente —gritó Camilla—, ¡aparentemente no hay un solo punto en el cual estemos de acuerdo o podamos estarlo!

—¿Aparentemente dijiste? ¿Sólo aparentemente?

—Sí, Alan. Anoche lo sugerí, pero no quisiste escucharme. Dijiste que deberíamos habernos acercado porque no hubo ninguna clase de discusión literaria, artística o política. Yo dije: “¡oh, esas cosas!”. Como si no importaran. Y no importan; ¡no importan en lo más mínimo! Ya que la broma es...

—¿La broma es?

—No me gusta Joyce ni un poquito; odio absolutamente a Proust; puedo arrodillarme frente a cualquier vaca sagrada, hablando de política soy una conservadora como tú o más; sólo que no tengo tu valor para oponerme a las tendencias populares y para decirles a los intelectuales que se vayan al diablo. Aparte de las matemáticas y las ciencias, ¡no hay nada de lo que siempre has dicho en lo que no esté de acuerdo completamente!

—Si eres realmente sincera, Camilla...

—¡Sí lo soy!

—¿Entonces, por qué, por Dios, has insistido tanto en la dirección opuesta? ¿Por qué nunca te cansabas de tirar dardos envenenados?

—En parte porque soy una hipócrita, supongo. ¡Y en parte porque eres tan serio! (¿Quién dijo eso a otra persona?). No puedes tener sentido del humor cuando se trata de cosas que realmente te importan, como libros o el uso del idioma inglés, de la misma manera que yo no puedo tenerlo cuando se trata de matemáticas o ciencias. ¿Quién podría resistirse a pincharte o a esperar el resultado de una extraña observación?

—¿Pensaste que era gracioso, no es así?

—No, gracioso no. Me enoja y digo cosas pero siempre deseo no haberlas dicho. Ésa es la diferencia entre tú y yo. ¡Nunca quise decir una palabra desagradable! Mientras que tus continuas burlas... ¡y cómo te divierte burlarte...!

Estaba muy cerca, casi irresistible. Alan no dijo “mentirosa”; no dijo nada. Abrazándola muy fuerte la besó largamente. La respuesta de Camilla, sin un intervalo de alarma, fue tan desenfrenada y espontánea como podría haberlo deseado en un sueño. Y así, bajo la luna, se apretaron el uno al otro; y trascurrió un intervalo caótico. Luego se escuchó una pequeña voz.

—Alan...

—¿Sí?

—¿Qué... qué nos ha pasado?

—Algo que debió haber pasado hace mucho tiempo. ¡Te quiero, mi hipócrita puritana! Pero nunca pensé que tú...

—Si piensas que soy una puritana —susurró Camilla— ¡pruébame! ¡Sólo pruébame, eso es todo! Pero nunca pensé que tú...

—Cállate.

—No eres muy romántico, ¿no?

Así que la hizo callar de la única manera apropiada, elaborando el mismo tratamiento.

Lo que hicieron o dijeron después (los descubrimientos, los juramentos y las viejas promesas que siempre son nuevas) son cosas que no nos interesan aquí. Pero era muy importante para ellos, y debe ser tratado con amabilidad. Sus estados de ánimo variaban de lo erótico a lo alegre, desde la ciega intensidad de emociones a través de la ternura a la repentina noción de que todo en la tierra, incluyéndolos a ellos, era terriblemente gracioso. Decidieron que no se habían comprendido, pero que no debería repetirse en el futuro. A pesar de que habían reñido incesantemente, ahora eran demasiado inteligentes para reñir de nuevo.

—Estoy toda arrugada —dijo Camilla—. Pero quiero estarlo aun más, si te das cuenta de lo que quiero decir, ¿cuándo tendremos una noche a nuestra disposición y sin interrupciones?

—Me doy cuenta de lo que quieres decir, y dedicaré todos mis esfuerzos a ese fin.

—Alan, ¿qué hora es?

Cuando el apresurado sonido de un fósforo y la rápida inspección de su reloj mostró que faltaban veinte minutos para la medianoche, Camilla se soltó y se puso de pie.

—Prometimos al doctor Fell... ¿o piensas que es demasiado tarde?

—No es demasiado tarde. Hemos vuelto al mundo real, eso es todo.

—¿Por qué quiere que vayamos a esa escuela, entre, todos los lugares que hay en la tierra para una reunión a la medianoche?

—Podemos adivinarlo, querida. Hay ciertos hechos y realidades que deben observarse sin comentarlos. No serán agradables, me temo... ¡tranquilízate!, pero no podemos retirarnos al paraíso antes de enfrentarlos.

Con ese serio pensamiento dejaron la casucha. No hubo necesidad de volver sobre sus pasos hacia el portón por el cual habían salido la noche anterior. Camilla creyó recordar y encontró otro portón en la pared límite, al sur.

A pesar de que salieron al camino en un punto mucho más cercano a la Escuela Secundaria Joel Poinsett, el paisaje en el que se movían ahora parecía más un lugar muerto que uno irreal. La bruma se levantaba más alta desde la tierra, sin que la perturbara el viento, deshecha en mechones e hilachas sólo cuando ellos pasaban, pero con un toque pegajoso que hacía oscilar a Camilla.

Las ventanas negras y blancas, apenas brillaban; el lado oeste de la escuela se

elevaba como un depósito de secretos. El basural de R. Gaiddon estaba a oscuras y aparentemente desierto.

Ningún perro ladraba, ningún guardián impedía el paso con una escopeta; no se escuchaban otros pasos que los suyos. Todavía no habían llegado a la puerta lateral cuando Camilla se aferró al brazo de Alan y señaló.

—¡Está oscuro! —dijo en un susurro—. Las ventanas de la habitación 26 están oscuras. El doctor Fell habló como si hubieran preparado el lugar para una reunión, pero no parece haber luz ni allí ni en ningún otro lugar.

—¿Desde, cuándo, mi antipuritana, nos molesta una habitación a oscuras? Debemos entrar, sentarnos y esperar los resultados. También dijo, si mal no recuerdo, que la puerta lateral se abriría fácilmente.

No fue necesario forzarla, pues una mano la abrió desde adentro. Yancey Beale, una débil luz filtrándose tras de él, apoyó su hombro izquierdo contra el interior de la puerta y los observó con una especie de nerviosa indiferencia.

—¡Que tal! —dijo Yancey—. ¡Si están pensando lo que espero que piensen, olvídenlo! La habitación no está a oscuras, sólo está oscurecida.

—¿Oscurecida?

—Papel de alquitrán —Yancey hizo gestos ilustrativos—, en un marco de madera encajado en el interior de cada ventana. Se trata de un juego astutamente preparado por el Gran Duende doctor Fell, o el Sumo Sacerdote Caifas Ashcroft, pero no me pregunten cuál es el juego o qué sucederá. Me llamaron a casa, insistieron en que viniera, así que aquí estoy.

—¿Quién más está aquí?

—Nadie más hasta ahora. Entren, ¡únanse al Club de las Almas Perdidas!

El pasillo estaba a oscuras; también lo estaba la habitación 25. Pero la misma luz helada brillaba tras la puerta de vidrio de la habitación 26. Empujando la puerta, Yancey sostuvo la cuña, bajó ésta y con una reverencia los introdujo en la habitación.

—La limpiaron un poco desde anoche —explicó, indicando las ventanas oscurecidas—. Hay olor a jabón y agua, ¿eh? Ya no hay sangre donde Valerie detuvo el proyectil. La victrola otra vez en su lugar, con la tapa cerrada. ¡Y allí está ese maldito saxofón sobre el piano! En mi opinión... —Se detuvo abruptamente.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó Alan—. ¿Y qué significa eso del Club de las Almas Perdidas?

—Creo pertenecer a él; tal vez todos pertenezcamos a él. —Yancey comenzó a caminar ida y vuelta frente al escritorio—. Cuando llegué aquí, hará quince minutos, estacioné mi auto al oeste del basural y caminé hacia la escuela. Estaba frente al basural cuando vi a una mujer vagando por el camino, desde la dirección de Maynard Hall, inciertamente como si no pudiera decidir adonde ir.

—Entonces me di cuenta de que era Madge, ¡era mi pequeña Madge! Sin verme (yo estaba en sombras) giró como una niña ciega y regresó en la dirección que había venido. Pensé que quizás necesitaba ayuda y consuelo, ¡el viejo Yancey era el

hombre para ella! Había abierto la boca para llamarla cuando ¿quién creen que salió del basural, con una rara expresión, sino el Gran Duende doctor Fell?

—No lo haga —dijo—, no interfiera; no empeore su aflicción. “¡Es Madge! —dije yo—. ¿Estará ella también en la conferencia?”. “No estará —dijo el doctor Fell— ¿necesitamos empeorar su aflicción?”. Dijo que viniera a la escuela, y se volvió al basural sin otra palabra. Ignoro lo que estaba haciendo allí, y tampoco lo quiso decir.

Yancey hizo una pausa.

Ya se había escuchado un leve ruido cuando se abrió la puerta lateral. Dentro de la habitación 26 se movió el doctor Fell, sin sombrero, llevando su bastón en una mano y un portafolio de cuero en la otra. Cerró la puerta que daba al corredor. Depositando el bastón y el portafolio sobre el escritorio, se colocó tras éste y enfrentó a sus compañeros con un largo y retumbante estornudo.

—Perdonen este sigilo —comenzó—. Estamos aquí, damas y caballeros, a pedido del capitán Ashcroft.

—¿El viejo Nimrod? —dijo Yancey—. ¿Dónde está el poderoso cazador del Señor?

—Se detuvo en otro lugar por asuntos relacionados con este caso. Ya que el capitán Ashcroft dice que no desea hablar, una aversión desconocida en él, me ha delegado para informarlos de ciertos hechos que deben entenderse antes de que entendamos cualquier otra cosa. A mí tampoco me resulta muy agradable. Puede resultar amargo el escucharlos, y pueden estallar algunos fuegos artificiales antes de que terminemos. Pero es inevitable, no podemos elegir. Si se ponen lo más cómodos posible, bajo las circunstancias...

Camilla, Yancey y Alan se sentaron en tres pupitres de la fila delantera, teniendo dificultad para acomodar las piernas. El doctor Fell permaneció de pie, señal de intranquilidad. De su bolsillo extrajo la pipa de espuma de mar, ya llena. Pero no la encendió, y señaló con su cañón a Alan.

—Si por un momento —carraspeó— siguiera el método socrático, ¿cuáles serían los rasgos más sugestivos de este asunto?

—¿Quién mató a Henry Maynard y trató de matar a Valerie Huret? ¿Cómo se explica el crimen imposible?

—¡Un momento! —dijo el doctor Fell impaciente—. No le pregunté por los rasgos más misteriosos, sino por los más sugestivos. ¿Con quién y cómo comenzó todo? ¿Las emociones de quién dieron comienzo a una reacción en cadena que terminó con Una explosión violenta? ¿Qué personalidad debemos examinar primero?

—¿Sé refiere al asesino?

—Me refiero a la víctima.

—¿Está diciendo —gritó Camilla—, que todo comenzó con Henry Maynard?

—Por supuesto. No importa qué lejos miremos, siempre está Henry Maynard al final de nuestra visión. Déjenlo caminar por sus mentes tan vívidamente como caminaba en vida. Pero las características físicas —delgado, erguido, siempre bien

vestido, el cabello plateado y los fríos ojos azules— no son tan reveladoras como las mentales o emocionales. Era un hombre de imaginación e inteligencia. También tenía fuertes sentimientos que por lo general reprimía aunque podía y a veces dejaba entrever. A pesar del enorme encanto que usaba cuando le convenía, tenía un genio muy cambiante e impredecible. Durante un mes, al menos, o probablemente desde mucho antes, algo lo había estado preocupando y persiguiendo. ¿Qué era?

”Exteriormente, al menos, parecía tener pocos problemas. Por propio derecho era rico y además había heredado la fortuna y la propiedad de su hermano mayor. Tenía éxito hasta en sus pasatiempos: los círculos académicos lo estimaban. Tenía abundante fortuna, salud y admiración. ¿Puede un hombre pedir algo más?

”Sin embargo, no era feliz; la persecución era cada vez peor. Desde que llegara a Maynard Hall, casi lo único que hizo fue escribir interminables ‘cálculos’ que nunca mencionaba ni discutía. ¿Hay alguna indicación de qué trataban estos cálculos? ¡Bien! Probablemente su hija no estaba de acuerdo con una vida tan retraída, entonces invitó a ciertas personas para que pasaran unos días en su casa. La fiesta comenzaba el lunes tres de mayo, y entre los invitados estaban los dos pretendientes conocidos de Madge Maynard. Observemos al pasar que una vez le preguntó a Madge la altura y el peso de Rip Hillboro y Yancey Beale”.

El doctor Fell hizo una pausa. Camilla respondió, en una agitación que casi la hace poner de pie.

—¡Sí! —dijo Camilla—. Yo no estaba aquí cuando lo preguntó; fue antes de que ninguno de nosotros llegara. Madge me lo dijo por primera vez como una confidencia y luego lo soltó con brusquedad en la biblioteca, el viernes por la tarde; estoy segura de que es verdad. ¿Pero, cómo ayuda eso? ¿Lo que fuese que atormentara al señor Maynard, qué tenía que ver con Madge?

—¡Exacto! —dijo el doctor Fell, golpeando sus nudillos contra el escritorio—. Su tormento (usted ha usado la palabra correcta) se originó allí. Hemos estado de acuerdo con todo esto hasta ahora; hasta el momento nada ha sido negado. Usted, señor Beale, describió con detalles el famoso incidente bajo las magnolias, la noche del domingo dos de mayo. ¿Recuerda?

—Sí, recuerdo —afirmó Yancey.

—Madge había estado hablando con un hombre desconocido, que se fue poco antes de que usted llegara. Henry Maynard bajó del altillo, nuevamente atormentado, agregando más confusión a una escena ya de por sí confusa. Se irritó curiosamente cuando Madge, en un arranque, terminó diciendo: “A veces pienso que no vale la pena...”. ¿Qué quiso, decir con eso? ¿Cómo se relacionaba con el tormento de Henry Maynard?

—Mi querido Gran Duende —bramó Yancey—, ya le dije que no sé, y le hice la misma pregunta. ¿Por Dios, de qué se trata todo esto? ¡Estamos tratando de saber qué afligía al viejo, pero no tenemos evidencias!

—Oh, sí, las hay. —Dijo el doctor Fell.

Dejando la pipa, el portafolio sobre la mesa y buscó en su interior. Pero no sacó ninguno de los papeles que evidentemente contenía. En cambio, levantando nuevamente la pipa, señaló con el cañón hacia Alan Grantham.

—¡Vamos! —dijo—. Cuando nos dirigíamos al restaurante de Davy's, el viernes por la tarde, si recuerda, le pregunté si podía explicar la actitud un tanto asombrosa del señor Maynard. Mencionó la solución, muy común en las novelas victorianas, de que Henry Maynard tal vez no fuera el verdadero Henry Maynard, sino un impostor. A pesar de que me vi forzado a reconocer que eso era erróneo, le respondí que llevaba directamente a otro pensamiento. Y este pensamiento, seguramente, contribuye para explicar su actitud hacia su hija.

—¿Otro pensamiento? —exclamó Camilla. Esta vez sí se puso de pie como un álamo agitado—. ¿Qué pensamiento, doctor Fell? ¿Y cómo, en el nombre del cielo, podía afectar su actitud hacia su hija?

El doctor Fell señaló con el cañón de su pipa.

—Porque Madge no era su hija —dijo—. Henry Maynard nunca tuvo una hija, señorita Bruce; no está más relacionada con él que usted. Tiene todo el derecho de llevar el nombre de Madge Maynard, a pesar de que no es el mismo con el que nació.

”Ahora debo decirles (*¡fiat justitia, ruat coelum!*) que hace once años el supuesto padre, que entonces vivía en Nueva York, se enamoró violentamente de una jovencita de 16 años, a quien conoció en el orfanato Santa Dorotea, en Queens. Madge McCall, una huérfana muy imaginativa, era de gran ayuda para enseñar sus lecciones a los niños más pequeños. Pero anhelaba horizontes más amplios, como siempre lo ha hecho. La adoptó legalmente, durante un año la envió a la mejor escuela suiza, después de lo cual Madge, con 17 años, aceptó amarlo en sus propias condiciones. Ha sido su amante desde entonces, una relación tan discretamente mantenida que nunca nadie sospechó. Su pasión, en vez de disminuir, se acrecentó con los años. La joven (sinceramente de buen corazón y muy bien intencionada, tan sólo, amoral) era razonablemente feliz. Podrían haber seguido siéndolo, si la tragedia no los hubiera alcanzado, destrozando su vida como también pudo destrozarse la de ella, cuando la naturaleza siguió su curso y ella se interesó por otro.

CAPÍTULO 19

Un silencio espantoso cubrió la habitación como un hechizo. La oscura luz en el techo brillaba sobre un silencioso metrónomo, sobre un bastón y sobre el portafolio abierto, frente al doctor Fell. Tontamente el doctor Fell puso la pipa en su bolsillo. Extendió la mano hacia el portafolio pero no extrajo nada de él.

—Si tuvieran evidencias documentadas... —comenzó nuevamente—. Sin embargo, ya que la misma Madge tiene en su poder la verdad de todo esto... —Grotescamente inclinado hacia adelante, el doctor Fell le guiñó el ojo a Alan, también le guiñó el ojo a Camilla, quien se había sentado nuevamente con las manos fuertemente apretadas, luego, después de mirar a Yancey Beale se enderezó y quedó electrizado.

—¡Señor Beale! Siento someterlo a esta brusquedad. Pero es necesario. ¡Usted debía saberlo! Era mejor que se lo dijera yo, tal vez, que oírlo en circunstancias aun más brutales.

—Está bien “Gran Duende”, —dijo Yancey— está bien.

Habló tan tranquilamente y sin elevar la voz que por un momento Alan dudó. La cabeza de Yancey estaba dada vuelta. De pronto, desdoblando sus largas piernas, se puso de pie con un rápido movimiento y caminó hacia la izquierda del escritorio, pasando el pizarrón portátil sobre su caballete, hacia el gastado piano, en la esquina. Parecía estar examinando el saxofón sobre el piano. Luego, el rostro completamente calmo, excepto por una arruga entre las cejas, se volvió hacia el doctor Fell.

—¡Está bien, Gran Duende! —repitió—. Escuché lo que dijo; y lo entendí. No parece significar mucho eso es todo. Aún estoy bajo el golpe, creo. De todas maneras —estalló—, ¿qué diferencia hay con lo que yo pienso? —miró a Alan—. Tú, hijo ¿sospechabas este asunto sobre Madge?

—¡Ni por un instante!, pero ahora puedo ver porqué el capitán Ashcroft lo llamó “gran problema”.

—¿Y tú, Camilla?, ¿adivinaste, querida?

Camilla miró fijamente sus dedos entrelazados.

—No, a pesar de que debí haberlo hecho. Todos notamos algo peculiar, ¡y estábamos tan equivocados! Lo que considerábamos un “exceso de protección” sobre Madge era sólo... Oh, ¡no importa!

—Eso es lo que yo digo también, querida, no importa. Estoy tratando de tomarlo decididamente. No siento ningún dolor, al menos hasta ahora, así que sólo quiero saber. ¿Puede contarnos todo, “Gran Duende”? ¿Qué lo hizo pensar eso, por Dios? ¿Qué lo puso en la pista?

El doctor Fell meditó detenidamente.

—En un principio —respondió— fue sólo atmósferas, sugerencias, insinuaciones: lo que la señorita Bruce describió como algo peculiar. La primera vez que lo noté fue cuando los conocí a ambos en Goliath, en el invierno, durante mi viaje de conferencias. Cuando él me hizo volver desde Nueva York y me habló en su estudio el viernes por la tarde, los acentos de peculiaridad podían escucharse como toques de trompetas. Ya sea cuando él hablaba de ella o ella de él (ya sea a mí o a los otros en conversaciones que me fueron relatadas). Era la relación padre-hija más extraña que he conocido.

—Ningún tema podía ser mencionado sin que cada uno saltara instantáneamente a la mente del otro. Era demasiado; era obsesivo. No parecían padre e hija; parecían amantes clandestinos con permanentes motivos para reñir. Las conversaciones delatorias, es verdad, no ocurrían tan frecuentemente como para llamar la atención. Su intimidad había durado una década, ambos podían representar sus papeles muy bien.

—¡Sí, —exclamó Camilla—, pero eso es lo que no puedo entender!

—Si la escandaliza, señorita Bruce...

—No me escandaliza, exactamente, a pesar de que no puedo decir que me gusta. ¡Esa gran diferencia de edades! Sabemos que esas cosas suceden; durante mucho tiempo, supongo, Madge debe haber estado tan agradecida que realmente pensó que lo quería. Pero, ¡diez años juntos! ¿Cómo pudieron pensar que iban a tener éxito?

—La respuesta —respondió el doctor Fell— es afirmativa. Sean discretos, damas y caballeros; sean discretos, se los aconsejo; y los vecinos más severos los aceptarán por lo que parecen ser. Con su permiso, sin embargo —el doctor Fell se enderezó—, volveremos a los hechos que pueden ser establecidos o probados.

—En su estudio el viernes, Henry Maynard relató sin dudar, hechos y fechas. Madge, dijo, nació en París en 1938 y fue bautizada en la Iglesia Americana de la Avenida George V. Sospecho que estaban acostumbrados a relatar esos hechos; nunca temió una acusación. Cuando a una joven se la conoce generalmente por la hija de alguien, y en público, al menos, se conduce como tal, ¿quién tendría motivos para preguntar o investigar?

”A pesar de mis dudas, yo mismo no hubiera investigado a no ser por una sola circunstancia que lo delataba. Cuando estaba por bajar las escaleras me dio un diario publicado en 1867 y que contenía un artículo escrito por una joven, y que estaba relacionado con la muerte del comodoro Maynard, en la playa. Olviden ese diario, por el momento; sólo me llevó por la dirección equivocada sobre los métodos del asesinato. Pero nuestro buen anfitrión me había contado algo más.

”En mi camino, fuera de la casa, para observar un movido juego de *baseball*, entré en la biblioteca. Sobre la chimenea, como me habían dicho, colgaba un retrato de la señora de Henry Maynard, cuyo nombre de soltera era Catherine Wilkinson, de Atlantic. Una mirada al retrato me inspiró pensamientos que aún estaban bullendo en mi mente. Cuando un grupo de nosotros regresó a la casa, descubrió que faltaba un

hacha india en la sala de armas y luego permanecemos en la biblioteca, meditando.

”Bueno, medité, ¡pero, por mil truenos, lo hice!

”De pie, bajo ese retrato, de espaldas a él, perseguí un furtivo recuerdo. Henry Maynard tenía ojos azules. Probablemente, notaron los ojos azules de la mujer del retrato. No habrán dejado de observar que Madge Maynard, su presunta hija, tiene ojos de un vivo y luminoso color castaño. De pie bajo el retrato, busqué en mi evasiva memoria, le puse un nombre y dije una palabra. La señorita Bruce estaba tocando el piano; sin duda mi pronunciación deja mucho que desear, y no fue entendido. Creyeron que...”.

—¿Sí? —demandó Alan.

—Creyeron que dije “Mendelssohn”, a pesar de que viniendo de mí una insinuación sobre música clásica sería lo mismo que una referencia a las altas matemáticas. Debo señalar, con mis más humildes disculpas, que lo que en realidad dije fue “mendelismo”.

—¿Mendelismo? —exclamó Yancey, como si se estuviera ahogando—. Eso parece significar algo para usted, “Gran Duende”, pero no lo entiendo del todo. ¿Qué es mendelismo?

—La ley de herencia —respondió el doctor Fell— deriva de experimentos con plantas y vida vegetal hechos por el Abad Gregor Mendel de Austria (1822-1884). Sus seguidores, aplicando la misma ciencia a los seres humanos, nos dieron la ley de Mendel. Y esta ley una o dos veces atacada, pero nunca refutada con éxito, ha establecido que padres de ojos azules no pueden tener hijos de ojos castaños. Si exclamé triunfante de manera poco cortés, tenía buenas razones. Eso era algo que podía ser probado.

—¿Y fue probado?

—Sí. El viernes por la noche estuve hablando con el capitán Ashcroft. Una llamada telefónica a la Policía francesa, el sábado por la mañana, seguida de otra llamada en respuesta con información detallada, confirmó la sospecha.

—Aquí —continuó el doctor Fell, buscando dentro del portafolio, y sacó varias hojas escritas endeblemente a máquina y las colocó sobre el escritorio—, ésta es una copia del informe completo de la policía. La esposa de Maynard murió realmente en París en 1939, como él dijo. Pero ningún nacimiento había sido registrado en la Municipalidad o en la Alcaldía de ningún ayuntamiento, ni en la Iglesia Americana, mencionada con anterioridad. La ‘hija’ era un mito; Q.E.D.

”Ya hemos tratado la muy discutida pregunta de quién era Madge y cómo entró en su vida, regresemos a la situación en Maynard Hall al principio de este mes, y al hombre que estaba loco de celos. Se estaba alejando de él; había encontrado alguien más; si aún dudan de la intensidad de sus sentimientos hacia la joven que pasaba por ser su hija —nuevamente el doctor Fell buscó dentro de su portafolios—, tengo aquí un paquete de cartas que muestran claramente su estado de ánimo”.

Las cartas, aún atadas con la ancha cinta rosa, las colocó junto al informe policial.

—El sello de Correos es de Polchester, en Massachusetts, fechadas entre setiembre y la Navidad de 1961, fueron escritas a Madge por un admirador un poco mayor, que había sido designado con un cargo académico en el cual se negó a permanecer porque tenía que regresar junto a ella. No necesito juzgarlos leyendo trozos; son poemas apasionados. Había olvidado el peligroso rótulo legal, “la palabra escrita permanece”. Madge también lo olvidó y guardó las cartas que fueron encontradas por alguien que hemos estado llamando el bromista, alguien que sospeché intuitivamente lo que sucedía entre esas dos almas endiabladas, alguien que robó las cartas y deliberadamente las dejó en esa habitación para que la policía las encontrara.

—¡Sí, el bromista! —exclamó Camilla—. ¿Quién es el bromista?

—¿Puedo abusar de su paciencia por un momento?

—Bueno...

—Las cartas, es verdad, fueron escritas hace cuatro años. Pero no puede dudarse de que sus sentimientos eran los mismos, cuando planeó la reunión para la primera semana de mayo. Podemos ir más lejos y decir que estaban magnificados cien veces. Hace cuatro años no había ningún rival en el horizonte, pero ahora sí lo había. Sabía esto, rondando alrededor de Madge, a pesar de que nunca adivinó quién era. Ella, en cambio, sólo podía golpear sus puños contra una aparente impasibilidad. Si pensamos con retrospectividad, y recordamos la escena bajo las magnolias, la noche del domingo dos de mayo, es evidente que cuando Madge se interrumpió iba a decir: “¿a veces me pregunto si vale la pena seguir con esta mascarada?”.

“Bueno, él pensaba que sí. La mascarada debía seguir siempre. Con ese fin, decidió que alguien debía morir”.

Alan se enderezó.

—¿Él decidió que alguien iba a morir? ¿Está diciendo...?

—Henry Maynard no cometió un crimen. Dado que hubiera llevado a cabo su plan, pero estaba en un estado mental en el que pensaba en un asesinato y muy ingeniosamente planeó uno. ¡Mire!

Buscando una vez más dentro del portafolio, el doctor Fell sostuvo en alto dos hojas dobladas de papel común. Por lo que Alan podía ver desde su lugar, parecían cubiertas con números y con tina escritura firme y clara.

—Los famosos “cálculos” —dijo el doctor Fell, regresándolos instantáneamente al portafolio—. Las anotaciones en las cuales trabajó Maynard durante algún tiempo, los papeles sobre los cuales era tan reservado, sobre los que me mintió y los que finalmente escondió en una gaveta secreta del escritorio Sheraton en su estudio. Un detective llamado Wexford, el especialista en muebles antiguos del capitán Ashcroft, encontró la gaveta secreta y su contenido, el sábado. Acaban de verlo.

”Lo que Maynard había ideado era una holiografía completa, con medidas y especificaciones para el ardid de asesinato más perfecto que jamás haya visto. No un asesinato imposible, ¡eso estaba lejos del plan!

, Algo matemático, como él sugería; algo eminentemente práctico, que podía ser llevado a cabo por cualquiera con un poco de habilidad. Este mismo ardid, en las manos del asesino real, se volvió en contra del propio Henry Maynard, quien nunca vio el peligro y nunca pensó protegerse. Como él había preparado el plan, que sería usado contra sí...”

Yancey Beale, al borde del colapso, aún permanecía junto al piano. Mientras el doctor Fell hablaba, Yancey dio un paso tambaleándose hacia adelante.

—¿Sí? —lo apuró—. Pensé que podría soportar todo lo que dijera de Madge, Ahora no estoy tan seguro. ¿Pero, qué significa todo esto de que papá Maynard era un asesino en potencia? ¿Quién iba a ser su víctima?

—Como se planeó originalmente, repito, la víctima debía ser Rip Hillboro o usted. No habrá olvidado las especulaciones del señor Hillboro sobre el mismo tema.

—No, pero...

—Si hablaba en serio o no, se acercó peligrosamente a la verdad cuando dijo que ustedes dos debían cuidarse. Madge, ¿recuerda?, inmediatamente preguntó qué podía tener contra ustedes su “padre”. No pudieron responder entonces. ¿Puede hacerlo ahora?

—Sí, pero.

—¡Piense! Usted y el señor Hillboro eran los dos pretendientes conocidos de Madge. Ambos son jóvenes, apuestos; y los odiaba cordialmente. A pesar de que Madge no parecía favorecer a ninguno, ¿no podría hacer eso una cortina para encubrir su pasión por alguno de ustedes dos? Esa idea se le debe haber ocurrido a Maynard. Y, por cierto, cuando nosotros buscamos al verdadero asesino...

—¡Un momento, Gran Duende!, ¡tranquilícese! ¿Está diciendo que el asesino debe ser Rip o yo?

—Un momento, señor. Vemos esto a través de ojos predispuestos; lo vemos a través de los ojos de Henry Maynard, un hombre maduro, torturado por los celos. Si usted se ha sentido alguna vez celoso...

—Si alguna vez he estado celoso... ¡Por Dios!

—Y, sin embargo, en su interior, ¿hubiera llegado a asesinar? Son sólo conjeturas, pero lo dudo. Le gustaba especular con planes y números, pero la brutal realidad de una acción era otra cosa. Poro; ¿qué sucedió en la famosa noche del domingo bajó las magnolias, con las visitas que llegaban al día siguiente?; encontró a Madge en brazos de ¿quién? Usted, señor Beale dijo que había sido usted. Lo dudó, tenía motivos para ello. Pero si no era usted, ¿entonces quién? No sabía; no podía adivinar. Alan Grantham y yo podemos atestiguar que el pensamiento lo enloquecía.

—¿Y qué más sucedió?

—El miércoles cinco de mayo voló a Richmond. El sábado regresó, como un hombre renovado: alegre, vivaz, sin problemas. Pensándolo bien, claramente, había abandonado el proyecto de asesinato. Tal vez su latente sentido del humor se había dado cuenta del absurdo: ¿podía planear el asesinato de cada hombre que persiguiera

a Madge?; tal vez sólo fue su sentido común. “Dejemos que el futuro se ocupe de sí mismo”, debe de haber sentido su pensamiento. “No puedo vivir siempre, pero la tengo ahora y pasaré el tiempo con ella lo mejor posible”. Su instinto, sin embargo, no le advirtió, el sábado ocho por la mañana que tenía menos de una semana de vida.

”Aquí se unen todas las corrientes y propósitos que hacen que una mala situación se vuelva peor. Trataré de aclarar esto.

”Ya habían entrado dos personas en el caso; uno, el asesino, que encontró la holiografía e hizo el trabajo sucio. El otro, a quien llamamos el bromista, escribió subsiguientes mensajes en el pizarrón. Entre esos dos, una vez que se había cometido el crimen, comenzó una constante lucha. Y, sin embargo, no se entendieron. Y nosotros tampoco entendimos”.

—Ya le pregunté antes —exclamó Camilla—, pero me temo que tendré que hacerlo nuevamente. Ya que no dirá nada sobre el asesino; ¿quién es el bromista?

—¿Supongamos que sea usted quien me lo dice? —sugirió el doctor Fell—. Usted no estaba presente la tarde del viernes en el altillo cuando cierta persona exclamó en la escalera: “no sabes lo que sucede aquí; no puedo soportarlo”. Pero hay otros hechos frente a nosotros.

”La misma persona salió de Maynard Hall, guió apresuradamente, y no estaba presente cuando el capitán Ashcroft recibió una llamada anónima (ahora es seguro, desde la escuela secundaria Poinsett). La misma persona regresó poco después de las seis, en ese momento interceptó a Henry Maynard y lo llamó un fraude. La tarde del sábado embistió a Madge por la misma razón”.

—Se refiere a Valerie Huret, ¿no es así?

—Así es. Una dama muy intuitiva, como ya lo he dicho. Intensa y un poco frustrada. ¡Qué oportunamente estuvo presente en dos ocasiones y “encontró” los mensajes que creíamos la habían asustado tanto!

—¿Entonces, Valerle hizo todo eso? ¿Y tenía siempre razón?

—Oh, no —dijo el doctor Fell. Buscando la pipa en su bolsillo, la encendió con un fósforo y arrojó una gran bocanada de humo.

”Se dio cuenta rápidamente de la verdadera relación entre los supuestos padre e hija, pero pensó que era incesto, lo cual la horrorizó. Ése ha sido el motivo de la señora Huret todo el tiempo. Porque parecía estar en lo cierto en mucho, y nos condujo directamente hacia el método del asesinato, cuando ella misma sólo tenía una vaga noción de la idea correcta, pero no entendimos la diferente y errónea interpretación que intentó comunicar.

”Considere los mensajes, comenzando por el segundo, aquél en que comienzan las acusaciones. ‘El hombre que debe buscarse es el amante de Madge. Encuéntrenlo; no pierdan tiempo interrogándola a ella. Y, si quieren saber sobre el asesinato, más mañana’.

”Interpretamos eso como una referencia al amante desconocido, el evasivo enamorado de las magnolias, quien también fue el asesino. Y estábamos en lo cierto

al interpretarlo así; es la verdad”.

—Pero, ¿decía eso el mensaje realmente?, ¿significaba eso? Antes de “y si quieren saber sobre el asesinato”, noten el calificativo “y”.

—Las tercera y cuarta comunicaciones completan una acusación y demuestran lo que la señora Huret realmente trató de decirnos. La tercera nos envió al fuerte Moultrie. “Hay una foto que puede ser esclarecedora”. Y, “suyo en homenaje al grande”. La señora Huret, quien antes fuera maestra, estaba estimulada por Edgard Allan Poe, ya que se encontraba en el camino correcto.

—Pero, ¿nada más que en el camino correcto?

—Así es. Después de robar el paquete de cartas de Madge para que pudiéramos encontrarlo, escribió el cuarto mensaje de despedida. Cuando hablaba del amante de Madge no se refería al enamorado evasivo o al asesino. Se refería a Henry Maynard, y lo que creía era una baja relación incestuosa. Maynard era el amante de Madge, por supuesto. Pero es dudoso que la señora Huret halla sospechado que había otro amante, el amante más importante que...

—¡Bueno, realmente! —exclamó Camilla—. Un amante, dos amantes, ¿hay otro más? No estoy acusando a Madge de ser una Mesalina, lo cual sé que no es verdad, pero, ¿a cuántos hombres quería?

—¡Déjala en paz! —estalló Yancey—. Madge hizo sólo lo que debía hacer, pero ese viejo diablo la obligó. No le gustaba, ¿sabes?

—Lo dudo. Y nos dirá, por favor, doctor Fell —dijo Camilla con un acento de furia—, ¿qué quiso decir Valerie realmente?

—Sabemos lo que quiso decir —respondió el doctor Fell, sacando más hojas escritas a máquina del portafolio y dejándolas caer sobre los otros papeles—. Aquí hay una copia de la declaración que le hizo al capitán Ashcroft en el Hospital que aumenta eficazmente nuestra lista de evidencias documentadas.

”Su fin principal era desenmascarar la relación incestuosa y hacerla estallar. No los acusaría abiertamente, quería jugar al fantasma, esconderse, susurrar al oído de la ley. Pero fue necesario quitarse la máscara, y ya había elegido su propio candidato para el papel de asesino. Cuando llegó aquí, anoche, tan furiosa, estaba interesada en algo más que incesto. Si el proyectil no la hubiera silenciado, hubiera denunciado a Madge Maynard por un hecho aun más oscuro”.

—¿Madge?

—Contra toda posibilidad, contra todo razonamiento, sostuvo frente al capitán Ashcroft (probablemente todavía lo sostiene) que la misma Madge debe haber preparado una trampa mortal para el asesino. ¡No importaba! Odia a Madge, como saben. Y repitamos nuevamente que está fuera de razón.

”Pero no debemos menospreciar su contribución a esta investigación. A pesar de que estaba equivocada en todo menos en la sugerencia sobre Poe, ha sido de inestimable ayuda desde un principio. Sus errores han sido nuestras ventajas. Equivocándose nos llevó por el buen camino. Esa paradoja se apreciará en el

momento debido”. —El doctor Fell hizo una pausa. Su pipa se había apagado; poniéndola en el bolsillo, extrajo un gran reloj de cobre.

—Hablando de la hora —continuó— son pasadas las doce. ¡Arcontes de Atenas! ¿Seguramente...?

Volvió a colocar el reloj en su bolsillo. Por algunos minutos, Alan había tenido conciencia de que la habitación oscurecida, además de estar sofocante, estaba bastante fría. Miró hacia la puerta cerrada que daba al corredor. Lo mismo hizo el doctor Fell, quien parecía estar esperando algo. Luego Alan miró a Camilla y a Yancey: también esperaban.

Unos nudillos golpearon suavemente la puerta de vidrio que se abrió. En el umbral estaba el sargento Duckworth, joven, de mandíbulas fuertes, con un gesto tan conspiratorio como urgente. Se acercó al doctor Fell tan cuidadosamente como si estuviera próximo a un campo minado, y habló en voz baja.

—Todo listo, señor. ¿Usted también?

—Hemos estado listos por algún tiempo, sargento.

—No pudimos tenerlo antes, señor. El motivo...

—Entiendo el motivo. Pero le advertí al capitán Ashcroft sobre su idea. Puede ser que esto no funcione.

—Bueno, señor, ya está en funcionamiento.

—¿Qué debemos hacer nosotros?

El sargento Duckworth miró a Yancey.

—Usted...

—¿Yo?

—Eso es. Sígame, haga lo que yo hago; y trate de hacer el menor ruido posible. Lo llevaré al lugar —explicó el sargento al doctor Fell—. Estará a mano para la acción.

—¿Qué acción? —demandó Yancey.

—¿Difícil de explicar, no? Ahora, esta joven y ustedes dos cuenten despacio hasta cincuenta y después síganlos. Salgan, por la puerta lateral y suban los tres escalones hasta el borde del patio. Pero no sigan adelante, permanezcan allí y observen. La joven no corre peligro; nadie corre peligro. Estarán a poco más de treinta metros del lugar; verán todo cuando se enciendan las luces. ¿Entendido?

—Cuando entré aquí —dijo pausadamente el doctor Fell—, había un poco de luz de luna. ¿No seremos vistos?

—No existe el menor riesgo, señor. El cielo está cubierto de nubes, está tan negro como su sombrero. También se está levantando viento, lloverá antes de que termine la noche.

—Oscuridad de la luna, ¿eh? ¿Podremos hablar?

—Hablen si quieren, pero no en voz alta. Pero cuando les avisen que se aproxima alguien, no hablen ni se muevan. ¿Entendido, entonces? Vamos, señor Beale.

Sintiéndose menos enfermo por algo que lo preocupaba, Yancey siguió al

sargento. Unos pocos momentos después, Alan, que había estado contando mentalmente al igual que los demás, no pudo contenerse.

—Doctor Fell —dijo—, el sargento se refirió al “lugar”. ¿Qué lugar?

Deliberadamente, el doctor Fell tomó su bastón de encima del escritorio.

—El lugar en cuestión (veintiuno, veintidós, veintitrés) ese basural a unos cuarenta metros al oeste de este edificio. —Miró a Camilla—. Ese basural, señorita Burce, forma parte importante de nuestro problema. No lo subestime, se lo ruego.

—Si se refiere a que fui desdeñosa al respecto con el capitán Ashcroft no lo niego. Pero Alan está torturando con preguntas, ¿no es así, Alan?

—¡Sí! Usted mismo, magistrado, mencionó varias veces el método del asesinato llamándolo una trampa mortal. ¿Se supone que lo entenderemos si pensamos en Edgar Allan Poe?

—Si pensamos en él con relación a “El Escarabajo de Oro”... ¿Qué sucede en esa historia?

—Un personaje excéntrico, llamado Legrand, resuelve un criptograma que lo lleva a un tesoro escondido.

El doctor Fell terminó de contar hasta cincuenta, caminó pesadamente hacia la puerta de vidrio; Alan y Camilla lo siguieron. Estaban todos en el corredor y el doctor Fell se inclinaba para abrir la puerta lateral cuando habló nuevamente.

—No se detenga ahí, ¡prosiga! ¿Qué hizo Legrand después de resolver el criptograma?

—“Un buen vidrio en la Hostería del Obispo en el asiento del diablo”. El “buen vidrio” es un telescopio. El...

Una vez afuera, la neblina había desaparecido ante un húmedo viento que soplaba del sur. El sargento Duckworth no había exagerado, la oscuridad era una fuerza palpable. Todos tropezaron en el pequeño escalón que subía al nivel del suelo. Cuando se reunieron en la parte superior, el brazo de Alan rodeaba a Camilla, los susurros iban y venían.

—¿Bien? —preguntó el doctor Fell—. ¿Qué pasó con Legrand?

—Cuando miró a través del telescopio a la altura indicada, vio una calavera clavada en una rama dentro del follaje. A través del ojo izquierdo de la cabeza muerta, el *scarabaeus* o Escarabajo de Oro debió ser bajado por un largo hilo para encontrar la dirección de...

En el oído de Alan sonó un poderoso silbido.

—¡Arcontes de Atenas, señor! ¿No lo ve?

—¿Ver? ¿Ver qué? No tenemos ninguna calavera por dónde bajar un hilo.

—No —sonrió el doctor Fell—. Pero tenemos un árbol. En realidad tenemos seis árboles en fila; conocemos su altura, y qué, como usted mismo señaló, está en línea directa con el asta de bandera. ¿No está excesivamente claro?

—Puede estar claro para usted, magistrado, pero no para todos los demás. Dice que Henry Maynard ideó este plan y escondió sus notas en una gaveta secreta del

escritorio. Dice, además, que el verdadero asesino encontró las notas y las usó, pero si la misma Madge no pudo encontrar la gaveta secreta, ¿cómo diablos pudo hacerlo el asesino?

Una sombra silenciosa se acercó pesadamente desde la oscuridad. Después de un instante de sorpresa, Alan presintió que se trataba del sargento Duckworth, haciendo gestos para que se callaran, mientras señalaba al norte, hacia el camino frente a la escuela.

Luego el sargento se desvaneció. Nadie habló a pesar de que era tentador. Alan, muy nervioso, no pudo calcular cuánto tiempo esperaron. Pero debió ser muy poco, aunque pareció lo contrario.

Hasta a menos distancia de los 40 metros calculados por el doctor Fell, el alto cerco alrededor del basural era totalmente invisible. En las tablas del cerco, Alan recordó, había un portón cerca del camino; por lo que oscuramente intuía debía haber un portón más pequeño del lado de la escuela.

Puesto que nada podía ver, poco importaba. Millares de ruidos nocturnos tejían su trama; el viento sacudiendo las copas de los árboles, oscuros pasos sobre el césped, el pulso acelerado de un grillo, nada más.

¿Había algún otro ruido? ¿Tal vez fueron los otros o tan sólo una ilusión? Pensó que alguien se acercaba, no por la superficie del camino sino al norte por la orilla del césped, como él y Camilla habían caminado la noche anterior. A no ser que estuviera imaginando todo.

No lo había imaginado. Un corto, incauto sonido de pisadas cruzaba el camino. A pesar de la oscuridad, alguien espantosamente decidido se acercaba a la propiedad de R. Gaidon. Alan, sintiendo la mano de Camilla cerrarse en su hombro, dio un paso hacia adelante.

Hubo una explosión de luz; si los observadores hubieran estado más cerca habrían quedado totalmente ciegos; pero a pesar de ello pudieron ver.

El basural tenía en realidad dos entradas: el portón principal hacia el camino, bajo el cartel de R. Gaidon, y una puerta pequeña en la cerca del lado de afuera: ambas estaban abiertas. A través de esta última comenzaba a tomar forma...

La puerta de una pequeña oficina fue abierta de golpe, enviando un rayo de luz a través del basural. Esto, junto con los rayos de tres poderosas linternas, enfocaron a alguien donde sus luces convergían. Y lo mantuvieron estático.

—¡Quieto! —rugió una voz—. ¡Quieto ahí!

La escena parecía hervir. Alan vio correr al capitán Ashcroft junto con Yancey. También vio, a la distancia, el rostro del hombre apresado entre esas luces convergentes. Este hombre tenía algo en la mano derecha y extendió el brazo hacia atrás como para arrojarlo. El brazo fue sostenido desde atrás; algo pesado cayó ruidosamente; media docena de hombres se acercaron y finalmente habló el doctor Fell.

—¿Quién podría haber encontrado fácilmente una gaveta secreta en el escritorio?

Bueno, ¿quién comenzó su carrera como carpintero, y hubiera sabido dónde buscar? —la voz del doctor Fell rugió—. Sí —dijo—, ése es el asesino y presunto amigo de la familia: Bob Crandall.

CAPÍTULO 20

Un cielo oscuro reflejaba el estado de ánimo general. La tarde del viernes veintiuno de mayo, exactamente una semana después de que el doctor Fell entrara en el caso, se preparaba para partir.

Cinco personas estaban reunidas en el jardín posterior de Maynard Hall con el agregado del capitán Ashcroft, los mismos que habían escuchado el doctor Fell en la escuela Poinsett, la noche del domingo anterior.

El mismo doctor Fell, entronado en un rincón, sentado en un banco de jardín de fuerte hierro, a un costado del camino que llevaba al reloj de sol, fumaba su pipa, con el bastón apoyado contra la rodilla. Frente a él, Camilla Bruce y Alan Grantham ocupaban sillas de metal liviano y plástico y Yancey Beale, una silla similar, perdido en sus pensamientos.

El capitán Ashcroft, quien no quiso sentarse o permanecer quieto, caminaba ida y vuelta por el camino. El doctor Fell se dirigió al capitán Ashcroft.

—¿Si hay algo más que desearía saber, señor?

Momentáneamente el otro se detuvo.

—No necesito saber mucho más, gracias, en mi cabeza, en mi libreta, de todas maneras lo tengo. Lo que sigo pensando... ¡Crandall! ¡Ese tipo Crandall!

—¿Oh, sí?

—Fue mi culpa, lo sé, pero, ¿quién hubiera pensado que llevaba cianuro para tragarlo si algo marchaba mal? Se piensa en cápsulas de cianuro durante la guerra. No cuando se registra a un prisionero que se acaba de arrestar por asesinato. ¡Muy bien! Tenía el cianuro, lo tragó; y estaba tan muerto como el pobre Henry.

—Tal vez no es tan malo. Las evidencias en un juicio por asesinato son siempre un poco arriesgadas, hasta cuando se tienen muchas. Probablemente hubiéramos probado su culpabilidad, pero tal vez no; así que a ese respecto, al menos, puede decir que todo fue para bien. Pero...

—¿Y el enamorado de Madge? ¿El enamorado que buscábamos, el que todos pensábamos que era joven? Tenía una voz extraordinariamente jovial, lo admito, si solamente se lo escuchaba podría pensarse que no tenía más de 30 años. Y era un hombre muy activo. Pero el joven enamorado, Rey Cole, era casi tan viejo como el mismo Henry Maynard. Que me manden al infierno. ¿Qué le parece ESO?

—Señor, —dijo el doctor Fell—. ¿Es eso tan sorprendente? El primer hombre en su vida *aetat* diecisiete, era treinta años mayor que ella y diez años después se fijó en alguien un poco más joven, pero que sabía muy bien cómo conquistarla. ¿Eso es tan sorprendente, después de todo?

—¡Un minuto, mi amigo! Puedo entender que Crandall se enamorara de ella. Pero lo que no logro entender es que ella se enamorara de él. ¿En qué estaba pensando?

Camilla habló amargamente.

—¿Por qué no se lo pregunta a ella, capitán Ashcroft? Está en la casa ahora. ¿Por qué no entra y le pregunta? Algunas mujeres tienen debilidad por los hombres mayores; una o dos veces dudé sobre Madge y el señor Crandall, aunque no podía creerlo. ¿Pero no hemos tenido ya suficiente confusión y escándalo? ¿Por qué no entrar a preguntarle?

—No gracias, señorita, yo no. Es suficiente por ahora, como dije. Y tengo uno o dos instintos decentes aunque sea un policía. ¿Pero usted sospechó algo raro entre esos dos, no?

—¡Dudaba, eso es todo!

—Tenía algo que ver con los celos, ¿no es así? —preguntó Alan.

—Era en parte eso. ¿Oh, es necesario continuar con esto?

—Sí —respondió el capitán Ashcroft—, creo que es mejor. Si eso es lo que sospechaba, señorita Bruce, ¿qué fue lo que la hizo sospechar?

—Las mismas cosas, probablemente, que hicieron sospechar al doctor Fell. —Camilla apretó los brazos de su silla—. Madge y Bob Crandall actuaban muy casualmente en público, como una sobrina dócil y un tío un poco desacreditado. Pero nadie podía evitar notar cómo se aferraba a cada palabra que él decía; estaba completamente absorta. Sí, ¡él sabía cómo cautivarla! Luego, el viernes a la tarde hace una semana... Usted no estaba allí, capitán, pero Alan y Yancey Beale sí estaban...

—¿Bien?

—Estábamos en la biblioteca cuando llegó Valerie Huret poco después de las seis. Madge miró por la ventana y dijo: “¡Ya llegó, señor Crandall! ¡Ya llegó su amiga, nuevamente!”.

”No espero poder imitar el tono con que lo dijo: ‘Ya llegó su amiga nuevamente’, o esperar que alguien lo recuerde. Pero a mí no me sonó como la broma que pretendía ser; por un segundo parecía verdaderamente celosa. Así que sólo dudé.

”Luego, esa actitud de Bob hacia Madge, cuando la encontraron sin custodia. Una tarde, el martes antes del crimen, según creo, Rip y Yancey estaban discutiendo sobre cuál de ellos podía escalar la pared norte de la casa, en donde no hay enredadera. Pero ni Rip ni Yancey lo hicieron inmediatamente. Fue Bob Crandall, quien subió esa pared como, un atleta de circo. ¿Cuál de ellos, podrían preguntarse ustedes, estaba tratando de impresionar a Madge? Fue sólo una cosa pequeña; no pensé en ello hasta mucho después”.

El doctor Fell exhaló el humo.

—Tampoco debemos olvidar —sugirió—, el incidente de la mucama aterrorizada. La tarde del sábado, después del asesinato, cuatro de nosotros partimos para el fuerte Moultrie. Madge, confinada en su cuarto, pero ya no postrada, debió pasar un mal

momento con Valerle Huret. El capitán Ashcroft y yo sabemos (el resto de ustedes no están enterados) qué pasó cuando la señora Huret invadió su cuarto. Una mucama, llamada Judith, rondando afuera, escuchó palabras fuertes. Poco después, Judith creyó ver a la señora Huret atacando a Madge, y corrió escaleras abajo con la noticia.

”El señor Beale no podría haber ido en ayuda de Madge; estaba ausente con nosotros. El señor Hillboro y Bob Crandall estaban abajo, en la sala de fumar. El señor Hillboro, el aparente pretendiente, no corrió en su ayuda; permaneció prudentemente aparte hasta que salió en nuestra búsqueda. Fue Bob Crandall quien corrió escaleras arriba y trató de forzar su entrada en el dormitorio. Cuando recordamos la secuencia del acontecimiento...

—¡La secuencia de acontecimientos, eso es! —exclamó el capitán Ashcroft, chasqueando los dedos—. Sabía que había algo más. Escuchen esto, todos ustedes. — Señaló hacia la casa—. Duckworth y Kingsley están allí; han preparado una pequeña demostración de cómo se cometió el asesinato. Vayamos a eso. Tengo que hacer un último informe antes de que se cierre el caso. ¿Supongamos, doctor Fell, que usted nos habla sobre el hermano zorro Crandall?

—¿Desde el principio?

—Bueno, casi desde el principio. Qué hizo, paso por paso. ¿Muy evasivo e inteligente, no?

—Indudablemente. Su pose de amigo familiar, el hombre sencillo y descortés, un disfraz adoptado por muchos hipócritas desde luego...

—¿Pero, no dijo que era un romántico? —preguntó Alan.

—Sí, lo era. Nunca olvide, sin embargo, que la parte adversa, del romanticismo es esa ciega e insensata insensibilidad que podía encontrarse en ciertos líderes nazis desde hace unas décadas. Y, como un líder nazi, tomó veneno cuando lo acorralaron.

Por un momento, el doctor Fell fumó meditando, mirando a Alan, a Camilla y a Yancey.

—En estos días de constantes viajes aéreos, sus primeros movimientos no deben sorprendernos. Debía llegar aquí para la reunión, y así lo hizo un viernes siete de mayo. Pero ahora tenemos evidencias, como les dirá el capitán Ashcroft, de que hizo una visita secreta con anterioridad. En su propio estado mental, sobreexcitado, voló a Charleston el domingo dos de mayo. Se hospedó en Scholastyc, un pequeño hotel en la calle College. Alquiló un auto de la compañía Red Shield Drive-Hire para un corto viaje a James Island. Vio a Madge, bajo las magnolias, voló de regreso al día siguiente, pero volvió nuevamente el viernes con los planes de su objetivo.

”Quería a esa joven; la quería mucho. Por lo que Madge ha dejado escapar, está claro que acariciaba una vana esperanza; que ella y su admirado periodista pudieran sacar a la luz sus relaciones; que Crandall se dirigiera al hombre que aún pretendía que era su padre, le explicara que estaban enamorados, y fueran premiados con el sonido de las campanas nupciales. Habiendo adivinado la verdadera relación entre Madge y Henry Maynard, nunca lo admitió frente a ella; Crandall sabía cuán vanas e

ilusorias eran sus esperanzas. Podía poseer a esa joven, con o sin las campanas nupciales, sólo si quitaba del medio al único obstáculo. Y así...”.

Yancey Beale se acomodó en su asiento repentinamente.

—¡Un momento, Gran Duende! Creo casi todo esto; me temo que no puedo negarlo. De todas maneras. ¿Está diciendo que Bob Crandall estaba con Madge el domingo por la noche?

—Así es.

—¡Y yo casi los interrumpo! Acabo de recordar que lo llamó “niño tonto”. Un niño tonto o un niño bobo, una de las dos. Bob Crandall tenía cincuenta y cuatro años. ¿Lo hubiera llamado a él un niño tonto?

—¿No recuerda —preguntó el doctor Fell—, que ella también llamó niño tonto al capitán Ashcroft? Es un juego de palabras usado comúnmente entre aquellas mujeres que consideran que pocos de nuestro sexo son algo más que infantiles. Hasta yo lo he escuchado en mi época.

—¡Hay otro punto! Dijo que papá Maynard había preparado un plan de asesinato, sin tener realmente intenciones de usarlo, pero que Bob Crandall encontró sus apuntes e hizo el trabajo sucio. ¿Por qué buscó los apuntes en un principio? ¿Cómo sabía que existía un plan?

—A pesar de que no tenemos evidencias concretas, conclusiones justificadas nos ayudan a reproducir la historia. Madge estaba tan harta de los misteriosos “cálculos” de Maynard, tan intrigada, que discutía el tema con cualquiera que quisiera escucharla. Crandall la vio en la noche del domingo; sin duda también se lo contó a él. Si Henry Maynard nunca entendió a Bob Crandall podemos estar seguros de que Bob Crandall lo entendía a él. Por el relato de Madge, por su conocimiento de las circunstancias, vio el rumbo de la mente de Maynard, como yo mismo lo vería más tarde.

”¡Y he aquí! El viernes siete, una semana antes del asesinato, hizo su aparición oficial. Maynard estaba ausente en Richmond, dejándole el campo libre por veinticuatro horas, para estar con Madge y con el escritorio Sheraton. Los tres habían vivido en Goliath, en Connecticut. Si había escuchado hablar de una gaveta secreta, ahora tenía la oportunidad de buscarla sin ser molestado.

”Allí estaba la gaveta secreta, como es usual, detrás de una gaveta verdadera del escritorio: ¡Eureka! Había un cianotipo completo para homicidio, listo para ser adaptado de acuerdo con sus propósitos y usado contra su creador: ¡Hosanna!

”No sacó los papeles de la gaveta; ¿por qué hacerlo? Cuando Maynard descubriera que los papeles no estaban, podría sospechar lo que sucedía, y lo que podría suceder. Su buen amigo Bob Crandall podía copiar o memorizar lo necesario.

”Bueno, después de su llegada, el viernes, esa misma noche comenzaron los fuegos artificiales. El espantapájaros tan necesario para él lo robó del jardín y lo escondió bajo un bebedero para caballos en una de esas cabañas de esclavos. No robó el espantapájaros hasta casi las tres y media de la madrugada, las primeras horas

breves, sospecho, las pasó con Madge en su cuarto. Una vez que había tomado y escondido el espantapájaros, la señorita Bruce lo vio entrar en la casa. Puede haber usado o no una máscara. Ella misma no está segura de que así fuera, no se encontró ninguna entre sus pertenencias, a pesar de que pudo haberla destruido. De cualquier manera, tuvo tiempo de deslizarse hasta su cuarto sin ser visto, y de fingir sueño (no necesitaba fingir irritación) durante la búsqueda del ladrón imaginario.

”No hubo más alarmas ni excursiones hasta la noche del jueves siguiente, la noche antes del asesinato, la noche que Bob Crandall instaló su trampa mortal. A la una y media de la madrugada fue visto caminando hacia el este por la playa, llevando el espantapájaros; pero fue visto de lejos por un testigo que había sospechaba. El espantapájaros ya ha sido discutido; todos los otros elementos para la trampa mortal están aquí a mano. La mayoría ha estado bajo sus ojos todo el tiempo, el resto se los he descrito cuidadosamente”.

Alan se interpuso.

—¿Para qué quería el espantapájaros? ¿Era para...?

—Para lo que usted sugirió; vestido con la ropa de Henry Maynard parecía un muñeco o maniquí que representaba al mismo Maynard. ¡Veamos ahora!

Como siempre la pipa del doctor Fell se había apagado. La dejó en el bolsillo, se puso de pie y apoyándose en su bastón se dirigió al capitán Ashcroft.

—¿El sargento Duckworth y el detective Kingsley? —dijo.

—Ya están listos; acaban de hacer señas desde una de las ventanas superiores. ¿Le diré a Kingsley que baje el otro maniquí y que Duckworth realice el truco desde el interior?

—¿Haría eso? Gracias. ¿Serían ustedes tan amables como para seguirme?

Mientras el capitán Ashcroft entraba en la casa, los otros siguieron al doctor Fell, alrededor del lado sur hacia el frente, y luego en dirección al norte hasta que llegaron al césped, frente al cual se extendía la terraza.

Hoy su superficie de ostras trituradas estaba suave y limpia. La mesa y la silla de hierro pintadas de verde, estaban en su lugar, en medio de la terraza pero hacia el frente. A la derecha se elevaban los seis álamos, de seis metros de altura.

El doctor Fell los señaló.

—Se ha observado —dijo—, que la fila de árboles, (en especial el último árbol del lado de la casa) están en línea directa con el asta de la bandera, la misma altura, que ven a la izquierda, casi contra la pared: de la casa. Noten una vez más que el asta se eleva unos centímetros sobre la ventana de una de las habitaciones, en el piso de los dormitorios.

—¿A quién pertenecía ese cuarto? Podríamos haberlo sabido mucho antes.

El doctor Fell miró a Alan.

—Cuando Henry Maynard nos recibió por primera vez en su estudio del piso superior, nos llevó cruzando una sala de billar, a una habitación de trastos viejos, para mostrarnos el fuerte Sumter a través de una ventana. Era la ventana más lejana de la

última habitación, la que está a la izquierda si se mira desde adentro hacia afuera. Me dio un par de largavistas, éstos —continuó el doctor Fell, sacándolos de su inmenso bolsillo—, y me dijo que mirara siguiendo una línea desde el asta más abajo.

”¿De quién era el dormitorio, el último del lado norte al frente, que estaba justo abajo? De Bob Crandall, según nos enteramos esa noche. El asta de bandera, por lo tanto, se eleva fuera de la ventana de ese dormitorio.

”¿Hubiera sido fácil para quien ocupara la habitación, acercarse al asta? Sí. Cada dormitorio tiene dos ventanas con un acondicionador de aire en una de ellas. Y cada dormitorio del frente tiene el acondicionador de aire en la ventana derecha. Bob Crandall sólo tenía que abrir la ventana izquierda (esas ventanas se mueven sin hacer ruido), y el asta estaba a su alcance”.

Camilla, a pesar de que esto no le gustaba, no cedió terreno.

—Sí —dijo—. ¿Pero al alcance, para qué?

El doctor Fell le extendió los largavistas a Alan.

—Pruebe usted primero —sugirió—. Comience con la punta del asta, la pequeña polea sobre la cual corre la soga cuando sube una bandera. Mire detenidamente desde allí hacia la copa del árbol más cercano. ¿Ve algo, cualquier cosa, extendiéndose entre la polea del asta y la copa del árbol?

Alan levantó los largavistas y los enfocó.

—¡No hay nada allí! —informó—. No puedo ver absolutamente nada.

—No, no se ve nada. No vería nada así estuviera a pocos centímetros de distancia. En realidad hay algo extendido aquí: un trozo de línea de pescar más fuerte. ¿Alguien más quiere mirar ahora? ¿Usted, señor Beale?

—¡No, gracias, Gran Duende! —Yancey se echó atrás—. Creo en su palabra y en la de Alan. ¡No quiero esos malditos largavistas!

—¡Yo tampoco los quiero! —dijo Camilla—. Alan, por favor, devuélveselos al doctor Fell, ya es suficiente. Y sin embargo, empiezo a entender un poco más.

—Si hubieran mirado de cerca la copa del árbol, —el doctor Fell tomó los largavistas—, hubieran descubierto otros detalles. Las pocas ramas y el poco follaje en la parte superior de cualquier álamo ha sido cortado, excepto una corta proyección de madera que forma un cruce. En ese cruce yace en equilibrio un trozo de hierro, de la clase que puede encontrarse en cualquier basural. Al comienzo de este caso, el capitán Ashcroft había observado que la herida pudo ser causada con ese tipo de arma. Y así fue.

”El asesino preparó su trampa el jueves por la noche, en el sótano tenía varios rollos de línea de pescar, desde los más fuertes hasta los más débiles. Con un corto trozo tejió una pequeña red para cubrir el hierro y sostenerlo. Habiendo medido el largo de flojedad que necesitaba para una línea desde el asta de bandera hasta el árbol, primero ató uno de los cabos a la red, alrededor del hierro, luego lo dejó caer desde la ventana e hizo correr el otro cabo de la línea por la polea y lo ató al asta.

”Después de hacer algo más, como pronto será evidente, estaba listo para dejar la

casa y preparar el árbol. Un hombre que podía trepar como él lo hacía no debió tener ningún problema con ese álamo. El hierro en la línea subió con él, para ser colocado en un cruce, que ya encontró ahí o que él mismo cortó con las herramientas a su disposición.

”Una vez que todos los preparativos estuvieron listos, sacó el espantapájaros de la cabaña para hacer un ensayo. Evidentemente, no podemos estar seguros de esto último. Pero, hablando de ensayo...”

El doctor Fell hizo un gesto hacia la casa. La ventana más alejada de lo que había sido el cuarto de Bob Crandall, estaba abierta y el sargento Duckworth se inclinaba hacia afuera. Tras de él descollaba la figura del capitán Ashcroft. El doctor Fell señaló el pórtico de Maynard Hall. Fuera de la puerta principal salía un hombre grisáceo de edad mediana, era el detective Kingsley llevando...

—¡Sí! —dijo el doctor Fell—. Otro traje de Maynard, otro manequí preparado cuidadosamente. Para demostrar —había comenzado a hablar de prisa, después, al ver el rostro de Camilla, se detuvo, se puso colorado y tosió—. Esta vez, señorita Bruce, me temo que el viejo tonto ha ido demasiado lejos. ¿Es necesario que presencie esto? ¿No sería mejor que entrara en la casa?

Pero Camilla no perdió terreno.

—No entraré en la casa —dijo—. ¿Pero es realmente necesario hacer una demostración, especialmente con un manequí?

—Para demostrar cómo funcionaba...

—Puedo ver cómo funcionaba. Un tirón a la línea desde la ventana...

—¡Yo también lo veo! —dijo Yancey—. Con un tirón a esa línea, desde un ángulo calculado, el trozo de hierro se mecía y golpeaba la cabeza de cualquiera que estuviera sentado en esa silla. El golpear la cabeza, detenía su movimiento; oscilaba suavemente hacia el asta y colgaba unos pocos centímetros sobre el suelo. Y Crandall podía levantarla de nuevo. ¿Eh?

—Podía levantarla aún mejor —señaló el doctor Fell—, si en el otro cabo de la línea, a pocos centímetros del árbol, ataba a la primera, otra línea más fina controlándola sin interferir con el arco del proyectil. Les dije que había hecho algo más, era eso.

El doctor Fell estaba radiante de alivio.

—La señorita Bruce tiene razón; una demostración sería superficial. Ashcroft y yo lo hemos ensayado varias veces. Funciona sin tropiezos, pero ni siquiera la mímica es agradable; una de las veces arrancamos la cabeza del manequí. Si Madge Maynard se asomara a la ventana... —gritó hacia la casa girando.

—No es necesario mostrárselo; ¡entienden! Entre el manequí, nuevamente, Kingsley. Baje esa ventana y váyase, sargento Duckworth. Capitán Ashcroft, váyase, desaparezca, piérdase.

—Pero aquí —continuó hablando a sus compañeros—, debemos mencionar a la señora Huret, quien casi ve cometer el asesinato sin siquiera sospechar de Crandall.

Si le hacía caídas de ojos seriamente al sabio de Goliath nunca lo sabremos; se ha negado a responder a cualquier pregunta desde que salió del hospital.

”Y, sin embargo, sabemos lo que sucedió. Antes de oscurecer, Crandall subió a su cuarto. La señora Huret lo siguió. Lo observó a través de la cerradura, como él debió suponer de que lo haría. No podría haber entrado pesar de lo que nos dijo a nosotros, habría tomado la precaución de cerrar con llave.

”Caminaba de un extremo a otro de la habitación, simulando leer un libro sobre ajedrez. No podía verlo, como testificó, cuando se dirigía al lado izquierdo del cuarto: el lado con la ventana abierta hacia el asta, el lado por el cual su centella podía ser arrojada. Estaba maniáticamente resuelto, con la suprema bravura que los asesinos muestran en esos momentos. Y entonces, dejó caer la centella.

”Nadie planeó un asesinato “imposible” (¿debo repetirlo?). ¡Observen! Si un día seco como hoy camino por la terraza, ni siquiera mi peso deja huellas perceptibles. En estas partes, los truenos se escuchan a menudo sin que llueva. Y el tiempo del viernes (¿recuerdan?) prometía ser agradable. Cuando nuestro asesino preparó su trampa mortal, la noche anterior, no pudo haber anticipado la corta y violenta tormenta que empapó el suelo. Pero para esa hora ya había ido demasiado lejos como para echarse atrás.

”Si me siguen nuevamente hasta el jardín posterior —continuó el doctor Fell, comenzando a caminar seguido por los otros tres—, trataré de terminar la historia lo mejor posible.

”Debo observar, entre paréntesis y disculpándome, que nunca soñé cómo se cometió el crimen hasta que encontramos la fotografía del fuerte Moultrie; había estado mirando demasiado lejos en la dirección opuesta. Si Crandall no se interesaba en un viejo cuento o en el asesinato del comodoro Maynard en la playa, yo me había preocupado demasiado por él.

”Algunas ideas previas, junto con el diario de una joven, me confundieron. Los relatos periodísticos decían que el comodoro Maynard había caído en un lugar donde no llegaba la marea alta. Sin embargo, el mismo relato describía un montículo de algas marinas que se encontró en la playa un poco más arriba del cuerpo. Claramente, las algas habían llegado ahí con la marea, como siempre sucede; claramente, el agua se había elevado más alto de lo que ninguno observó o creyó posible. Según me parece, el primo pobre de los Maynard, acercándose en un pequeño bote por aguas poco profundas, debió haber golpeado al comodoro.

”Ésa puede ser una explicación verdadera: pero ¿y con eso qué? Las cosas pasadas hace cien años no tenían ninguna relación con el problema actual, y en vez de ayudar, oscurecían la visión. Había estado mirando hacia el agua cuando debería haber elevado los ojos hacia un árbol”.

Nuevamente, en el jardín posterior, el doctor Fell se acomodó en el banco de hierro. Camilla, Alan y Yancey regresaron de sus sillas, prestando atención cuando el doctor elevó un dedo admonitorio.

—Resumamos esto —sugirió— lo más brevemente posible. La centella cayó, y Henry Maynard murió. Madge se desmayó. Esa noche aún bajo los efectos de las drogas, preguntándose qué escondía su presunto padre en una gaveta secreta del escritorio, se dirigió al altillo y volvió a desmayarse.

—Doctor Fell —dijo Camilla resueltamente—. ¿Está seguro de que Madge, como Valerie, nunca sospechó de Bob Crandall?

—Estoy seguro. En el altillo, cuando usted y Alan estaban presentes creía sinceramente en la inocencia del amante desconocido; ni tampoco fingió la niebla de drogas cuando creyó verlo fuera de la puerta del estudio.

”Mientras tanto, Valerie Huret había tenido otra inspiración. Por su declaración al capitán Ashcroft sabemos que mucho más temprano, ese día, antes de que ocurriera ninguna tragedia, habían decidido jugar a los fantasmas. Llamó al capitán Ashcroft informándole sobre la desaparición de un hacha, escribió el primer mensaje en el pizarrón...”.

—Gran Duende —interpuso Yancey—. ¿Qué sucedió con el hacha? ¿Quién la robó?

—El mismo Crandall, para confundir y despistar. ¡Oh, sí!, la encontramos entre sus pertenencias, la guardó como también guardó el trozo de hierro. Ellos guardan estas cosas, el capitán Ashcroft tenía razón cuando dijo que así era. Pero estaba hablando de la inspiración de la señora Huret.

”Se le había ocurrido, dijo en su declaración, que Maynard había sido asesinado con un hierro atado a un hilo largo que oscilaba de un árbol. A pesar de que no dice de dónde sacó esa inspiración, me temo que fue de mí”.

—Pero la entendió mal, ¿no es así? —preguntó Alan—. Cuando los vi juntos, conversando, usted hablaba figurativamente y no se refería para nada a un hilo en el sentido literal.

—Sí, estaba equivocada. Nunca relacionó el árbol con el asta de bandera ni con la casa, ni con Crandall. ¡Hilo; árbol; Escarabajo de Oro; Poe; fuerte Moultrie!, eso es todo, y sin embargo oscuros como parecen los pensamientos, fueron un paso hacia la verdad. Una vez más al equivocarse nos guió bien.

”Tarde, en la noche del viernes escribió el segundo mensaje, que ella misma se propuso descubrir. Aún no había una sugerencia ni a Poe ni al fuerte Moultrie; sólo una promesa de algo más. El tumulto del viernes debió terminar cuando el capitán Ashcroft sacó secretamente el escritorio antiguo para que lo examinara un experto. Pero no fue así. En las primeras horas de la madrugada, Crandall, comenzando a ordenarse después de sus esfuerzos, prendió fuego a su espantapájaros y lo destruyó”.

El doctor Fell se detuvo por un momento, jadeando meditativamente.

—El sábado —prosiguió—, fue también un día del destino. El capitán Ashcroft hizo una llamada a la policía francesa. ¿Había nacido alguna hija de los Maynard en 1938?, y le prometieron que recibiría una respuesta ese mismo día. Nos reunimos aquí en el Hall. Después de que Alan explicó su teoría de la pelota de *baseball*, la

señora Huret interrumpió con la noticia del mensaje que nos llevó al fuerte Moultrie.

”Allí descubrimos algo más que una fotografía reveladora. Si Madge Maynard no era la hija, sino sólo una amante (aún no teníamos pruebas a pesar de que parecía probable), entonces, ¿quién era y de dónde venía? Había estado con su supuesto padre, estábamos de acuerdo, cuando se mudaron de Nueva York a Goliath, hace unos nueve años.

”El doctor Mark Sheldon, al describir la conducta de Henry Maynard durante una cena, el último abril, relató un curioso incidente. Sólo preguntó si pensaba contribuir con algunas de las obras de caridad, y Maynard balbuceó, ‘¡no, Santa Dorotea!, ¡no, Santa Dorotea!’. Pudo haberse referido a una escuela o a un orfanato.

”Mientras tanto en el Hall, los hechos se habían aproximado al desastre. Valerie Huret, quien días atrás había robado un paquete de cartas, probando que la relación entre ‘padre’ e ‘hija’ no era filial, acorraló a Madge y la acusó. Si se detuvo después de la acusación de incesto, ya había dicho lo suficiente.

”Madge, propensa a la autodestrucción, corrió hacia el baño, arrojó un vaso y lo rompió, antes de alcanzar una hojita de afeitar y tratar de cortarse las muñecas. La señora Huret la siguió y la detuvo. Eso fue lo que sucedió: la escena fue interrumpida por el capitán Ashcroft y presenciada pero mal interpretada por la mucama.

”Cuando Rip Hillboro nos trajo de la isla Sullivan y yo tenía novedades para el capitán Ashcroft, él también tenía novedades para mí. La policía francesa había respondido; Madge no era la hija de Maynard. A pesar de que no teníamos un caso de incesto aun teníamos gran cantidad de explosivos.

”Ashcroft quería interrogar a Madge en seguida y obligarla a decir la verdad, o mejor dicho, quería que yo lo hiciera por él. Le aconsejé una demora.

”Aun pensando que sabía cómo se cometió el asesinato, enfatiqué el nombre de Santa Dorotea. ¿No era un caso concreto mejor, que un caso a medias? Nueva York estaba cerca; ¿por qué no llamaba primero desde su oficina a la policía de Nueva York? ¿Había en realidad una institución llamada Santa Dorotea, y qué podía descubrirse sobre ella? Estuvo de acuerdo en esperar.

”La confusión aún estaba en ascenso. Un guardia había sido apostado en la puerta de Madge, no para prevenir un crimen, sino para prevenir suicidios. La señora Huret nunca dejó de dudar de que Madge había operado el mecanismo del trozo de hierro y el hilo; estaba completamente convencida de su culpabilidad.

”Podía sacar a relucir esa culpabilidad, pensó la señora Huret, si dejaba las cartas de Henry Maynard en la escuela secundaria Poinsett, y escribió un último mensaje en el pizarrón. Con este fin, cuando se suponía que estaba descansando, se deslizó fuera de la casa con las cartas en su cartera”.

—La vi bajar —dijo Alan—, y su cartera era conspicua, pero nada indicaba adonde se dirigía, ya que las cosas parecían estar volando en todas direcciones...

—Las cosas estaban volando en todas direcciones —coincidió el doctor Fell—. Usted y la señorita Bruce partieron para Davy poco después de las siete. El capitán

Ashcroft, meditando oscuramente mientras él y yo hacíamos tiempo, casi había decidido no esperar noticias de Nueva York, cuando recibió una llamada de su oficina. Habían informado que existía un orfelinato Santa Dorotea en Queens. Si quería detalles de una niña adoptada allí, fuera o no domingo, tendría la información al día siguiente. Ashcroft decidió esperar, después de todo.

La señora Huret, concluida su tarea, persuadió a Crandall que la invitara a cenar, a pesar de que no quiso decir nada abiertamente antes de su declaración en el hospital; la dama no es exactamente una esfinge. Siempre sugiriendo, siempre evasiva, le dijo a Bob Crandall lo suficiente como para hacerle creer a un hombre desesperado que sospechaba de él. Y su vida estuvo en peligro desde ese momento.

Una vez más el doctor Fell se dirigió a Alan.

—Usted y la señorita Bruce, al regresar de la cena, entraron y encontraron el mensaje interpretándolo como Ashcroft y yo lo habíamos hecho antes. Nos reunimos para discutirlo en la escuela. El señor Beale, que también lo había interpretado, se unió a nosotros.

Yancey se puso de pie.

—¡Entiendo todo lo demás, Gran Duende!, pero aún no entiendo eso.

—¿Entender qué?

—Las palabras indefinidas que me susurró en el jardín: “¡si debe ir a esa escuela, tenga cuidado!”, pero, ¿cómo pudo saber a dónde pensaba ir...?

—¿Saber a dónde pensaba ir? —repitió como un eco el doctor Fell—. ¡Arcontes de Atenas! Poco antes, según dijo, había estado de pie frente al pizarrón, hablando en voz alta consigo mismo y para su propio beneficio. No estaba realmente volviéndose loco pero...

—¡Pero no había nadie que escuchara! ¡No había nadie que hablara!

—Por el contrario, señor. Había alguien con quien usted acababa de conversar unos minutos antes, alguien muy preocupado por la situación, alguien que tenía la costumbre de pasar siempre inadvertido...

Yancey comenzó a hablar.

—¿No se referirá a George?

—Así es. Me refiero a George, el fiel sirviente cuya devoción hacia usted es tan notoria.

—Es una pena —continuó el doctor Fell—, que una advertencia similar no fuera hecha a Valerie Huret. La señora Huret, al regresar con Rip Hillboro y Bob Crandall, tenía que asegurarse de que encontraríamos las cartas. Dejó a sus dos compañeros, o así lo creyó, inmovilizados frente al televisor y se adelantó para asegurarse.

”Nosotros aún estábamos buscando la habitación 26. Se deslizó por la puerta lateral y para llamarnos la atención sobre esa habitación puso en marcha la victrola, salió y esperó el momento oportuno para reaparecer y hacer su denuncia.

”Cuando reapareció, sin embargo, la histeria hizo que fuera incoherente. Gritó que había venido a acusar a alguien. El capitán Ashcroft, que sabía quién era el

culpable, preguntó si se refería a Crandall. Lo negó sinceramente. Aún estaba negándolo frenéticamente cuando le dispararon por la ventana.

”Crandall, terriblemente desesperado, no se daba por vencido; Rip Hillboro, se había quedado dormido y Crandall, que no estaba de humor para dormir, siguió a la señora Huret con un revólver que sacó del sótano y regresó antes de que terminara la película.

”Posiblemente recuerde una de las primeras circunstancias, señor Beale, al encaramarse en la ventana de la oficina del Director, nos gritó algo antes de que la abriéramos, pero no pudimos escucharlo.

”Una circunstancia similar confundió al asesino. Crandall estaba seguro de que la señora Huret lo iba a denunciar. A través de la ventana vio moverse sus labios, aunque no podía escucharla; vio que pronunciaba su nombre. Y disparó para silenciar a una de las dos personas que más firmemente creían en su inocencia.

”El resto de la grotesca tragedia puede contarse rápidamente. Yo mismo no fui llamado al Maynard Hall hasta la tarde del domingo. El capitán Ashcroft ya estaba en acción. Desde Nueva York había recibido noticias de que Madge, a pesar de haber sido adoptada legalmente a los dieciséis años y de tener derecho a llevar ese apellido, había comenzado su vida como Madge McCall, del orfanato Santa Dorotea. Su verdadera posición podría demostrarse por las arcas de su ‘padre’.

”Sintiendo que ya no necesitaba mi ayuda, en realidad nunca la necesitó, el capitán vino aquí y enfrentó a Madge con la evidencia. El único grito que articuló atravesó la casa; usted, señorita Bruce, no creyó que el grito fuera de Madge, pero todos estos hechos tienen su centro y su foco en ella, no podría haber sido nadie más.

”La noche anterior, por razones diplomáticas, me vi obligado a dejar a un lado mi descubrimiento del método del asesinato. Entonces seguí todas las indicaciones; el cruce de madera en el árbol, la ausencia del follaje, las ventanas que se abrían sin hacer ruido. Ashcroft a pesar de estar de acuerdo, tenía otro plan.

”Creía que Crandall, como hacen todos los asesinos, aún tenía en su poder el trozo de hierro que había tomado de un basural cercano. Estaba seguro de que Crandall podía ser manejado para que regresara el trozo de hierro al lugar de donde venía y por lo tanto donde permanecía inadvertido.

”Tenía mis dudas, lo confieso, pero seguía las instrucciones. Cuando por el rabillo del ojo vi a Crandall en la puerta de la sala de fumar, escuchando mi conversación, dije que a la mañana siguiente Ashcroft registraría cada habitación de la casa.

”Bien, el detective profesional no se había equivocado. Hubiera hecho la investigación de ser necesario, pero no lo fue. A la noche, Crandall se aventuró fuera de la casa; fue hasta el basural para deshacerse de la última evidencia incriminadora, y cayó es un trampa. Eso es todo”.

Respirando profundamente, el doctor Fell se puso de pie y permaneció balanceándose.

—Dije que eso era todo —añadió—. Sin embargo, aún queda una pregunta. ¿Qué

le sucederá a Madge, alrededor de quien ha soplado toda esta tormenta?

—El lunes, después de que Crandall se suicidara escuchamos el testamento de Maynard. ¿Qué lejos puede llegar un hombre como él para aferrarse a lo que una vez le perteneció? Planeó todo inflexiblemente: excepto una cantidad que puede o no mantenerla, Madge ha sido desheredada. Su fortuna va a obras de caridad y el Hall se convertirá en un museo. Eso, sin duda, fue lo que hizo que el señor Hillboro se marchara. Si fuera la hija verdadera de Maynard podría tranquilamente cuestionar el testamento. Bajo esta circunstancia, por supuesto, no podía hacer nada. Se ha convertido en una paria despreciada por gente de su clase. Y, sin embargo, ella también ha sufrido. ¿A dónde va, señor Beale?”

Yancey se dio vuelta.

—Iré a ver a Madge, como prometí que lo haría. ¿Quién está hablando de parias, “señor Duende”?

—¿No me he explicado bien, señor? A los ojos del mundo...

—¡Maldito sea el mundo! —dijo Yancey— y sus ojos, y sus ideas y todo lo demás. Madge no cuestionará ningún testamento; no necesitará hacerlo aunque no me quiera. No me querrá a mí, eso espero; no soy un premio de la lotería, y no estoy presionándola contra su voluntad. Pero, si llegara a necesitarme, aquí estaré.

Y caminó despacio por el sendero hacia la casa, entrando por una de las puertas de la sala de fumar. Por algunos segundos el doctor Fell miró el suelo, luego pretextando una conferencia con el capitán Ashcroft se fue. Alan y Camilla se quedaron solos en el jardín bajo el sombrío cielo.

—¡Me alegro que Yancey hiciera eso! —susurró Camilla—. Nunca he pertenecido a su clase, por supuesto, pero me alegro tanto de que lo hiciera. Madge se repondrá, ya verás, y también tiene una buena oportunidad de ser feliz.

—¿Y tú Camilla?, ¿eres feliz?

—¡Soy tan maravillosamente feliz, Alan, que casi estoy enojada conmigo por ello! Ahora que nos entendemos y ya no peleamos...

—¿Ya no peleamos, verdad?, y mañana regresaremos a París. Luego, cuando nos casemos...

—No tienes que hacerlo, sabes. ¡No tienes que convertirme en una mujer honesta!

—Aquí es donde te equivocas. Tienes ciertas habilidades, una magnífica antipuritana, a las cuales pocas mujeres matemáticas podrían aspirar. Así que no pienso dejarte ir. ¡Si sólo entendiera lo de la esposa del sargento...!

—¿La esposa del sargento?

—Sí. “Alguien le preguntó algo a la esposa del sargento” y de alguna manera se supone que se adapta a nosotros. ¡Pero por mi vida...!

—¿No me entendiste? ¿Un profesor de inglés? ¡Oh Alan! Es el último verso de “Las damas” de Kipling. Lo sé bien, ¡puedo citarlo!

—¿Puedes citar a Kipling? ¿Te condesciendes a citar a Kipling? Por tu gusto, hubiera pensado que...

—¡Por favor, querido, no empecemos otra vez! Si el doctor Fell quiso decirlo como una indirecta para mí, por ser tan arrogante, fui arrogante, lo sé a pesar de que nunca quise serlo. Bueno, acepto contenta la censura.

“¿Qué pensó la dama del Coronel?
Nadie jamás lo supo;
Alguien le preguntó a la esposa del Sargento,
Y ella le dijo la verdad.
Cuando se trata de un hombre
Son tan iguales como los alfileres.
Por eso la dama del Coronel y Judith Grady
Son hermanas de corazón”.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EL 2 DE ENERO DE 1970,
EN LOS TALLERES DE LA
COMPAÑÍA IMPRESORA
ARGENTINA, S. A.,
ALSINA 2049



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Los anteojos negros. <<

[2] El crimen de las figuras de cera. <<

[3] Hasta que la muerte nos separe. <<

[4] La sede de la soberbia. <<

[5] El hombre hueco. <<

[6] El ocho de espadas. <<

[7] El que susurra. <<

[8] Las cuatro armas falsas. <<

[9] El barbero ciego. <<

[10] Los suicidios constantes. <<

[11] El reloj de la muerte. <<

[12] Patrick Butler por la defensa. <<

[13] Pese al trueno. <<

[14] Fuego que quema. <<

[15] Mis mujeres muertas. <<

[16] La ventana de Judas. <<

[17] Muerte en cinco cajas. <<

[18] La estatua de la viuda. <<

[19] El codo de Satanás. *Todos estos títulos han sido publicados en la colección El Séptimo Círculo (EMECE).* <<